NINA GEORGE

SABOR A PROVENZA

Un viaje de vuelta a lo mejor de la vida

SINOPSIS

Jean Perdu es dueño de un negocio tan especial como extraordinario: La farmacia literaria, una librería instalada en un barco en el Sena. En vez de dispensar medicamentos, receta libros como remedio a las aflicciones del alma de sus clientes.

Monsieur Perdu sabe muy bien cómo aliviar el dolor ajeno, pero jamás ha sido capaz de ayudarse a sí mismo. Han pasado más de veinte años desde que terminó su maravilloso idilio con una mujer casada, y todavía no ha logrado recomponer su corazón.

Su gris existencia cambia el día en que conoce a su nueva vecina, Catherine, que también ha sido abandonada. Ella es la única persona que podría comprender su dolor, por eso decide confesarle un secreto que le atormenta: Manon le envió una última carta que nunca leyó por despecho. Catherine le insta a abrirla ahora... Jean nunca podría haber imaginado su contenido.

Ahora deberá tomar una decisión: seguir anestesiado con una vida que ya conoce y con la que se siente cómodo, aunque no sea especialmente feliz, o aventurarse a lo desconocido y redescubrir lo bueno que tiene la vida.

Nina George nació en 1973 en Bielefeld. Ha trabajado como publicista, periodista freelance, columnista y novelista. Con Die Mondspielerin ganó el Premio DeLIA en 2011 a la mejor novela romántica y el thriller Das Spiel des Lebens obtuvo el Premio Glauserpreis en 2012. Su última novela, Sabor a Provenza, ha sido un gran éxito literario en Alemania y se ha traducido a veinte idiomas. Está casada con el autor Jens J. Kramer y vive en Hamburgo.

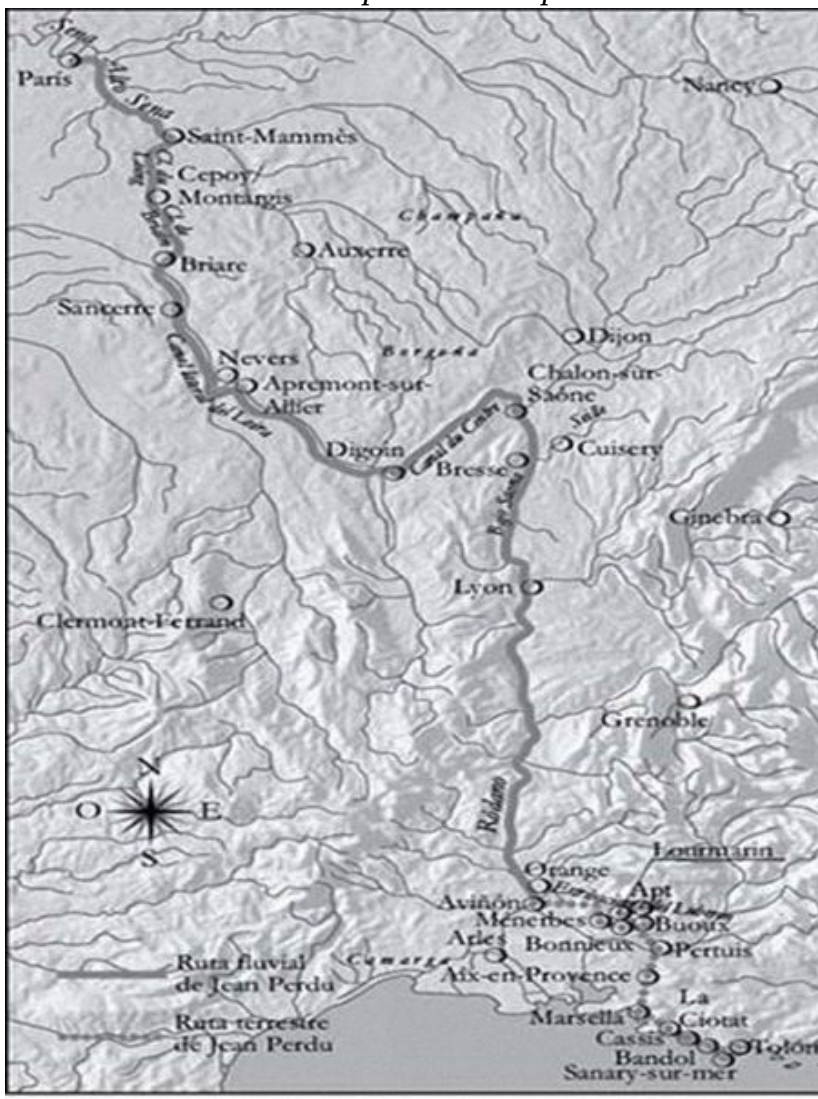
Nina George

SABOR A PROVENZA

Un viaje de vuelta a lo mejor de la vida

Dedico esta novela a mi padre, Joachim Albert Wolfgang George, conocido como Jo der Breite (20 de marzo 1938, Sawade/Eichwaldau-4 de abril 2011, Hamelín)
Papa, contigo desapareció la única persona que había leído todo cuanto he escrito desde que aprendí a hacerlo. Te echaré de menos, siempre. Te veo en todas las luces del atardecer y en las olas de todos los mares. Te fuiste a medio decir
NINA GEORGE, enero de 2013

Dedicado a los seres perdidos. Y a quienes todavía los aman



1

«¿Cómo dejé que me convencieran?»

Las fuerzas vivas del número 27 de la rue Montagnard —madame Bernard, la propietaria, y madame Rosalette, la portera— habían acorralado a monsieur Perdu entre sus respectivos pisos, situados en la planta baja.

—¡Hay que ver! ¡Qué mal se ha portado ese Le P. con su esposa!

—¡Vergonzoso! Como la polilla en un tul.

—Claro que a algunos tampoco se les puede reprochar nada... Basta con ver a sus esposas: unas cubiteras vestidas de Chanel. Pero ¿hombres así? ¡Qué monstruosidad!

—La verdad, señoras, no entiendo exactamente...

—Pues claro que no, monsieur Perdu. ¡No puede entenderlo! ¡Si los hombres fueran tejidos, usted sería el cachemir!

—El caso es que tenemos una nueva inquilina. En el cuarto. En su rellano, monsieur.

—La pobrecita no tiene nada. Tan solo ilusiones rotas. Necesita prácticamente de todo.

—Y ahí es donde usted entra en juego, monsieur. Dele lo que pueda. Cualquier ayuda será bienvenida.

—Por supuesto, claro. Tal vez un buen libro...

—Bueno, nosotras habíamos pensado en algo más práctico. Una mesa, por ejemplo. La señora no...

—No tiene nada. Entiendo.

Aunque para el librero nada podía ser más práctico que un libro, al final se había comprometido a regalar una mesa a la nueva inquilina. A fin de cuentas, aún tenía una.

Monsieur Perdu se metió la corbata entre los botones superiores de la camisa, que siempre llevaba blanca y muy bien planchada, y

se remangó cuidadosamente. Se dobló las mangas hacia adentro, pliegue a pliegue, hasta el codo. Entonces clavó la mirada en la librería del pasillo. Detrás de esa estantería había una habitación que no había abierto en veintiún años.

Veintiún años, con todos sus veranos y sus mañanas de Año Nuevo.

Y la mesa estaba justamente en esa habitación.

Monsieur Perdu suspiró, tomó un libro al azar y lo sacó del estante. *1984*, de Orwell. No se le desintegró entre los dedos. Ni le mordió la mano como un gato ofendido.

Sacó la siguiente novela, y luego dos más; a continuación metió las manos en la estantería y extrajo bloques enteros de libros, que fue amontonando a su lado.

Las pilas se convirtieron en árboles. En torres. En montañas mágicas. Contempló el libro que tenía en la mano: *El jardín de medianoche*, un viaje en el tiempo. De haber creído en el destino, Perdu lo habría interpretado como un presagio.

Golpeó con los puños debajo de los estantes hasta soltarlos de sus sujeciones. Luego retrocedió.

Ahí estaba. Detrás de esa muralla de palabras. La puerta de la habitación donde...

«Otra posibilidad sería comprarle la mesa, y listos...» Monsieur Perdu se humedeció los labios. Pues claro. Quitar el polvo a los libros, volver a colocarlos, olvidar la puerta. Comprar una mesa. Y seguir igual, como durante las dos últimas décadas. Veinte años más y él tendría setenta; para entonces seguramente podría trampear con lo que le quedara. Incluso era posible que muriera antes.

«Cobarde.»

Apretó el puño, que le temblaba, en el pomo. Lentamente, con toda su corpulencia, abrió la puerta. La empujó con suavidad, entornó los ojos y...

Solo había luz de luna y aire viciado. Inspiró profundamente, olfateando el ambiente. No percibió nada.

«El olor a *** ha desaparecido.»

En los últimos veintiún veranos, monsieur Perdu había logrado esquivar cualquier pensamiento referido a *** como se rehúyen las alcantarillas abiertas.

Habitualmente, en su cabeza la llamaba ***. Un silencio en el

zumbido sordo del pensamiento; un espacio en blanco en las imágenes del pasado; un punto oscuro en el mismo centro de las emociones. Era capaz de idear todo tipo de vacíos.

Monsieur Perdu miró a su alrededor. En la habitación se respiraba silencio. Pese al color lavanda del papel pintado, la estancia estaba deslustrada. Los años tras la puerta cerrada habían desvaído el tono de las paredes.

La luz del pasillo encontró poco que iluminar. Una silla sencilla y sin reposabrazos. La mesa de cocina. Un jarrón con lavanda robada veinte años atrás en la llanura de Valensole. Y un cincuentón corpulento que ahora se desplomaba en la silla y se abrazaba.

En ese rincón había cortinas. En el otro, fotografías, flores y libros y un gato, Castor, que dormía en la cama turca. Había habido velas encendidas y susurros, copas de vino tinto y música. Unas sombras bailando en la pared: una corpulenta; la otra, hermosísima. Ahí había vivido el amor.

«Ahora solo estoy yo.»

Apretó los puños y se frotó los ojos, que le escocían.

Monsieur Perdu tragó saliva varias veces para vencer las lágrimas. Parecía que la garganta se le hubiera estrechado y no podía respirar; la espalda le ardía de puro dolor.

Cuando por fin logró tragar saliva sin que le doliera, se levantó y abrió la ventana de par en par. Del patio trasero subían fragancias exquisitas: las plantas aromáticas del pequeño jardín de los Goldenberg. Romero y tomillo. Los aceites de masaje que usaba Che, el podólogo ciego y «susurrador de pies». El intenso y espeso olor a tortitas de las parrilladas africanas de Kofi. Y, por encima de todas esas fragancias, el olor de París en junio, con su perfume de flores de tilo cargado de expectación.

Monsieur Perdu no dejó que esos aromas le embriagaran. Se opuso a su encanto con todas sus fuerzas. Sabía cómo ignorar todo cuanto pudiera provocarle una emoción placentera. Olores. Melodías. La belleza de las cosas.

Fue a buscar agua y jabón verde a la despensa que tenía junto a su sobria cocina y empezó a limpiar la mesa de madera.

Luchaba contra una imagen desvaída de sí mismo, sentado a esa mesa. Entonces no estaba solo. Estaba con ***.

Limpió, frotó y restregó, haciendo oídos sordos a la incisiva pregunta de cómo serían las cosas en adelante, después de haber abierto la puerta de la habitación donde había encerrado su amor, sus sueños y su pasado.

«Los recuerdos son como los lobos. Es imposible encerrarlos y confiar en que se olvidarán de ti.»

Monsieur Perdu acercó la mesa a la puerta, la levantó para hacerla pasar a través de la librería y junto a las montañas mágicas de papel hasta llegar al rellano, donde la plantó delante del piso de enfrente.

Al ir a llamar a la puerta, oyó un lamento de tristeza. Un sollozo ahogado por una almohada.

Alguien lloraba detrás de aquella puerta verde.

Una mujer. Y lloraba como si deseara que nadie, absolutamente nadie, la pudiera oír.

2

—Es la mujer de ese tal Le P. usted-ya-sabe.

No, él no sabía. Perdu no leía las revistas del corazón parisinas. Madame Catherine-Le P.-usted-ya-sabe había llegado a su casa un jueves por la tarde, de vuelta del despacho de su marido el artista, donde ella se encargaba de las relaciones con la prensa. Y se había encontrado con que la llave ya no encajaba en la cerradura, con una maleta en el rellano y, colocados encima, los papeles de la separación. Su marido se había marchado sin dejar rastro, llevándose consigo los muebles y una nueva mujer.

A Catherine-futura-ex-de-monsieur-Le-Canalla no le quedaba nada más que la ropa que tenía antes de casarse y la certeza de haber sido una ingenua: primero, por creer que el amor que se habían profesado en otros tiempos les permitiría mantener una relación amigable tras la separación y, segundo, por creer que conocía lo suficiente a su marido para que nunca la pudiera sorprender.

—Un error muy habitual —había aseverado madame Bernard, la propietaria, entre dos caladas de pipa—. Solo conoces de verdad a tu marido cuando te deja.

Hasta el momento monsieur Perdu no había tenido ocasión de ver a la mujer a la que habían desposeído de su vida con tal brutalidad.

Ahora oía su llanto solitario, que ella intentaba amortiguar desesperadamente, quizá con las manos, o con un trapo de cocina. Perdu se preguntó si debía hacerle notar su presencia, pero eso, pensó, tal vez la incomodara. Optó por ir a buscar el jarrón y la silla.

Recorrió lentamente el espacio que separaba su piso del de ella,

una y otra vez. Sabía muy bien lo traicionero que podía ser aquel viejo e imponente edificio: qué tablones del suelo crujían, qué paredes, levantadas con posterioridad, eran más finas y dónde los huecos ocultos en los muros actuaban como altavoces.

Cuando se inclinaba sobre el puzle del mapa de dieciocho mil piezas que tenía en la sala de estar, la cual, por lo demás, estaba desnuda, el edificio le dejaba oír la vida de los otros.

Menudas broncas tenían los Goldenberg (él: «¿Es que ni siquiera...? ¿Por qué eres tan...? ¿Cuántas veces te he dicho...»; y ella: «Y dale, siempre tienes que...» «Nunca haces...» «Ya me gustaría que tú...»). Los conocía desde que eran una pareja de recién casados. Entonces los dos solían reírse juntos. Luego vinieron los hijos y se fueron separando como continentes a la deriva.

Oía la silla de ruedas eléctrica de Clara Violette deslizarse por las alfombras, el suelo de madera y el umbral de las puertas. En una ocasión había visto a la pianista bailar feliz.

Oía a Che y al joven Kofi cuando cocinaban. Che trasteaba con las cacerolas durante mucho rato. El hombre era ciego de nacimiento, pero decía que veía el mundo gracias al olor y al eco que dejan las emociones y los pensamientos de las personas. Che era capaz de percibir si en una estancia reinaba el amor, la vida o el conflicto.

Los domingos, Perdu oía a madame Bomme y al club de viudas reírse como jovencitas con los libros subidos de tono que él les proporcionaba a espaldas de sus parientes amargados.

El número 27 de la rue Montagnard era un mar de indicios de vida cuyo oleaje bañaba las orillas de la silenciosa isla de Perdu.

Llevaba veinte años oyendo a sus vecinos. Los conocía tan bien que a veces le sorprendía lo poco que ellos sabían de él (algo que, de todos modos, le parecía perfecto). No podían sospechar que prácticamente no poseía más muebles que la cama, una silla y un perchero, y que no tenía fruslerías, música, cuadros, álbumes de fotografías, un tresillo ni vajilla (solo lo justo para una persona). Ni tampoco, desde luego, que había elegido voluntariamente esa austeridad.

Las dos estancias que habitaba estaban tan vacías que, cuando tosía, resonaban. En la sala de estar solo había el enorme puzle en forma de mapa extendido en el suelo. El dormitorio contenía un

colchón, la tabla de planchar, una lámpara de lectura y un perchero de ruedas con tres conjuntos de prendas idénticas: pantalón gris, camisa blanca y jersey marrón de pico. En la cocina tenía una cafetera, un bote de metal para el café y una estantería con alimentos, ordenados alfabéticamente. En cuanto a esto último, quizá era de agradecer que nadie lo viera.

Con todo, albergaba sentimientos muy especiales hacia los habitantes de la rue Montagnard 27. Inexplicablemente, se sentía mejor si sabía que ellos estaban bien. E intentaba contribuir en lo posible a que así fuera, sin que se notara. Los libros le ayudaban. Por lo demás, siempre se mantenía en segundo plano, como el fondo de un cuadro, mientras en primer plano se desplegaba la vida.

Había un inquilino reciente, Maximilian Jordan, del tercero, que no le dejaba en paz. Jordan llevaba tapones a medida en los oídos, usaba orejeras y, en los días de frío, además se cubría la cabeza con un gorro de lana. Era un escritor joven que había saltado a la fama de repente con su primera obra y que, desde entonces, huía continuamente de sus admiradoras, que de buena gana se habrían ido a vivir con él. Jordan sentía un extraño interés por monsieur Perdu.

Cuando Perdu dispuso la silla y el jarrón delante de la puerta del piso de enfrente, el llanto cesó. En su lugar oyó el crujido del suelo de madera, que alguien intentaba pisar sin hacer ruido.

Espió por el ventanillo de vidrio opalino de la puerta verde y luego llamó dos veces, con mucha delicadeza.

Un rostro se acercó. Un óvalo impreciso y luminoso.

—¿Sí? —susurró el óvalo.

—Le he traído una silla y una mesa.

El óvalo no dijo nada.

«Debo hablarle en voz baja. Ha llorado tanto que seguramente se siente seca por dentro; si le hablo demasiado fuerte se puede desmoronar.»

—Y un jarrón. Para poner flores. Unas flores rojas, por ejemplo. Quedarán muy bien en la mesa blanca.

Tenía la mejilla prácticamente apretada contra el cristal.

—También le puedo regalar un libro —dijo Perdu.

La luz de la escalera se apagó.

—¿Qué libro? —susurró el óvalo.

—Uno que le sirva de consuelo.

—Pero aún tengo que llorar más. Si no, me ahogaré, ¿comprende?

—Por supuesto. Hay quien vive bañándose en las lágrimas que no ha derramado; si uno se las guarda para sí, puede llegar a ahogarse. —«Y yo estoy en el fondo de uno de esos mares»—. Así pues, le traeré un libro para llorar.

—¿Cuándo?

—Mañana. Pero prométame que antes de seguir llorando comerá y beberá algo.

No se explicaba cómo se atrevía a decirle esas cosas. Seguramente se debía a la puerta que los separaba.

El cristal se empañó con el aliento de ella.

—Sí —respondió la mujer—, sí.

Cuando la luz de la escalera volvió a encenderse, el óvalo retrocedió asustado.

Monsieur Perdu posó un instante la mano en el cristal. En el lugar exacto donde acababa de estar el rostro de ella.

«Y si necesita cualquier otra cosa (una cómoda, un pelador de patatas), se la compro y le digo que es mía.»

Luego regresó a su piso vacío y corrió el pestillo. La puerta de la habitación oculta por la montaña de libros seguía abierta. Cuanto más rato miraba su interior, más le parecía que el verano de 1992 brotaba del suelo y cobraba forma. El gato de patas blancas saltó de la cama turca y se desperezó. El sol acarició una espalda desnuda, que se volvió hacia él y se convirtió en ***. Ella miró sonriente a monsieur Perdu, abandonó su posición de lectura y se levantó para acercársele, desnuda, con un libro en la mano.

—¿Ya estás preparado? —preguntó ***. Monsieur Perdu cerró la puerta de golpe.

«No.»

3

—No —volvió a decir monsieur Perdu la mañana siguiente—. No pienso venderle este libro.

Quitó con suavidad *La noche* de la mano de su clienta. De todas las novelas que tenía en la librería flotante, conocida como La farmacia literaria, ella había tenido que escoger precisamente el famoso best seller de Maximilian, alias Max Jordan. El muchacho portaorejeras del tercer piso de la rue Montagnard.

La clienta miró al librero estupefacta.

—¿Y se puede saber por qué?

—Max Jordan no le conviene.

—¿Max Jordan no me conviene?

—Exacto. No es su tipo.

—Oh, vaya. Mi tipo. Disculpe, *mon cher* monsieur, pero le recuerdo que en su librería flotante yo solo busco libros, no un esposo.

—Si me permite, *ma chère* madame, lo que lea será más determinante para usted a la larga que el hombre con quien se case.

Ella lo miró con enojo.

—Deme el libro, métase el dinero en el bolsillo y así ambos podremos hacer como si este fuera un buen día.

—Hoy es un buen día; de hecho, posiblemente mañana empiece el verano. Pero usted no conseguirá este libro. No de mí. ¿Me permite que le muestre otros?

—¿Pretende endosarme un clásico anticuado que a usted le da pereza echar por la borda para que se lo coman los peces?

Aunque al principio la mujer había hablado quedamente, poco a poco fue alzando la voz.

—Los libros no son huevos. Que un libro tenga unos cuantos

años no significa que sea malo —dijo monsieur Perdu, que también había empezado a levantar el tono—. ¿Y qué significa viejo? La vejez no es una enfermedad. Todo envejece. También los libros. ¿Acaso usted, o cualquier otra persona, tiene menos valor, menos importancia, por llevar más tiempo en este mundo?

—Resulta realmente ridículo ver cómo tergiversa las cosas solo porque, en su opinión, *La noche* no me conviene.

La clienta, o mejor dicho, la no-clienta, arrojó el monedero en su elegante bolso y tiró de la cremallera para cerrarlo, pero esta se encalló.

Perdu sintió que algo se agitaba en su interior. Un sentimiento incontrolado, rabia, tensión, algo que nada tenía que ver con esa mujer. Sin embargo, no logró contenerse. Salió detrás de ella, que empezaba a recorrer con pasos airados la cubierta del barco donde él tenía la librería, y le gritó desde las largas estanterías en penumbra.

—Usted decide, madame: puede marcharse y maldecirme. O, desde este momento, ahorrarse miles de horas de tormentos futuros.

—Muchas gracias, pero llega usted tarde. Ya estoy en ello.

—Entréguese a la protección de los libros en lugar de a relaciones inútiles con hombres que la tratarán mal de todos modos, o a la locura de unas dietas estúpidas solo porque para un hombre no está usted lo bastante delgada y, para otro, no es lo bastante tonta.

Ella se detuvo junto al gran ventanal con vistas al Sena y miró con rabia a Perdu.

—¿Cómo se atreve?

—Los libros protegen de la estupidez. De esperanzas vanas. De hombres equivocados. Revisten de amor, de fuerza, de conocimientos. Son vida desde el interior. Escoja un libro o...

Antes de que pudiera terminar la frase, pasó junto a ellos un buque turístico parisino. Apoyadas en la barandilla, un grupo de mujeres chinas se resguardaban bajo paraguas. En cuanto vieron la famosa farmacia literaria flotante de París empezaron a hacer fotografías.

La embarcación arrojó olas de color azul verdoso contra la orilla y sacudió la librería flotante.

La clienta se balanceó sobre sus elegantes tacones. Perdu le

tendió, en lugar de la mano, *La elegancia del erizo*.

Ella asió la novela por reflejo y la retuvo con firmeza. Perdu tampoco la soltó y, en un tono tranquilo, cariñoso y no muy fuerte, le dijo a la desconocida:

—Necesita una habitación para usted sola. Sin demasiada luz, con un gato joven que le haga compañía. En cuanto a este libro, léalo despacio, por favor. Así se irá tranquilizando. Le hará reflexionar mucho y posiblemente también le haga llorar. Por usted. Por estos años. Pero luego se sentirá mejor. Se dará cuenta de que no va a morirse ahora, aunque tenga esa impresión cada vez que ese tipo no se comporta con usted como es debido. Volverá a gustarse y dejará de sentirse fea e ingenua.

Solo cuando terminó de dar esos consejos soltó el libro. La clienta lo miraba de hito en hito. El espanto que reflejaban sus ojos permitió a Perdu entrever que había dado en el blanco; había acertado.

Entonces ella soltó el libro, que cayó al suelo.

—Está usted loco de remate —musitó. Luego se volvió y se encaminó cabizbaja hacia el muelle, balanceándose sobre los tacones por la cubierta repleta de libros.

Monsieur Perdu recogió *La elegancia del erizo*. Al dar contra el suelo, el lomo se había estropeado. Posiblemente tendría que vender la novela de Muriel Barbery a un buquinista, uno de esos libreros de viejo del muelle, por uno o dos euros, y acabaría en una caja con otros libros de lance.

Entonces observó a la clienta. El modo en que se abría paso entre la multitud de curiosos que paseaban. Cómo le temblaban los hombros bajo el vestido.

Lloraba. Lloraba como una persona consciente de que, por supuesto, no iba a venirse abajo por ese pequeño drama y, a la vez, dolida en lo más hondo por la injusticia de que eso le pasara precisamente a ella y en ese momento. A fin de cuentas, ya le habían infligido una herida, brutal y profunda. ¿Acaso no era suficiente? ¿Era preciso que encima se lo echara en cara un librero odioso?

Monsieur Perdu supuso que la mujer, en su escala personal de valoración de idiotas, con una puntuación del uno al diez, le había otorgado a él, el valiente de tres al cuarto con su tonta farmacia

literaria, un doce.

No podía más que darle la razón. Su arrebato, su obstinación insensible sin duda tenían que ver con lo ocurrido la noche anterior y con la habitación. Normalmente era más paciente. No solía haber deseo, crítica o rareza de su clientela que le afectara. Distinguía tres categorías: en primer lugar, los clientes para quienes los libros eran el único soplo de aire fresco en el ambiente asfixiante de la rutina diaria. Eran los favoritos de monsieur Perdu. Confiaban en que él les diría lo que necesitaban. También le confesaban sus debilidades, como «Por favor, nada de novelas con montañas, ascensiones o vistas panorámicas: tengo vértigo». Algunos le cantaban canciones infantiles; de hecho, era habitual que se las tararearan —«Mmm, mmm, da, da, da..., la reconoce, ¿verdad?»—, con la esperanza de que el corpulento librero las recordaría y les daría un libro en el que las melodías de la infancia tuvieran un papel destacado. En la mayoría de los casos, lo conseguía. Hubo un tiempo en el que él cantaba mucho. La segunda categoría de clientes solo subía al *Lulu*, la librería flotante del embarcadero de Champs Élysées, atraídos por el nombre: La farmacia literaria.

Compraban postales originales («Leer perjudica los prejuicios» o «Quien lee no miente, al menos no a la vez») y libros en miniatura metidos en frascos marrones de medicamentos, o bien se hacían fotografías.

No obstante, esos clientes resultaban casi encantadores comparados con los de la tercera categoría: los que se tenían por reyes y, por desgracia, no se comportaban como tales. Se dirigían a Perdu con tono reprobador, sin siquiera saludarlo ni mirarlo a la cara, manoseaban los libros con los dedos grasientos de haber comido patatas fritas y le preguntaban: «¿No tendrá esparadrapo con poemas? ¿Y papel higiénico con narraciones de asesinatos por entregas? ¿Y por qué no vende almohadas de viaje hinchables? No estaría fuera de lugar en una farmacia literaria...».

La madre de Perdu, Lirabelle Bernier, de casada señora Perdu, le había sugerido que vendiera alcohol para fricciones y medias de compresión para la circulación. A partir de cierta edad, decía, a las mujeres les pesan las piernas cuando leen sentadas en una butaca. Muchos días, las medias tenían más salida que las obras de ficción.

Gimió.

¿Por qué esa clienta, en un estado tan sensible como el suyo, tenía tantas ganas de leer *La noche*?

Por supuesto que no la habría perjudicado.

Por lo menos, no mucho.

Le Monde había celebrado la novela y alabado a Max Jordan como «la nueva voz de la juventud colérica». La prensa femenina suspiraba por ese «joven de corazón hambriento» y había publicado fotografías de gran tamaño del autor, mayores que las de la cubierta del libro. En ellas Max Jordan parecía asombrado.

Y afligido, se dijo Perdu.

En la primera novela de Jordan pululaban hombres que, por miedo a perder su identidad, no sabían hacer frente al amor más que con odio e indiferencia cínica. Un crítico había ensalzado *La noche* como el «manifiesto del nuevo masculinismo».

En opinión de Perdu, la novela no era para tanto. Era la instantánea desesperada de la vida interior de un joven que amaba por primera vez. El protagonista era incapaz de comprender cómo, sin que él pudiera controlarlo, se iniciaba el amor e, igualmente sin su intervención directa, se acababa. La novela mostraba las tribulaciones del joven al darse cuenta de que no podía decidir por sí mismo a quién amar, ni quién lo amaba, ni en qué momento empezaba y terminaba el amor ni lo espantosamente impredecible que resultaba todo.

El amor, la dictadora temible de los hombres. No era de extrañar que el hombre, como tal, recurriera a la huida ante esa tirana. Millones de mujeres leían el libro para comprender por qué los hombres se comportaban tan brutalmente con ellas. Por qué cambiaban cerraduras, por qué ponían fin a una relación con un mensaje de texto, por qué se acostaban con sus mejores amigas. Todo para burlar a la dictadora, como si le dijeran: «¿Lo ves? A mí no me das miedo. Ah, no. A mí no».

Pero ¿de verdad eso consolaba a las mujeres?

La noche había sido traducida a veintinueve idiomas. Incluso, según le había informado su portera, Rosalette, se había vendido en Bélgica; y respecto a los belgas, bueno, como francés de pura cepa, tenía ciertas reservas fundadas.

Hacía siete semanas que Max Jordan se había mudado al número 27 de la rue Montagnard. Vivía enfrente de los Goldenberg,

en el tercero. Hasta el momento ninguna de sus fans, que lo acosaban con notas en forma de corazón, llamadas y confesiones íntimas, había descubierto la presencia de Jordan. Incluso intercambiaban información sobre él en internet, en un wiki dedicado a *La noche*. Hablaban sobre antiguas novias del escritor (no se le conocía ninguna. La gran pregunta era si aún era virgen), sus excentricidades (llevar orejeras) y sus posibles paraderos (París, Antibes, Londres).

A menudo acudían a La farmacia literaria adictos a *La noche*. Ataviados con orejeras, suplicaban a monsieur Perdu que organizara una lectura con su ídolo. Cuando se lo propuso a su nuevo vecino, de veintiún años, este palideció. Perdu supuso que era miedo escénico.

En su opinión, Jordan era un joven en fuga. Un niño que, sin que nadie se lo hubiera preguntado, había sido proclamado literato. Además, muchos lo consideraban el delator de los devaneos sentimentales masculinos. En la web había foros encendidos contra él, donde escritores anónimos fustigaban la novela de Jordan, se burlaban de ella y recomendaban al autor que hiciera lo mismo que su desesperado protagonista tras descubrir que jamás podría controlar el amor: arrojarse al mar desde un acantilado corso.

Lo fascinante de *La noche* era también lo más peligroso para su autor: hablaba del mundo interior masculino con una sinceridad jamás empleada antes por un hombre. Y echaba por tierra todos los ideales e imágenes varoniles más habituales en la literatura, como «todo un hombre», «un hombre carente de emociones», el «viejo mentecato» o el «lobo solitario». Al respecto, una revista feminista había encabezado una reseña sobre la primera novela de Jordan con el título de «Los hombres solo son personas».

A Perdu le impresionaba el atrevimiento de Jordan, aunque, por otra parte, la novela le parecía un gazpacho que constantemente se derramaba por el borde del plato. El autor destilaba emociones y se presentaba sin ninguna protección. Era la imagen invertida del propio Perdu.

Se preguntó cómo era posible sentir con tal intensidad y, pese a ello, sobrevivir.

4

Perdu atendió a continuación a un inglés que le dijo: «Hace poco vi aquí un libro con una cubierta verde y blanca. ¿Ya se ha traducido?». Perdu descubrió que se trataba de un clásico publicado hacía diecisiete años, que no vendió al inglés, quien en cambio sí compró un libro de poemas. Después ayudó a un mozo a llevar de la carretilla al barco las cajas de libros con los pedidos, y luego atendió a la maestra, siempre algo alterada, de la escuela del otro lado del Sena, que buscaba libros actuales para niños.

Perdu sonó la nariz a una niña que la tenía metida en *La brújula dorada*. Extendió a la madre estresada una factura para que pudiera desgravarse el IVA de la enciclopedia de treinta volúmenes que le compraba a plazos.

La mujer señaló a su hija.

—Esta niña tan rarita dice que quiere habérsela leído entera cuando cumpla veintiún años. Yo ya se lo tengo dicho: «Vale, pues que sea la encipla... enzcloped..., bueno, esa obra de consulta. Pero no tendrá regalos de cumpleaños. Ni de Navidad».

Perdu contempló a la pequeña de siete años y la saludó con la cabeza. La pequeña le devolvió el saludo con seriedad.

—¿Le parece a usted normal? —preguntó la madre, inquieta.

—¿A su edad? Pues me parece valiente, inteligente y correcto.

—Me preocupa que más adelante los hombres la vean tan lista y los espante.

—A los tontos, desde luego, madame. Pero ¿quién quiere a esos? Un hombre tonto es la ruina de cualquier mujer.

La madre, sorprendida, levantó la vista de sus enrojecidas manos, que no dejaba de retorcerse.

—¿Por qué nadie me había dicho esto antes? —inquirió con una

sonrisa tímida.

—¿Sabe qué? —dijo Perdu—. Busque un libro para regalarle a su hija por su cumpleaños. Hoy la farmacia tiene una oferta: «Compre una enciclopedia y le regalamos una novela».

—Es que mi madre nos espera fuera. —La mujer tomó la factura con un gesto automático y gimió—. Mamá dice que quiere irse a una residencia y que he de dejar de preocuparme por ella. Pero me resulta imposible. ¿Usted podría...?

—Yo me encargo de su madre. Usted busque el regalo, ¿de acuerdo?

La mujer obedeció con una sonrisa de agradecimiento. Perdu llevó un vaso de agua a la señora, que aguardaba en el muelle, pues no se atrevía a subir por la pasarela.

Perdu conocía la desconfianza de los ancianos: muchos de sus clientes pasaban de los setenta y él los atendía en tierra, en el banco del parque donde ahora esperaba la señora. Cuanto más avanza su vida, más cuidan los ancianos los buenos tiempos. Nada debe poner en peligro el tiempo que les queda. Por eso dejan de conducir, mandan talar los árboles viejos de delante de sus casas para que no caigan sobre el tejado y no se aventuran por una pasarela de acero de cinco milímetros de grosor tendida sobre un río. Perdu también le llevó un catálogo de libros del tamaño de una revista que ella utilizó como abanico contra el calor del verano. La anciana le invitó a sentarse dando unas palmaditas en el banco.

A Perdu le recordó a su madre, Lirabelle. Tal vez fueran los ojos: parecían despiertos e inteligentes. Se sentó. El Sena refulgía y el cielo se extendía azul y estival sobre sus cabezas. De la place de la Concorde llegaban ruidos y el sonido de bocinas; no había ni un instante de silencio. Después del 14 de abril, la ciudad estaría un poco más vacía; los parisinos se lanzarían a ocupar costas y montañas durante las vacaciones de verano. De todos modos, la ciudad continuaría siendo ruidosa e insaciable.

—¿Usted también lo hace a veces? —preguntó de pronto la anciana—. ¿Eso de mirar fotografías antiguas para ver si en la cara de quienes han muerto es posible atisbar algún indicio de que iban a morir pronto?

Monsieur Perdu negó con la cabeza.

—No.

Con dedos temblorosos, cubiertos de las manchas propias de la edad, la mujer abrió el guardapelo que llevaba colgado al cuello.

—Mire. Mi marido. Se la hizo dos semanas antes de fallecer. Y de pronto te encuentras sola, joven, con una habitación desocupada.

Acarició con el índice la fotografía de su esposo y le dio un golpecito cariñoso en la nariz.

—¡Qué tranquilo está! Como si todos sus planes fueran a convertirse en realidad. Miramos a la cámara y pensamos que siempre será así, y entonces... ¡*bonjour*, eternidad!

Calló.

—De todos modos, yo no permito que me fotografíen —añadió volviendo la cara hacia el sol—. ¿Tiene usted algún libro sobre la muerte?

—Muchísimos —contestó Perdu—. Sobre el envejecimiento, las enfermedades sin remedio, la muerte lenta y la rápida y la solitaria en el suelo de la habitación de un hospital.

—Muchas veces me pregunto por qué no se habrán escrito más libros sobre la vida. A fin de cuentas, morir lo hace cualquiera. Pero ¿vivir?

—Tiene usted razón, madame. Hay tanto que contar sobre la vida. La vida con libros, la vida con niños, la vida para principiantes...

—Pues escríbalo.

«Como si yo pudiera aconsejar a nadie sobre este tema.»

—A mí me gustaría más escribir una enciclopedia de las emociones comunes —admitió—. Como «miedo a los autoestopistas», «orgullo del madrugador» o «vergüenza de los dedos de los pies», esto es, el temor a que los pies de uno puedan ser la causa del desenamoramiento inmediato del otro.

Perdu se preguntó por qué contaba todo aquello a esa desconocida.

No debería haber abierto esa puerta.

La anciana le dio una palmadita en la rodilla. Por un instante Perdu se sobresaltó. Las caricias eran peligrosas.

—La enciclopedia de las emociones —repitió ella riéndose—. Mire, eso de los dedos de los pies sé lo que es. Una enciclopedia de las emociones comunes... ¿Ha oído usted hablar de ese alemán, Erich Kästner?

Perdu asintió. En 1936, poco antes de que Europa quedara sumida en una oscuridad de color marrón intenso, Kästner publicó líricos remedios caseros que extrajo del botiquín poético de sus obras. «Este libro se orienta a la terapia de la vida privada —escribió en el prólogo—. Es adecuado, sobre todo en dosis homeopáticas, para las pequeñas y grandes dificultades de la existencia y sirve como "tratamiento de la vida interior".»

—Kästner fue una de las razones por las que llamé a mi barco de libros La farmacia literaria —explicó Perdu—. Yo quería tratar emociones no reconocidas como dolencias y que los médicos jamás diagnostican. Todos esos sentimientos e inquietudes de poca entidad que no interesan a los terapeutas porque, al parecer, son demasiado nimios e impenetrables. La sensación que se tiene cuando el verano toca a su fin. O cuando te das cuenta de que ya no tienes toda la vida para encontrar tu lugar. Ese pequeño dolor cuando la amistad no llega hasta el fondo y es preciso seguir buscando un compañero de vida. La melancolía de las mañanas de cumpleaños. La añoranza del aire de la infancia. Cosas así.

Se acordó de que en una ocasión su madre le había confiado un mal para el que no encontraba remedio. «Hay mujeres que solo miran los zapatos, nunca la cara. Y otras que miran siempre la cara y pocas veces los zapatos.» Lirabelle prefería a las segundas; con las primeras, decía, se sentía humillada e infravalorada.

Precisamente para paliar esos padecimientos inexplicables y, sin embargo, reales, había comprado el barco —que entonces era una gabarra de carga y se llamaba *Lulu*—, lo había renovado con sus propias manos y lo había llenado de libros, que constituían el único remedio para numerosas e indefinibles enfermedades.

—Escríbala. La enciclopedia de las emociones para farmacéuticos literarios. —La mujer se irguió en el banco y adoptó una expresión más animada y vivaz—. En la «c» incluya la «confianza en desconocidos». Esa extraña sensación que se da en los trenes, por la que somos capaces de abrirnos mucho más con un desconocido que con la propia familia. Y también está el «consuelo del nieto», que es la sensación de que la vida sigue.

Se calló, ensimismada.

—Vergüenza de los dedos de los pies. Yo la padecí. Y, sin embargo, a él le gustaban los míos.

En cuanto la abuela, la madre y la hija se despidieron, Perdu pensó en que se decía que los libreros se ocupan de los libros.

Pero en realidad se ocupan de las personas.

Cuando a mediodía disminuyó un poco el ir y venir de clientes —para los franceses la comida es más sagrada que el Estado, la religión y el dinero juntos—, Perdu barrió la pasarela y removió con la escoba de cerdas un nido de arañas de los puentes. Entonces vio a Kafka y Lindgren aproximándose tranquilamente bajo los árboles de la orilla. Había bautizado así a los dos gatos callejeros que le visitaban a diario porque habían demostrado tener ciertas preferencias. Al macho gris con collar de pelo blanco le gustaba afilarse las garras en las *Investigaciones de un perro* de Franz Kafka, una fábula que muestra el mundo humano desde el punto de vista canino. En cambio a Lindgren, de pelaje rojo y blanco y largas orejas, le encantaba acurrucarse junto a los libros de Pippi Calzaslargas. Era una gata hermosa, de mirada simpática, que asomaba desde las profundidades de las estanterías y contemplaba atentamente a todos los visitantes. A veces, Lindgren y Kafka le hacían un favor a Perdu y se abalanzaban de repente desde uno de los estantes superiores sobre algún cliente de la tercera categoría, de esos de los dedos grasientos.

Los dos gatos instruidos aguardaron hasta tener la certeza de que podían subir a bordo con seguridad, sin la amenaza de unos pies grandes y torpes. Una vez en el barco, se restregaron con maullidos contra los tobillos del librero.

Monsieur Perdu se quedó inmóvil. Por un brevísimo instante se permitió abrir su caparazón defensivo y disfrutó del calor de los gatos. De su suavidad. Durante unos segundos se dejó llevar con los ojos cerrados por aquella sensación infinitamente delicada en las pantorrillas.

Esos casi arrumacos eran las únicas caricias en la vida de monsieur Perdu.

Las únicas que consentía.

Aquel momento tan precioso terminó de repente cuando, detrás de la estantería donde Perdu tenía los libros contra las cinco calamidades de la gran ciudad (la prisa, la indiferencia, el calor, el ruido y —naturalmente aplicable de forma global— los conductores de autobús con tendencias sádicas), se oyó un acceso de tos

infernal.

5

Los gatos se deslizaron rápidamente hacia la penumbra y buscaron en la cocina la lata de atún que Perdu ya les había preparado.

—¿Hola? —dijo monsieur Perdu en voz alta—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No busco nada —resolló Max Jordan.

El autor del best seller se asomó vacilante, con un melón en cada mano. Lucía las habituales orejeras.

—¿Llevan ustedes tres mucho rato aquí, monsieur Jordan? —preguntó Perdu en un tono falsamente severo.

Jordan asintió; el rubor de vergüenza le llegó hasta la punta de sus oscuros cabellos.

—He entrado cuando usted se negó a vender mi libro a esa señora —dijo entristecido.

«Oh, vaya. Ciertamente, un momento inoportuno.»

—¿Tan malo le parece?

—No —respondió Perdu de inmediato. Jordan habría interpretado como un «sí» la menor vacilación. No había ninguna necesidad de hacerle eso. Por otra parte, el libro no le parecía nada malo.

—Entonces ¿por qué le ha dicho que no le convenía?

—Señor..., eh...

—Llámeme Max.

«Si lo hago, el joven podría llamarme por mi nombre de pila.»

La última persona que lo había hecho, con esa voz suya de chocolate caliente, había sido ***.

—De momento dejémoslo en monsieur Jordan, ¿de acuerdo? Mire, yo vendo libros como si fueran medicamentos. Algunos libros

pueden ser tolerados por un millón de personas. Y otros, por solo cien. Incluso hay medicamentos, perdón, libros, escritos para una sola persona.

—¡Oh, vaya! ¿Para una? ¿Una sola? ¿Y para eso tantos años de trabajo?

—¡Pero de ese modo se logra salvar una vida! Esa clienta no necesitaba ahora *La noche*, no habría podido asimilar la novela. Tiene demasiados efectos secundarios.

Jordan reflexionó. Contempló los miles de libros que había en el barco, en las estanterías, sobre los asientos y dispuestos en pilas.

—Pero ¿cómo sabe usted qué problema tiene la gente y qué efectos secundarios pueden sufrir?

¿Cómo explicar a Jordan que no sabía muy bien cómo lo hacía?

Perdu utilizaba el oído, la vista y la intuición. Tras una charla, era capaz de intuir lo que necesitaba su interlocutor. Al ver un cuerpo, su postura, su movimiento, sus gestos, percibía en cierta medida qué sentimientos lo oprimían o abrumaban. Poseía, en fin, lo que su padre llamaba «percepción trascendental». «Eres capaz de ver y oír más allá del camuflaje que utiliza la mayoría de las personas. Y así descubres lo que les preocupa, cuáles son sus sueños y qué necesitan.»

Todas las personas tienen un don y el suyo era esa «percepción trascendental».

Uno de sus clientes habituales, el terapeuta Eric Lanson, que tenía el consultorio cerca del palacio del Elíseo y trataba a funcionarios, le había confesado que envidiaba su «habilidad psicométrica de evaluar la mente con mayor acierto que un terapeuta con treinta años de escucha ininterrumpida».

Lanson acudía todos los viernes por la tarde a La farmacia literaria. Sentía una apasionada inclinación por la literatura fantástica de espadas y dragones e intentaba provocar una sonrisa al librero psicoanalizando a los personajes. Le enviaba a políticos y al extravagante personal que los rodeaba con «recetas» en las que definía las neurosis en un código literario: «kafkiano con cierto toque Pynchon», «Sherlock, totalmente irracional» o «síndrome agudo de Potter-bajo-la-escalera».

Para Perdu era todo un desafío introducir en la vida de los libros a personas (hombres, por lo general) que trataban a diario con la

avaricia, con el abuso de poder y con tareas de oficina que, como la de Sísifo, no conducían a ningún sitio. ¡Qué satisfacción cuando una de esas maltratadas máquinas de decir sí abandonaba un trabajo que hasta entonces le había arrebatado cualquier resquicio de individualidad! A menudo un libro desempeñaba un papel decisivo en esa liberación.

—Verá usted, Jordan. —Perdu intentó explicárselo de otro modo —. Un libro es médico y medicina a la vez. Ofrece el diagnóstico y la terapia. Cuando vendo libros, intento casar las novelas adecuadas con las dolencias correspondientes.

—Ya lo entiendo. Mi novela era un dentista cuando, de hecho, lo que necesitaba la señora era un ginecólogo.

—Bueno... No.

—Ah, ¿no?

—Evidentemente, los libros no solo son médicos. Hay novelas que son agradables compañeras de vida. Otras son como bofetadas. Algunas son como la novia que te envuelve con una toalla de baño caliente cuando en otoño te pones melancólico. Y otras..., bueno, otras son como algodones de azúcar de color rosa: provocan un hormigueo en el cerebro durante tres segundos y después dejan un vacío feliz. Como una relación esporádica, ardiente y fugaz.

—Entonces *La noche* vendría a ser como una aventurilla pero literaria. Algo así, ¿no?

Maldita sea, con los escritores no hay que hablar de sus libros. Una regla antigua de los libreros.

—No. Los libros son como las personas, y las personas son como libros. Le diré cómo lo hago. Me pregunto: ¿es él, o ella, el personaje principal de su propia vida? ¿Qué es lo que le mueve? ¿Es acaso un personaje secundario en su propia historia? ¿Está a punto de abandonar su papel en ella porque la pareja, la profesión, los niños o su trabajo se lo comen?

Max Jordan abrió los ojos con asombro.

—Tengo unas treinta mil historias en la cabeza. No es mucho, ¿sabe? Tenga en cuenta que solo en Francia hay disponibles más de un millón de títulos. Aquí tengo las ocho mil obras más útiles, como remedios de urgencia, pero también preparo fórmulas magistrales. Fabrico medicamentos basados en letras: como un libro de cocina con recetas que combinan a la perfección. Una novela donde la

heroína se parece a la lectora y poemas capaces de provocar lágrimas que, si se tragan, son perjudiciales. Escucho con esto... —Perdu se señaló el plexo solar—. Y por aquí —dijo rascándose la coronilla—. Y por aquí también. —Se señaló el labio superior. Cuando le picaba ahí...

—Pero eso no es posible...

—¡Por supuesto que sí!

Lo conseguía con el 99,99 por ciento de las personas. Había algunas a las que no podía percibir de ese modo trascendental.

Por ejemplo, no podía percibirse a sí mismo de esa forma.

«Pero en este momento no hace falta que monsieur Jordan lo sepa.»

Mientras Perdu explicaba todo esto a Jordan, un pensamiento peligroso le había sobrevenido inopinadamente y ahora campaba por su conciencia.

«¡Cómo me hubiera gustado tener un hijo! Con ***. Con ella me habría gustado tener cualquier cosa.»

Perdu intentó tomar aire.

Desde que había abierto la habitación prohibida, algo había cambiado. Su coraza de cristal se había resquebrajado, habían aparecido unas fisuras finísimas; si no lograba sobreponerse, todo se haría añicos.

—Parece como si... le faltara el aire. —Perdu oyó la voz de Max Jordan—. No quería ofenderle. Solo tenía curiosidad por saber qué hace la gente cuando usted le dice: «No pienso venderle esto. No le conviene».

—¿Esa gente? Se marcha. ¿Y usted? ¿Qué tal su próxima obra, monsieur Jordan?

El joven escritor se dejó caer con los melones en una butaca rodeada de montones de libros.

—Nada. Ni una línea.

—Oh. ¿Y cuándo tiene que entregarlo?

—Hace medio año.

—Vaya. ¿Y cómo se lo ha tomado la editorial?

—Mi editora no sabe dónde estoy. Nadie lo sabe. Y nadie debe saberlo. Soy incapaz. No puedo escribir más.

—Oh.

Jordan apoyó la frente en los melones.

—¿Qué hace usted cuando no puede más, monsieur Perdu? —preguntó con voz cansada.

—¿Yo? Nada.

«Casi nada.

»Deambulo de noche por París hasta quedar exhausto. Limpio el motor de *Lulu*, la cubierta, las ventanas, mantengo el barco listo para zarpar, hasta el último tornillo, aunque hace más de dos décadas que no navega.

»Leo libros, veinte a la vez. Leo en cualquier parte: en el baño, en la cocina, en el bar, en el metro. Hago puzles grandes como el suelo de una habitación, los desbarato cuando los termino y empiezo de nuevo. Alimento gatos sin dueño. Coloco los alimentos por orden alfabético. A veces tomo pastillas para dormir. Leo a Rilke para despertar. No leo libros donde salgan mujeres como ***. Me paralizo. Sigo adelante. Todos los días lo mismo. Solo así sobrevivo. Por lo demás, no hago nada.»

Perdu hizo un gesto enérgico. El joven le había pedido ayuda; no le interesaba saber cómo se sentía él. Así que manos a la obra.

El librero sacó de la pequeña y nostálgica caja fuerte que tenía detrás del mostrador un tesoro muy preciado: *Las luces del sur*, de Sanary. El único libro escrito por Sanary. Al menos, con ese nombre. Sanary —por Sanary-sur-Mer, una localidad de la costa sur de la Provenza, otrora refugio de escritoras y escritores— era el seudónimo de un autor desconocido.

Duprés, el que fuera editor de ese escritor o escritora, vivía actualmente en una residencia de ancianos en las afueras de París, sufría alzheimer y tenía un carácter jovial. En las visitas que Perdu le había hecho, Duprés le había brindado dos docenas de historias distintas sobre la identidad de Sanary y cómo había llegado el manuscrito a su poder.

Monsieur Perdu había continuado investigando.

Llevaba dos décadas analizando el libro, el ritmo del lenguaje, el léxico y la cadencia de las frases, y había comparado el estilo y el tema con los de otros autores. Había obtenido doce nombres posibles: siete mujeres, cinco hombres.

Perdu quería tener la oportunidad de darle las gracias a uno de ellos. Porque *Las luces del sur* de Sanary era lo único capaz de conmoverle sin hacerle daño. Leer esa obra era una dosis

homeopática de felicidad. La única dulzura que aliviaba su pesar, un arroyo fresco en el terreno arrasado de su alma.

No era una novela en el sentido clásico de la palabra, sino una historia breve sobre los distintos tipos de amor. Con palabras misteriosas e inventadas, impregnadas de una gran vitalidad. La melancolía con que se narraba la imposibilidad de vivir de verdad todos los días, de comprender a diario que el día es lo que es: algo único, irrepetible y precioso... ¡Ah, cómo conocía él ese estado de ánimo!

Entregó a Jordan el último ejemplar que le quedaba.

—Léala. Tres páginas todas las mañanas, tumbado y antes de desayunar. Tiene que ser lo primero que le entre. Dentro de unas semanas no se sentirá tan afligido. Dejará de tener la sensación de que su bloqueo es una forma de penitencia por el éxito obtenido.

Max lo miró asustado entre los melones y le espetó a bocajarro:

—¿Cómo sabe esas cosas? ¡La verdad es que no soporto el dinero ni el maldito éxito! Ojalá no me hubiera pasado nada de todo esto. A quien logra algo, se le odia, no se le ama.

—Max Jordan, si yo fuera su padre le pegaría un bofetón ahora mismo por esas palabras tan estúpidas. Es bueno que su libro haya triunfado y tiene bien merecidos el éxito y todos y cada uno de los céntimos ganados.

De pronto, el rostro de Jordan refulgió de alegría y orgullo.

«Pero ¿qué he dicho? “Si yo fuera su padre.”»

Max Jordan tendió contento los melones a Perdu. Olían muy bien. Un perfume peligroso. Muy próximo a un verano con ***.

—¿Almorzamos juntos? —preguntó el escritor.

El muchacho de las orejeras lo sacaba de quicio, pero hacía tiempo que Perdu no comía acompañado.

«Y a *** le hubiera gustado este chico.»

En cuanto tuvieron los melones cortados en rajas, se oyó el repiqueteo de unos tacones elegantes en la pasarela del barco.

Al poco, la clienta de la mañana se asomó por la puerta de la cocina. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto, pero su mirada era clara.

—De acuerdo —dijo—. Deme esos libros que me convienen, y al diablo con los tipos a los que no les importo.

Max se quedó boquiabierto.

6

Perdu se remangó su camisa blanca, se cercioró de que llevaba bien colocada la corbata negra, se quitó las gafas de lectura, que utilizaba desde hacía poco, y con un gesto de deferencia acompañó a la clienta hasta el corazón de su mundo literario: la butaca de lectura con reposapiés y vistas a la torre Eiffel a través de la ventana delantera, de dos metros de alto por cuatro de ancho. Como no podía ser de otro modo, había una mesita auxiliar para dejar los bolsos, regalo de Lirabelle, su madre. Y, al lado, un viejo piano que Perdu mandaba afinar dos veces al año a pesar de que no sabía tocarlo.

Formuló algunas preguntas a la clienta, que se llamaba Anna. Profesión, hábitos matutinos, animal preferido de su infancia, pesadillas de los últimos años, libros leídos recientemente... Y si su madre le había dicho cómo debía vestirse.

Se trataba de preguntas algo íntimas, pero no demasiado. Era preciso formularlas y luego callar.

La escucha silenciosa era fundamental para la evaluación básica del estado anímico.

Según contó, Anna se dedicaba a la publicidad en televisión. «En una agencia con tipos que han superado la fecha de caducidad y para quienes las mujeres son un cruce entre la máquina de café y el sofá.» Todas las mañanas tenía que ponerse tres despertadores para salir de su sueño profundo. Se duchaba con agua caliente para protegerse de la frialdad del día.

En la infancia había sentido predilección por los loris perezosos, unos pequeños primates encantadores y muy comodones que siempre tienen la nariz húmeda.

De pequeña le gustaba llevar unos pantalones cortos de piel

rojos, lo que escandalizaba a su madre. A menudo soñaba que se hundía en arenas movedizas vestida únicamente con una camiseta interior y delante de unos hombres importantes. Todos ellos, absolutamente todos, querían quedarse con su camiseta, pero ninguno la ayudaba a salir del brete.

—Nunca me ha ayudado nadie —se repitió a sí misma, en voz baja y con tono amargo. Miró a Perdu con los ojos brillantes—. ¿Qué le parece? ¿A que soy boba?

—En absoluto —respondió él.

La última vez que Anna había leído de verdad fue cuando estudiaba en la universidad. *Ensayo sobre la ceguera*, de José Saramago. La había desconcertado.

—No me extraña —contestó Perdu—. Ese libro no es para personas que empiezan a vivir. Es más adecuado para quienes se encuentran en la mitad de la vida. Para los que se preguntan adónde narices ha ido a parar la primera parte. Para quienes alzan la vista por encima de la punta de los dedos de los pies, los cuales han puesto uno delante del otro con gran aplicación sin ver hacia dónde corrían con tanta diligencia y mansedumbre. Ciegos a pesar de ver. Solo los ciegos de la vida necesitan la fábula de Saramago. Usted, Anna, todavía es capaz de ver.

Anna no había leído nada más después. Había trabajado. Demasiado, muchas horas, acumulando cada vez más cansancio. Hasta la fecha no había logrado que un hombre saliera en un anuncio de artículos de limpieza o de pañales.

—La publicidad es el último reducto de los patriarcas —les dijo a Perdu y a Jordan, que la escuchaba atentamente—. Por delante del ejército. Solo en los anuncios el mundo conserva el orden debido.

Después de todas esas confesiones se reclinó en el respaldo. «¿Y bien? —preguntaba su semblante—. ¿Tengo remedio? Dígame la verdad, aunque sea dolorosa.»

Sus respuestas no influyeron en absoluto en la selección de libros de Perdu. Solo le sirvieron para familiarizarse con la voz de Anna, con las inflexiones de tono y las expresiones que le eran propias.

Perdu recopilaba las palabras que destacaban vivamente en el flujo de frases generales. Esas palabras luminosas le permitían saber

cómo la mujer veía, olía y sentía la vida. Lo que era realmente importante para ella, lo que la preocupaba y cómo se sentía en ese momento. Lo que quería ocultar debajo de los nubarrones verbales. Su pesar y sus anhelos.

Monsieur Perdu pescaba esas palabras. Anna decía a menudo: «Ese no era el plan», «No había contado con eso». Hablaba de «innumerables» intentos y de «pesadillas al cuadrado». Vivía en las matemáticas, en un entorno de cultura tecnológica que dejaba de lado la irracionalidad y las estimaciones subjetivas. Se prohibía emitir juicios intuitivos o considerar posible lo imposible.

Sin embargo, eso era solo una parte de lo que Perdu escuchaba y tenía en cuenta: lo que hacía infeliz el alma. Había una segunda parte: lo que la hacía dichosa. Él sabía que la naturaleza de las cosas por las que una persona siente afecto conforma también su lenguaje.

Madame Bernard, la propietaria del número 27 de la rue Montagnard, trasladaba su amor por los tejidos a las casas y las personas. La expresión «tiene los modales de una camisa de poliéster mal planchada» era una de sus favoritas. La pianista, Clara Violette, se expresaba sirviéndose de la música: «Para la señora Goldenberg, su hija pequeña es una gaita». El tendero Goldenberg veía el mundo a través del sabor y hablaba de personajes «podridos» o de cargas «demasiado maduras». Su pequeña, Brigitte, la «gaita», adoraba el mar, el imán de las personas sensibles. La muchacha, de catorce años, y de una belleza precoz, había comparado a Max Jordan con «las vistas de Cassis sobre el mar», «profundo y distante». Como no podía ser de otro modo, la gaita estaba totalmente prendada del escritor. Hasta hacía poco, Brigitte había querido ser chico. Ahora, en cambio, tenía prisa por convertirse en una mujer.

Perdu se prometió regalarle pronto a Brigitte un libro que pudiera servirle de balsa salvavidas en el mar del primer amor.

—¿Es usted de las que se excusan por todo? —le preguntó a Anna. Las mujeres tendían a sentirse más culpables de lo que eran.

—¿Quiere decir con frases del tipo: «Perdona, pero todavía no he terminado de hablar», o bien: «Perdona, pero me he enamorado de ti y eso no te traerá más que problemas»?

—Ambas. Todo tipo de disculpas. Puede que se haya

acostumbrado a sentirse culpable por lo que es usted. A menudo no somos nosotros los que imprimimos nuestro sello a las palabras, sino que son las palabras que utilizamos con frecuencia las que nos marcan.

—¿Sabe que es un librero muy fuera de lo común?

—Lo sé, *mademoiselle* Anna.

Monsieur Perdu pidió a Jordan que les llevara una docena de libros de la «biblioteca de las emociones».

—Aquí tiene, querida. Novelas para la obstinación, obras divulgativas para cambiar el modo de pensar, poemas para la dignidad.

Libros sobre los sueños, sobre la muerte, sobre el amor y sobre la vida bohemia. Dejó a los pies de Anna baladas místicas, antiguas historias descarnadas de abismos, caídas al vacío, peligros y traiciones. Al poco, ella se encontró cercada por pilas de libros, igual que en otros tiempos, en las zapaterías, las mujeres quedaban rodeadas de cajas de cartón.

Perdu quería que Anna se sintiera protegida, como en un nido. Que descubriera la infinidad que ofrecían los libros. Siempre habría suficientes. Nunca dejarían de amar a un lector o a una lectora. Eran de fiar en todo lo imprevisible. En la vida. En el amor. Después de la muerte.

De repente Lindgren dio un salto atrevido y fue a parar sobre el regazo de Anna, donde se acomodó ronroneando, pata sobre pata. La publicista, siempre estresada, desdichada en el amor y azorada por un continuo sentimiento de culpa, se reclinó en la butaca, aflojó los hombros tensos y liberó los pulgares, que había tenido ocultos dentro de los puños. El rostro se le relajó. Estaba leyendo.

Monsieur Perdu observó cómo lo que leía le marcaba el semblante desde el interior. Vio que Anna hallaba dentro de sí misma una caja de resonancia que reaccionaba con las palabras. Era como un violín que estuviera aprendiendo a sonar solo.

Al vislumbrar la pequeña felicidad de Anna, se le estremeció el corazón.

«¿No habrá acaso algún libro que me pueda enseñar a mí a entonar la canción de la vida?»

7

Mientras monsieur Perdu se encaminaba hacia la rue Montagnard se preguntó qué le parecería a Catherine esa calle tan tranquila dentro del bullicioso Marais. «Catherine», murmuró. Ca-the-rine. ¡Qué fácil era pronunciar su nombre!

Realmente asombroso.

¿Era el número 27 de la rue Montagnard un exilio involuntario para ella? ¿Vería el mundo desde el reproche que su marido le había hecho al decirle «Ya no te deseo»?

Pocas veces pasaba por esa calle alguien que no viviera en ella. Los edificios no tenían más de cinco plantas y cada fachada era de un color pastel distinto. Hacia abajo, la rue Montagnard estaba flanqueada por una peluquería, una panadería, una tienda de vinos y un estanco regentado por un argelino. El resto eran pisos, consultorios y oficinas, hasta llegar al final de la calle, con una rotonda donde se podía cambiar de sentido.

En ella destacaba el Ti Breizh, un bistró bretón de toldo rojo que ofrecía unas *galettes* delicadas y deliciosas.

Monsieur Perdu entró para dejar a Thierry, el camarero, un lector de libros electrónico que le había regalado el comercial estresado de una editorial. Para un lector compulsivo como Thierry, capaz de meter la nariz entre las páginas de una novela incluso entre dos pedidos y que tenía la espalda encorvada de tanto acarrear libros («Solo respiro cuando leo, Perdu»), esos aparatos eran el invento del siglo. Para los libreros, otro clavo en el ataúd.

Thierry quiso invitarle a una copa de lambig, un tipo de sidra de Bretaña.

—Hoy no —rechazó Perdu. Siempre decía lo mismo. Él no tomaba alcohol. Ya no.

Cada sorbo abría una fisura en el dique de contención interior contra el que se agitaba un mar de pensamientos y emociones. Lo sabía. Durante una temporada se había dado a la bebida: fue la época de los muebles rotos.

Ese día, además, tenía un motivo especial para rechazar la invitación de Thierry: quería llevar sin tardanza a madame Catherine, antes madame Le P., unos «libros para llorar».

Al lado del Ti Breizh destacaba el toldo verde y blanco de la tienda de comestibles de Joshua Goldenberg. Este le salió al paso en cuanto lo vio acercarse.

—Verá usted, monsieur Perdu... —empezó a decir, titubeante.

«Oh, no. ¿No irá a pedirme libros eróticos?»

—... se trata de Brigitte. Creo que la niña se está convirtiendo..., bueno, mmm..., en una mujer. Y eso conlleva ciertos problemas. ¿Comprende lo que quiero decir? ¿Tendría usted un libro para eso?

Por suerte no iba a ser una conversación de hombre a hombre sobre literatura para onanistas. Solo era un padre que, desesperado ante la pubertad de su hija, se preguntaba cómo afrontar la educación sexual de la chica antes de que ella encontrara al hombre equivocado.

—¿Por qué no viene a una reunión del grupo de padres?

—No sé yo si... ¿No sería mejor que fuera mi mujer?

—Bueno, entonces vengan los dos. Es el primer miércoles de cada mes, a las ocho. Luego podrían salir a cenar juntos.

—¿Yo? ¿Con mi mujer? ¿Y para qué?

—Seguramente a ella le gustaría.

Monsieur Perdu reanudó la marcha antes de que Goldenberg tuviera ocasión de echarse atrás.

«De todas formas no vendrá.»

Como no podía ser de otro modo, al final solo asistían madres a la reunión..., y no precisamente para hablar sobre la educación sexual de sus hijos, que ya habían alcanzado la edad para tener relaciones. La mayoría de ellas querían libros de educación sexual para hombres hechos y derechos, obras que explicaran a los caballeros dónde tienen las mujeres la parte de arriba y la de abajo.

Perdu introdujo el código de acceso en la puerta principal del edificio y la abrió. Apenas había avanzado un metro cuando madame Rosalette, fregona en ristre, salió de la portería directa

hacia él. La fregona se apoyó de mala gana contra sus voluptuosos pechos.

—¡Ah, monsieur Perdu! ¡Por fin ha llegado!

—¿Nuevo color de pelo, madame? —preguntó él pulsando el botón del ascensor.

La portera se llevó la mano, enrojecida por la limpieza, al cabello.

—*Spanish rosé*. Es un poquito más oscuro que el color jerez, pero resulta más elegante. ¡Usted siempre tan observador! El caso es que, monsieur, quisiera confesarle algo.

Rosalette parpadeó y la fregona se agitó.

—Si es un secreto, descuide, madame, porque lo olvidaré de inmediato.

Rosalette tenía una vena cronológica. Le encantaba observar las manías, intimidades y costumbres de la gente de su alrededor, cartografiarlas conforme a la escala de la decencia y luego dar a conocer su opinión a los demás. En ese aspecto era de lo más liberal.

—¡Oh, deje, deje! De hecho, a mí no me importa si esos hombres jóvenes hacen feliz a madame Gulliver. Para nada. Se trata..., bueno, de un libro.

Perdu volvió a pulsar el botón del ascensor.

—¿Acaso lo ha comprado en otra librería? Está usted perdonada, madame Rosalette, por supuesto.

—No, peor. Lo encontré en un cajón de libros de segunda mano, en Montmartre, por solo cincuenta céntimos. Pero usted mismo ha dicho en alguna ocasión que si un libro tiene más de veinte años puedo pagar unos céntimos, sacarlo de la caja y salvarlo de una muerte segura bajo las llamas.

—Ciertamente. Es lo que digo.

«¿Qué diablos ocurre ahora con este ascensor traicionero?»

Rosalette se había inclinado un poco hacia delante y el olor a café y a coñac de su aliento se mezclaba con el de su perro.

—Pero, la verdad, hubiera preferido no hacerlo. Esa historia de la cucaracha... ¡Terrible! ¡Y cuando la madre persigue a su propio hijo con la escoba! ¡Qué espanto! Durante varios días he tenido una fiebre de limpieza. ¿Es normal con ese tal monsieur Kafka?

—Lo ha captado perfectamente, madame. Hay personas que

necesitan años de estudio para entenderlo.

Madame Rosalette sonrió muy complacida, aunque sin acabar de comprenderle.

—¡Ah! Por cierto, el ascensor está estropeado. Se ha vuelto a parar entre los Goldenberg y madame Gulliver.

Eso significaba que el verano comenzaría esa misma noche. Con su llegada, el ascensor siempre se averiaba.

Perdu se dirigió a la escalera y subió de dos en dos los escalones decorados con azulejos bretones, mexicanos y portugueses. A madame Bernard, la propietaria, le encantaban esos dibujos; en su opinión, eran «los zapatos del edificio y, como ocurre con las señoras, el calzado delata el carácter de quien lo lleva».

Desde ese punto de vista, el primer ladrón que se plantara ante la escalera del número 27 de la rue Montagnard llegaría a la conclusión de que aquella era una criatura con cambios de humor espectaculares.

Perdu estaba a punto de llegar al primer piso cuando, a la altura de su vista, se deslizaron con resolución un par de sandalias de color amarillo maíz con plumas.

En el primer piso, encima de madame Rosalette, vivía Che, el podólogo ciego. A menudo acompañaba a madame Bomme (su vecina de enfrente) a comprar a la tienda del judío Goldenberg (segundo piso). Cuando salían, el ciego llevaba el bolso de madame Bomme, que había sido secretaria de un famoso cartomántico, y caminaba por la acera del brazo de la anciana, que se ayudaba de un andador. A menudo Kofi acompañaba a la pareja.

Kofi, que en una lengua de Ghana significa «viernes», había llegado un día al 27 de la rue Montagnard procedente de un barrio de la periferia de París. Tenía la piel negra como el carbón y lucía un pendiente criollo y cadenas de oro sobre la camiseta de hip-hop con capucha. Era un joven hermoso; en palabras de madame Bomme, «un cruce entre Grace Jones y un jaguar joven». A menudo llevaba el bolso Chanel blanco de la señora y era objeto de miradas de desconfianza. Se encargaba de las tareas de mantenimiento del inmueble y hacía figuritas de cuero crudo que pintaba con símbolos que nadie del edificio entendía.

Sin embargo, esta vez no eran ni Che ni Kofi ni el andador de madame Bomme lo que se interponía en el camino de Perdu.

—¡Ah, monsieur! ¡Qué alegría verlo! ¡Oiga, qué emocionante el libro aquel sobre el tal Dorian Gray! Fue todo un detalle por su parte recomendármelo al agotarse *Deseo ardiente*.

—Me alegra mucho, madame Gulliver.

—¡Oh, por favor! A ver si me llama Claudine de una vez. O, por lo menos, *mademoiselle*. En fin, lo que le decía: ese Gray me ocupó solo dos horas, figúrese qué entretenido. De todos modos, yo, de ser Dorian, jamás habría mirado ese cuadro. Es deprimente. Sin duda en esa época no existía el bótox.

—Madame Gulliver, Oscar Wilde tardó seis años en escribir esa obra, lo condenaron por ella y murió poco tiempo después. ¿No le parece que merecía un poco más que dos horas de su tiempo?

—¡Ah, tonterías! En cualquier caso, eso tampoco le cambiaría la vida.

Claudine Gulliver. Soltera, bien entrada en los cuarenta, de dimensiones rubensianas. Trabajaba en una gran casa de subastas. Se relacionaba a diario con coleccionistas ricos y demasiado ambiciosos. Una especie particular del género humano. Madame Gulliver coleccionaba también obras de arte, preferentemente las que tenían tacones y eran de colores estridentes. Su colección de zapatos se componía de ciento setenta y seis pares y contaba con una habitación propia.

Una de las aficiones de madame Gulliver consistía en acechar a monsieur Perdu para invitarlo a una excursión, hablarle del último cursillo que había hecho o informarle de los restaurantes que se inauguraban a diario en París. Su segunda afición eran las novelas en que la heroína se apretaba contra el amplio pecho de un bribón y se resistía hasta que él, por decirlo así, la doblegaba.

—Dígame —gorjeó—, ¿le gustaría acompañarme esta noche a...?

—No, no me gustaría.

—Pero escúcheme antes: se trata de una fiesta que se celebra en una buhardilla de la Sorbona. Tras terminar los exámenes, un buen número de universitarias de piernas largas que estudian arte abandonan sus pisos de estudiantes y se desprenden de libros, de muebles y, ¿quién sabe?, tal vez de sus amantes.

Madame Gulliver enarcó las cejas con coquetería.

—¿Y bien?

Perdu se imaginó hombres jóvenes colocados junto a relojes de

pie y cajas llenas de libros de bolsillo, con una nota pegada en la cabeza: «Usado solo una vez, casi nuevo, impecable. Reparaciones mínimas en el corazón». O bien: «Tercera mano, funciones básicas intactas».

—La verdad es que no me apetece lo más mínimo.

Madame Gulliver suspiró profundamente.

—¡Oh, caramba! ¿Se da cuenta de que nunca le apetece nada?

—El caso es que...

«Es cierto.»

—... no me gustaría que se lo tomara como algo personal. De verdad que no. Usted es una persona encantadora, valerosa y, bueno...

Sí, apreciaba a esa mujer, que sabía disfrutar de la vida a manos llenas. Posiblemente más de lo que en realidad necesitaba.

—... y es una vecina excelente.

Cielos. ¡Realmente había perdido la práctica de decir cumplidos a una mujer! Madame Gulliver se dispuso a proseguir el descenso de la escalera contoneando las caderas. Clap, clac, hacían sus sandalias de color amarillo maíz. Cuando llegó a la altura de Perdu, alzó la mano. Al ir a tocarle el musculoso brazo, advirtió que él retrocedía. Entonces, con un gesto de resignación, apoyó la mano en la barandilla.

—Ya no somos tan jóvenes, monsieur —murmuró con tono amargo—. Hace tiempo que empezó la segunda mitad de nuestra vida.

Clap, clac; clap, clac.

De forma inconsciente, Perdu se llevó la mano al pelo, hacia la coronilla, donde tantos hombres tienen la humillante tonsura. En su caso, ese momento aún no había llegado. En efecto. Tenía cincuenta años, no treinta. El cabello, antes negro, se le había vuelto plateado. Tenía más arrugas en el rostro. La barriga... La escondió. Aceptable. La cintura le preocupaba; cada año le salía un pequeño michelín. Y, maldita sea, ya no podía acarrear dos cajas de libros a la vez. Pero todo eso carecía de importancia: las mujeres ya no reparaban en él. Excepto madame Gulliver, aunque ella miraba del mismo modo a todos los hombres, es decir, como posibles amantes.

Miró de reojo hacia arriba, no fuera a ser que madame Bomme estuviera en el rellano y lo enredara en una discusión sobre Anaïs

Nin y sus obsesiones sexuales, discusión que se desarrollaría a voz en grito porque seguramente se habría dejado el audífono en alguna caja de bombones.

Perdu había creado un club de lectura para madame Bomme y las viudas de la rue Montagnard, que prácticamente nunca recibían visitas de sus hijos y nietos y se consumían delante del televisor. Les encantaba leer, pero en realidad la literatura era una excusa para salir de casa y, por turnos, estudiar la variedad multicromática de los licores para mujeres. Por lo general elegían novelas eróticas. Para entregárselas, Perdu les ponía sobrecubiertas más discretas: *Flora alpina* para *La vida sexual de Catherine M.; Bordados provenzales* para *El amante*, de Duras; *Recetas de mermeladas de York* para Anaïs Nin y su *Delta de Venus*. Las estudiosas de licores apreciaban, y mucho, el camuflaje: a fin de cuentas, las viudas conocían a sus parientes, quienes tenían la lectura por una afición excéntrica de personas que se consideraban demasiado refinadas para ver la televisión, y que creían que el erotismo era algo poco natural en mujeres mayores de sesenta años.

Sin embargo, ningún andador se interpuso en su camino.

En la segunda planta vivía la pianista Clara Violette. Perdu la oyó practicar los estudios de Czerny. Incluso las escalas musicales sonaban de forma brillante bajo sus dedos. Estaba considerada una de las cinco mejores pianistas del mundo. Sin embargo, como no soportaba la presencia de nadie cuando tocaba, la fama le había sido vedada. En verano daba conciertos desde el balcón. Abría las ventanas de par en par, Perdu acercaba al balcón el piano de cola Pleyel y colocaba un micrófono debajo. Entonces Clara tocaba durante dos horas. Los habitantes de la rue Montagnard se sentaban en los escalones que había frente al edificio o en sillas plegables que sacaban a la acera; los forasteros se agolpaban en las mesas del Ti Breizh. Una vez acabado el concierto, Clara se asomaba al balcón en su silla de ruedas, inclinaba la cabeza con timidez y recibía el aplauso de toda una multitud.

Perdu subió el resto de las escaleras sin más impedimentos. Al llegar al cuarto piso vio que la mesa había desaparecido; tal vez, se dijo, Kofi había ayudado a Catherine.

Llamó a la puerta verde. Notó que eso le causaba alegría.

—Hola —susurró—. He traído unos libros.

Apoyó la bolsa de papel contra la puerta.

Mientras él se incorporaba, Catherine abrió.

Pelo rubio corto, ojos de color gris nacarado bajo cejas delicadas, de expresión desconfiada y dulce a la vez. Iba descalza y llevaba un vestido con un escote que dejaba a la vista las clavículas. Tenía un sobre en la mano.

—Monsieur. He encontrado esta carta.

8

Fueron demasiadas emociones de golpe. Catherine. Sus ojos. El sobre con la letra de color verde pálido. La cercanía de Catherine. Su olor. Las clavículas. La vida. La...

«¿Carta?»

—Está sin abrir. La he encontrado en la mesa de cocina, en el cajón pintado de blanco. Al abrirlo he visto el sobre debajo del sacacorchos.

—No es posible —dijo Perdu con amabilidad—. No había ningún sacacorchos.

—Pero yo...

—Usted, ¡nada!

No quería levantar la voz, pero no podía mirar la carta.

—Disculpe, por favor. Le he gritado.

Ella le tendió el sobre.

—Esto no me pertenece.

Monsieur Perdu retrocedió hacia su piso.

—Es mejor que la queme.

Catherine lo siguió. Lo miró fijamente a los ojos. Él sintió un fogonazo de calor en la cara.

—O tírela.

—Pero entonces podría leerla —dijo ella.

—No importa. A fin de cuentas, no es mía.

Ella seguía mirándolo cuando Perdu cerró la puerta de su piso y la dejó en el rellano con la carta.

—¿Monsieur? ¡Monsieur Perdu! —Catherine llamó a la puerta—. ¡El sobre lleva su nombre!

—¡Márchese! ¡Se lo ruego! —exclamó él. Había reconocido la carta. La letra.

Algo estalló en su interior.

Una mujer de pelo moreno y rizado, que abre la puerta de un compartimento, que mira primero hacia fuera, un buen rato, y luego vuelve los ojos hacia él. Que camina por la Provenza, por París, por la rue Montagnard, y que finalmente entra en su piso. Que se ducha y atraviesa desnuda la habitación. Una boca que se aproxima a la suya. En la penumbra.

Piel húmeda, caliente por el agua; labios húmedos que le roban el aliento y beben de su boca. Un trago largo.

La boca sobre el vientre blando y plano de ella. Dos sombras en un marco de ventana rojo, bailando.

Ella se cubre con su cuerpo.

**** duerme en la cama turca, en la habitación de la lavanda —así llamaba ella a la habitación prohibida—, envuelta en la manta con motivos provenzales que ella misma ha cosido durante su noviazgo.*

*Antes de que *** se casara con su* vigneron, *y antes de que...*

Me abandonara.

Y lo hiciera de nuevo.

*** había dado nombre a todas las habitaciones que compartieron durante solo cinco años: la del sol, la de la miel, la del jardín. Para él, el amante secreto, el segundo hombre, esas estancias lo eran todo. Ella había llamado al dormitorio del piso «la habitación de la lavanda», su hogar en tierras extrañas.

La última vez que durmió allí fue una tórrida noche de agosto de 1992.

Se habían duchado juntos y estaban mojados y desnudos.

Ella acarició a Perdu con la mano fría por el agua, luego se deslizó sobre él, lo apretó contra la sábana de la cama turca y le puso las manos a ambos lados de la cabeza. A continuación, con una mirada salvaje, musitó:

—Me gustaría que murieras antes que yo. ¿Me lo prometes?

Entonces, más desinhibida que nunca, se había apoderado de su cuerpo, mientras gemía:

—¡Júramelo! ¡Júramelo!

Él se lo juró.

Esa misma noche, algo más tarde, cuando el blanco de los ojos ya no se distinguía en la oscuridad, él le había preguntado el porqué de aquella petición.

«No quiero que tengas que recorrer solo el tramo que separa el aparcamiento de mi tumba.»

—¿Por qué no te dije nunca que te amaba? —murmuró el librero—. ¿Por qué, Manon? ¿Por qué?

Jamás se lo había confesado. Para no incomodarla. Para que no le pusiera los dedos en los labios mientras susurraba: «Chist».

A fin de cuentas, él se consideraba tan solo una tesela en el mosaico de la vida de ella. Una pieza bella, brillante, pero aislada, no la imagen completa que le hubiera gustado ser.

Manon. Esa provenzal enérgica, nunca melindrosa, jamás perfecta. La que hablaba con palabras que él creía poder acariciar. Jamás hacía planes: vivía siempre el presente. No hablaba del postre mientras comía el primer plato, ni de la mañana al acostarse; cuando se despedía jamás mencionaba el reencuentro. Siempre vivía el ahora.

De las pasadas 7.216 noches, aquella de agosto fue la última en que Perdu durmió bien; cuando se despertó, Manon se había marchado.

No lo había visto venir. Había repasado todo mentalmente una y otra vez, escrutando los gestos y las miradas y las palabras de Manon..., pero no había encontrado nada que dejara entrever que ella había querido seguir su camino.

Y que no regresaría.

Y, semanas más tarde, su carta.

Esa carta.

Él había dejado el sobre encima de la mesa durante dos noches. Lo había contemplado mientras comía solo, bebía solo, fumaba solo. Y mientras lloraba.

Las lágrimas le habían recorrido las mejillas hasta caer, una a una, sobre la mesa y el papel.

No había abierto la carta.

En aquel tiempo, se sentía profundamente cansado por el llanto y porque era incapaz de dormir en esa cama que, sin ella, le resultaba enorme, vacía y fría. Estaba cansado de extrañarla.

Luego, enfadado, desesperado, había arrojado el sobre sin abrir en el cajón de la mesa de la cocina. Junto con el sacacorchos que habían tomado «prestado» de una *brasserie* de Ménerbes y que luego se habían llevado a París. Acababan de llegar de la Camarga, tenían

los ojos brillantes, como de cristal, a causa de la luz del sur, y habían hecho una parada en Luberon, en una fonda ubicada en una pendiente escarpada, como si fuera una colmena de abejas, con el baño a media escalera y miel de lavanda para desayunar.

Manon quería mostrárselo todo. De dónde venía, la tierra que le corría por las venas; incluso había querido presentarle a su futuro marido, Luc, al que vieron de lejos, sentado en lo alto de su tractor, entre las vides del valle a los pies de Bonnieux. Luc Basset, el *vigneron*, el viticultor.

Como si quisiera que los tres se hicieran amigos. Y que se permitieran mutuamente disfrutar de su placer, de su amor.

Perdu se negó en redondo. Se quedaron en la habitación de la miel.

Sintió como si se le escapara la fuerza de los brazos, como si no pudiera hacer otra cosa que permanecer ahí de pie, a oscuras, detrás de la puerta.

Perdu añoraba el cuerpo de Manon. Echaba de menos la mano de Manon, que ella le deslizaba debajo del trasero cuando dormía. Extrañaba su aliento, sus gruñidos infantiles por la mañana, cuando la despertaba temprano; siempre era demasiado temprano, fuera la hora que fuera.

Y también sus ojos mirándolo con cariño; su cabello, fino, suave, rizado y corto, cuando le acariciaba el cuello... Añoraba tanto todo eso que se retorcía de dolor cada vez que se acostaba en la cama vacía. Y cada día, cuando se despertaba.

Odiaba despertar a una vida sin ella.

Lo primero que destruyó entonces fue la cama, luego las estanterías y el escabel; hizo trizas las alfombras, quemó las fotografías, devastó la habitación. Se desprendió de toda la ropa, regaló todos los discos.

Solo conservaba los libros que había leído en voz alta a Manon. Todas las noches le leía versos, escenas, capítulos, columnas, breves fragmentos de biografías y ensayos, las pequeñas oraciones para niños de Ringelnatz (cómo le gustaba la estrofa de la cebollita), a fin de que pudiera conciliar el sueño en el mundo, tan lúgubre y árido para ella, del frío norte con sus tierras heladas. No había logrado desprenderse de esos libros.

Los había utilizado para cerrar a cal y canto la habitación de la

lavanda.

Pero aun así no disminuía.

¡Maldita sea! La añoranza no disminuía en ningún momento. Solo había podido resistirla esquivando la vida. Había enterrado el amor y la nostalgia en lo más profundo de su ser.

Y ahora amenazaba con apoderarse de él con una fuerza extrema.

Monsieur Perdu entró tambaleándose en el baño y puso la cabeza debajo del agua helada.

Odiaba a Catherine. Odiaba a su maldito marido infiel y tan despiadado.

«¿Por qué Le P.-Le Cabrón ha tenido que abandonarla precisamente ahora, sin dejarle siquiera una mesa de cocina? ¡Menudo idiota!»

Odiaba a la portera, y a madame Bernard, y a Jordan, y a madame Gulliver. A todos. Sí, a todos.

Odiaba a Manon.

Abrió la puerta, con el pelo empapado. Si eso era lo que quería la tal madame Catherine, pues se lo diría.

—¡Sí, maldita sea! ¡La carta es mía! Pero entonces no quise leerla. Por orgullo. Por convicción.

Todos los errores tienen sentido cuando se hacen desde la convicción. Había querido leer la carta cuando estuviera preparado. Al cabo de un año. O de dos.

No había sido su intención aguardar veinte años y, entretanto, cumplir cincuenta y convertirse en un excéntrico.

No abrir la carta de Manon había sido la única legítima defensa posible. Negarse a atender sus justificaciones, la única arma que había tenido.

Sí señor.

El abandonado ha de responder con el silencio. Está en su derecho de no conceder nada más al que se ha marchado; tiene que cerrarse en banda, del mismo modo que el otro se ha cerrado a un futuro. Sí, así era.

—¡No, no, no! —gritó Perdu. Había algo que no acababa de encajar. Lo intuía. Pero ¿qué era? Eso lo volvía loco.

Se aproximó a la puerta del piso de enfrente. Llamó al timbre.

Llamó a la puerta y otra vez al timbre y esperó el tiempo

necesario para que una persona saliera de la ducha y se sacara el agua de los oídos.

¿Por qué no abría Catherine? Si hacía un momento estaba en casa.

Corrió a su piso, arrancó la primera página del primer libro que encontró en una de las pilas y garabateó:

Le ruego que me devuelva la carta. A la hora que sea. Por favor, no la lea. Disculpe las molestias.

Atentamente,

PERDU

Se quedó mirando la firma y se preguntó si alguna vez lograría pensar en su nombre de pila. Cada vez que pensaba en él, oía la voz de Manon. Suspirando su nombre. Pronunciándolo entre risas. Susurrándolo. ¡Ah, aquellos susurros!

Escribió, a continuación de Perdu, su inicial: «J».

«J», de Jean.

Dobló el papel por la mitad y lo pegó con cinta adhesiva en la puerta de Catherine, a la altura de los ojos.

La carta. Seguramente contendría esas explicaciones inútiles que las mujeres dan a sus amantes cuando se cansan de ellos. No había motivo para alterarse.

Claro que no.

Regresó a su piso vacío, a esperar.

Monsieur Perdu se sintió increíblemente solo, como un bote de remos bobo e insignificante en un mar burlón y divertido... Sin velas, sin timón, sin nombre.

9

En cuanto la noche huyó y cedió a París la mañana del sábado, monsieur Perdu se incorporó con la espalda dolorida, se quitó las gafas de leer y se masajeó el puente de la nariz. Llevaba horas arrodillado en el suelo e inclinado sobre el puzle, insertando en silencio las piezas del mosaico, esperando oír a Catherine en el piso de enfrente. Pero todo había permanecido en silencio.

Cuando se quitó la camisa, le dolían el pecho, la espalda y las cervicales. Se duchó hasta que la piel se le volvió azulada por el agua fría y luego roja como un cangrejo por el agua caliente. Envuelto en el vapor, se acercó a la ventana de la cocina, con una de sus dos toallas de mano atada a la cintura.

Hizo flexiones y abdominales mientras la cafetera estaba en el fuego. Lavó la única taza que tenía y se sirvió café.

Como había predicho, el verano había tomado París durante la noche.

El aire era cálido como una taza de té.

¿Y si le había dejado la carta en el buzón? Dado el modo en que él se había comportado, tal vez Catherine no quisiera volver a verlo nunca más.

Descalzo, sujetando la toalla anudada, bajó a toda prisa por la escalera silenciosa hasta los buzones.

—¡Oiga! ¿Adónde cree que va de este modo...? ¡Ah, es usted!

Madame Rosalette, vestida con un albornoz, se había asomado por la portería.

Perdu sintió que la mirada de la portera le recorría la piel, los músculos, la toalla, que le parecía cada vez más corta.

También le pareció que Rosalette lo contemplaba durante demasiado rato. ¿No estaba asintiendo, complacida?

Con las mejillas arreboladas, Perdu se apresuró a subir a su piso.

Al acercarse a su puerta reparó en algo que antes no estaba ahí. Era una nota.

Desdobló el papel con impaciencia. El nudo de la toalla se deshizo y la tela cayó al suelo. Monsieur Perdu, sin embargo, no se dio cuenta de su desnudez y leyó el mensaje con irritación creciente:

Querido J.:

Venga a cenar esta noche a mi casa. Ha de leer la carta. Prométamelo. Si no, no se la daré. No lo lamento.

CATHERINE

P. S.: Traiga un plato para usted. ¿Sabe cocinar? Yo no.

Mientras se enfadaba, ocurrió algo inaudito.

La comisura izquierda de los labios se le contrajo.

Y de pronto... sonrió.

Medio risueño y medio enojado, murmuró: «"Traiga un plato." "Ha de leer la carta." Nada de "haga el favor, Perdu". "Promételo." "Muere antes que yo." "¡Prométemelo!"». Promesas. Las mujeres siempre querían promesas.

—Yo ya no prometo nada, ¡nunca más!

Pronunció estas palabras a voz en grito en la escalera vacía, desnudo y repentinamente furioso.

La respuesta fue un silencio indiferente.

Cerró la puerta tras de sí, colérico, de un golpazo, y el ruido lo complació. Deseó haber despertado a todos los vecinos en sus camas calientes con el estruendo. Luego abrió de nuevo la puerta para recoger, un poco avergonzado, la toalla.

¡Pam! Otro portazo.

Ya estarían todos incorporados en la cama.

Mientras caminaba presuroso por la rue Montagnard, a monsieur Perdu le parecía ver los edificios sin las fachadas. Como si fueran casas de muñecas sin la cuarta pared.

Conocía la biblioteca de todos los hogares. Al fin y al cabo, las había creado él mismo año tras año.

En el número 14 vivía Clarissa Manepeche. ¡Un alma delicadísima en un cuerpo muy recio! Adoraba a la guerrera Brienne de *Canción de hielo y fuego*.

Tras las cortinas del número 2, estaba Arnaud Silette, a quien le

hubiera encantado vivir en la década de 1920. En Berlín. Como artista.

Enfrente, en el número 5, con la espalda recta delante del ordenador portátil, trabajaba la traductora Nadiera del Pappas. Adoraba las novelas históricas en que las mujeres se disfrazaban de hombres y salían adelante superándose a sí mismas.

¿Y en el ático? No había libros. Todos regalados.

Perdu se detuvo y miró el último piso del número 5. La viuda Margot, ochenta y dos años. Se había enamorado de un soldado alemán que tenía su misma edad y la guerra les arrebató la juventud... Dieciséis años. ¡Cómo había querido el soldado amarla antes de regresar a las trincheras! Era consciente de que no sobreviviría. ¡Qué vergüenza sintió Margot al desnudarse ante él...! ¡Cuánto le hubiera gustado, aún hoy, no haberse avergonzado tanto! Lamentaba la ocasión perdida sesenta y siete años atrás. A medida que se hacía mayor, se difuminaba el recuerdo de aquella tarde en que el muchacho y ella se tumbaron el uno junto al otro, temblorosos, cogidos fuertemente de las manos.

«De repente me encuentro con que me he hecho mayor sin darme cuenta. ¡Cómo pasa el tiempo! Maldito tiempo perdido. Tengo miedo, Manon, de haber cometido una tremenda estupidez.

»Me he vuelto mayor en una sola noche y te echo de menos.

»Me echo de menos.

»Ya no sé quién soy».

Monsieur Perdu siguió avanzando lentamente. Se detuvo ante el escaparate de Liona, la vinatera. Se vio reflejado en el cristal. ¿Ese era él? ¿Ese hombre alto, vestido de forma conservadora, con ese cuerpo sin usar ni tocar, que caminaba encogido, como si quisiera ser invisible?

Al ver que Liona salía del fondo de la tienda para entregarle, como todos los sábados, la bolsa para su padre, Perdu recordó cuántas veces había pasado por delante de la tienda y no había querido tomar nada. Ni intercambiar unas palabras con ella ni con ninguna otra persona. Personas amables y corrientes. ¿Cuántas veces, en los últimos veintiún años, había preferido pasar de largo en lugar de entrar en los sitios, buscar amigos y aproximarse a una mujer?

Media hora más tarde, Perdu estaba de pie junto a una mesa del

bar Ourcq, todavía cerrado, en Bassin Valette. Ahí era donde los jugadores de petanca dejaban sus cantimploras y bocadillos de jamón y queso. Un hombre menudo y ancho de espaldas lo miró con sorpresa.

—¿Qué haces aquí tan temprano? ¿Le ha pasado algo a madame Bernier? Dime, ¿Lirab...?

—No, mamá está bien. En estos momentos está al frente de un regimiento de alemanes que quieren aprender conversación en francés con una verdadera intelectual parisina. No te preocupes.

—¿Alemanes, dices? Ah, sí. Mademoiselle Bernier seguirá impartiendo lecciones al mundo durante muchas décadas, y con la mejor salud, como antes nos daba clases a nosotros.

Padre e hijo callaron, unidos por el recuerdo de Lirabelle Bernier explicando durante el desayuno a su hijo, que todavía iba a la escuela, la elegancia del modo verbal condicional, tan distante, respecto a la carga emotiva del subjuntivo. Con el índice en alto, rematado por una uña dorada, recalcaba sus palabras.

«El subjuntivo es cuando habla el corazón. Que no se te olvide.»

Lirabelle Bernier. Su padre la había vuelto a llamar por el nombre de soltera; durante los ocho años de matrimonio la había llamado primero madame Descocada y luego madame Perdu.

—Y bien, ¿qué recados traes de su parte? —preguntó Joaquin Perdu a su hijo.

—Tienes que ir al urólogo.

—Dile que ya iré. Que no hace falta que me lo recuerde cada seis meses.

Se habían casado con veintiún años para disgustar a sus respectivas familias. Ella, intelectual de una estirpe de filósofos y terratenientes, esposa de un tornero. *Dégoûtant*. Él, proletario: el padre, policía de patrulla; la madre, costurera en una fábrica y con profundas creencias religiosas. Y el muchacho con una chica bien: un traidor a su clase.

—¿Algo más? —preguntó Joaquin mientras sacaba el vino muscat de la bolsa que Perdu le había llevado.

—Necesita un nuevo coche de segunda mano. Búscale uno. Pero no de un color tan raro como el anterior.

—¿Raro? Pero si era blanco. Hay que ver qué cosas tiene tu madre...

—Bueno, ¿lo harás de todas formas?

—Sí, claro. ¿El vendedor de coches no ha vuelto a hablar con ella?

—No. Siempre le pregunta por su marido. Eso la saca de quicio.

—Ya lo sé, Jeanno. Coco es un buen amigo; juega en nuestro trío de petanca, es un excelente tirador.

Joaquin sonrió.

—Mamá me ha pedido que te pregunte si esa nueva amiguita tuya sabe cocinar o si el Catorce de Julio piensas ir a su casa a almorzar.

—Ya le puedes decir a tu madre que esa a la que llama mi amiguita cocina muy bien, pero que tenemos cosas mejores que hacer cuando nos vemos.

—Me parece, papá, que será mejor que eso se lo digas tú mismo.

—Se lo diré a mademoiselle Bernier el Catorce de Julio. Cocina muy bien. Además, seguro que habrá sesos y lengua.

Joaquin rió y estuvo a punto de derramar la bebida.

Desde la temprana separación de sus padres, todos los sábados Jean Perdu visitaba a su padre, le llevaba muscat y le daba recados de parte de su madre. El domingo iba a casa de esta y le comunicaba las respuestas de su ex marido, además de informarle brevemente de su estado de salud y sentimental.

«Hijo mío —decía la madre—, cuando una mujer se casa, entra en un sistema infinito de cuidados, del que no hay salida. Tiene que estar pendiente de todo: de lo que hace el marido y de cómo le va. Y luego, cuando llegan los hijos, también se encarga de ellos. Se vuelve cuidadora, asistenta y diplomática, todo a la vez. Y eso no acaba con algo tan banal como una separación. ¡Ah, no! Puede que el amor desaparezca, pero el cuidado de los otros continúa.»

Perdu y su padre pasearon por el canal. Joaquin, menudo, erguido, de espaldas anchas, con una camisa de cuadros de color blanco y violeta, lanzaba miradas encendidas a las mujeres con que se cruzaban. El vello rubio de sus brazos de tornero brillaba con el sol. Aunque pasaba de los setenta, se conservaba como un veinteañero, silbaba canciones de moda y bebía tanto como le apetecía.

Monsieur Perdu andaba cabizbajo a su lado.

—A ver, Jeanno —dijo de pronto su padre—. ¿Cómo se llama

ella?

—¿Cómo? ¿A qué viene esto? ¿Es que tiene que ser siempre una mujer, papá?

—Siempre es una mujer, Jeanno. No hay otra cosa capaz de desconcertar tanto al hombre. Y tú tienes pinta de estar totalmente desconcertado.

—Puede que en tu caso siempre haya de por medio una mujer. Y, por lo general, no solo una.

Joaquin rió pensativo.

—Me gustan las mujeres —admitió, y sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo superior de la camisa—. ¿A ti no?

—Sí, claro, en cierto modo...

—¿En cierto modo? ¿Como los elefantes? Eres un hombre de verdad, ¿no?

—Oh, vamos. No soy gay. Mira, será mejor que hablemos de caballos.

—Bueno, hijo, como quieras. De hecho, las mujeres y los caballos tienen mucho en común. ¿Quieres saber qué es?

—No.

—Muy bien. Cuando un caballo dice «no», es porque has formulado mal la pregunta. Lo mismo ocurre con las mujeres. No les preguntes: «¿Vamos a comer?». Hay que decirles: «¿Qué quieres que te prepare para comer?». A ver, ¿qué opinas? ¿Crees que con una pregunta así te dirá que no?

—No, claro que no.

Perdu se sintió como un mocoso. Solo faltaba que su padre le diera lecciones sobre mujeres.

«¿Y le prepararé hoy la comida a Catherine?»

—En vez de susurrarles algo, como a los caballos, en plan «Descansa» o «Vamos a ensillarte», es mejor escucharlas. Oír lo que quieren. En realidad, solo desean ser libres e ir de un lado para otro bajo el cielo.

«Catherine posiblemente esté harta de jinetes que pretendían domarla y dejarla en segundo plano.»

—Para ofenderlos, bastan una sola palabra, unos pocos segundos, un golpe tonto e impaciente con la fusta. En cambio, para recuperar su confianza quizá hagan falta años. A veces no se logra a tiempo.

«Es sorprendente lo poco que conmueve a las personas saberse amadas cuando tal cosa no entra en sus planes. El amor les resulta entonces tan molesto que cambian la cerradura y se marchan sin avisar.»

—Pero cuando un caballo nos quiere, Jeanno..., entonces somos tan poco merecedores de su cariño como cuando nos ama una mujer. Ellas son superiores a nosotros, los hombres. Cuando nos aman, nos otorgan una gracia, ya que pocas veces les damos motivos para hacerlo. Eso lo aprendí de tu madre, y lamentablemente ella llevaba razón.

«Y por eso duele tanto. Cuando las mujeres dejan de amar, los hombres se precipitan en su propio vacío.»

—Jeanno, las mujeres aman con más inteligencia que nosotros. Nunca aman a un hombre por su cuerpo. Por más que pueda gustarles, y mucho. —Joaquin suspiró con complacencia—. Las mujeres te aman por tu carácter. Por tu fuerza. Por tu inteligencia. O porque eres capaz de proteger a un niño. Porque eres una buena persona, tienes honor y dignidad. No aman de ese modo tonto en que los hombres las aman a ellas. No te quieren porque tengas unas pantorrillas especialmente bonitas o los trajes te queden tan bien que las compañeras de trabajo la miren con envidia cuando te presenta. Aunque ese tipo de mujeres existe, en realidad solo sirven de advertencia para las demás.

«Me gustan las piernas de Catherine. ¿Querría ella presentarme a alguien? ¿Soy lo bastante... inteligente? ¿Tengo honor? ¿Tengo algo que las mujeres consideren valioso?»

—De hecho, un caballo admira tu personalidad.

—¿Un caballo? ¿A qué viene eso? —preguntó.

Perdu, algo confundido. Solo había estado escuchando a medias.

Habían doblado una esquina y se aproximaban de nuevo a los jugadores de petanca de la orilla del canal de l'Ourcq.

Joaquin fue recibido con apretones de mano; a Jean, en cambio, le saludaron con inclinaciones de la cabeza.

Observó cómo su padre se situaba en el círculo de lanzamiento. Cómo se acuclillaba y movía el brazo derecho, que oscilaba como un péndulo.

«Es un as. He tenido suerte con este padre. Aunque nunca ha sido perfecto, siempre me ha querido.»

El hierro dio contra el hierro. Joaquin Perdu había logrado apartar una bola del equipo adversario.

Murmullos de aprobación.

«Podría quedarme aquí sentado y ponerme a llorar y no parar nunca más. ¿Por qué, idiota de mí, ya no tengo amigos? ¿Acaso porque me daba miedo que un día también ellos se fueran, como Vijaya, mi mejor amigo? ¿O temía que se rieran de mí por no haber superado el esquinazo de Manon?»

Miró a su padre y quiso decirle: «A Manon le caías muy bien. ¿Te acuerdas de Manon?». Pero entonces Joaquin se volvió hacia él.

—Oye, Jeanno, dile a tu madre... Bueno, dile que no hay ninguna como ella. Ninguna.

En la cara de Joaquin se reflejó el pesar de que el amor no hubiera podido vencer el deseo de estampar al exasperante marido contra la pared.

10

Catherine inspeccionó todo lo que él había llevado: salmonetes, hierbas frescas y nata de unas vacas normandas de anchas posaderas. Tras mostrarle las patatas baby y el queso, señaló las peras perfumadas y el vino.

—¿Se podrá hacer algo con todo esto?

—Sí, aunque de forma consecutiva, no simultánea —respondió él.

—He pasado el día muy contenta esperando este momento —admitió ella—. Pero también estaba un poco asustada. ¿Y usted?

—Yo, al revés —respondió él—. He estado muy asustado y un poco contento. Debo disculparme con usted.

—No. No tiene por qué. Al parecer, hay algo que le afecta especialmente; ¿por qué debería actuar como si no fuera así?

Tras decir eso, lanzó a Perdu un paño de cocina a cuadros azules y grises para que lo usara como delantal. Catherine llevaba un vestido veraniego azul con cinturón rojo, en el que también se puso un paño de cocina. Él se fijó en que tenía el cabello plateado en las raíces y en que su mirada ya no traslucía tanto desconcierto.

Al poco los cristales de la cocina estaban empañados, las llamas silbaban debajo de las cazuelas y sartenes, la salsa de vino blanco, escalonias y nata hervía a fuego lento y, en una sartén gruesa, el aceite de oliva doraba las patatas con romero y sal.

Charlaron como si llevaran años haciéndolo y solo hubieran interrumpido la conversación un instante. Hablaron de Carla Bruni y de los caballitos de mar macho, que acarrean las crías en una bolsa del vientre. Hablaron de moda y de vender sal con sabor añadido y, cómo no, de los habitantes del edificio.

Esos temas, delicados y ligeros, fueron los que se les ocurrieron

estando el uno junto al otro, entre el vino y el pescado. Perdu tenía la sensación de que Catherine y él estaban descubriendo una afinidad interior.

Siguió removiendo la salsa mientras Catherine escalfaba en ella, uno a uno, trocitos de pescado. Comieron directamente de la sartén, de pie, porque Catherine solo tenía una silla.

Ella sirvió el vino, un Tapie blanco, de color algo amarillento, de la Gascuña. Y él lo fue bebiendo a sorbitos prudentes.

Lo más asombroso de la primera cita que tenía Perdu desde 1992 fue que al entrar en el piso de Catherine se sintió muy seguro. Allí no le alcanzaban los pensamientos que acostumbraban a abrumarlo. Era como si una puerta mágica les impidiera el paso.

—¿A qué se dedica ahora? —preguntó en algún momento, después de hablar de Dios, del mundo y del sastre del presidente.

—¿Yo? A buscar —dijo ella. Cogió una rebanada de baguette.

—Me busco. Antes de... antes de lo ocurrido, era la asistenta, secretaria, directora de prensa y admiradora número uno de mi marido. Ahora me dedico a buscar lo que sabía hacer antes de encontrarlo a él. Para ser exactos, intento descubrir si aún lo sé hacer. A eso me dedico. A intentarlo.

Separó la miga de la corteza y empezó a darle forma con sus delgados dedos.

El librero leía a Catherine como si fuera una novela. Y ella le permitía hojearla, vislumbrar su historia.

—Con cuarenta y ocho años, me siento como si tuviera ocho. Antes odiaba que no me hicieran caso y, al mismo tiempo, me perturbaba muchísimo que alguien me encontrara siquiera un poco interesante. Además, las personas que debían prestarme atención tenían que ser las «adecuadas». La chica rica de pelo liso debía verme como su amiga; el buen maestro debía darse cuenta de la modestia con que escondía mi gran sabiduría. Y mi madre. ¡Ah, mi madre!

Catherine se interrumpió. Seguía modelando la miga que había sacado de la baguette.

—Siempre quise que me prestaran atención los mayores egoístas. El resto me era indiferente: mi querido padre; Olga, una chica gorda y sudorosa que vivía en la planta baja. Y eso que eran mucho más agradables. Pero me resultaba embarazoso gustar a

personas agradables. ¡Qué tontería!, ¿no le parece? En mi matrimonio seguí siendo una muchacha tonta. Quería que mi marido, el muy idiota, me prestara atención e ignoré todo lo demás. Ahora, sin embargo, estoy dispuesta a cambiar. ¿Me pasa la pimienta?

Sus dedos, pequeños y delgados, habían creado algo con la miga de pan: un caballito de mar. Le puso ojos con dos granos de pimienta y se lo dio a Perdu.

—Yo era escultora. Hace mucho tiempo. Con cuarenta y ocho cumplidos, ahora empiezo a aprenderlo todo de nuevo. No sé cuántos años hace que hice el amor con mi marido por última vez. Fui leal y tonta y me sentí tan terriblemente sola que, si es usted amable conmigo, me lo comeré. O lo mataré porque no podré resistirlo.

A Perdu le pareció asombroso estar con una mujer como aquella, a solas, tras una puerta cerrada.

Se quedó absorto contemplando el rostro de Catherine, su cabeza, como si se pudiera introducir a escondidas en ella y observar cuanto había de interesante ahí dentro.

Catherine tenía orificios en las orejas, pero no llevaba pendientes. («Los de rubíes los lleva ahora la nueva. Lo cual es una lástima, porque me hubiera gustado mucho poder tirárselos a él a los pies.») A veces se tocaba con los dedos el hueco de la base del cuello, como si buscara alguna cosa, tal vez una cadena que ahora lucía la otra.

—¿Y usted a qué se dedica? —preguntó ella. Él le habló de La farmacia literaria.

—Es una gabarra, de quilla plana, con cocina, dos camarotes, un baño y ocho mil libros. Es un mundo autónomo dentro de este. —Y una aventura controlada, como todo barco amarrado. Pero eso no lo dijo.

—Y, como soberano de ese mundo, monsieur Perdu, el boticario literario, que prescribe remedios contra el mal de amores.

Catherine señaló el paquete de libros que él le había llevado la noche anterior.

—Por cierto, funciona.

—¿Qué quería ser usted de pequeña? —preguntó él antes de sentirse abochornado.

—Pues quería ser bibliotecaria. Y pirata. Desde luego, su barco librería habría sido justo lo que me hubiera gustado. Durante el día desentrañaría con la lectura todos los secretos del mundo.

Perdu la escuchaba con afecto creciente.

—Por la noche, robaría a los malos cuanto hubieran quitado a los buenos con sus mentiras. Y solo les dejaría un libro que los redimiría y les obligaría a arrepentirse, de modo que se convertirían en buenas personas y todo eso..., por descontado.

Se echó a reír.

—Por descontado. —Él repitió la frase irónica. Esa era, ciertamente, la tragedia de los libros: podían cambiar a las personas, pero no a las malas de verdad. Estas nunca serían mejores padres, maridos amables o amigas afectuosas. Continuaban comportándose como tiranos, seguían atormentando a sus empleados, hijos y perros; eran malévolos a pequeña escala pero cobardes a gran escala, y se regocijaban al ver humilladas a sus víctimas.

—Los libros eran mis amigos —dijo Catherine refrescándose con la copa de vino la mejilla enrojecida por el calor de la cocina—. Creo que conocí mis emociones gracias a los libros. En ellos he amado, me he reído y he aprendido más que en toda mi vida no libresca.

—Yo también —musitó Perdu.

Se miraron, y entonces sucedió.

—¿Qué significa la «j»? —preguntó Catherine con voz grave.

Él tuvo que aclararse la garganta antes de responder.

—Jean —susurró.

Notó que la lengua chocaba contra los dientes. ¡Qué irreconocible le resultaba esa palabra!

—Me llamo Jean. Jean Albert Victor Perdu. Albert por mi abuelo paterno. Victor por mi abuelo materno. Mi madre es catedrática; su padre, Victor Bernier, era toxicólogo, socialista y alcalde. Tengo cincuenta años, Catherine; no he conocido a muchas mujeres y me he acostado aún con menos. A una la amé. Me abandonó.

Catherine lo miró fijamente.

—Ayer. Ayer hizo veintiún años. La carta es de ella. Me da miedo leerla.

Esperaba que Catherine lo echara de su casa de inmediato. Que

le propinara un bofetón. O que apartara la vista. Pero no hizo nada de eso.

—¡Ah, Jean! —susurró, llena de compasión.

—Jean.

Ahí estaba de nuevo.

La dulzura de oír su nombre.

Se contemplaron fijamente. Él percibió cierta vacilación en su mirada y notó que se ablandaba, que permitía que ella penetrara en su interior. Ambos se penetraban con la mirada y las palabras que no habían pronunciado.

«Dos botes pequeños que, desde que habían perdido el ancla, creían ir solos a la deriva por el mar; sin embargo ahora...»

Ella le acarició la mejilla un instante.

Ese gesto de ternura fue como un bofetón, un maravilloso y fantástico bofetón.

«Vuelve a hacerlo. ¡Otra vez!»

Cuando ella dejó la copa de vino, sus antebrazos desnudos se rozaron.

La piel. El vello. El calor.

Es difícil saber cuál de los dos se asustó más; en cualquier caso, ambos supieron de inmediato que no se trataba de miedo a lo desconocido, a la intimidad repentina, al contacto físico.

Se asustaron porque resultaba tremendamente agradable.

11

Jean se aproximó a ella por la espalda hasta que percibió el olor de su pelo y notó sus hombros en el pecho. El corazón le latía muy deprisa.

Con lentitud infinita y gesto sereno posó las manos en las finas muñecas. Las asió con dulzura y rozó los brazos de Catherine, sus pulgares y sus dedos, en una caricia de calor y piel.

Ella dejó escapar un gemido, un gorjeo, su nombre doblado en pliegues pequeñitos.

—¿Jean?

—Sí, Catherine.

Jean Perdu notó el estremecimiento que la recorría. Procedentes de las entrañas, por debajo del ombligo, un temblor y un retumbo se extendían como anillos de ondas. La abrazó por detrás para sostenerla.

Catherine temblaba de pies a cabeza, una señal de que hacía mucho tiempo que nadie la tocaba. Era una yema delicada envuelta en un duro manto leñoso.

Abandonada. Sola.

Se reclinó suavemente contra él. Su pelo corto olía muy bien. Jean Perdu la acarició aún con más delicadeza, limitándose a la punta del vello, al aire sobre sus brazos desnudos.

«¡Qué maravilla!»

«Más —suplicaba el cuerpo de Catherine—. Más, por favor. Hace tanto tiempo... Estoy sediento. Por favor, no, no muy fuerte. Esto es demasiado. ¡No lo resistiré! ¡Cuánto lo he echado de menos! Hasta ahora he logrado soportar esta falta; he sido demasiado severo conmigo mismo... Y ahora me rompo, me escurro como la arena. Me desvanezco. ¡Ayúdame! ¡Sigue!»

«¿Acaso soy capaz de oír lo que siente?»

Sin embargo, las palabras que brotaban de la boca de ella eran solo variaciones de su nombre.

Jean. ¡Jean! ¿Jean?

Se recostó por completo contra él y se abandonó a sus manos. Jean irradiaba calor por los dedos; creía ser mano, y sexo, y piel, y cuerpo, y alma, y hombre, y todos los músculos a la vez, todo concentrado en la punta de los dedos.

Solo le acariciaba la piel que alcanzaba sin retirarle el vestido. Le recorrió los brazos, firmes y morenos, hasta las mangas, una y otra vez, resiguiendo su contorno. Le rozó la nuca, oscura; el cuello, tan delicado y suave; las clavículas, vibrantes, maravillosas, hipnóticas. Con la yema del pulgar dibujó el contorno de los músculos, los duros y los blandos. Todo con la yema del pulgar.

Ella tenía la piel cada vez más caliente. Jean notaba cómo se le tensaban los músculos y cómo todo el cuerpo de Catherine ganaba en viveza, flexibilidad y calidez. Era una flor tupida y compacta brotando de su yema. La reina de la noche.

Dejó que su nombre le recorriera la lengua.

—Catherine.

Emociones largamente olvidadas se desprendieron de la costra del tiempo. Perdu notó la tensión en el bajo vientre. Había dejado de percibir con las manos qué le hacía a Catherine: ahora notaba la reacción de la piel de ella, cómo su cuerpo le acariciaba a su vez las manos, le besaba las palmas, la yema de los dedos.

«¿Cómo lo hace? ¿Qué me hace?»

Se preguntó si debía alzarla en brazos y dejarla en un lugar donde sus rodillas temblorosas pudieran descansar. ¿Dónde descubriría el tacto de su piel? ¿En los muslos, en las corvas? ¿Sería capaz de arrancarle otras melodías?

Quería tenerla tumbada ante sí, con los ojos abiertos y reflejados en los suyos; quería acariciarle los labios, la cara, con los dedos. Quería que todo el cuerpo de ella, cada una de sus partes, le besara las manos.

Catherine se volvió hacia él, con sus ojos de color gris tempestad. Abiertos. Impetuosos. Turbados.

Entonces la tomó en brazos y ella se recostó en él. La llevó al dormitorio meciéndola con dulzura. La habitación era el reflejo de

la vida de Perdu. Un colchón en el suelo, una percha en un rincón, libros, una lamparita y un tocadiscos.

Las altas ventanas le devolvieron su reflejo. Una silueta sin rostro. Erguido. Fuerte. Con una mujer, y menuda mujer, en los brazos.

Jean Perdu notó que su cuerpo se desprendía de algo.

El embotamiento de los sentidos, la ceguera de su propio ser.

La voluntad de ser invisible.

«Soy un hombre... Vuelvo a serlo.»

Dejó a Catherine en el modesto lecho, sobre sábanas blancas y finas. Ella se quedó tendida, con las piernas juntas y los brazos pegados al cuerpo. Perdu se reclinó a su lado, de costado, y contempló cómo respiraba: distintas partes del cuerpo se agitaban, como si bajo la piel se produjeran pequeños estremecimientos.

Por ejemplo, en la base del cuello, entre el pecho y el mentón, en la garganta.

Se inclinó y posó los labios en aquel temblor. De nuevo, el gorjeo.

—Jean...

El pulso de ella. Sus latidos. Su calor.

Sintió con los labios cómo Catherine penetraba en él. Percibió su olor, y cómo este se volvía más denso.

Se sintió inundado por el calor que ella irradiaba. Y entonces —«¡Oh, me muero!»— ella lo acarició.

Dedos sobre la ropa. Manos sobre piel.

Ella siguió el rastro de la corbata por debajo de la camisa.

Cuando lo tocó fue como si una emoción muy antigua se apoderara de él. Invadió su interior, dio forma por dentro a monsieur Perdu y se extendió por todas sus fibras y células, hasta alcanzarle la garganta y dejarle sin aire.

Inmóvil, para no malograr esa sensación fabulosa, temible y acaparadora, contuvo el aliento.

Deseo. Voluptuosidad. Y algo más...

Para que Catherine no notara el éxtasis que lo embargaba, y también para que no se sintiera, tal vez, insegura al verlo tan quieto, se obligó a respirar lentamente, lo más despacio posible.

«Amor.»

Le vino a la cabeza esa palabra, y con ella irrumpió el recuerdo

del sentimiento. Notó que se le saltaban las lágrimas.

«La echo tanto de menos.»

Catherine también tenía una lágrima en el rabillo de un ojo.

¿Lloraba por ella? ¿O quizá por él?

Ella apartó la mano de la camisa, se la desabrochó y le quitó la corbata. Él se incorporó para facilitarle la tarea, medio erguido a su lado.

Entonces ella le puso la mano en la nuca. Sin apretar. Sin la intención de acercarlo tampoco.

Entreabrió los labios y dijo:

—Bésame.

Él recorrió con los dedos la boca de Catherine, los deslizó una y otra vez por las diversas formas de blandura.

¡Qué fácil habría sido continuar!

Salvar esa última distancia inclinándose hacia delante. Besar a Catherine. Entregarse al juego de las lenguas, convertir la novedad en intimidad, la curiosidad en codicia, la felicidad en...

«¿Vergüenza? ¿Infelicidad? ¿Excitación?»

Acariciarla por debajo del vestido, desnudarla poco a poco: primero las prendas íntimas, luego el vestido. Sí, así lo haría. Quería saberla desnuda debajo del vestido.

Pero no lo hizo.

Por primera vez desde que habían empezado a tocarse, Catherine cerró los ojos. En el mismo instante en que entreabrió los labios, cerró los ojos.

Se había alejado de Perdu. Él ya no podía saber lo que ella quería.

Algo le había pasado a Catherine. Y parecía que fuera a lastimarla.

¿Acaso se trataba del recuerdo de lo que era ser besada por un hombre? (Cuánto tiempo había pasado, ¿verdad? ¿Él ya tenía a su amiguita? ¿No fue cuando él le dijo aquellas cosas tan desagradables? Cosas como: «¡Qué asco me da cuando te pones así!». O: «Si un hombre ya no quiere a una mujer en su cama, seguro que ella también tiene parte de culpa».) ¿Acaso su cuerpo recordaba el tiempo en que había sido ignorado: sin caricias, sin ningún roce, sin contacto. El recuerdo de ser poseída por su marido (nunca para dejarla totalmente satisfecha; no quería

malacostumbrarla, decía. Las mujeres demasiado consentidas dejan de amar; además, ¿a qué venía ahora eso? Él ya había terminado). ¿Era el recuerdo de las noches en que había dudado de si volvería a ser mujer, a ser acariciada, a ser considerada bella y a estar a solas con un hombre tras una puerta cerrada?

Los fantasmas de Catherine se habían hecho presentes y habían invitado a los de él.

—Catherine, ya no estamos solos.

Catherine abrió los ojos. La tempestad que los habitaba ya no mostraba chispas plateadas, sino una imagen difuminada de la entrega.

Ella asintió. Las lágrimas le anegaron los ojos.

—Sí. ¡Ah, Jean! Ese imbécil ha vuelto, precisamente en el momento en que yo me decía: Por fin, por fin un hombre me acaricia como siempre he querido y no como..., bueno, como ese imbécil.

Se volvió de lado, apartándose de Jean.

—Incluso ha regresado mi antiguo yo, la pequeña Cati, tonta y sumisa. La que siempre se echaba la culpa cuando su marido se comportaba de forma repulsiva, o cuando su madre no le prestaba la menor atención durante unos días. Seguro que había pasado alguna cosa por alto..., u olvidado algo... No había sido lo bastante silenciosa. O lo bastante feliz. Seguramente no los amaba lo suficiente, porque de lo contrario ella o él no habrían sido...

Catherine se echó a llorar.

Al principio fue un llanto quedo, pero cuando él la tapó con la sábana y la abrazó, con la mano posada suavemente en la coronilla, ella sollozó con fuerza. De forma desgarradora.

Jean advirtió que Catherine recorría entre sus brazos todos los valles que había sobrevolado mentalmente en mil ocasiones. A pesar del miedo a caer, a perder el control, a ahogarse en el dolor, lo hacía.

Se abandonó y, vencida por el dolor, la pena y la humillación, tocó fondo.

—Me quedé sin amigos... Él decía que solo querían bañarse en su esplendor. El de él. No le cabía en la cabeza que pudieran considerarme interesante a mí. Me decía que me necesitaba, pero no me necesitaba para nada, ni siquiera para... Él quería el arte solo

para sí... Yo abandoné el mío por su amor, pero para él eso no era suficiente. ¿Acaso debería haberme muerto para demostrarle que lo era todo para mí? ¿Y que era más de lo que yo jamás sería?

Y a continuación susurró con voz ronca:

—Veinte años, Jean. Veinte años sin vivir... Desprecié mi propia vida y permití que otros la despreciaran.

Finalmente, su respiración empezó a apaciguarse.

Luego se durmió.

Su cuerpo se volvió blando entre los brazos de Perdu.

«Así que ella también. Veinte años. Parece que hay diversas maneras de arruinarse la vida.»

Monsieur Perdu comprendió que había llegado el momento.

Ahora era él quien iba a tocar fondo.

En la sala de estar, sobre su antigua mesa de cocina blanca, estaba la carta de Manon. Aunque resultaba triste, de algún modo le confortaba saber que no era el único que había desperdiciado su tiempo.

Por un momento se preguntó qué habría pasado si, en lugar de a Le P., Catherine lo hubiera conocido a él.

Durante un buen rato se preguntó si estaba preparado para leer la carta.

No. Por supuesto que no.

Rompió el sello, abrió el sobre y olió el papel. Durante un buen rato. Cerró los ojos y, por un instante, bajó la cabeza.

Luego se sentó en la silla y empezó a leer la carta que Manon le había escrito veintiún años atrás.

12

Bonnieux, 30 de agosto de 1992

Te he escrito ya mil veces, Jean, y cada vez he empezado con la misma palabra porque es la más verdadera de todas: «Querido».

Querido Jean, mi muy querido y distante Jean: He hecho una tontería: no decirte por qué te he dejado. Y ahora lo lamento. Lamento las dos cosas: haberte abandonado y no haberte contado el motivo.

Te lo ruego, sigue leyendo. No me quemes: no te he dejado por no querer estar contigo.

Quería estar contigo. Lo hubiera preferido mil veces a vivir lo que ahora me pasa.

Jean, me muero. Será muy pronto. Dicen que posiblemente por Navidad.

Cuando me fui quise que me odiaras.

Te imagino ahora negando con la cabeza, *mon amour*. Quise hacer lo que el amor considera correcto. ¿Acaso el amor no dice que hay que hacer lo que es bueno para el otro? Creí que sería bueno que me olvidaras enfadado. Que no sintieras pesar alguno, no te preocuparas, no supieras nada de la muerte. Un corte brusco, rabia... y adelante.

Pero me equivoqué. Las cosas no funcionan así. Todavía tengo que decirte lo que nos pasó, a ti, a mí. Es algo bello y, a la vez, horrible; es demasiado grande para una carta insignificante. Cuando vengas, ya hablaremos.

Esto es lo que te pido: Jean, te lo ruego, ven a mi casa. Me da miedo morir.

Esperaré a que estés aquí.

Te quiero,

P. S.: Si no quieres venir porque lo que sientes no es suficiente, lo aceptaré. No me debes nada, ni siquiera compasión.

P. P. S.: Los médicos no me dejan viajar. Luc te espera.

Monsieur Perdu se quedó sentado a oscuras, sintiéndose como si acabara de recibir una paliza.

Una agitación tremenda bullía en su interior.

«Esto no es posible.»

Cada vez que abría y cerraba los ojos, se veía a sí mismo. Pero veintiún años atrás. Sentado exactamente junto a esa mesa, como de piedra, y negándose a abrir el sobre.

«Imposible.»

«¿No es posible que ella...?»

Lo había traicionado dos veces. De esto él siempre había estado seguro. Y sobre esa conclusión había basado su vida.

Sintió náuseas.

Ahora se veía obligado a admitir que había sido él quien la había traicionado. Manon había esperado en vano a que él acudiera a su lado mientras...

«No. No, por favor. Eso no.»

Lo había hecho todo mal. La carta. El P. S., tal como estaba escrito... Manon había creído que los sentimientos de él no eran lo bastante fuertes. Como si Jean Perdu no la hubiera amado lo suficiente para concederle aquel deseo descabellado, su último, íntimo y fervoroso deseo.

Al darse cuenta de eso, su dolor fue infinito.

Se la imaginó en las horas y semanas posteriores a la carta. Esperando a que un coche se detuviera ante su casa y Jean llamara a la puerta.

El verano pasó, el otoño dibujó su aspereza en las hojas caídas y el invierno barrió los árboles hasta dejarlos desnudos.

Y él no acudió.

Se golpeó las manos delante de la cara; hubiera preferido golpearse a sí mismo.

«Y ahora es demasiado tarde.»

Con dedos temblorosos, monsieur Perdu dobló la carta de papel quebradizo, que misteriosamente seguía oliendo a ella, y la metió de nuevo en el sobre. Acto seguido, con una concentración amarga,

se abrochó la camisa y buscó nervioso los zapatos. Se arregló el pelo en el reflejo de la ventana bañada de noche.

«Vamos, salta, pedazo de imbécil. Sería una solución.» Al levantar la vista, vio a Catherine apoyada en el marco de la puerta.

—Ella me... —empezó a decir, señalando la carta—. Yo la... —No encontraba las palabras—. Y sin embargo fue algo totalmente distinto.

«¿Cuál es la palabra para eso?»

—¿... amaba? —preguntó Catherine al cabo de unos instantes.

Él asintió. Sí. Esa era la palabra.

—Pero eso es bueno.

—Ahora es demasiado tarde —afirmó él.

«Eso lo destroza todo. Me destroza a mí.»

—Ella me abandonó...

«Vamos, dilo.»

—... por amor. Eso es, me dejó por amor.

—¿Os volveréis a ver? —quiso saber Catherine.

—No. Murió. Manon murió hace mucho tiempo.

Cerró los ojos para no ver a Catherine, para no ver cómo él volvía a herirla.

—Yo la amaba. La amaba tanto que dejé de vivir cuando se fue. Ella murió, pero en lo único que pensaba yo era en lo mal que se había comportado conmigo. Fui un imbécil. Y, Catherine, disculpa, pero sigo siéndolo. Ni siquiera soy capaz de hablar de ello de un modo apropiado. Será mejor que me marche antes de que te haga daño, ¿lo entiendes?

—Claro. Puedes marcharte. Y no me haces daño. La vida es así, y no tenemos catorce años. Las personas se vuelven raras cuando no tienen a nadie que las ame. En todas las emociones nuevas, las antiguas nos acompañan durante un tiempo. Así somos las personas —susurró Catherine con un tono tranquilo y convincente.

Volvió la vista hacia la mesa de cocina, el desencadenante de todo.

—Ojalá mi marido me hubiera dejado por amor. Sin duda es el modo más bello de ser abandonado.

Perdu se acercó a Catherine y la abrazó con torpeza; sin embargo, la sensación resultó tremendamente extraña.

13

Hizo cien flexiones mientras la cafetera borbotaba. Después del primer trago de café se obligó a hacer doscientas abdominales, hasta que los músculos le temblaron.

Se dio una ducha de agua fría y caliente, se afeitó; se hizo varios cortes profundos. Esperó a que la sangre dejara de salir, se planchó una camisa blanca y se anudó la corbata. Se metió unos billetes en el bolsillo del pantalón y se colocó la americana doblada en el brazo.

Al salir no miró la puerta de Catherine. Su cuerpo añoraba ya los abrazos de ella.

«¿Y entonces? Yo la consuelo. Ella me consuela. Y, al final, nos quedamos los dos como dos pañuelos usados.»

Recogió los pedidos de libros que sus vecinos le habían metido en el buzón. Saludó a Thierry, que limpiaba el rocío que la madrugada había dejado en las mesas.

Se comió la tortilla de queso sin apenas darse cuenta, ni siquiera degustarla, absorto como estaba en la lectura del periódico matutino.

—¿Y bien? —preguntó Thierry poniéndole una mano en el hombro.

Fue un gesto ligero, amistoso, pero monsieur Perdu tuvo que contenerse para no apartar a Thierry.

«¿Cómo murió? ¿De qué? ¿Sufrió? ¿Preguntó por mí? ¿Miraba todos los días la puerta? ¿Cómo pude ser tan orgulloso?

»¿Por qué tuvieron que ir así las cosas? ¿Qué mal hice yo...? ¿No sería mejor matarme, hacer lo correcto por una vez?»

Perdu clavó la mirada en las críticas literarias. Las leyó nervioso, con concentración maníaca, dispuesto a que no se le escapara ni

una palabra, ni una opinión, ni un solo dato. Subrayó, escribió comentarios y se olvidó de lo que había leído.

Volvió a leer...

Ni siquiera levantó la mirada cuando Thierry dijo:

—¿Ve ese coche? Lleva ahí parado la mitad de la noche. ¿Cree usted que habrá gente durmiendo dentro? ¿Serán de nuevo admiradores del escritor?

—¿De Max Jordan? —preguntó Perdu.

«Ojalá el muchacho no cometa ese tipo de tonterías.»

Thierry se acercó al coche, que se marchó rápidamente.

«Cuando ella supo que se acercaba la muerte, sintió miedo. Quería que yo la protegiera. Pero yo no estaba. Estaba ocupado compadeciéndome de mí mismo.»

Perdu sintió náuseas.

«Manon. Sus manos.

»Su carta, su olor, su letra. Todo lo suyo siempre tan lleno de vida. ¡La echo de menos!

»¡Cómo me odio! ¡La odio!

»¿Cómo se dejó morir? Debe de haber un malentendido. Tiene que estar viva, en algún sitio.»

Corrió hacia el baño y vomitó.

No fue un domingo plácido.

Perdu barrió la cubierta, devolvió a su sitio los libros que no había querido vender en los últimos días. Los encajó al milímetro. Colocó un nuevo rollo de papel en la caja registradora. No sabía qué hacer con las manos.

«Si sobrevivo a este día, sobreviviré al resto de mis días.»

Atendió a un italiano. «Hace poco vi un libro que tenía un cuervo con gafas en la portada. ¿Está ya traducido?»

Se dejó fotografiar con una pareja de turistas, tomó nota de un pedido de unas obras sirias de crítica islámica, vendió un par de medias de compresión a una española, llenó de comida los platos de Kafka y Lindgren.

Mientras los gatos deambulaban por el barco, Perdu se dedicó a hojear el catálogo de material de oficina, que no solo ofrecía manteles individuales con los relatos de seis palabras más famosos desde Hemingway hasta Murakami, sino también saleros, pimenteros y azucareros en forma de bustos. Sal, pimienta o azúcar

saliendo de la cabeza de Schiller, Goethe, Colette, Balzac y Virginia Woolf.

«¿Qué significa esto?»

«Un auténtico best seller sin ser un libro: los nuevos puntos de libro de las librerías. Y, como exclusiva: "Etapas", de Hesse, el sujetalibros de culto para el rincón de la poesía.»

Perdu se quedó mirando la página.

«¿Sabéis qué os digo? ¡Que estoy harto! ¡Dejaos de saleros con forma de Goethe! ¡No me vengáis con thrillers escritos en papel de váter! ¡Convertir "Etapas", de Hesse, y el verso "En cada comienzo vive una magia interna" en objeto decorativo para las estantería! ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¡Basta!»

El librero se quedó mirando el Sena por la ventana. El modo en que brillaban las aguas, la curvatura del cielo.

«¡Qué hermosura!

»¿Se enfadó Manon conmigo por tener que dejarme de ese modo? ¿Porque, siendo como soy, no le quedó otro remedio? Por ejemplo, hablar conmigo. Contarme sin más cómo estaba. Pedirme ayuda. Decirme la verdad.»

—¿Acaso no soy hombre para eso? ¿Qué clase de hombre soy? —preguntó en voz alta.

Jean Perdu cerró el catálogo de golpe, lo enrolló y se lo metió en el bolsillo trasero de su pantalón gris.

Tuvo la impresión de que había pasado ahí los últimos veintiún años. En ese preciso instante, comprendió lo que debía hacer. Lo que debería haber hecho hacía tiempo, aun sin la carta de Manon.

Monsieur Perdu abrió su ordenadísima caja de herramientas, que guardaba en la sala de máquinas, sacó el destornillador a pilas, se metió la broca en el bolsillo de la camisa y se encaminó hacia la cubierta. Colocó el catálogo sobre la chapa metálica, se arrodilló encima del colorido papel satinado, enroscó la broca y empezó a sacar los tornillos que sujetaban la pasarela al muelle. Uno a uno.

Por último, soltó la manguera conectada al depósito de agua fresca del puerto. Retiró el enchufe de la caja de luz del amarre y soltó los cabos que desde hacía dos décadas ataban La farmacia literaria al muelle.

Golpeó con fuerza la pasarela con el pie para que se soltara del todo. La levantó y la colocó en la entrada del barco de los libros,

luego saltó hacia atrás y cerró la escotilla. A continuación se dirigió a cubierta, al puesto de mando, envió un pensamiento al número 27 de la rue Montagnard —«Catherine, perdóname»— y giró la llave de encendido en el modo de precalentamiento.

Ansioso, hizo la cuenta atrás y, al cabo de diez segundos, volvió a girar la llave.

El motor se puso en marcha sin vacilación.

—¡Monsieur Perdu! ¡Monsieur Perdu! ¡Eh! ¡Aguarde!

El librero volvió la vista atrás, por encima del hombro. ¿Jordan? Pues sí, era él. Además de orejeras, esta vez llevaba unas gafas de sol que Perdu identificó que pertenecían a madame Bomme: parecía un pariente lejano de la mosca Puck, de *La abeja Maya*.

Jordan corría hacia el barco de los libros con un petate verde al hombro, que saltaba nervioso a cada paso, y diversas bolsas que se agitaban en su brazo. Lo seguía una pareja, ambos con una cámara.

—¿Adónde va? —gritó Jordan, presa del pánico.

—¡Lejos de aquí! —respondió Perdu a voces.

—Fantástico. Es justo lo que quiero.

Jordan arrojó su equipaje hacia *Lulu*, que, temblorosa y estremecida por las inusuales vibraciones, ya se había alejado un metro del muelle. La mitad de las cosas cayeron al agua, entre ellas la bolsa que contenía el móvil y la cartera de Jordan.

El motor atronó, el diésel entró en combustión y despidió una humareda negra. Al cabo de poco, un vapor azulado cubría la mitad del río. Monsieur Perdu vio que el capitán del puerto corría hacia la embarcación lanzando imprecaciones.

Puso la palanca de gas a máxima potencia.

El escritor tomó impulso.

—¡No! —gritó Perdu—. ¡No, monsieur Jordan! ¡No! ¡Es imposible! ¡Se lo...!

Max Jordan saltó.

14

—¡... ruego!

Jean Perdu observó a Max Jordan, que se frotó las rodillas, se incorporó y contempló cómo la mitad de sus bártulos flotaba un instante en el agua y luego se hundía. El escritor acosado se aproximó al puesto de mando con una amplia sonrisa. Como no podía ser de otro modo, llevaba las orejeras.

—Buenos días —dijo con alegría—. ¿Usted también navega con este barco?

Perdu torció el gesto. Se dijo que más tarde le cantaría las cuarenta a Max Jordan y lo arrojaría amablemente por la borda. Ahora tenía que concentrarse. ¡Había muchas cosas delante! Barcas de paseo, gabarras, barcos vivienda, pájaros, moscas, espuma... ¿Cómo iba eso? ¿Quién tenía preferencia? ¿A qué velocidad se podía navegar? ¿Y qué significaban esos cuadrados amarillos en las bocas de los puentes?

Max lo miraba de hito en hito, como si esperara algo.

—Jordan, vaya a ver cómo están los gatos y los libros. Haga café. Yo entretanto intentaré no matar a nadie con esta cosa.

—¿Cómo? ¿A quién quiere matar? ¿Qué gatos? —El escritor lo miró sin comprender nada.

—Vamos, quítese eso de las orejas. —Perdu señaló las orejeras —. Y haga café para los dos.

Cuando, algo más tarde, Max Jordan colocó una taza de aluminio llena de café fuerte en el portavasos situado junto al timón, un artilugio del tamaño de un neumático, Perdu ya se había acostumbrado un poco a la oscilación y a navegar contracorriente.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que utilizó la barcaza. Solo el morro que tenía delante medía como tres

remolques de camión. De todos modos, el barco de los libros era discreto y se abría paso silenciosamente en el agua.

Se sentía presa del pánico y del placer a la vez. Tenía ganas de cantar y de chillar. Apretó con fuerza los dedos en el timón. Lo que estaba haciendo era una locura, una estupidez, pero al mismo tiempo era... ¡Fa-bu-lo-so!

—¿Y cómo es que sabe pilotar la barcaza y manejar estos chismes? —preguntó el escritor señalando con respeto el instrumental de navegación.

—Me enseñó mi padre. Yo tenía doce años. A los dieciséis me saqué el título de navegación fluvial porque estaba convencido de que algún día me dedicaría a transportar carbón al norte.

«Y sería un hombre grandote y tranquilo que no necesitaría caer bien para ser feliz. ¡Dios mío, qué rápido pasa la vida!»

—¿De verdad? Pues mi padre ni siquiera me enseñó a hacer barquitos de papel.

París pasaba junto a ellos como una película: Pont Neuf, Notre Dame, el puerto deportivo de L'Arsenal...

—La verdad es que ha sido como una peli de James Bond. ¿Con leche y azúcar, mister Bond? —preguntó Jordan—. ¿Por qué lo ha hecho?

—¿El qué? Sin azúcar, Moneypenny, por favor.

—Bueno, eso de echar su vida por la borda. Huir. Convertirse en un Huckleberry Finn en su balsa. O en Ford Prefect...

—Por una mujer.

—¿Por una mujer? Creía que las mujeres no le interesaban especialmente.

—La mayoría, no. Solo una. Ella sí me interesa, y mucho. Quiero ir junto a ella.

—¡Entiendo! ¡Eso está muy bien! Pero ¿por qué no ha tomado el autobús?

—¿Piensa usted que solo los personajes de los libros cometen locuras?

—No. Ahora mismo estoy pensando que no sé nadar y que la última vez que usted pilotó un monstruo como este aún llevaba pantalón corto. Y también que tiene las latas de comida para gatos ordenadas alfabéticamente. Es muy posible que esté usted loco. ¡Dios mío! ¿Alguna vez tuvo doce años? ¿De verdad que fue niño?

¡Es increíble! Da la impresión de que siempre ha sido igual que ahora.

—¿Cómo?

—Pues adulto... Controlado. Dueño y señor de sí mismo.

«Si supiera lo diletante que llego a ser.»

—No habría conseguido llegar a la estación de autobuses. En el camino habría tenido demasiado tiempo para reflexionar, monsieur Jordan. Y habría encontrado motivos para no partir. Por lo tanto, no me habría marchado y aún estaría ahí arriba... —Perdu señaló un puente del Sena, desde el que los saludaban unas chicas en bicicleta—, y me habría quedado donde siempre he estado. No me hubiera alejado de mi vida habitual, la cual, aunque es una mierda, es segura.

—Acaba de decir «mierda».

—Sí, ¿y?

—De fábula. Ahora eso del abecedario en su nevera ya no me preocupa tanto.

Perdu tomó la taza de café. ¿Hasta qué punto se preocuparía Max Jordan si sospechara que la mujer por la que había soltado amarras de un modo tan brutal llevaba muerta veintiún años? Perdu se imaginó contándoselo. Lo haría pronto. En cuanto supiera cómo decírselo.

—¿Y usted? —preguntó—. ¿Qué le lleva a marcharse, monsieur?

—Yo quiero... dar con una historia —explicó Jordan con voz vacilante—. Porque en mi interior no hay nada. No pienso regresar a casa hasta que la haya encontrado. De hecho, venía al muelle a despedirme, pero entonces le he visto zarpar y... ¿Me permite viajar con usted, por favor? ¿Puedo?

Max Jordan dirigió una mirada tan anhelante a Perdu que este pospuso de momento su propósito de dejarlo en el próximo muelle importante y desearle mucha suerte.

Delante, el mundo, y detrás, una vida sin amor; de pronto se sintió como el joven que había sido. Por mucho que a Max, desde su perspectiva juvenil, le costase creerlo.

Se sentía como cuando tenía doce años, aquella época en que Jean, aunque pocas veces estaba solo, sabía disfrutar de la soledad, o iba con Vijaya, el enclenque retoño de la familia india de matemáticos que vivía en la casa vecina. Aquella época en que era

lo bastante niño para creer que sus sueños nocturnos eran el segundo mundo real y un sitio donde ponerse a prueba. En efecto, había habido un tiempo en que creía que los sueños albergaban misiones y que, si lograba llevarlas a cabo, llegaría más lejos en su vida de vigilia.

«¡Encuentra la salida del laberinto! ¡Vuela! ¡Derrota al Can Cerbero! Si lo consigues, cuando despiertes tu deseo se cumplirá.»

En aquel entonces creía en el poder de los deseos. Lo cual, claro está, llevaba aparejada la renuncia a algo querido o muy importante.

«¡Que mis padres se vuelvan a mirar durante el desayuno! ¡A cambio doy un ojo, el izquierdo! El derecho lo necesito para pilotar barcos mercantes.»

Sí, así suplicaba de niño, cuando no era tan... ¿Cómo lo había dicho Jordan? ¿Tan controlado? También enviaba cartas a Dios, que sellaba con la sangre de sus pulgares. Ahora, con un retraso de casi mil años, se encontraba al mando de un barco gigantesco y sentía de nuevo que aún tenía deseos.

Perdu dijo «¡Adelante!» sin darse cuenta y enderezó un poco la espalda.

Jordan toqueteó los botones del aparato de radio hasta que encontró la emisora del práctico del *VNF Seine*, que se encargaba de regular el tráfico fluvial del Sena.

«... Repetimos: este es un aviso a los dos payasos que han dejado cubierto de diésel el embarcadero de Champs Élyseés. Saludos del capitán del puerto. Si buscáis estribor, está donde vuestro pulgar se encuentra a la izquierda.»

—¿Se refieren a nosotros? —preguntó Jordan.

—¡Ah, qué cosas! —exclamó monsieur Perdu.

Se miraron y sonrieron con malicia.

—Y dígame: cuando era usted joven, ¿qué quería ser de mayor, monsieur... Jordan?

—¿Cuando era joven? Se refiere a anteayer, ¿no?

Max lanzó una risa pícara. Luego adoptó una actitud grave.

Quería ser un hombre al que mi padre se tomara en serio. Ah, y también quería interpretar los sueños, lo cual iba en contra de mi primer propósito —añadió.

Perdu se aclaró la voz.

—Monsieur, elija la ruta hacia Aviñón. Un recorrido hermoso por los canales en dirección sur. En el que tal vez tengamos... sueños importantes.

Perdu señaló una pila de mapas. Las cartas de navegación mostraban una red tupida de vías navegables, con canales, puertos y esclusas.

Mientras Jordan lo miraba intrigado, monsieur Perdu aceleró y, con la vista clavada en el agua, dijo:

—El libro de Sanary dice que es preciso navegar hacia el sur para obtener la respuesta a nuestros sueños. Y que es posible que allí te reencuentres a ti mismo, aunque solo si en el camino te pierdes por completo y sin remedio. Por amor. Por deseo. Por miedo. En el sur la gente escucha el mar para comprender que la risa y el llanto suenan igual y que, a veces, el alma tiene que llorar para ser feliz.

Monsieur Perdu sintió como si un pájaro se hubiera despertado en su pecho y, sorprendido por sentirse aún vivo, hubiera desplegado las alas con cuidado. Quería salir. Quería abrirle el pecho y arrebatarle el corazón. Quería elevarse hacia el cielo.

—Ya voy —susurró Jean Perdu—. Ya voy, Manon.

DIARIO DE MANON

En ruta hacia mi vida, entre Aviñón y Lyon

30 de julio de 1986

Fue un milagro que no subieran conmigo. De hecho, resultó bastante irritante que todos (padres, la tía Julia-las-mujeres-no-necesitamos-hombres, las primas Daphne-estoy-gorda y Nicolette-estoy-agotada) bajaran desde su monte de tomillo a nuestra casa del valle y me acompañaran a Aviñón para verme tomar el tren rápido de Marsella a París. Supongo que en realidad querían aprovechar para ir a una ciudad de verdad, ir al cine y comprarse discos de Prince.

Luc no vino. Temía que no me fuera si él estaba en la estación. Y así habría sido. Soy capaz de advertir cómo está a cien metros de distancia; me basta con ver la postura que adopta de pie o sentado, y la posición de los hombros o la cabeza. Es un francés del sur de pura cepa. Su alma está hecha de fuego y vino, y nunca tiene la sangre fría. Es incapaz de hacer algo sin ponerle emoción y nada le deja indiferente. Dicen que en París a la mayoría les da igual todo.

Estoy junto a la ventana del tren rápido y me siento muy joven y, a

la vez, muy adulta. Es la primera vez que me separo de verdad de mi tierra. De hecho, es la primera vez que la contemplo mientras me alejo de ella, kilómetro a kilómetro. El cielo bañado de luz, el canto de las cigarras desde los árboles centenarios, los vientos que se baten por conquistar todas las hojas de los almendros. Este calor, que es como una fiebre. El estremecimiento y el brillo del aire cuando el sol se pone y tiñe de rosa y del color de la miel las montañas escarpadas y las aldeas de las cimas. La tierra siempre da, no deja de ofrecernos sus frutos: el romero y el tomillo se hacen sitio entre las piedras, las cerezas prácticamente estallan en su piel, los henchidos frutos de los tilos, con su olor a la risa de las muchachas a la sombra de los plátanos cuando los vendimiadores se acercan a ellas. Los ríos brillan como hilos finos de color turquesa entre peñascos empinados, y al sur el mar resplandece en un azul hiriente, intenso como las manchas que dejan las aceitunas negras en la piel al hacer el amor bajo un olivo... La tierra no para de salirle al paso al hombre, sin piedad. Las espinas. Los peñascos. El olor. Papá dice que la Provenza convirtió los árboles, los peñascos y las fuentes en seres humanos y luego los hizo franceses. Son recios y flexibles, duros y fuertes; hablan desde las profundidades de su ser y les bulle la sangre con la misma rapidez con que el agua de una cazuela hierve en un horno encendido.

Al poco rato noto que el calor remite y el cielo parece más bajo y ha perdido sus destellos de color cobalto... Observo que las formas del paisaje se desdibujan y se vuelven más tenues conforme avanzamos hacia el norte. ¡Oh, norte, frío y cínico! ¿Sabes amar?

Maman, claro, teme que me pase algo en París. No es que tenga miedo a que me parta en dos una bomba de algún grupo libanés, como las que han estallado desde febrero en las galerías Lafayette y en los Campos Elíseos; ella piensa más bien en un hombre. O, peor aún, en una mujer. Intelectuales de Saint Germain, con la cabeza llena de todo menos de emociones, que podrían hacer que me entraran ganas de irme a vivir a una casa de artistas donde al final las mujeres, una vez más, acaban lavándoles los pinceles a los señores creadores.

Me parece que a maman le preocupa que, lejos de Bonnieux y de sus cedros del Atlas, sus vides vermentino y sus atardeceres rosados, descubra algo que amenace mi futuro. Anoche la oí llorar desconsolada en la cocina exterior que usamos en verano; teme por mí.

Dicen que en París impera el afán de medrar y que los hombres

seducen a las mujeres con su frialdad. Todas las mujeres quieren someter a un hombre y convertir en pasión su costra de hielo... Todas las mujeres lo queremos. Y las del sur muy especialmente. Eso dice Daphne, aunque yo creo que desvaría. Las dietas tienen efectos alucinógenos, es evidente.

Papá es el hombre provenzal contenido. «¿Qué pueden ofrecer los hombres de ciudad a alguien como tú?», esas fueron sus palabras. Le adoro cuando tiene sus cinco minutos de humanidad y contempla la Provenza como la cuna de toda la cultura nacional. Murmura frases en occitano y le maravilla que un humilde aceitunero y un cultivador de tomates desaseado hablen la misma lengua que los artistas, los filósofos, los músicos y los jóvenes desde hace cuatrocientos años. No como esos parisinos, que solo saben ver creatividad y apego a lo material en su burguesía educada...

¡Ah, papá! Un Platón con laya y, a la vez, intolerante con los intolerantes.

Echaré de menos su olor, el calor de su pecho. Y su voz, el estruendo de la tormenta en el horizonte.

Sé que añoraré también las alturas, el azul, el mistral que barre y baña los viñedos... Llevo conmigo un saquito de tierra y un fajo de hierbas aromáticas. Y también un hueso de nectarina, que he chupeteado hasta dejar en nada, y un guijarro que, como hacía Pagnol, me pondré bajo la lengua cuando añore las fuentes de mi tierra.

¿Echaré de menos a Luc? Siempre ha estado aquí, nunca lo he extrañado. Me gustará hacerlo. No conozco la emoción de la que me habló la prima Daphne-soy-gorda eligiendo con esmero las palabras: «Es como si el hombre te hubiera metido un ancla en el pecho, en el vientre y entre las piernas; y cuando él no está las cadenas tiran de ti y te desgarran». Dicho así sonaba atroz, pero ella lo decía sonriendo.

¿Cómo será querer así a un hombre? ¿Y yo? ¿También yo clavo un garfio en él? ¿O es que el hombre olvida con más facilidad? ¿Lo habrá sacado Daphne de alguna de esas novelas horrorosas?

Lo sé todo de los hombres en general, pero nada del hombre en particular. ¿Cómo es un hombre cuando está con una mujer? ¿Sabe a los veinte años cómo la amará a los sesenta? A fin de cuentas, con respecto a su carrera profesional, sabe exactamente cómo pensará, obrará y vivirá a esa edad.

Regresaré dentro de un año y entonces, como los pájaros, Luc y yo

nos casaremos. Y luego haremos vino y niños, año tras año. Durante este tiempo, y también en el futuro, seré libre. Luc no hará preguntas si alguna vez llego tarde a casa o si, dentro de unos años, viajo sola a París o a cualquier otra parte. Fue su regalo de compromiso: un matrimonio libre. Él es así.

Papá no lo entendería: ¿libre de ser fiel, y por amor? «La lluvia no basta para toda la tierra», diría. El amor es la lluvia; el hombre, la tierra. Y nosotras, las mujeres, ¿qué somos? «Vosotras escogéis al hombre, él florece en vuestras manos. Ese es el poder de las mujeres.» Todavía no sé si quiero el regalo de lluvia de Luc. Es un gran regalo: tal vez soy demasiado poca cosa para él.

¿Y si quiero devolvérselo? Luc me dijo que no insistirá y que no es una condición.

Soy hija de un árbol grande y fuerte. Mi madera se convertirá en barco, sin ancla y sin bandera; zarpo en busca de las sombras y de la luz; me lleno de viento y me olvido de todos los puertos. Estoy condenada a la libertad, ya sea regalada o tomada a la fuerza, y ante la duda, la sobrellevo siempre yo sola.

¡Oh! Tengo que mencionar una cosa antes de que mi Juana de Arco interior se arranque de nuevo la camisa y siga musitando versos: he conocido a un hombre, que me ha visto llorar y escribir en mi diario. Estaba en el compartimento del tren. Se dio cuenta de que lloraba, y yo intenté ocultar las lágrimas y el infantil «lo quiero otra vez para mí» que sentí al dejar atrás mi pequeño valle...

Me preguntó si sentía nostalgia.

—¿No podría ser tal vez un poco de mal de amores? —le dije.

—La nostalgia también es un mal de amores, solo que peor.

Es un hombre muy alto para ser francés. Es librero. Tiene los dientes blancos, la sonrisa amable y los ojos verdes, del color de la hierba, un poco como el del cedro que hay delante de mi dormitorio de Bonnieux. Labios del color de la uva y pelo espeso y fuerte, como ramas de romero.

Se llama Jean. Se dedica a renovar una gabarra flamenca donde dice que quiere sembrar libros. «Barquitos de papel para el alma.» Me contó que va a convertirla en una especie de farmacia, una pharmacie littéraire, para tratar todas las emociones que no pueden curarse con medicamentos.

Como la nostalgia, por ejemplo. Dice que existen distintos tipos. Necesidad de seguridad, nostalgia familiar, miedo a las despedidas o

deseo de amar.

«Las ganas de amar pronto algo bueno: un lugar, una persona, una cama concreta.»

Oyéndolo hablar no parecen majaderías, sino cosas totalmente lógicas.

Jean me prometió unos libros para aplacar un poco la nostalgia. Lo dijo como si se tratara de un remedio semimágico pero de lo más común.

Me parece un mirlo blanco, listo y fuerte, que vuela por encima de las cosas. Es como un ave grande y orgullosa que vigila desde el cielo.

No. No, no he sido exacta: no me prometió libros. Dice que no soporta las promesas. Me lo propuso. «Puedo ayudarla. Si desea llorar más, o dejar de hacerlo, o si quiere reír para llorar menos, yo la puedo ayudar.»

Tengo ganas de besarle para averiguar si además de hablar y saber cosas también es capaz de sentir y creer.

Quiero descubrir hasta qué altura puede volar ese mirlo blanco que ve cuanto hay en mi interior.

15

—Tengo hambre —dijo Max.

...

—¿Nos queda suficiente agua fresca? —preguntó Max.

...

—¡Me gustaría pilotar yo el barco! —pidió Max.

...

—¿Hay alguna caña de pescar a bordo? —lloriqueó Max.

...

—Sin teléfono ni tarjetas de crédito me siento castrado —se lamentó Max—. ¿Usted no?

—No. Puede limpiar el barco —propuso Perdu—. Es meditación en movimiento.

—¿Limpiar? ¿De veras? Mire, otro velero sueco —dijo el escritor —. Navegan por medio del río como si lo hubieran inventado ellos. Con los ingleses, es distinto; da la impresión de que el lugar es suyo y de que lo mejor que podríamos hacer los demás es aplaudirles desde tierra y saludarles con banderitas. Ya sabe, Trafalgar. Todavía están resentidos.

Bajó los prismáticos.

—Por cierto, ¿llevamos alguna bandera detrás?

—Se dice popa, Max. La parte posterior del barco se llama popa.

A medida que avanzaban por el sinuoso Sena, más nervioso se ponía Max y más tranquilo se sentía Jean Perdu.

El río discurría, manso y tranquilo, por grandes ondulaciones, entre bosques y parques. En las orillas se sucedían terrenos extensos y señoriales, con casas que evocaban muchas generaciones acomodadas y secretos de familia.

—Mire en el baúl de la bodega, junto a las herramientas, y

busque una bandera y una enseña tricolor —le indicó Perdu a Jordan—. Y saque también las estacas y el martillo de goma: los necesitará para amarrar si no encontramos un puerto.

—¡Ah, muy bien! ¿Y cómo sé yo cómo se amarra un barco?

—Eh... Encontrará las instrucciones en un libro sobre vacaciones en una casa flotante.

—¿Y cómo se pesca?

—En la sección «Supervivencia en el campo para urbanitas».

—¿Dónde está el balde para limpiar? ¿En un libro también?

Max se echó a reír con un pequeño gruñido y volvió a calarse las orejeras.

Perdu vio delante un grupo de piragüistas y tiró una vez de la sirena del barco para avisarles. El sonido, grave y estridente, le recorrió el pecho y el estómago, descendió hasta el ombligo, y se extendió un poco más abajo.

—Oh —susurró monsieur Perdu.

Volvió a tirar de la sirena.

«Un artilugio así no puede ser más que obra del hombre.»

Mientras el ruido y su eco retumbaban aún en su interior, Jean volvió a sentir la piel de Catherine bajo los dedos. Cómo cubría el músculo deltoides. Suave, cálido, terso. Redondeado. Por un instante se sumió en el recuerdo de las caricias que había dado a Catherine.

«Acariciar mujeres, pilotar barcos, marcharse sin más.»

Miles de millones de células parecían haber despertado en su interior y, con ojos adormilados, desperezándose, le decían: «¡Vaya! ¡Cómo echábamos de menos esto! ¡Más, por favor! ¡Vamos!»

Estribor a la derecha, babor a la izquierda. El cauce estaba flanqueado por toneles de distintos colores, las manos aún se acordaban y las sorteaban. Y el instinto sabía que las mujeres son listas, porque no contraponen sentimiento y pensamiento y aman sin límites.

Cuidado con los remolinos ante las compuertas de las esclusas. Y cuidado con las mujeres que quieren ser siempre débiles, porque no toleran ninguna debilidad en los hombres.

Pero el capitán siempre tiene la última palabra.

«O quizá su mujer.»

¿Volver a lanzar amarras alguna vez? Amarrar ahí era tan

simple como librarse de los pensamientos nocturnos.

Tonterías. Al anochecer se dirigiría a un malecón especialmente bello, ancho y benevolente, activaría con delicadeza los timones laterales en cuanto los localizara y... ¿y entonces qué?

Quizá era preferible encontrar un terraplén en la ribera.

«O seguir navegando hasta el fin de mis días.»

En un jardín muy bien cuidado de la orilla, un grupo de mujeres lo miraban. Una lo saludó con el brazo. Pocas veces pasaban por ahí gabarras o barcazas flamencas, los antepasados lejanos de *Lulu*, conducidas por capitanes desdeñosos que, sentados tranquilamente con los pies en alto, manejaban el gran timón con la yema del pulgar.

Luego, de pronto, la civilización desapareció. Tras dejar atrás Melun, quedaron inmersos en la espesura verde del verano.

¡Qué olor! Fresco, limpio, puro.

Percibió además algo que era totalmente distinto en París. Faltaba algo muy especial. Algo a lo que Perdu se había acostumbrado hasta el punto de que, ahora que le faltaba, sentía un ligero mareo y zumbidos en los oídos.

Cuando se dio cuenta de lo que era, experimentó un alivio inmenso.

El ruido de los coches, el estruendo del metro, el zumbido de los aparatos de aire acondicionado. Los chasquidos y el murmullo de millones de máquinas, artilugios, ascensores y escaleras mecánicas. Faltaban el estrépito de los camiones al dar marcha atrás, los frenazos de los trenes y el taconeo en la grava y las baldosas. La música atronadora del gamberro de dos casas más allá, el estampido de los monopatines, el traqueteo de las motocicletas.

Reinaba una calma dominical que Perdu había percibido por primera vez, de forma intensa y completa, cuando sus padres lo llevaron a casa de unos parientes en la Bretaña. Allí, entre Pont-Aven y Kerdruc, la quietud le había parecido la vida auténtica, que se escondía de los urbanitas en Finistère, en los confines de la tierra. París era para él una máquina gigantesca que con su zumbido grave creaba un mundo de ilusiones en sus habitantes. Se adormecía con aromas postizos que imitaban la naturaleza y atraía a las gentes con sonidos, luces artificiales y un oxígeno falso. Como en el cuento de E. M. Forster, el autor que tanto le gustaba de pequeño. Cuando un

día la «máquina» del relato se detiene, la gente, que hasta entonces conversaba solo mediante pantallas, se muere por la calma repentina, la pureza del sol y la intensidad de sus percepciones sensoriales, ahora sin filtros. Morían de exceso de vida.

Exactamente así se sentía Jean Perdu en ese momento: abrumado por la profusión de percepciones que en la ciudad nunca había tenido.

¡Cómo le dolían los pulmones al aspirar el aire! ¡Los oídos le estallaban ante esa libertad desacostumbrada del silencio! Y la vista, ¡cómo descansaba viendo formas vivas!

El olor del río, el aire sedoso, el cielo alto. La última vez que había sentido esa tranquilidad e inmensidad fue cuando Manon y él salieron a cabalgar por la Camarga, a finales de un verano azul pastel. Los días todavía eran luminosos y tórridos como la placa de un horno. Pero por la noche la hierba seca de los prados y los bosques en torno a los lagos pantanosos apuraban el rocío. El aire estaba impregnado del aroma del otoño y de la sal de las salinas. Olía a las hogueras de los romaníes y los *manouches*, que, ocultos entre dehesas, colonias de flamencos y antiguos frutales olvidados, pasaban el verano en sus campamentos.

A lomos de dos caballos blancos esbeltos y de paso firme, Jean y Manon habían recorrido zonas lacustres solitarias y estrechos senderos serpenteantes que morían en el bosque, hasta llegar a playas olvidadas. Solo esos caballos, los camargueses, los únicos capaces de comer con el morro metido en el agua, sabían encontrar el camino en aquella soledad infinita y húmeda.

Una extensión inmensa sin seres humanos. La tranquilidad lejos de la gente.

«¿Te acuerdas, Jean? ¿Tú y yo, como Adán y Eva en el fin del mundo?»

¡Qué risueña podía ser la voz de Manon! Risueña como chocolate fundido.

Sí, fue como si hubieran descubierto un mundo desconocido al final del suyo, que durante los últimos dos mil años había permanecido ajeno al hombre y a su locura de convertir la naturaleza en ciudades, calles y supermercados.

Ni un árbol alto, ni una colina, ni una casa. Tan solo el cielo y, debajo, como límite, la cabeza. Habían visto manadas de caballos

salvajes. Garzas y patos silvestres pescando peces. Serpientes acosando a lagartos. Habían oído las plegarias de todo cuanto el Ródano había arrastrado desde su origen en el glaciar hasta ese delta enorme, y que ahora vagaba entre la retama, los pastos y los árboles bajos.

Las mañanas poseían un frescor y una pureza que le dejaban sin habla, de puro agradecimiento por haber nacido. Todos los días nadaba en el Mediterráneo bajo la luz del sol del amanecer y corría por las playas blancas, desnudo y gritando de alegría, sintiéndose uno con esa soledad natural. ¡Qué fuerza sentía!

Manon estaba admirada viéndolo nadar y capturar peces con las manos. Empezaron a apartarse de la civilización. Jean se dejó crecer la barba, y a Manon el cabello le caía sobre los pechos cuando cabalgaban desnudos en esos animales bondadosos y comprensivos de orejas pequeñas. Ambos adquirieron el color de las castañas y, cuando por la noche se amaban junto a la crepitante hoguera hecha con la madera que recogían en la arena, todavía caliente, de la playa, Jean paladeaba el sabor agridulce de la piel de Manon. Sabía a sal del mar, a sudor, a los prados del delta donde el río y el mar se penetraban cual amantes.

Cuando Jean se acercaba al vello negro de entre los muslos de ella, percibía el olor hipnótico a feminidad y a vida. Manon olía a la yegua que montaba de forma firme y confiada; a libertad. Su perfume era una mezcla de especias orientales con la dulzura de las flores y la miel... ¡Olía a mujer!

Ella susurraba su nombre sin cesar, entre suspiros, envolviendo las letras con su respiración entrecortada y llena de deseo.

«¡Jean! ¡Jean!»

En aquellas noches él fue más hombre que nunca. Manon se abrió por completo a él y exigía la boca de Perdu, su ser, su sexo. Y en los ojos de ella, abiertos y clavados en los suyos, se reflejaba la luna. Primero solo un cuarto; luego, la mitad, y por último, en su arrebol completo y redondo.

Pasaron en la Camarga el tiempo que la luna tarda en recorrer la mitad de su trayecto; fueron salvajes, Adán y Eva en cabañas de caña. Fugitivos y descubridores. Nunca preguntó a Manon a quién y cómo había mentido para estar entonces en el fin del mundo, soñando con toros, flamencos y caballos.

Por la noche, tan solo la respiración de ella rompía el silencio absoluto bajo el cielo estrellado. La respiración dulce, tranquila y profunda de Manon.

«Ella era el hálito del mundo.»

Cuando monsieur Perdu, con la lentitud con que se deja en el agua un barquito de papel, se desprendió de la imagen de Manon dormida en aquel agreste y desconocido extremo meridional, se dio cuenta de que había permanecido todo el rato con los ojos abiertos. Y de que era capaz de recordar a su amada sin venirse completamente abajo.

16

—¡Quítese las orejeras de una vez, Jordan! ¡Oiga el silencio!

—¡Chist! ¡No grite! ¡Y no me llame Jordan! Será mejor que utilice un seudónimo.

—De acuerdo. ¿Qué seudónimo?

—Ahora soy Jean, Jean Perdu.

—Disculpe, pero yo soy Jean Perdu.

—Sí. Es genial, ¿no? ¿Le parece bien que nos tuteemos?

—No, no me parece bien.

Jordan se echó atrás las orejeras. Luego olisqueó el aire.

—Huele a huevas de peces.

—¿Huele usted con los oídos?

—¿Qué pasa si me caigo entre huevas de peces y me devora un banco de alevines de siluro?

—Monsieur Jordan, la mayoría de la gente que se cae por la borda son borrachos que mean desde la barandilla. Si utiliza el lavabo, sobrevivirá. Por otra parte, los siluros no comen personas.

—¿De veras? ¿Y de dónde lo ha sacado? ¿De un libro? Como ya sabrá usted, lo que se escribe en los libros es siempre la verdad que el escritor ve desde su escritorio. De hecho, hubo un tiempo en que el mundo era un disco quieto en el espacio, como una bandeja abandonada. —Max Jordan se enderezó. El estómago le gruñó de forma sonora y lastimera—. Deberíamos comprar algo de comer.

—En la nevera hay...

—... comida de gato básicamente. Corazón y pollo, no, gracias...

—No olvide usted la lata de alubias.

Era cierto: tenían que comprar con urgencia. Pero ¿cómo? Perdu apenas tenía dinero en la caja, y las tarjetas de crédito de Jordan flotaban en el Sena. El agua del depósito bastaría durante un tiempo

para el lavabo, la cisterna y la ducha. Y quedaban dos cajas de agua mineral. Pero no alcanzarían para todo el trayecto hasta el sur.

Monsieur Perdu suspiró. Hacía un momento se sentía como un filibustero, y ahora se veía como un novato.

—¡Yo lo encuentro todo! —exclamó eufórico Jordan cuando, después de rebuscar en las entrañas de *Lulu*, apareció en el puesto de mando con varios libros y un gran rollo de cartón bajo el brazo —. Aquí está: un manual de preparación para el examen de navegación, con todas las señales náuticas que un funcionario aburrido de la Unión Europea es capaz de imaginar. Y además... ¡un libro de nudos! Me lo quedo. Y mire: una enseña tricolor para el cul..., perdón, para la popa del barco y... ¡tachán! ¡Una bandera!

Con gesto altivo, alzó el rollo de cartón, del que sacó una bandera enrollada. Mostraba un pájaro dorado y negro con las alas extendidas. Mirado con atención, se advertía que tenía la forma estilizada de un libro: el lomo era el cuerpo, y la cubierta y las hojas, las alas. Ese pájaro de papel tenía cabeza de águila y un parche en el ojo, como si fuera un ave pirata. Estaba bordado en una tela del color de la sangre de buey.

—¿Y bien? ¿Es o no es nuestra bandera?

Jean Perdu sintió una aguda punzada en el lado izquierdo del esternón. Se dobló sobre sí mismo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Max Jordan alarmado—. ¿Es un infarto? Si es así, le ruego que no me diga que busque en un libro cómo colocar un catéter.

Perdu se echó a reír, a su pesar.

—No pasa nada —gimió—. Ha sido solo... la sorpresa. Déjemela un momento.

Intentó tragarse el dolor e ignorarlo. Acarició la tela, las puntadas de filigrana, el pico y el único ojo del pájaro libro.

Manon había hecho la bandera con motivo de la inauguración de la librería flotante mientras cosía su colcha de matrimonio con motivos provenzales. Sus dedos, sus ojos habían recorrido ese el tejido...

«Manon, ¿es esto lo único que me queda de ti?»

—¿Y por qué te casas con él, con el viticultor?

—Se llama Luc y es mi mejor amigo.

—Vijaya es mi mejor amigo y, sin embargo, no voy a casarme

con él.

—Quiero a Luc, y será bonito ser su esposa. Deja que sea como soy. Sin condiciones.

—Podrías casarte conmigo. Eso también sería bonito.

Manon dejó entonces la labor; el ojo del pájaro estaba a medio bordar...

—Aparecí en la vida de Luc mucho antes de que tú y yo tomáramos el mismo tren.

—Y ahora no quieres que él tenga que cambiar sus planes.

—No, Jean, no. No quiero cambiar los míos. Echaría de menos a Luc. Su negativa a poner condiciones. Deseo estar con él. Y contigo. Quiero el norte y el sur. ¡Quiero la vida con todo lo que ofrece! He elegido el «y» en lugar del «o». Luc me permite cualquier «y». ¿Acaso tú también lo harías si fuéramos marido y mujer? Si hubiera otra persona, otro Jean, un Luc, o dos, o...

—Preferiría tenerte toda para mí.

—¡Oh, Jean! Ya sé que mis deseos son egoístas. Solo puedo suplicarte que te quedes conmigo. Te necesito para sobrevivir.

—¿Toda la vida, Manon?

—Toda la vida, Jean.

—Eso me basta.

Como señal de juramento, ella se pinchó el pulgar con la aguja y manchó de sangre el trozo de tela donde bordaba el ojo del pájaro.

Tal vez fuera solo sexo.

Ese había sido su temor: ser solo sexo para ella.

Sin embargo, cuando se amaban no era «solo sexo». Era la conquista del mundo. Una plegaria fervorosa. Reconocían lo que eran, sus almas, sus cuerpos, sus ganas de vivir, su temor a la muerte. Era una fiesta de la vida.

Perdu consiguió respirar mejor.

—Sí. Es nuestra bandera, Jordan. Es perfecta. Ícela en la proa, para que todo el mundo la vea. Sí, delante. Y la enseña tricolor, aquí, en la popa. ¡Apresúrese!

Mientras Max se inclinaba en la popa para averiguar cuál de los cables de acero agitados por el viento servía para colgar la enseña nacional y, tras recorrer la librería, se dirigía presuroso hacia la popa, Perdu sintió que le ardían los ojos. Pero sabía que era incapaz de llorar.

Max colocó la bandera y la izó hasta arriba. Con cada tirón, el corazón de Perdu se encogía. La bandera ondeó orgullosa con el viento. El pájaro libro volaba.

«Perdóname, Manon, perdóname.

»Era joven, tonto y fatuo».

—¡Oh, oh! ¡La poli se acerca! —gritó Max Jordan.

17

La embarcación de la gendarmería se aproximaba rápidamente. Perdu redujo la velocidad mientras la lancha amarraba en las cornamusas de *Lulu*.

—¿Cree usted que compartiremos celda? —preguntó Max.

—Tendré que entrar en el programa de protección de testigos —señaló Max.

—¿Y si los ha enviado mi editora? —dijo Max preocupado.

—Será mejor que vaya usted a limpiar las ventanas o a practicar los nudos —murmuró Perdu.

Un gendarme aguerrido con gafas de aviador saltó a bordo y se dirigió con andares atléticos al puesto de mando.

—*Bonjour messieurs. Service de la navigation de la Seine, arrondisment Champagne*. Soy el brigada Levec —dijo con énfasis. Era evidente que estaba orgulloso de su cargo.

Perdu casi daba por hecho que el brigada Levec le pondría una multa por alejamiento indebido de su vida.

—Lamentablemente, el distintivo de las Voies Navigables de France no está a la vista. Muéstreme, por favor, los chalecos salvavidas reglamentarios. Gracias.

—Iré a limpiar las ventanas —dijo Jordan.

Tras un cuarto de hora, una amonestación y una notificación de multa, monsieur Perdu puso sobre la mesa el dinero que le quedaba en la caja y el que llevaba en los bolsillos del pantalón para adquirir el distintivo que permitía navegar por los canales fluviales franceses, los chalecos salvavidas fosforescentes, obligatorios en las esclusas del Ródano, y una copia compulsada de las disposiciones de las Voies Navigables de France. No tenía suficiente dinero.

—¿Y bien? —dijo el brigada Levec—. ¿Qué hacemos ahora?

¿Ese brillo en la mirada no era de satisfacción?

—Tal vez a usted... ¿Le gusta leer? —preguntó Perdu encogiéndose de vergüenza.

—Por supuesto. No apruebo la mala costumbre de catalogar a los hombres aficionados a la lectura como seres débiles y falderos —respondió el gendarme fluvial, que empezó a acariciar a Kafka. El gato se alejó con la cola alzada.

—¿Me permitiría pues ofrecerle un libro..., o tal vez varios, para acabar de pagar lo que debo?

—Bueno, en el caso de los chalecos no hay ningún problema. Pero ¿y la multa? ¿Cómo pretende pagar el amarre? No estoy muy seguro de que los propietarios de los puertos deportivos amen especialmente la lectura. —El brigada Levec reflexionó—. Siga a los holandeses. Tienen olfato para encontrar chollos y saben dónde fondear gratis.

Tras recorrer la cubierta de *Lulu* y pasar junto a las estanterías para escoger el libro que serviría de pago, el brigada de las Voies Navigables de France se volvió hacia Max, que limpiaba las ventanas junto a la butaca de lectura y evitaba mirarlo.

—Dígame, ¿no es usted ese escritor tan famoso?

—¿Yo? No, seguro que no. Yo soy... hum... —Jordan miró a Perdu—. Soy su hijo. Un vendedor de calcetines deportivos de lo más normal.

Perdu lo miró con sorpresa. ¿Acaso Jordan se había dejado adoptar?

Levec se acercó a una pila de libros, tomó un ejemplar de *La noche* y examinó detenidamente la fotografía de Max en la cubierta.

—¿Seguro?

—Bueno. Tal vez sí lo sea.

Levec hizo un gesto de comprensión.

—Claro, tiene muchas admiradoras, ¿verdad?

Max se toqueteó las orejeras, que llevaba colgadas del cuello.

—No lo sé —musitó—. Es posible.

—Bueno, mi ex novia adoraba este libro. Se pasaba el día leyéndomelo. No quiero decir que el libro sea suyo, claro está, disculpe, sino del tipo al que usted se parece. ¿Tendría la bondad... de escribir su nombre aquí?

Max asintió.

—«Para Frédéric —dictó Levec—, en señal de profunda amistad».

Max escribió de mala gana lo que le pedía.

—Muy bien —dijo Levec, y a continuación, mirando complacido a Perdu, preguntó—: ¿Su hijo pagará la multa?

Jean Perdu asintió con la cabeza.

—Claro. Es un buen chico.

Max volvió del revés sus bolsillos y sacó algunos billetes y monedas de euro. Se quedó sin blanca, igual que Perdu. Levec eligió entonces otras novedades editoriales. «Para los colegas», comentó. Y un libro de recetas: *Cocina para solteros*.

—Aguarde un momento —le pidió Perdu. Rebuscó un instante en la sección «Amor para principiantes» y sacó la autobiografía de Romain Gary.

—¿Y esto para qué?

—Mejor diga contra qué, querido brigada —le corrigió Perdu—. Es excelente contra el desengaño de ver que ninguna mujer nos ama tanto como la que nos dio la vida.

Levec se sonrojó y se marchó rápidamente de la librería flotante.

—Gracias —susurró Max.

En cuanto partió el barco de la gendarmería, Perdu tuvo la certeza de que las novelas de aventuras y viajes fluviales ocultan maliciosamente cosas tan banales como los distintivos de tráfico y las multas por no llevar chalecos salvavidas.

—¿Cree usted que dirá que estoy aquí? —preguntó Jordan cuando la policía se hubo alejado.

—Por favor, Jordan. ¿Qué hay de malo en conversar con unas admiradoras o con la prensa?

—Podrían preguntarme en qué trabajo ahora.

—¿Y qué? Diga la verdad: que está reflexionado, que se ha concedido un descanso, que está buscando una historia y que ya avisará cuando llegue el momento.

Jordan lo miró como si nunca hubiera contemplado esa posibilidad.

—Anteayer hablé con mi padre por teléfono. No lee mucho, ¿sabe? Solo la prensa deportiva. Le hablé de las traducciones, de los derechos de autor, de que pronto habré vendido medio millón de ejemplares. Le dije que podía ayudarle, pues su pensión no es muy

generosa que digamos. ¿Sabe usted qué me respondió?

Monsieur Perdu aguardó.

—Me preguntó si pensaba trabajar algún día en algo de verdad. Me contó que ya había oído decir que yo había escrito una historia muy perversa. Que medio barrio le ponía verde a sus espaldas. Me preguntó si tenía idea de lo mal que lo había pasado por culpa de mis majaderías.

Max parecía infinitamente herido y desorientado.

Monsieur Perdu sintió el insólito impulso de acercarse al joven. Necesitó dos intentos para colocar los brazos de forma que Max pudiera reclinarse cuidadosamente sobre su hombro. Se quedaron de esa guisa, con las caderas hacia afuera.

Entonces Perdu susurró junto a la orejera:

—Su padre es un ignorante mezquino.

Max dio un respingo, asustado. Perdu lo agarró con fuerza y siguió hablando en voz baja, como si contara un secreto al joven: —Tiene bien merecido que se imagine que la gente habla de él a sus espaldas. Posiblemente hablan de usted y se preguntan cómo su padre ha podido tener un hijo tan extraordinario y maravilloso. Posiblemente es usted lo mejor que él ha tenido en la vida.

Max tragó saliva.

Cuando respondió, habló en susurros, con un hilo de voz:

—Mi madre me dijo que él no pretendía decir eso. Que lo que pasa es que él no sabe expresar su amor. Que cuando mi padre me insultaba y me pegaba en realidad era porque me quería mucho.

Perdu tomó a su joven acompañante por los hombros, lo miró fijamente a los ojos y dijo en voz más alta: —Monsieur Jordan... Max. Su madre le mintió porque quería consolarle. Es absurdo interpretar un maltrato como un acto de amor. ¿Sabe qué decía mi madre?

—¿Qué no jugase con niños sucios?

—Oh, no. Nunca fue elitista. Decía que hay demasiadas mujeres que son cómplices de hombres crueles e indiferentes. Que mienten por esos hombres. Y que mienten además a sus propios hijos. Y todo porque sus padres las trataron a ellas de esa misma forma. Desean creer que detrás de la crueldad hay amor, para no volverse locas de dolor. Pero la verdad, Max, es que eso no es amor.

Max se enjugó una lágrima del rabillo del ojo.

—Muchos padres no son capaces de amar a sus hijos. Los consideran una molestia. O no les importan. O les resultan inquietantes. Les enfurece que no sean como ellos querrían. Se enfadan porque los hijos fueron el deseo de su mujer, que pretendía rehacer un matrimonio que ya no tenía remedio; el modo que ella encontró para obligarles a un matrimonio de amor donde ya no quedaba amor. Y eso es lo que esos hombres descargan en sus hijos. Por mucho que estos hagan, el padre los tratará siempre mal y de forma odiosa.

—¡Basta, por favor!

—Y los niños, los pequeños, delicados y anhelantes niños —prosiguió Perdu en un tono más suave, pues el tormento interior de Max le conmovía tremendamente—, hacen de todo para que los quieran. De todo. Están convencidos de que tienen la culpa de que su padre no les ame. Pero, Max —Perdu levantó la barbilla de Jordan—, en realidad no tiene que ver con ellos. Como usted dice en su maravillosa novela, nosotros no elegimos amar. Y tampoco podemos obligar a nadie a que nos ame. No hay una receta para eso. Solo está el amor. Y estamos a su merced. Nosotros no podemos hacer nada.

Max se echó a llorar, sin poder contenerse, cayó de rodillas y abrazó las piernas de monsieur Perdu.

—Está bien —murmuró este—. Tranquilo. ¿Quiere llevar usted el timón?

Max le agarraba con fuerza las perneras del pantalón.

—¡No! ¡Quiero fumar! ¡Emborracharme! ¡Quiero encontrarme de nuevo a mí mismo! ¡Quiero escribir! ¡Quiero decidir quién me quiere y quién no, quiero ver si el amor duele, quiero besar mujeres, quiero...!

—Sí, Max. Chist. Está bien. Vamos a atracar, a comprar tabaco y algo de beber. En cuanto a las mujeres..., ya se verá.

Perdu hizo levantar al joven, que se apoyó en él y le empapó la camisa de lágrimas y baba.

—¡Dan ganas de vomitar! —gimió Max.

—Sí, tiene usted razón. Pero, por favor, vomite en el agua, monsieur, no en cubierta, porque, si no, tendrá que volver a limpiar.

Entre los sollozos de Max Jordan irrumpió la risa. El joven

lloraba y reía mientras Perdu le sostenía por el brazo.

Cuando una sacudida estremeció la librería flotante y la popa chocó con la orilla, los hombres cayeron a la vez contra el piano y luego al suelo. De las estanterías empezaron a llover libros.

—¡Ay! —exclamó Max cuando un tomo grueso le dio en el vientre.

—*Zaque* la *rodila* de mi *foca* —le pidió Perdu.

Luego miró por la ventana y no le gustó lo que vio.

—¡Vamos a la deriva!

18

Perdu maniobró con energía para apartar de la orilla la enorme barcaza, que la corriente había arrastrado hacia un lado. Sin embargo, por desgracia, giró tanto la popa que *Lulu* quedó atravesada en el río como un tapón en el cuello de una botella, en medio del fuego cruzado de pitidos poco amables de los barcos a los que bloqueaba el paso. Un *narrowboat* británico, un barco vivienda de techo bajo y apenas dos metros de ancho pero muy largo, estuvo a punto de estrellarse contra el casco de *Lulu*.

—¡Tontos de río! ¡Perdices lloronas! ¡Peces cegatos! —les insultaron los ingleses desde el barco vivienda verde.

—¡Monárquicos! ¡Descreídos! ¡Recortacortezas de pan! —replicó a gritos Max con voz nasal a causa del llanto, después de sonarse un par de veces para darse valor.

En cuanto Perdu hubo maniobrado y La farmacia literaria dejó de estar atravesada en el río, oyeron un aplauso. Eran tres mujeres con camisetas de rayas que se encontraban en la parte superior de un barco vivienda de alquiler.

—¡Eh, vosotros, curanderos literarios! ¡Bonito baile!

Perdu tiró de la palanca de la sirena y saludó al barco de las señoras con tres tonos de cortesía. Las mujeres agitaron los brazos mientras adelantaban sin dificultad a la gabarra.

—Siga a las damas, *mon capitain*. Tenemos que pasar por Saint-Mammès y luego girar a la derecha. Esto es, como se dice en el argot, a estribor —indicó Max. Ocultaba sus ojos enrojecidos con las gafas de estrás de madame Bomme—. Allí encontraremos una sucursal de mi banco y compraremos. En este trasto lleno de libros hasta los ratones se mueren de hambre.

—Hoy es domingo.

—Oh, bueno. Entonces morirán aún más ratones.

De forma tácita, ambos se comportaban como si nunca se hubiera producido ese momento de desesperación.

A medida que el día se aproximaba a la noche, más pájaros cruzaban el cielo: ánsares, patos y ostreros se dirigían gritando a sus lugares de descanso en los bancos de arena y las orillas. Perdu se sentía fascinado por la gama de verdes, que parecían alcanzar casi el millar. ¿Cómo era posible que todo aquello permaneciera oculto estando tan cerca de París?

Los hombres se aproximaban a Saint-Mammès.

—¡Caramba! —musitó Perdu—. ¡Menudo lío hay ahí!

En el puerto fluvial se agolpaban barcos de todos los tamaños y con banderas de docenas de países. A bordo de las embarcaciones, numerosas personas se habían sentado a comer..., y todas ellas contemplaban la gran barcaza de los libros.

Perdu se sintió tentado de pisar el acelerador.

Max Jordan estudiaba la carta de navegación.

—Desde aquí se puede tomar cualquier dirección: al norte hacia Escandinavia, al sur hasta el Mediterráneo, al este y hacia arriba hasta Alemania.

Echó un vistazo al puerto.

—Esto es como aparcar marcha atrás delante de la única cafetería de la ciudad en pleno verano mientras todo el mundo mira. Incluso la reina del baile, su rico prometido y todo su séquito.

—Gracias, oír eso resulta muy tranquilizador.

Perdu acercó *Lulu* hacia el puerto lentamente, a la mínima velocidad posible.

Solo necesitaba sitio. Mucho sitio.

Y lo encontró. Justo al final del puerto, donde hasta entonces solo había un barco. Un *narrowboat* británico de color verde oscuro. Al segundo intento lo consiguió, y chocaron con la embarcación inglesa, aunque con relativa suavidad.

De la cabina salió un hombre irritado con una copa de vino medio vacía en la mano. La otra mitad del vino había ido a parar a su albornoz. Junto con las patatas. Y la salsa.

—¿Qué diablos les hemos hecho para que no paren de darnos golpes? —exclamó.

—Disculpe —gritó Perdu—. Nosotros... Oiga, ¿le gusta leer?

Max desembarcó con el libro de nudos en la mano. Amarró el barco al duque de alba con el largo de proa y el spring de popa, tal como mostraban las ilustraciones del manual. Tardó un buen rato y se negó a aceptar ayuda. Entretanto, Perdu buscó unas cuantas novelas en inglés y se las ofreció al británico. Este las hojeó y luego estrechó brevemente la mano del librero.

—¿Qué le ha dado? —preguntó Max en voz baja.

—Literatura relajante de la biblioteca de las emociones semigraves —respondió Perdu, también en un susurro—. En caso de ira, nada sosiega tanto como una buena novela sangrienta donde la sangre salpica solo las páginas.

Cuando Perdu y Jordan se encaminaron por los pontones hacia la oficina del puerto, se sentían como dos chavales que acabaran de besar a una chica por vez primera y hubieran vivido una experiencia increíblemente emocionante.

El capitán del puerto, un hombre con la piel de una iguana quemada por el sol, les indicó dónde estaban el panel eléctrico, el tanque de agua fresca y el depósito para los residuos del inodoro. Además, les exigió por adelantado quince euros en concepto de tasa de amarre. No les quedó más remedio: Perdu rompió el gato de las propinas que tenía sobre el mostrador, entre cuyas orejas de porcelana se habían ido colando algunas monedas.

—Su hijo puede vaciar los depósitos del inodoro; es gratis.

Perdu suspiró profundamente.

—Pues claro, a mi... hijo le gustará mucho encargarse de limpiar los inodoros.

Jordan le dirigió una mirada no precisamente amigable.

Jean contempló a Max, quien, acompañado del capitán del puerto, fue a acoplar las tuberías al tanque de residuos. ¡Qué paso tan ligero tenía Jordan! Y aún conservaba el pelo. Seguramente, además, comía cuanto le apetecía, sin preocuparse de la barriga ni de la cintura. Se preguntó, sin embargo, si el chico era consciente de que tenía toda una vida para cometer errores tremendos.

«Ah, no. No me gustaría volver a tener veintiún años», se dijo Jean. En cualquier caso, sabiendo todo lo que ahora sabía.

«Maldita sea, nadie aprendería nada si nunca hubiera sido joven y bobo.»

Con todo, cuanto más pensaba en lo que él no tenía en

comparación con Jordan, más se irritaba. Era como si los años se le escaparan entre los dedos como el agua. A medida que se hacía mayor, más rápido pasaba el tiempo. Antes de que se diera cuenta, se dijo, estaría tomando pastillas para la tensión arterial y buscando un piso en una planta baja.

Entonces pensó en Vijaya, su amigo de juventud. La vida de ambos había transcurrido de forma muy parecida, hasta que uno perdió a su amor y el otro lo encontró.

En el mes de verano en que Manon había abandonado a Perdu, Vijaya encontró, en un accidente de tráfico —había pasado horas dando vueltas con la motocicleta en torno a la place de la Concorde, sin atreverse a atravesar los carriles congestionados—, a la que sería su esposa, Kiraii. Era una mujer vital, lista, cariñosa y resuelta, que tenía muy clara la vida que quería. A Vijaya le resultó muy fácil acomodarse al plan de vida de Kiraii. Para sus planes le bastaba el espacio de tiempo comprendido entre las nueve de la mañana y las cuatro de la tarde: era director de investigación científica y se había especializado en la estructura y capacidad de reacción de las células humanas y sus receptores sensoriales. Quería descubrir por qué el hombre sentía amor cuando comía algo determinado, por qué los olores despertaban recuerdos de la infancia largamente olvidados. Por qué las emociones provocaban temor. Cómo era posible que las flemas y las arañas causaran repugnancia. Investigaba el comportamiento de las células y el cuerpo cuando una persona se comportaba de forma humana.

—Lo que tú quieres encontrar es el alma —le había comentado Perdu en una de sus conversaciones telefónicas nocturnas.

—No señor. Quiero averiguar cómo funciona el mecanismo. Todo es acción y reacción: el envejecimiento, el miedo, el sexo. Todo se rige por las capacidades sensoriales. Si te tomas un café, yo puedo explicarte por qué te gusta. Si te enamoras, te diré por qué tu cerebro se comporta como el de un neurótico obsesivo —le había dicho Vijaya.

Kiraii había propuesto matrimonio al tímido biólogo, que aceptó con un murmullo, embargado por la dicha. Sin duda había pensado en sus receptores, que estarían girando como una bola de discoteca. Se marchó a vivir a Estados Unidos con Kiraii, entonces embarazada, y había enviado a Perdu con regularidad fotografías de

sus gemelos: primero copias en papel, luego en anexos de los correos electrónicos. Eran unos chicos deportistas, que miraban a la cámara con expresión franca y pícara; se parecían mucho a su madre, Kiraii. Tenían la misma edad que Max. ¡Qué vida tan distinta había llevado Vijaya en esos últimos veinte años!

«Max, escritor con orejeras, futuro intérprete de sueños. Mi "hijo" a la fuerza. ¿Soy tan mayor que parezco un padre? Y... ¿qué tiene de malo?»

Plantado en medio del puerto fluvial, monsieur Perdu sintió una tremenda necesidad de tener familia. De que alguien lo recordara con afecto. De retroceder hasta el momento en que no había querido leer la carta.

«Y precisamente tú reprochaste a Manon lo que ahora deseas... Te negaste a recordarla. A pronunciar su nombre. A pensar en ella, todos los días, con afecto y amor. En cambio, la desterraste de tu vida. ¡Qué mal, Jean! ¡Qué mal! Y todo porque optaste por el miedo.»

«El miedo te deforma el cuerpo, del mismo modo que un escultor torpe estropea una piedra perfecta. —Perdu oyó en su interior la voz de Vijaya—. La diferencia es que te esculpes por dentro y nadie ve las esquirlas y las capas que te quitas. En tu interior eres cada vez más fino e inestable, hasta que la menor emoción te derrumba. Basta un abrazo para que creas que te rompes y que estás perdido.»

Si alguna vez Jordan necesitaba un consejo de padre, Perdu le diría: «¡No te guíes nunca por el miedo! ¡El miedo te vuelve tonto!».

19

—¿Y bien? —preguntó Max Jordan después de una ronda de reconocimiento.

La pequeña tienda de comestibles del puerto y la crepería del camping de al lado se habían negado a aceptar libros como forma de pago. A fin de cuentas, dijeron, sus proveedores trabajaban y no leían.

—¿Unas alubias con corazón y pollo? —propuso Perdu.

—¡Ah, no! A mí las alubias solo me gustarán si antes me someto a complejas intervenciones cerebrales.

Max recorrió el puerto con la mirada. En todas las cubiertas había gente comiendo, bebiendo y conversando animadamente.

—Tendremos que hacer vida social —decidió—. Le invito a comer en cualquier sitio. ¿Qué tal ese agradable caballero británico?

—¡De ningún modo! Eso es gorronería. Es...

Pero Max ya se encaminaba hacia un barco vivienda determinado.

—¡Hola, señoras! —exclamó—. Se nos han caído por la borda las provisiones y ahora son pasto de los siluros. ¿No tendrían por casualidad un poquito de queso para dos navegantes solitarios?

Perdu, avergonzado, deseó que la tierra se los tragara. ¡Esa no era manera de dirigirse a unas damas! Y menos aún para pedirles ayuda. Eso no era... correcto.

—Jordan —musitó tirando al joven de la manga de la camisa azul—, se lo ruego. Esto me resulta muy embarazoso. No podemos molestar sin más a estas señoras.

Max lo miró como la gente solía mirar a Jean y a Vijaya cuando eran jóvenes. Con los libros, ambos se sentían tan a gusto como

manzanas en un árbol. Sin embargo, en presencia de otras personas, y en particular de las chicas y las mujeres, los dos adolescentes se mostraban tan tímidos que parecían mudos. Las fiestas eran una tortura. Y hablar a las muchachas era prácticamente como hacerse el haraquiri.

—Monsieur Perdu, queremos comer y a cambio ofrecemos compañía agradable y un coqueteo inofensivo.

Escrutó el rostro del librero.

—¿Se acuerda de lo que es eso, o también lo tiene en un libro para que no le importune?

Le dirigió una sonrisa burlona. Jean no respondió. Al parecer, a los jóvenes les resultaba impensable que uno pudiera vacilar ante las mujeres. De hecho, era algo que empeoraba con la edad. Cuanto más conocías a las mujeres y más sabías lo que un hombre podía hacer mal a sus ojos... Empezaba con el calzado y no terminaba, ni por asomo, en el modo correcto de escucharlas.

¡Lo que él había llegado a oír, como testigo invisible, en las reuniones de padres!

Las mujeres eran capaces de reírse durante años con sus amigas del modo equivocado de decir «¡Hola!». O de unos pantalones inadecuados. O de los dientes. O de una petición de matrimonio.

—Pues a mí las alubias me parecen muy bien —dijo Perdu.

—¡Oh, vamos! ¿Cuándo tuvo su última cita?

—En mil novecientos noventa y dos. —O anteayer, claro, aunque Perdu no sabía si la cena con Catherine había sido una «cita». O tal vez algo más. O algo menos.

—¿En mil novecientos noventa y dos? Es el año en que nací. Resulta... sorprendente. —Jordan reflexionó—. Vale, le prometo que no será una cita. Iremos a comer. Con mujeres inteligentes. Solo es preciso que tenga a mano unos cuantos cumplidos y varios temas de conversación que gusten a las mujeres. Lo que, siendo usted librero, no será un problema. Se trata de aportar algo.

—Está bien —dijo Perdu.

Saltó rápidamente por encima de la valla baja, corrió por un prado y regresó al cabo de un rato cargado de girasoles.

—Esto también es una aportación —afirmó.

Las tres mujeres de las camisetas de rayas se llamaban Anke, Corinna e Ida. Era alemanas de cuarenta y tantos años, adoraban la

lectura, su francés era audaz y, en palabras de Corinna, navegaban por el río para «olvidar».

—¿De verdad? ¿Y eso? ¿No será a los hombres? —preguntó Max.

—No a todos. Solo a uno —dijo Ida. A su boca, que destacaba en un rostro pecoso de estrella de cine de los años veinte, asomó una sonrisa, pero fue solo un instante. Bajo los rizos pelirrojos, su mirada reflejaba pesar y esperanza a partes iguales.

Anke removía un *risotto* de estilo provenzal. El olor a setas impregnaba la diminuta cocina del barco cuando los hombres se sentaron junto a Ida y Corinna en la cubierta trasera del *Baluu* para beber vino tinto de una caja de tres litros y auxerrois con notas minerales, un vino típico de la zona.

Jean les dijo que entendía el alemán, pues es la primera lengua de los libreros. Así pues, charlaron en una divertida mezcla de idiomas, él respondiéndoles en francés y preguntándoles en algo remotamente parecido al alemán.

Era como si hubiera atravesado el umbral del miedo y descubierto con asombro que detrás de la puerta no se abría un abismo, sino que había más puertas, pasadizos iluminados y estancias agradables.

Inclinó la cabeza hacia atrás y miró en las alturas algo sumamente tranquilizador: el cielo. Sin los límites que marcan los edificios, los mástiles, las farolas, abarrotado de estrellas brillantes de todos los tamaños y grados de intensidad. El firmamento resplandecía de tal modo que parecía que hubiera una lluvia de estrellas. Era un espectáculo que ningún parisino contemplaría jamás a menos que abandonara la ciudad.

Ahí estaba la Vía Láctea. Perdu había visto esa intrincada nube de estrellas por primera vez de pequeño, tumbado en un prado de botones de oro de la costa bretona, abrigado con una chaqueta gruesa y una manta de lana. Había contemplado durante horas aquel firmamento negro azulado mientras, en el *fest-noz* bretón de Pont-Aven, sus padres intentaban de nuevo salvar su matrimonio. Cada vez que veía una estrella fugaz, Jean Perdu pedía el deseo de que Lirabelle Bernier y Joaquin Perdu volvieran a reírse juntos en lugar del uno del otro; que bailaran la gavota al son de la gaita, el violín y el bandoneón en lugar de quedarse con los brazos cruzados

junto a la pista de baile.

Maravillado de que el cielo siguiera girando, el joven Jean admiró aquella oscuridad inmensa. Y, en la profundidad de aquella eterna noche de verano, se sintió a salvo.

Durante esas horas, comprendió todos los secretos y las tareas de la vida. Sintió paz en su interior y le pareció que todo estaba en su sitio.

Tuvo la certeza de que nada terminaba por completo, de que en la vida todo se encadena, de que nunca haría ningún mal.

Solo había vuelto a experimentar esa sensación tan intensa otra vez, ya convertido en un hombre. Con Manon.

A Manon y a él les gustaba contemplar las estrellas, se alejaban cuanto podían de las ciudades en busca del rincón más oscuro de la Provenza. En las montañas en torno a Saut hallaron solitarias granjas ocultas entre cráteres de piedra, gargantas y peñascos a los que el tomillo se asía con fuerza. Allí el cielo de las noches de verano se mostraba con todo su esplendor e intensidad.

«¿Sabías que somos hijos de las estrellas? —le había susurrado Manon al oído para no romper el silencio de las montañas, con su cálido cuerpo muy pegado al de él—. Hace miles de millones de años, las estrellas implosionaron y se produjo una lluvia de hierro, plata, oro y carbono. Y hoy llevamos dentro ese hierro del polvo de las estrellas. En nuestras mitocondrias. Las madres transmiten a sus hijos las estrellas y su hierro. Puede que tú y yo estemos hechos del polvo de la misma estrella y nos hayamos reconocido por su luz. Nos hemos buscado. Somos unos buscadores de estrellas.»

Él había levantado la vista y se había preguntado si aún podían vislumbrar la luz de aquella estrella muerta que seguía viva dentro de ellos.

Manon y él eligieron una perla del cielo que refulgía con intensidad a pesar de que tal vez era pasado desde hacía tiempo.

«La muerte apenas significa nada, Jean. Seremos siempre lo que hemos sido el uno para el otro.»

Las perlas del firmamento se reflejaban en el río Yonne. Las estrellas bailaban en el agua, se mecían solitarias y, cuando las olas las aproximaban, se rozaban y por un instante se fundían en una única perla luminosa.

Jean no supo hallar la estrella de Manon y suya.

Perdu miró a Ida al notar que ella lo observaba. No fue una mirada entre un hombre y una mujer, sino la que se dirigen dos personas que navegan por el río buscando algo. Algo muy concreto.

Perdu percibió el dolor de Ida. Le titilaba en los ojos. Comprendió que la pelirroja luchaba contra la perspectiva de tener que acomodarse a un futuro nuevo que no dejaba de parecerle de segunda clase. La habían abandonado, o tal vez ella se había marchado antes de que la dejaran. La persona que había sido su punto fijo y a la que posiblemente había renunciado todavía empañaba su sonrisa, como un velo.

«Todos retenemos el tiempo en nuestro interior. Retenemos las versiones anteriores de quienes nos han abandonado. Y también nosotros somos versiones pasadas bajo nuestra piel, nuestras arrugas, nuestras experiencias y nuestras risas. Debajo de todo eso seguimos siendo los de antes. El niño de antes, el amante de antes, la hija de antes.»

Ida no buscaba consuelo en el río: se buscaba a sí misma. Buscaba su sitio en aquel futuro nuevo y desconocido que seguía considerando de segunda categoría. En soledad.

«¿Y tú? —le preguntaban sus ojos—. ¿Y tú, forastero?»

Perdu solo sabía que quería llegar hasta Manon para disculparse por su estúpido orgullo.

De repente Ida dijo:

—Yo no tenía ningunas ganas de ser libre. No quería preocuparme de tener una nueva vida. Estaba bien como estaba. Tal vez no quería a mi marido como dicen los libros, pero eso no era malo. Y que no fuera malo significa que era bastante bueno. Lo suficiente para seguir así. Para no engañar. Para no lamentar nada. No. No me arrepiento del pequeño amor de mi vida.

Anke y Corinna miraron con cariño a su amiga, y Corinna preguntó:

—¿Es tal vez esta la respuesta a lo que te pregunté ayer: por qué no lo dejaste si te habías dado cuenta de que nunca sería el gran amor de tu vida?

El pequeño amor. El gran amor. En realidad, resultaba aterrador que pudiera haber amores de distintos tamaños. ¿O no?

Jean dejó de estar tan seguro de eso al darse cuenta de que de verdad Ida no lamentaba su vida anterior.

—Y... ¿y él? ¿Cómo veía él vuestra relación? —preguntó.

—Después de veinticinco años, ese pequeño amor le parecía muy poca cosa. Ahora ha encontrado su gran amor. Tiene diecisiete años menos que yo y es muy flexible: puede pintarse las uñas de los pies sosteniendo el pincel en la boca.

Corinna y Anke soltaron una carcajada, e Ida se rió también.

Luego jugaron a las cartas. A medianoche una emisora de radio empezó a emitir música swing. La alegre «Bei Mir Bist Du Schön»; «Cape Cod», tan evocadora, y la nostálgica «We Have All the Time in the World», de Louis Armstrong. Max Jordan bailó con Ida o, al menos, desplazó los pies unos milímetros al compás de la música; Corinna y Anke bailaron juntas. Jean se quedó en su asiento. La última vez que había oído esas canciones Manon aún estaba viva.

¡Qué mal sonaba eso de «estaba viva»!

Cuando Ida advirtió los esfuerzos que hacía Perdu por mantener la compostura, susurró algo al oído de Max y se apartó de él.

—Ven —dijo a Jean.

Era bueno no estar solo ante aquel reencuentro con esa música que tantos recuerdos despertaba en él.

Aún le costaba creer que Manon se hubiera ido y que las canciones, los libros y la vida seguían existiendo.

¿Cómo era posible?

¿Cómo era posible que todo continuara igual?

Y, no obstante, ¡cómo temía a la muerte! Y a la vida. Y a todos los días que le quedaban sin Manon.

Con cada canción veía a Manon andando, tumbada, leyendo o bailando para sí misma y para él. La veía dormida y soñando, y ofreciéndole su queso favorito.

«¿Y por eso quisiste pasar el resto de tu vida sin música? ¡Jean, por favor! Tú adorabas la música. Me cantabas cuando tenía miedo de dormirme y desaprovechar el tiempo que pasaba contigo. Componías canciones sobre los dedos de mis manos, sobre mis pies, sobre mi nariz. Tú eres música, Jean, todo tú. ¿Cómo te has dejado morir de este modo?»

«Sí, buena pregunta. Cuestión de práctica, claro.»

Jean notó la caricia del viento y oyó las risas de las mujeres; estaba un poco achispado y se sentía íntimamente agradecido de que Ida lo sostuviera.

«Manon me quería. Y las estrellas de ahí arriba nos vieron juntos.»

20

Soñó que estaba despierto.

Se encontraba en su librería flotante, donde, sin embargo, los objetos cambiaban continuamente: la caña del timón se rompía, las ventanas se empañaban, el timón fallaba... El aire era denso y Perdu tenía la impresión de caminar dentro de un pudin. Una y otra vez se perdía en un laberinto de túneles de agua. De pronto el barco crujió y estalló.

Manon apareció a su lado.

—Pero si estás muerta —gimió él.

—Ah, ¿de veras? —contestó ella—. ¡Qué lástima!

Entonces el barco se partía en dos y él caía al agua.

—¡Manon! —gritaba.

Ella miraba cómo Jean se debatía contra la corriente y contra un embudo que se había formado en las aguas oscuras. Solo miraba. No le tendía la mano. Se limitaba a ver cómo se ahogaba.

Él se hundía y se hundía.

Pero no se despertaba.

Rendido, tomó aire, inspiró y espiró de nuevo, una y otra vez.

«¡Puedo respirar bajo el agua!»

Entonces tocó el fondo.

Monsieur Perdu se despertó. Se encontró tumbado de lado y vio un redondel de luz que danzaba sobre el pelo rojo y blanco de Lindgren. La gata estaba ovillada entre sus pies. Se levantó y se desperezó, se paseó ronroneando muy cerca de la cara de Jean y le hizo cosquillas con los bigotes. «¿Y bien? —parecía decir su mirada —. ¿No te lo había dicho yo?» Su ronroneo era suave como el murmullo lejano del motor de un barco.

Perdu recordó otra ocasión en que se había despertado con esa

misma sensación de asombro atemorizado. Fue siendo pequeño, la primera vez que había volado en sueños. Había saltado de un tejado y sobrevolado el patio de un castillo con los brazos extendidos. Entonces había comprendido que para aprender a volar era preciso saltar.

Subió a cubierta. Una capa de niebla blanca pendía sobre el río como una telaraña, y de la hierba de un prado cercano se elevaba vapor matinal. La luz indicaba que todavía era muy temprano y que el día acababa de nacer. Disfrutó de la extensión de cielo que abarcaba con la vista. Y de la multitud de colores que lo rodeaban. La niebla blanca. Los hilillos grises de la calina. El rosa delicado, el naranja blanquecino.

En las embarcaciones del puerto reinaba la calma del sueño. También enfrente, en el *Baluu*, todo estaba tranquilo.

Jean Perdu fue con sigilo a ver dónde estaba Max. El escritor se había acomodado entre libros, en uno de los sofás de la sección que Perdu llamaba «Cómo convertirse en ser humano». Allí estaba el libro de Sophie Marcelline, la terapeuta experta en separaciones, colega del cliente de los viernes, el terapeuta Eric Lanson. Para las penas de amor, Sophie aconsejaba al menos un mes de duelo por cada año de relación. En caso de amistades rotas, dos meses por año de amistad. Y cuando alguien se iba para siempre, decía: «En ese caso, tómese toda la vida. Porque a los fallecidos que hemos amado los amaremos siempre. Su ausencia nos acompañará hasta el último día de nuestra vida».

Al lado de Max, que dormía acurrucado como un niño, con las rodillas junto al pecho y la boca fruncida en un «¿Y eso por qué?», estaba *Las luces del sur*, de Sanary.

Perdu tomó el librito. Max había subrayado frases a lápiz y escrito preguntas en los márgenes; había leído el libro tal como es debido.

Leer: un viaje sin destino final. Un viaje largo, en realidad eterno, que vuelve a las personas más indulgentes, más cariñosas y filantrópicas.

Max había empezado ese viaje. Con cada libro asimilaría más sobre el mundo, los objetos y las personas.

Perdu empezó a hojearlo. Ahí. Ese fragmento. También a él le había gustado especialmente:

«El amor es una morada. Todo cuanto contiene una morada ha de utilizarse, no debería haber nada oculto o "resguardado". Solo vive quien habita por completo en el amor y no teme las habitaciones ni las puertas. Pelearse y acariciarse con ternura es igual de importante; y también apoyarse mutuamente y apartarse el uno del otro. Es fundamental utilizar de veras todas y cada una de las estancias del amor. De lo contrario, los fantasmas y los olores se apoderan de ellas. Las casas y habitaciones descuidadas resultan entonces imprevisibles y huelen mal.»

«¿Acaso el amor me reprocha que me haya negado a abrir la puerta de esa habitación para...? Eso es, ¿para qué? ¿Qué debo hacer? ¿Elevar un altar para Manon? ¿Decirle adiós? Por favor, ¿qué se supone que debo hacer?»

Perdu dejó el libro junto a Max, que seguía durmiendo. A continuación le apartó el pelo de la cara con una caricia.

Luego escogió sin hacer ruido unos cuantos libros. No le resultaba fácil utilizarlos como moneda de cambio, pues era consciente de su valor. Los libreros nunca olvidaban que los libros eran un instrumento novedoso para expresarse, cambiar el mundo y derrocar tiranos.

Cuando monsieur Perdu veía libros, no solo veía historias, precios de venta al público y un servicio básico de salud para el alma. Veía la libertad con alas de papel.

Al cabo de un rato tomó prestada una bicicleta de Anke, Ida y Corinna y pedaleó hasta el pueblo siguiente por carreteras serpenteantes, desiertas y estrechas que discurrían entre campos, potreros y pastos de vacas.

Cuando llegó, en la *boulangerie* de la plaza de la iglesia la hija del panadero, una muchacha alegre de mejillas sonrosadas, sacaba baguettes y cruasanes del horno.

Parecía feliz de estar donde estaba: en una pequeña panadería a la que en verano acudían barqueros del río y, durante el resto del año, campesinos, viticultores, trabajadores, carniceros y fugitivos de las ciudades de las regiones de Borgoña, Ardenas y Champaña. De vez en cuando, baile en el molino, la fiesta de la cosecha, el concurso de labores, la asociación regional. Asistenta doméstica en las casas de artistas de la zona, en cobertizos y establos rehabilitados. Vivir en medio del verdor y la tranquilidad, bajo las

estrellas y las lunas rojas.

¿Podía bastar para sentirse satisfecho de la vida?

Perdu respiró hondo al entrar en la tienda anticuada. No le quedaba más remedio que hacer su insólita oferta.

—*Bonjour*, mademoiselle, disculpe, por favor, ¿le gusta leer?

Tras un tira y afloja, la joven le «vendió» un periódico, varios sellos, unas postales del puerto de Saint-Mammès y baguettes y cruasanes. Todo a cambio de un único libro: *Un abril encantado*, una historia de cuatro damas inglesas que se escapan a un paraíso italiano.

—Esto cubre por completo mis gastos —le aseguró ella de corazón.

A continuación abrió el libro, se lo acercó a la nariz y aspiró profundamente el olor de las páginas. Luego levantó el rostro con una radiante sonrisa de satisfacción.

—Huele a tortitas. —Se guardó cuidadosamente el libro en el bolsillo del delantal—. Mi padre dice que leer vuelve insolente. —Esbozó una sonrisa de disculpa.

Más tarde Jean se sentó junto a la fuente de la iglesia y partió en dos un cruasán caliente. ¡Cómo humeaba! ¡Qué bien olía su tierno interior dorado! Masticó lentamente mientras contemplaba cómo iba despertando el pueblo.

«Leer vuelve insolente. ¡En efecto, padre desconocido! ¡Así es!»

Perdu escribió cuidadosamente unas líneas a Catherine. Consciente de que antes las leería madame Rosalette, decidió que era mejor escribir a todos.

Ma chère Catherine, querida madame Rosalette (¿nuevo peinado? ¡Perfecto! ¿Color moca?), querida madame Bomme y demás habitantes del número 27:

Hasta nuevo aviso, dirijan por favor sus pedidos de libros al Voltaire et plus. No les he abandonado ni olvidado. Hay un par de capítulos inacabados y debo... cerrarlos. Aplacar unos espíritus.

J. P.

¿Demasiado escueto? ¿Poco ingenioso?

Su pensamiento atravesó los campos y el río a toda velocidad hasta París. La sonrisa de Catherine, sus gemidos. De repente lo embargó una intensa emoción. Apenas sabía quién despertaba en él esas ganas súbitas de tocar, de un cuerpo, de desnudez y calor bajo

una sola sábana. Ganas de amistad, de un hogar, de un lugar donde quedarse y sentirse satisfecho. ¿Era Manon? ¿O tal vez Catherine? Se sintió avergonzado de que ambas lo conmovieran. Tenía que reconocer que le había hecho mucho bien estar con Catherine. ¿Acaso debería prohibírselo? ¿Era algo injusto?

«Nunca he deseado volver a necesitar a nadie... ¡Menudo cobarde soy!»

Monsieur Perdu regresó al puerto en la bicicleta acompañado de águilas ratoneras y trepatroncos que planeaban en las alturas y se balanceaban con las ráfagas que acariciaban los trigales. Notaba cómo el viento de cara le hinchaba la camisa.

Le pareció que volvía a un barco distinto del que había abandonado una hora atrás.

Colgó del manillar de la bicicleta de Ida una bolsa con cruasanes recién hechos, un ramo de amapolas rojas y tres ejemplares de *La noche* que Max había firmado con esmero antes de acostarse.

A continuación, en la cocina del barco hizo café en la cafetera de émbolo, puso de comer a los gatos, controló la humedad de las salas de los libros (suficiente) y el nivel de aceite (alarmante), y preparó a *Lulu* para zarpar.

Cuando la librería flotante ya se deslizaba por el río inmaculado, Perdu vio que Ida salía a la cubierta de popa del *Baluu*. Él mantuvo la mano alzada hasta que tomó una curva. Deseó de todo corazón que Ida encontrara algún día un gran amor que compensara la pérdida de un amor pequeño.

Se internó tranquilamente en la mañana. El frescor de las primeras horas desapareció y dio paso a brisa estival cálida y sedosa.

—¿Sabía usted que Bram Stoker soñó su *Drácula*? —preguntó Jean Perdu de buen humor cuando, una hora más tarde, Max cogió agradecido una taza de café.

—¿Que lo soñó? ¿A Drácula? ¿Dónde estamos, en Transilvania?

—Estamos en el canal de Loing, rumbo al canal de Briare. Hemos tomado la ruta del Borbonés que usted escogió. Nos llevará al Mediterráneo. —Perdu tomó un sorbo de café—. Fue por culpa de una ensalada de cangrejo. Stoker comió una ensalada de cangrejo en mal estado y se pasó media noche con síntomas de intoxicación. Entonces soñó por primera vez con el señor de los

vampiros. Aquello puso fin a su sequía creativa.

—¿De veras? Pues yo no he soñado con ningún best seller —murmuró Max, que, tras mojar el cruasán en el café, comía con buen apetito, sin dejar caer ni una sola miga—. He soñado que quería leer mi libro, pero las letras se desprendían de las páginas. —Luego, más animado, preguntó—: ¿Cree usted que si sufro una intoxicación alimentaria soñaré una historia?

—¿Quién sabe?

—El *Quijote* también fue una pesadilla antes de convertirse en un clásico. ¿Y usted? ¿Ha soñado algo que pueda ser provechoso?

—He soñado que podía respirar bajo el agua.

—¡Caramba! Seguramente sabe lo que eso significa...

—Que cuando sueño puedo respirar bajo el agua.

Max levantó el labio superior para dibujar una sonrisa tipo Elvis. Luego dijo alegremente:

—No. Significa que las emociones ya no le quitan la respiración. Sobre todo las de ahí abajo.

—¿Las de ahí abajo? ¿De dónde ha sacado eso? ¿Del almanaque de las esposas decentes de mil novecientos cinco?

—No. Del *Gran diccionario de la interpretación de los sueños*, de mil novecientos noventa y dos. Era mi biblia. Mi madre tachó con un rotulador Edding todas las palabras malsonantes. Con ese libro era capaz de interpretar los sueños de todo el mundo: de mis padres, de los vecinos, de mis compañeros y compañeras de clase... Era como el mismísimo Freud.

Jordan estiró el cuerpo y ejecutó unos movimientos de taichi.

—Aquello solo me trajo problemas. Sobre todo cuando interpreté un sueño sobre caballos que tenía la directora del colegio. Por si no lo sabe, lo de las mujeres y los caballos tiene su miga.

—Eso mismo dice mi padre.

Perdu recordó que al poco de conocer a Manon había soñado que ella se transformaba en un águila y él intentaba alcanzarla y domeñarla. Al final la había arrojado al mar, ya que con las alas mojadas no podía volar.

«En los sueños de nuestros amados somos inmortales. Y nuestros muertos siguen viviendo en nuestros sueños. Los sueños sirven de puente entre mundos, entre el espacio y el tiempo.»

Cuando Max volvió el rostro en dirección al viento para sacudirse el sueño, dijo Perdu:

—Mire. Ahí delante tenemos nuestra primera esclusa.

—¿Qué? ¿Esa bañera infantil junto a esa casita de muñecas con flores? Imposible, ahí no cabemos.

—¡Por supuesto que sí!

—El barco es demasiado largo.

—Pero si mide menos de lo que indica la norma de Freycinet. Todas las esclusas de Francia tienen esas dimensiones.

—Esta no. ¡Es demasiado estrecha!

—El barco tiene 5,04 metros de manga. Así pues, nos sobran por lo menos seis centímetros de espacio. Tres a la izquierda y tres a la derecha.

—Me encuentro mal.

—Pues imagínese cómo me encuentro yo. A fin de cuentas, usted es quien se va a encargar de que pasemos la esclusa.

Los hombres se miraron entre sí y se echaron a reír.

El encargado de la esclusa les hizo un gesto impaciente para que se acercaran mientras su perro ladraba despatarrado en dirección al barco. Su esposa les entregó una tarta de ciruelas recién horneada a cambio de la última novela de John Irving.

—Y un beso del joven señor escritor.

—Se lo ruego, dele otro libro, Perdu —masculló Jordan—. Esa mujer tiene bigote hasta en las mejillas.

Ella insistió en que quería el beso.

El encargado de la esclusa llamó monstruo a su mujer, el perro de pelo rubio y desgreñado ladró todavía con más violencia y se orinó en la mano con que Max se agarraba a la escalerilla. La mujer hirsuta tachó a su marido de fanfarrón y guarda de pacotilla. El hombre gritó disgustado:

—¡Vamos, entren ya!

Girar la manivela de la compuerta izquierda para cerrarla, correr a cerrar la compuerta de la derecha. Correr hacia delante, abrir las protecciones superiores de ambos lados. El agua entraba. Abrir la compuerta derecha, dar la vuelta rápidamente, abrir la izquierda.

—¡Salgan ya!

Un encargado de esclusa estricto, sin duda capaz de dar órdenes

en doce idiomas.

—¿Cuántas esclusas nos quedan hasta llegar al Ródano?

—Unas ciento cincuenta. ¿Por qué lo pregunta, Jordan?

—A la vuelta deberíamos ir por el canal entre Champaña y Borgoña.

«¿A la vuelta? —pensó Perdu—. No hay camino de vuelta.»

21

El canal lateral del Loing discurría al mismo nivel que el paisaje. En el caminito paralelo a él se veían a veces ciclistas concentrados, pescadores dormidos y corredores solitarios. Había prados donde pastaban vacas charolesas y los campos de girasoles se alternaban con bosques imponentes. De vez en cuando, un automovilista los saludaba amablemente con la bocina. Las aldeas por las que pasaban tenían buenos amarraderos, muchos de ellos gratuitos, y pedían a gritos que algún barco atracara y su tripulación dejara algo de dinero en las tiendas.

Luego el paisaje cambió. El canal se alzaba por encima del paisaje y, desde esa altura, se veía el interior de los jardines.

Cuando a mediodía llegaron a las extensas zonas de criaderos de peces de Champaña, Max atravesaba las esclusas casi con la misma pericia que un navegante del Borbonés.

El canal se dividía en más brazos secundarios cada vez, los cuales suministraban agua a los viveros. Entre los cañaverales y juncales, unas gaviotas de río alzaron el vuelo con graznidos de enojo. Curiosas, sobrevolaron en círculos la librería flotante.

—¿Cuál es el próximo embarcadero grande? —quiso saber Perdu.

—Montargis. El canal atraviesa el centro de la ciudad. —Max hojeó el libro sobre los barcos vivienda—. Es la ciudad de las flores y de las *pralines*. Allí deberíamos buscar un banco. Sería capaz de matar por un trozo de chocolate.

«Y yo por un paquete de detergente para la ropa y una camisa limpia.»

Max había lavado las camisas con jabón líquido para las manos. Ahora los dos olían a saquito perfumado de rosas.

De pronto a Perdu se le ocurrió una idea.

—¿Montargis? ¡Oh! Entonces deberíamos visitar a Per David Olson.

—¿A Olson? ¿P. D. Olson? ¿Acaso lo conoce usted?

Decir que lo conocía era excesivo. Cuando se barajaba el nombre de Per David Olson para el Premio Nobel de Literatura, junto con los de Philip Roth y Alice Munro, Jean Perdu aún era un joven librero.

¿Cuántos años tendría ahora Olson? ¿Ochenta y dos, tal vez? Se había establecido en Francia hacía treinta. Para aquel descendiente de un clan vikingo, la Grande Nation resultaba mucho más soportable que su tierra natal, la estadounidense.

«Es una nación cuya cultura no tiene siquiera mil años, carece de mitos, de supersticiones y de recuerdos colectivos; no tiene valores ni sentido de la vergüenza, y se caracteriza por una seudomoral cristiano-militar, el incesto en el cultivo del trigo, un lobby de armas amoral y un racismo sexista.» Con estas palabras había despotricado contra Estados Unidos en el *New York Times* antes de abandonar el país.

Pero lo más interesante era que P. D. Olson figuraba en la lista, elaborada por Jean Perdu, de doce posibles autores de *Las luces del sur* de Sanary. Y P. D. vivía en Cepoy, un pueblecito antes de llegar a Montargis. Junto al canal.

—¿Y qué hacemos? ¿Llamamos al timbre y le soltamos: «Eh, hola, vejete, una pregunta: escribiste tú *Las luces del sur*?» —preguntó Max.

—Pues claro. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Max se quedó boquiabierto.

—Bueno, la gente normal manda correos electrónicos —dijo.

Jean Perdu tuvo que morderse la lengua para no replicar con algo muy parecido a «en otros tiempos apenas teníamos nada y sin embargo todo iba mejor».

En Cepoy, en lugar de un embarcadero hallaron dos grandes argollas de acero en la hierba, a las cuales amarraron con fuerza los cabos de La farmacia literaria.

Poco después, el propietario del albergue juvenil que había junto al río —un hombre tostado por el sol, con un bulto rojo en la nuca — les envió a la antigua casa parroquial, que era donde vivía P. D.

Olson.

Llamaron a la puerta y les abrió una mujer que parecía salida de un cuadro de Pieter Bruegel: rostro plano, cabello como una madeja de hilo grueso, cuello de encaje blanco sobre una bata gris de estar por casa. No dijo nada: ni «Buenos días» ni «¿Qué se les ofrece?», ni siquiera «No queremos comprar nada». Abrió la puerta y aguardó en silencio. Un silencio macizo como un peñasco.

—*Bonjour*, madame. Nos gustaría hablar con monsieur Olson —dijo Perdu al cabo de unos instantes.

—No hemos anunciado nuestra visita —apuntó Max.

—Hemos venido en barco desde París. Por desgracia, no tenemos teléfono.

—Ni dinero.

Perdu dio un codazo a Max en el costado.

—Pero no hemos venido por eso.

—¿Está en casa?

—Soy librero. Hablamos una vez en una feria. En Frankfurt, en mil novecientos ochenta y cinco.

—Yo interpreto sueños. Y también escribo. Soy Max Jordan. Hola. ¿No le quedarán por casualidad algunas sobras del potaje de ayer? A bordo solo tenemos una lata de alubias y Brekkies para gatos.

—Por mucho que se confiesen con ella, caballeros, no obtendrán ni absolución ni potaje —dijo una voz—. Margareta es sorda desde que su prometido se precipitó de la torre de una iglesia. Ella fue a salvarle y entró cuando repicaban las campanas del mediodía. Solo lee los labios de las personas a las que conoce. ¡Maldita sea la Iglesia! No trae más que desgracias a quienes todavía tienen esperanzas.

Ante ellos se encontraba P. D. Olson, el famoso crítico estadounidense, un vikingo de estatura corta vestido con pana rústica, camisa sin cuello y chaleco a rayas.

—Monsieur Olson, disculpe que le abordemos de esta forma, pero tenemos una pregunta urgente que...

—Sí, sí, claro. En París todo es urgente. Pero aquí, en el campo, las cosas no funcionan así, caballeros. Aquí el tiempo se apacigua en su justa medida. Los enemigos de la humanidad no tienen nada que hacer. Bebamos primero y conozcámonos mejor —propuso a los dos

visitantes.

—¿Enemigos de la humanidad? —repitió Max mudamente, solo con los labios. Era evidente que temía que el hombre estuviera loco.

Con todo, cuando Olson hubo sacado un sombrero del armario y se dirigieron los tres hacia el bar-estanco, intentó trabar conversación.

—Dicen que es usted una leyenda.

—Jovencito, no me llame leyenda. Me suena a cadáver.

Max calló y Jean Perdu decidió seguir su ejemplo. Olson avanzaba por el pueblo por delante de ellos con pasos que delataban un leve ataque de apoplejía ya superado.

—¡Miren a su alrededor! —exclamó—. ¡Desde hace años la gente de aquí lucha por su hogar! ¿Ven cómo están plantados los árboles? ¿Y cómo están construidos los tejados? ¿Y la distancia a la que se hallan las grandes carreteras que rodean el pueblo? Todo forma parte de una estrategia ideada hace siglos. Aquí nadie piensa en el ahora.

Saludó a un hombre que pasó por su lado en un Renault ruidoso con una cabra en el asiento del copiloto.

—Esta gente trabaja y piensa con miras al futuro. Siempre para quienes les sucederán. Los cuales a su vez harán lo mismo. En cuanto una generación deje de pensar en la siguiente y quiera cambiarlo todo, este paisaje quedará destruido.

Llegaron al bar. Dentro, en el televisor que había encima de la barra, se disputaba una carrera de caballos. Olson pidió tres vasos de vino tinto.

—Apuestas, un bosque y algo de vino. ¿Qué más puede pedir un hombre? —dijo complacido.

—El caso es que nos gustaría hacerle una pregunta... —empezó a decir Max.

—Calma, jovencito —le interrumpió Olson—. Hueles a saquitos perfumados de rosas y, con esas orejeras, pareces un disc-jockey. Pero te conozco. Has escrito algo. Verdades peligrosas. Nada malo para comenzar.

Brindó con Jordan, que resplandecía de orgullo. Perdu sintió una punzada de celos.

—¿Y usted? ¿Es el farmacéutico literario? —prosiguió Olson volviéndose hacia él—. Dígame, ¿contra qué recomienda usted mis

libros?

—Para el tratamiento del síndrome del marido jubilado —respondió Perdu con más mordacidad de la que deseaba.

Olson lo miró fijamente.

—¡Ajá! ¿Y eso qué es?

—Es cuando el marido, después de jubilarse, está tanto rato sentado sin hacer nada que a su esposa le vienen ganas de matarlo; entonces ella lee sus libros y decide que prefiere matarlo a usted. Es una maniobra de desvío de la agresión.

Max lo miraba atónito. Olson clavó los ojos en Perdu y de pronto... se echó a reír a carcajadas.

—¡Oh, *my God*! Lo recuerdo. Mi padre estaba siempre pendiente de mi madre y empezó a criticarla. Que si por qué hierves las patatas sin pelar. Que si he cambiado de sitio la nevera, cariño. Era horrible. Como había sido adicto al trabajo, no tenía aficiones. Quería morirse pronto de aburrimiento y de orgullo herido, pero *mum* no se lo permitió. No paraba de mandarle a hacer recados, con los nietos, cursos de bricolaje y tareas de jardinería. Creo que, de lo contrario, habría acabado en prisión por asesinato.

Olson se rió con sarcasmo.

—Los hombres nos volvemos pesados si no somos buenos en nada más que en el trabajo.

Apuró el vaso con tres sorbos largos.

—OK, beban rápido —les urgió mientras dejaba seis euros en la barra—. Ha llegado la hora.

Y, con la esperanza de que respondiera a la pregunta en cuanto la oyera, se bebieron el vino de un trago y siguieron a P. D.

Al cabo de poco llegaron al antiguo edificio del colegio. En el patio había muchos coches con matrículas de toda la región del Loira, incluso de Orleáns y Chartres.

Olson se dirigió con paso decidido hacia el gimnasio.

En cuanto entraron, se encontraron en medio de Buenos Aires. A la izquierda, apoyados en la pared, los hombres. A la derecha, sentadas en sillas, las mujeres. En el centro, la pista de baile. Delante, donde colgaban las anillas, la orquesta de tango. Al fondo, donde estaban ellos, una barra de bar, detrás de la cual un hombre bajito y orondo, de brazos musculosos y con un espeso bigote negro, servía las bebidas.

P. D. Olson se giró y gritó por encima del hombro:

—¡Bailen! Los dos. Luego contestaré cualquier pregunta que tengan.

Cuando, segundos más tarde, entró en la pista de baile y se dirigió directamente hacia una joven rubia con un moño severo y falda con raja, el anciano era otro. Se había convertido en un tanguero ágil, sin edad, que llevaba por la pista con firmeza a la joven estrechamente apretada contra sí.

Mientras Max contemplaba estupefacto ese mundo inesperado, monsieur Perdu supo de inmediato dónde estaba: lo había leído en un libro de Jac. Toes. Eran milongas secretas que se celebraban en salas de actos, pabellones deportivos, graneros desocupados... En ellas se daban cita bailarines de todos los tipos, edades y nacionalidades; muchos conducían cientos de kilómetros para disfrutar ese par de horas. Todos tenían una cosa en común: ocultaban su pasión por el tango a sus parejas celosas y a sus familias, a quienes esos pasos osados, nostálgicos y frívolos solo provocaban repugnancia y un envaramiento desagradable. Nadie sospechaba dónde estaban las tangueras a esas horas de la tarde. Se las suponía haciendo deporte o un curso de formación, en una reunión de trabajo, de compras, en la sauna, en el campo o en casa. Pero bailaban por su vida. Bailaban para vivir.

Solo unos pocos acudían para encontrarse con sus amantes; porque el tango no gira solo en torno a una cosa. Gira en torno a todo.

DIARIO DE MANON

De camino a Bonnieux

11 de abril de 1987

Hace ocho meses que sé que soy una mujer distinta a la que se marchó el pasado agosto al norte con miedo a amar... por partida doble.

Todavía me conmuevo al darme cuenta de que el amor, para ser verdadero, no debe limitarse a una persona.

En mayo me casaré con Luc, bajo miles de flores y con el dulce perfume de un nuevo comienzo y de la esperanza.

No voy a dejar a Jean, ni permitiré que él me abandone . Soy voraz, lo quiero todo para mí.

¿Acaso temo tanto el carácter transitorio de las cosas que quiero vivirlo todo ahora, por seguridad, por si mañana me ocurriera algo?

Casarse. ¿Sí? ¿No? Cuestionar eso significaría cuestionarlo todo. Me gustaría ser la luz del atardecer en la Provenza. Así estaría en todas partes, en todos los seres vivos, sería mi naturaleza y nadie me odiaría por eso.

Tengo que recobrar un poco la compostura antes de llegar a Aviñón. Espero que sea papá quien venga a recogerme. Ni Luc ni maman.

Siempre que paso mucho tiempo en París acabo adoptando esa actitud indiferente con que las criaturas de las grandes ciudades se pasean por la calle rozándose entre sí sin darse cuenta de que no están solas. Sus caras dicen: «¿Yo? Yo no quiero nada. No necesito nada. Nada me impresiona, ni me asombra, ni me sorprende, ni siquiera me alegra. Eso de alegrarse es para las almas simples de las provincias y de las granjas pestilentes. Que se diviertan ellos, si así lo desean. Nosotros tenemos cosas más importantes que hacer».

Pero mi expresión de indiferencia no es el problema.

Mi problema es la novena.

Maman dice que me ha cambiado la cara por culpa de mi otro hombre. Conoce mis gestos desde que vine al mundo en forma de gusano arrugado. París, afirma, me ha dado un nuevo rostro. Se percató la última vez que regresé a casa, cuando yo pensaba en Jean, en su boca, en su risa, en su «tienes que leer esto, te hará bien».

«Si fueras mi rival te temería», me dijo maman. Se asustó mucho al darse cuenta de lo que acababa de salir de sus labios.

Siempre somos así de directas con las verdades. De jovencita aprendí que las mejores relaciones son las «claras como el agua». Dicen que las cosas difíciles pierden su malignidad en cuanto se verbalizan.

De todos modos, creo que esto no es aplicable en todos los casos. Maman teme mi «novena» cara. Sé a cuál se refiere. La vi en el espejo de Jean una vez que él me frotaba la espalda con una toalla caliente. Siempre que nos vemos, escoge una parte de mi cuerpo y me la calienta para que no me vuelva como un limonero helado. Sería un padre abnegado.

Esa cara mía refleja voluptuosidad, aunque camuflada con autocontrol, lo cual la vuelve aún más inquietante.

Maman sufre siempre por mí y casi me contagia su preocupación. Yo me digo que, si alguna vez me pasa algo, quiero haber vivido intensamente y no lamentar nada.

Ella pregunta poco y yo hablo mucho: de hecho, estoy casi

obsesionada con los recuerdos de mis semanas en la capital y oculto a Jean tras una cortina de abalorios hecha de detalles sonoros, vistosos, transparentes. Detalles, detalles y más detalles. Todo claro como el agua.

«¿No te parece que París te ha alejado y, a la vez, te ha acercado a nosotros?», pregunta maman. Dice «París» sabiendo que sé que quiere decir el nombre de un hombre, un nombre que aún no estoy preparada para pronunciar.

Y nunca lo estaré.

Me desconozco. Es como si Jean me hubiera arrancado una costra y debajo hubiera surgido un yo más profundo y completo que me mira con una sonrisa burlona.

«¿Y ahora qué? —pregunta—. ¿De verdad creías que eras una mujer sin atributos?»

(Jean dice que citar a Musil no es señal de inteligencia; es solo cuestión de memoria.)

¿Qué nos ocurre?

¡Maldita libertad! Por su culpa debo ser como un tocón de árbol y no contar lo que me pasa cuando mi familia y Luc me creen en un seminario en la Sorbona y estudiando por las noches. La libertad exige que me contenga, que me destruya, que me esconda, que me desacredite en Bonnieux y no espere que nadie me escuche y me considere interesante por mi vida secreta.

Me siento expuesta al Ventoux, al mistral, al sol, a la lluvia, a la lejanía. Mi vista ahora alcanza hasta muy lejos y respiro con más libertad que antes, pero he perdido toda protección. La libertad, dice Jean, es la pérdida de la seguridad.

Pero ¿de verdad sabe él lo que pierdo?

¿Y yo? ¿Sé de verdad a qué renuncia él al escogerme? Dice que no quiere otra mujer aparte de mí. Que basta con que yo lleve una doble vida y que él no quiere hacer lo mismo. Podría llorar de gratitud por las veces en que me ha facilitado las cosas. Jamás un reproche, nunca una pregunta peligrosa. Me hace sentir como un regalo, y no una mala persona con demasiadas ambiciones en la vida. Si me confiara a alguien de casa, esa persona se vería obligada a mentir conmigo, a ocultar, a callar. Y soy yo quien ha de pasarlo mal, no los demás. Esa es la ley para los caídos.

No he mencionado el nombre de Jean ni una sola vez. Me preocupa

que mi forma de pronunciarlo llamara la atención de maman, papá o Luc.

Es posible que, cada cual a su modo, llegaran a comprenderlo. Maman porque conoce los anhelos de las mujeres. Los llevamos en nuestro interior desde pequeñas, cuando apenas podemos ver por encima de la mesa del rincón de la cocina y hablamos con peluches pacientes y caballos blancos.

Papá porque reconoce la voluptuosidad animal en las personas. Entendería el aspecto fiero, lo sustancioso, incluso tal vez vería una impulsividad de orden biológico. (Le pediré que me ayude cuando no sepa cómo seguir. O se lo pediré a un «mamapapá», como escribe Sanary en el libro que Jean me leía en voz alta.)

Luc lo comprendería porque me conoce. Porque ha tomado una decisión y siempre se mantiene fiel a sus decisiones: cuando se compromete, lo hace hasta las últimas consecuencias, aunque le duela o resulte ser un error.

Pero ¿qué pasaría si, al cabo de treinta años, él reconociera que le he hecho mucho daño por no haber sabido callar?

Conozco a mi futuro marido. Pasaría horas y noches amargas. Al mirarme no solo me vería a mí, sino también al desconocido que oculto. Se acostaría conmigo y se preguntaría: ¿Piensa en él? ¿Se lo hace bien en la cama? ¿Es mejor que yo? En las fiestas de los pueblos, o en los desfiles de bomberos del Catorce de Julio, cada vez que yo hablase con un hombre, él se preguntaría: ¿Será este el siguiente? ¿Cuándo se cansará?

Tendría que pasar por todo eso él solo y sin hacerme ningún reproche. Tal como dice él: «Solo tenemos esta vida. Yo quiero vivir la mía contigo, pero no quiero inmiscuirme en la tuya».

Tengo que callar por Luc. Y por mí. Quiero a Jean para mí. Odio quererlo todo, y todo es más de lo que puedo soportar...

¡Oh, maldita libertad! ¡Me supera siempre!

Exige que me cuestione, me avergüence y, a la vez, me enorgullezca de apurar la vida.

Pienso disfrutarlo todo para que, cuando sea mayor y no pueda ya alcanzarme los pies, me acuerde de cuanto hemos vivido.

Las noches en que mirábamos las estrellas tumbados en el fuerte de Buoux. Las semanas en la Camarga, cuando fuimos salvajes. Y esas noches fabulosas en que Jean me enseñaba a vivir con libros, cuando

nos tendíamos desnudos en la cama, con Castor, y Jean utilizaba mi trasero como atril. Yo ignoraba la infinidad de pensamientos, opiniones y maravillas que existen. Debería ser obligatorio que los gobernantes de todo el mundo se sacaran carnets de lectura. Solo al cabo de cinco mil, seis mil o, mejor, diez mil libros, empezarían a estar en disposición de comprender a la humanidad y su conducta. A menudo, cuando Jean me leía lo que personas buenas habían hecho por amor, por necesidad o por ganas de vivir, me sentía mejor; dejaba de sentirme tan... mala, falsa e infiel.

«¿Acaso te creías única?», me preguntó. Sí, en efecto, y es una sensación desagradable. Como si fuera la única mujer del mundo incapaz de conformarse con poco.

A menudo, después de hacer el amor y antes de amarnos de nuevo, Jean me habla de los libros que ha leído, que quiere leer o que querría que yo leyera. Él llama «libertades» a los libros. Y también «hogares». Porque para él lo son. Los libros conservan las buenas palabras que pocas veces utilizamos. Templanza. Bondad. Contradicción. Indulgencia.

Sabe muchas cosas. Es un hombre capaz de amar de forma altruista. Cuando ama, está vivo. Cuando alguien le ama, se vuelve inseguro. ¿Por eso se siente tan torpe? ¡Apenas si sabe el lugar que ocupa cada cosa en su cuerpo! El dolor, el miedo, la risa. Muy bien, pero ¿dónde están? Le puse el puño en el vientre. «¿Está aquí el miedo escénico?» Le soplé debajo del ombligo. «¿Y está aquí la virilidad?» Le puse los dedos en el cuello. «¿Aquí están las lágrimas?»

Su cuerpo: helado. Paralizado.

Una noche salimos a bailar. Tangos. ¡Qué desastre! Jean me llevaba tímidamente de un lado para otro, siguiendo los pasos aprendidos en la escuela de baile y sirviéndose solo de las manos. ¿Y su ser? Aunque su cuerpo estaba presente, Jean no era dueño de él.

No. Eso no era posible. Él no. ¡Ese hombre, no! Era distinto a los del norte, los de Picardía, Normandía y Lorena, que sufren de una esterilidad del espíritu colosal. Algo que, por cierto, muchas parisinas consideran erótico; como si despertar una emoción diminuta en un hombre representase un desafío sexual. Ellas suponen que esa frialdad esconde una pasión especialmente tórrida y brutal, capaz de derribarlas y dejarlas clavadas en el suelo...

Tuvimos que dejarlo. Nos fuimos a casa, bebimos, nos escondimos la verdad. Mientras duró ese juego de ocultaciones, se mostró muy

cariñoso. Mi desesperación era inmensa: si no podía bailar con él, entonces ¿qué?

Yo soy mi cuerpo. Los labios de mi vulva sonríen húmedos cuando siento deseo; el pecho me transpira si me siento humillada, y en mis dedos habita el temor a mi propia valentía, pues me tiemblan cuando quiero proteger y defender. En cambio, cuando debería tener miedo a cosas concretas, como a esos bultos que me han encontrado en la axila y que me quieren quitar para hacer una biopsia..., entonces me siento confusa y tranquila a la vez. En la confusión, tengo ganas de estar ocupada, pero estoy tan tranquila que no puedo leer libros sesudos ni me apetece oír música grandilocuente. Tan solo quiero sentarme y contemplar la luz otoñal, cómo gotea en las hojas doradas y rojas; quiero limpiar la chimenea; quiero, agotada por esos pensamientos confusos y sin sustancia que vagan tontamente en mi cabeza, tumbarme y dormir. Así es: cuando tengo miedo, me entran ganas de dormir... Es la salvación del alma ante el pánico.

¿Y él? Jean usa el cuerpo como un perchero donde colgar camisas, pantalones y chaquetas.

Me puse de pie. Él se acercó. Le abofeteé. La mano me ardió. Como si hubiera tocado brasas ardientes.

—¡Eh! —dijo—. ¿A qué viene...?

Le propiné otra bofetada. Los dedos me ardieron.

—¡Deja ya de pensar! ¡Siente! —le espeté.

Me acerqué al tocadiscos y puse «Libertango». El bandoneón sonó como latigazos, restallidos, como el crepitar de la leña en el fuego. Piazolla perseguía a los violines hasta lo más alto.

—No. Yo...

—Sí. Baila conmigo. Baila según te sientas. ¿Cómo te sientes ahora?

—Estoy enfadado, Manon. ¡Me has abofeteado!

—Pues baila enfadado. Busca en la música el instrumento que mejor exprese lo que sientes y ¡déjate llevar! ¡Agárrame como cuando te enfadas conmigo!

Apenas hube dicho esto, me apretó contra la pared y me asió los brazos en alto con fuerza. Los violines gritaban. Bailamos desnudos. Él escogió el violín como instrumento de sus emociones. Su ira se convirtió en deseo, luego en dulzura y, cuando le mordí, lo arañé, me opuse a seguirlo y me negué a ir de su mano..., mi amante se volvió tanguero. Regresó a su cuerpo.

Mientras estábamos pecho con pecho y él me permitía percibir lo que sentía por mí, contemplé nuestras sombras en la pared violeta de la habitación de la lavanda. Bailaban en el marco de la ventana, como un único ser, y Castor, el gato, nos observaba desde lo alto del armario.

A partir de esa noche bailamos siempre tangos; al principio lo hacíamos desnudos, porque resultaba más fácil agarrarse, darse impulso y balancearse. Primero cada uno posaba la mano sobre su propio corazón. Luego, en algún momento, eso cambió y pasamos a posar las manos en el corazón del otro.

El tango es como la droga de la verdad. Saca a relucir los problemas, los complejos, pero también los puntos fuertes, los que ocultas a los demás para que no se enojen. Y revela lo que una pareja puede llegar a ser, el modo en que se escuchan mutuamente. Quien solo disfruta escuchándose a sí mismo odiará el tango.

Jean no pudo por menos de sentir en lugar de refugiarse en ideas abstractas sobre el baile. Me sentía. Mi vello púbico. Mis pechos. Nunca sentí mi cuerpo tan femenino como en las horas en que Jean y yo bailamos y luego nos amamos, en la cama, en el suelo, sentados en la silla..., en todas partes. Él decía que tenía la sensación de que yo era «como la fuente de la que mano cuando estás aquí y que se agota cuando te marchas».

Más adelante, bailamos en los bares de tango de París. Jean aprendió a dejarme sentir la energía de su cuerpo y a mostrarme el tango que quería de mí. Y aprendimos portugués. Por lo menos, los versos y poemas que susurra un tanguero a su tanguera para que ella se entregue un poco más al tango. ¡Jugamos a juegos tan deliciosos e inexplicables...! Tomamos la costumbre de tratarnos de usted en la cama. Y, con ese tratamiento de cortesía, nos pedimos cosas poco o nada corteses.

¡Oh, Luc! Con él es distinto..., menos desesperado. Pero también menos natural. Nunca he mentido a Jean. Con Luc, en cambio, callo mis deseos de más rudeza o de dulzura, de más atrevimiento o de juego. Me avergüenza querer más de lo que puede darme. Aunque, ¿quién sabe? Tal vez podría dármelo si yo se lo pidiera. La cuestión es: ¿cómo hacerlo?

«Si alguna vez bailas con otra mujer, no traiciones al tango conteniéndote», nos dijo Gitano, un profesor de tango de los bares de París.

También decía que Jean me amaba. Y yo lo amaba a él. Que lo veía en cada paso que dábamos: éramos un único ser. ¿Y si quizá fuera verdad?

Tengo que estar con Jean porque es mi parte masculina. Nos vemos y vemos lo mismo.

Luc, en cambio, es el hombre con quien camino en la misma dirección, el uno junto al otro.

Sin embargo, a diferencia del profesor de tango, nosotros no hablamos de amor.

Solo pueden decir «Te quiero» quienes son totalmente libres e inocentes. Romeo y Julieta.

Pero no Romeo, Julieta y Stefan.

Siempre disponemos de poco tiempo. Tenemos que hacerlo todo a la vez porque, si no, no conseguimos casi nada. Acostarnos juntos y hablar de libros al mismo tiempo, comer y callar y pelearnos y reconciliarnos, y bailar y leer en voz alta, y cantar y seguir buscando nuestra estrella. Todo a toda prisa. Tengo ganas de que llegue el verano y Jean venga a la Provenza y juntos busquemos estrellas.

Veo el palacio papal bañado en un resplandor dorado bajo la luz del sol. Por fin, de nuevo, esa luz; por fin personas que no actúan como si no hubiera nadie más, ni en el ascensor, ni en la calle, ni en el autobús. Por fin, otra vez, albaricoques cogidos directamente del árbol.

¡Oh, Aviñón! Antes me preguntaba por qué esta ciudad con ese palacio malvado, siempre frío y de efecto sombrío, tiene tantos pasadizos secretos y trampillas. Ahora lo sé: sin duda el desasosiego que provoca el deseo ha existido desde los principios de la humanidad. Cenadores, salas privadas, palcos, laberintos en los maizales... están al servicio del mismo juego.

Un juego que todos conocemos. Sin embargo, actuamos como si no existiera, o como si, de existir, se jugara muy lejos de nosotros, inofensivo, irreal.

¡Ni hablar!

Siento vergüenza en las mejillas, añoranza en las rodillas, y la mentira habita entre mis omóplatos y los restriega hasta lastimarlos.

Querido mamapapá, haz que no tenga que decidirme, te lo ruego.

Y que el guisante de mis axilas sea solo una bolita de calcio, como las que caen continuamente de los grifos en Valensole, donde viven la lavanda y los gatos más insobornables.

22

Monsieur Perdu sintió la caricia de miradas enmarcadas en rímel. Si atrapaba una y la sostenía, se iniciaría un cabeceo, ese intercambio mudo de miradas con que se negocia todo en el tango. «Preguntar con los ojos.»

—Baje la vista, Jordan. No mire directamente a las mujeres —susurró—. Si se queda mirando a una durante un rato, ella supondrá que le está preguntando si puede sacarla a bailar. ¿Sabe bailar tango argentino?

—En otros tiempos fui bueno en danza libre con abanico.

—El tango argentino es similar. Solo hay unas pocas secuencias de pasos fijas. Hay que apoyarse contra el torso de la pareja, corazón con corazón, y luego escuchar cómo la mujer quiere que la lleve.

—¿Escuchar? Pero si no habla nadie.

Tenía razón. En la pista de baile, ni las mujeres, ni los hombres, ni las parejas consumían el aire para hablar. Y, sin embargo, se lo decían todo sin palabras. «¡Agárrame con más fuerza! ¡No tan rápido! ¡Dame espacio! ¡Suéltate! ¡Juguemos!» Las mujeres corregían a los hombres: un toque del empeine en la pantorrilla significaba «¡atento!»; el dibujo de un ocho en el suelo quería decir «soy la princesa».

En otros lugares, durante los cuatro bailes seguidos algunos hombres utilizaban el poder de la palabra para enardecer a su pareja. Le musitaban al oído frases en portugués, en el cuello, en el cabello, o donde el aliento estremecía la piel: «Tu tango me vuelve loco. Ese baile tuyo me hace perder la cabeza. Mi corazón conseguirá que el tuyo cante henchido de libertad...».

Sin embargo, ahí no había susurradores de tango. Ahí todo se

hacía con los ojos.

—Los hombres recorren la sala discretamente con la mirada —murmuró Perdu a Max, explicándole las reglas del cabeceo.

—Pero ¿cómo sabe usted todo esto? Seguro que lo ha sacado de un...

—No, no lo he sacado de ningún libro. Atienda: mire despacio a su alrededor, pero sin fijar demasiado la vista. De este modo buscará con quién quiere bailar la próxima tanda, esto es, la próxima serie de cuatro canciones, o verá quién quiere bailar con usted. Ellas preguntan con una mirada larga y directa. Si usted responde aunque sea con un leve asentimiento de la cabeza o media sonrisa, la oferta se considera aceptada. Si vuelve la cara, significa: «No, gracias».

—Eso está bien —musitó Max—. Con ese «no, gracias» silencioso nadie teme quedar en ridículo.

—En efecto. Se considerará una galantería que usted tome la iniciativa y vaya a buscar a la dama. Además, así sabrá si realmente le hacía señas a usted o al caballero que tenía detrás.

—¿Y después de bailar? ¿La invito a tomar algo?

—No. Acompáñela a su sitio, dele las gracias y vuelva al lado de los hombres. El tango no obliga a nada. Durante tres o cuatro canciones se comparten anhelos, esperanzas y también deseo. Muchos dicen que es como el sexo, pero mejor. Y más frecuente. Pero después todo termina. Sería muy impropio bailar más de una tanda con una mujer. Se considera de mala educación.

Observaron de soslayo a las parejas. Al cabo de un rato Perdu señaló con la barbilla a una mujer que tanto podía tener cincuenta recién cumplidos como estar bien entrada en los sesenta. Pelo negro con mechones grises, recogido en un moño bajo en la nuca, como las bailarinas de flamenco. Vestido de baile impecable. Tres alianzas en un dedo. Poseía el porte de una bailarina, era esbelta y tenía la resistencia flexible de una rama de zarzamora. Era una bailarina excelente, segura y diestra, y, a la vez, tan compasiva que bailaba en torno a la rigidez o la timidez de su pareja ocultando con su gracia las carencias del hombre. Lograba que todo pareciera fácil.

—Esa será su compañera de baile, Jordan.

—¿Esa? ¡Es demasiado buena! ¡Me da miedo!

—Pues tome nota de esa emoción. Un día querrá escribir al

respecto y entonces le vendrá muy bien saber lo que es tener miedo a bailar y, aun así, lanzarse.

Mientras Max, nervioso y osado a la vez, intentaba atraer la mirada de la altiva reina de la zarzamora, Jean se dirigió hacia la barra y pidió un vaso con un dedo de pastís, al que luego añadió agua fría. Se sentía... excitado. Sí, realmente excitado.

Como si estuviera a punto de salir al escenario.

¡Con qué ilusión esperaba cada encuentro con Manon! Sus dedos nerviosos convertían el afeitado en una carnicería. Nunca sabía qué ponerse. Quería ser robusto y delgado, elegante, e interesante a la vez. En esa época empezó a correr y a levantar pesas. Quería resultarle atractivo a Manon.

Jean Perdu tomó un sorbo de pastís.

—*Grazie* —dijo guiado por la intuición.

—*Prego, signor capitano* —contestó con un sonoro acento napolitano el hombrecillo orondo y bigotudo.

—Ese honor es excesivo. No soy capitán de nada...

—¡Y tanto que lo es! Cuneo ve esas cosas.

En ese momento, en los altavoces sonó una música muy distinta a la que se había oído hasta entonces. Era la cortina: la música que indicaba el cambio de pareja. Al cabo de treinta segundos, la orquesta empezaría la siguiente tanda.

Perdu observó que la bailarina de la zarzamora se había apiadado y se dejaba llevar hasta el centro de la pista por Max, que estaba pálido pero mantenía la cabeza alta con valentía. Le bastaron unos pasos de baile para convertirse en emperatriz, y dio la impresión de que le hacía algo a Max, quien hasta ese momento se había limitado a colgar del brazo extendido de ella. De repente el joven se despojó de las orejeras y las arrojó a un lado. Parecía más alto y más ancho de espaldas, y mantenía el torso tan erguido como un torero.

Ella intercambió una mirada breve con Perdu. Tenía los ojos claros, de un azul cristalino. Fue una mirada joven en unos ojos viejos y un cuerpo que cantaba, por encima del tiempo, la dulce y sensual canción del tango. Perdu conocía la saudade de la vida, ese dolor sordo y cálido por todo y por nada.

«Saudade.

»La añoranza del tiempo en que fuimos niños, cuando los días se

encadenaban y el pasado carecía de significado. Es una sensación de ser amado que nunca más se encuentra en la vida. Es la entrega experimentada en una ocasión. Es cuanto un hombre es incapaz de verbalizar.»

Jean se dijo que incluiría esa palabra en su enciclopedia de las emociones.

P. D. Olson se aproximó a la barra. Sus pies y sus piernas, una vez que abandonaban el baile, volvían a ser los de un anciano.

—Lo que no se puede explicar hay que bailarlo —murmuró Perdu para sí mismo.

—Y lo que no se puede expresar en voz alta hay que escribirlo —exclamó el anciano escritor.

Cuando la orquesta empezó a tocar «Por una cabeza», la bailarina de la zarzamora se apoyó en el pecho de Max, le musitó unos conjuros y con la mano, el pie y la cadera le corrigió discretamente la postura. Había logrado que pareciera que la llevaba él.

Al principio Jordan bailó el tango con los ojos abiertos y luego, tras una orden susurrada, con la mirada baja. Al poco rato la desconocida y el joven parecían una pareja de amantes bien avenidos.

P. D. señaló con la cabeza a Cuneo, el camarero rechoncho, que en ese momento entró en la pista. Allí parecía más liviano. Era ligero y muy galante, y su gesto, sobrio y respetuoso. Su pareja de baile era más alta, pero se recostaba en él llena de confianza. P. D. Olson se inclinó hacia Perdu en un gesto de complicidad.

—Salvatore Cuneo es sin duda un personaje literario fabuloso. Vino a la Provenza para trabajar en la cosecha: cerezas, melocotones, albaricoques, toda la fruta que requiere manos sensibles. Trabajó con rusos, magrebíes y argelinos. Vivió una noche de amor con una joven que navegaba por el río, pero la chica desapareció al día siguiente con su gabarra. La luna tuvo algo que ver en eso. Desde entonces Cuneo recorre los ríos buscándola. Eso ocurrió hace veinte años. Trabaja unos días aquí, otros allá; me parece que con el tiempo es capaz de hacer de todo. Sobre todo cocina, pero también sabe pintar, arreglar camiones cisterna, elaborar cartas astrales..., cualquier cosa que se le ocurra. Y, si no, lo aprende, y a una velocidad increíble. Ese hombre es un genio

metido en el cuerpo de un pizzero napolitano. —P. D. sacudió la cabeza—. Veinte años. ¡Imagínese! ¡Por una mujer!

—¿Por qué no? ¿Acaso hay un motivo mejor?

—Eso tiene que decirlo usted, John Lost.

—¿Cómo? ¿Cómo me ha llamado?

—Ya lo ha oído. Jean Perdu, John Lost, Giovanni Perdito. En una ocasión soñé con usted.

—¿Escribió usted *Las luces del sur*?

—¿Ya ha bailado?

Jean Perdu apuró el pastís de un trago.

Luego se dio la vuelta y recorrió con la vista al grupo de mujeres. Muchas apartaron los ojos, otras se resistieron.

Una le sostuvo la mirada. Tendría poco más de veinte años. Pelo corto, pechos pequeños, un deltoides firme entre el antebrazo y el hombro. Y ardor en la mirada, que reflejaba una voracidad infinita, pero también valentía para aplacarla.

Perdu le hizo una seña. Ella se levantó sin sonreír y recorrió la mitad de la distancia que los separaba. La mitad menos un paso, para ser exactos. Quería que él diera ese último paso. Aguardó. Era una gata furiosa pero contenida.

En ese instante la orquesta finalizó la primera pieza y monsieur Perdu se acercó a la gata ávida de vida.

«¡Lucha!», clamaba su rostro.

«Doblégame si puedes, pero no te atrevas a humillarme», exigía su boca.

«¡Pobre de ti si osas lastimarme! Soy tierna, pero yo la ternura solo la siento en la pasión de la dureza extrema. ¡Sé defenderme!», decían sus manos, pequeñas y firmes; la tensión, casi vibrante, con que mantenía erguido el cuerpo, y los muslos, que ahora arrimaba a los de Jean.

Apretó todo su cuerpo contra él, pero con los primeros compases Jean le transmitió su energía. La hizo bajar cada vez más, hasta que ambos quedaron con una pierna doblada y la otra extendida a un lado.

Un murmullo recorrió la hilera de mujeres, pero cesó en cuanto Perdu alzó a la joven mientras ella le enroscaba rápida y grácilmente la pierna en la rodilla. Las corvas de ambos se rozaron suavemente. Estaban tan cerca como solo pueden estarlo dos

amantes desnudos.

Jean sintió una energía que había permanecido mucho tiempo inactiva.

¿Sería capaz aún? ¿Podría regresar a su cuerpo, que no usaba desde hacía una eternidad?

«No pienses, Jean. ¡Siente!»

«Sí, Manon.»

No pensar mientras se ama, durante el juego amoroso, al bailar y al hablar de emociones: era lo que Manon le había enseñado. Ella le llamaba «típico hombre del norte» porque él intentaba ocultarle sus preocupaciones con clichés y una expresión imperturbable. Porque en el sexo estaba demasiado pendiente de hacer lo que es debido. Y porque cuando bailaban dejaba que ella lo llevara por la pista como a un carrito de la compra, que lo arrastrara de un lado para otro, en lugar de bailar como a él le apetecía; es decir, tal como le indicaban los impulsos de la voluntad, la reacción y el deseo.

Manon había roto la cáscara de esa nuez, esa rigidez, con sus manos, sus manos desnudas, sus dedos desnudos, sus piernas desnudas...

«Me liberó de cuanto atenta contra la persona. De los silencios y las inhibiciones. De la obligación de hacer siempre lo adecuado.»

Dicen que los hombres que son completamente dueños de su cuerpo perciben si una mujer quiere de la vida más de lo que recibe. La chica que Jean tenía entre los brazos anhelaba un desconocido, el eterno viajero. Él lo sentía al notar cómo el corazón de ella palpitaba contra el suyo. Un desconocido de camino a la ciudad que, por una noche, le regala una aventura y pone a sus pies todo cuanto ella echa de menos en ese pequeño pueblo rodeado de trigales silenciosos y bosques centenarios. Es la única rebelión que se permite para no amargarse en medio de ese idilio rural en el que todo gira en torno a la tierra, la familia y la descendencia. Y no en torno a ella, solo ella.

Jean Perdu concedió a la muchacha lo que esta anhelaba. La agarró como jamás lo haría ningún joven carpintero, viticultor o silvicultor. Bailó con el cuerpo de ella y con su feminidad como no lo habría hecho nadie que la conociera desde niña y para quien ella solo fuera Marie, «la hija del viejo herrero, el que guarnece a

nuestros animales».

Jean ponía en cada gesto todo su cuerpo, su respiración y su concentración. Le susurraba en portugués brasileño, la lengua del tango, que Manon y él habían aprendido y en la que cuchicheaban en la cama. Manon y él se hablaban de usted, como los matrimonios mayores y tradicionales del Portugal decadente, mientras se musitaban obscenidades.

Se mezcló todo: el pasado y el futuro, esa mujer joven y la otra llamada Manon. El joven que había sido y que no había sospechado lo hombre que podía llegar a ser. El hombre mayor, aunque no anciano, que había olvidado qué era desear. Tener una mujer entre los brazos.

Ahí estaba él, en los brazos de una bailarina gatuna a la que le encantaba resistirse, ser sometida y debatirse otra vez.

«Manon, Manon, así bailabas tú también. Con la misma avidez por conquistar algo solo para ti. Sin familia, sin la tierra de tus antepasados a las espaldas. Solo tú, sin futuro. Tú y el tango. Tú y yo, tus labios, mis labios, tu lengua, mi piel, mi vida, tu vida.»

Cuando empezó a sonar el tercer tema, el «Libertango», se abrieron de par en par las puertas de las salidas de emergencia.

—¡Ya están ahí esos cerdos! —oyó Perdu que exclamaba con nerviosismo y enojo una voz masculina.

23

Cinco hombres irrumpieron en el salón. Las mujeres gritaron.

El primero de los intrusos agarró a la pareja de Cuneo e hizo el ademán de abofetearla. El fornido italiano se le lanzó al brazo. Acto seguido, un segundo hombre se precipitó sobre Cuneo y le golpeó en el vientre mientras el otro tiraba violentamente de la mujer para atraerla hacia sí.

—¡Traidores! —siseó furioso P. D. Olson mientras Jean y él apartaban a la mujer gato del grupo de hombres excitados y visiblemente borrachos.

—Mi padre está ahí —murmuró ella, pálida de horror, señalando a uno de los alborotadores violentos, que tenía el ceño fruncido y empuñaba un hacha.

—¡No lo mire! ¡Salga por la puerta delante de mí! —le ordenó Perdu.

Max cerró el paso a dos tipos airados que corrían hacia Cuneo como si vieran en él a la personificación de los juegos sexuales satánicos que sus mujeres, hijas y hermanas habían descubierto. Salvatore Cuneo sangraba por un golpe recibido en la boca. Max propinó una patada en la rodilla a uno de los atacantes y al otro lo arrojó al suelo de espaldas con un giro tipo *Kung fu*.

Acto seguido, corrió hacia su bailarina zarzamora, que permanecía tranquila y orgullosamente erguida en medio del caos. Hizo una reverencia y le besó la mano con galantería.

—Muchas gracias, reina de esta noche inacabada, por el baile más bello de mi vida.

—¡Apresúrate o quizá sea el último! —gritó P. D. tirándole del brazo.

Perdu vio que la reina sonreía mientras Max se alejaba. Luego la

mujer recogió las orejeras del suelo y se las apretó contra el pecho.

Jordan, Perdu, P. D., la mujer gato y Cuneo corrieron hacia una destartalada furgoneta Renault de color azul. Cuneo metió su vientre abultado tras del volante; P. D., con la respiración entrecortada, se sentó en el asiento del copiloto; Max, Jean y la chica se acomodaron detrás, en el espacio de carga, entre una caja de herramientas, una maleta de piel, un portabotellas con frascos de especias y vinagre, manojos de hierbas aromáticas y montones de manuales de toda índole. El vehículo dio una fuerte sacudida cuando Cuneo pisó el acelerador para huir de los puños rabiosos de los alborotadores, que no estaban dispuestos a tolerar por más tiempo las ganas secretas de bailar de sus mujeres y que los habían perseguido hasta el aparcamiento.

—¡Atajo de *honks*! —los insultó P. D. mientras echaba hacia atrás un libro ilustrado sobre mariposas—. En sus mentes cerradas y obtusas, nos toman por un grupo de intercambio de parejas y creen que nos dedicamos a bailar primero vestidos y luego desnudos. Pero lo cierto es que no sería una visión precisamente hermosa: testículos arrugados, hirsutos y dormidos como marmotas, panzas hinchadas y piernas delgadas de viejo.

La mujer gato se echó a reír y Max y Cuneo prorrumpieron en carcajadas; la risa floja de quienes acaban de pasar mucho miedo.

—Una pregunta: ¿no podríamos hacer una paradita en un banco? —dijo Max con impaciencia mientras circulaban por la calle principal de Cepoy a ochenta por hora, en dirección al barco.

—Solo si te interesa trabajar como cantante castrado —respondió P. D. con cierto enojo.

Al poco rato se detenían delante del barco de los libros. Lindgren y Kafka descansaban cómodamente en la ventana, a la luz del sol del atardecer, haciendo oídos sordos a los insultos que unas cornejas, sintiéndose a salvo en lo alto de un manzano marchito, les lanzaban. Perdu reparó en la mirada anhelante que Cuneo dirigía a la gabarra.

—Me temo que usted no puede quedarse más tiempo en este pueblo —le dijo al italiano.

Este suspiró.

—No se imagina la de veces que he oído esta frase, *capitano*.

—Pues venga con nosotros. Vamos a la Provenza.

—Así que el viejo juntapalabras ya les ha contado mi historia, ¿no? Que busco por el río a una *signorina* que me robó el corazón.

—En efecto, ese americano malvado se ha ido de la lengua.

—Bueno, ¿y qué? Soy mayor y, por lo tanto, moriré pronto; tengo derecho a portarme un poquito mal. Y basta ya. A fin de cuentas, no lo he contado en Facebook.

—¿Está usted en Facebook? —preguntó Max, incrédulo. Había cogido manzanas del árbol y las llevaba en la camisa—. ¿Y eso? ¿Lo hace porque es como comunicarse mediante golpes en una cárcel?

El viejo Olson soltó una risa maliciosa.

—Claro que estoy en Facebook. Si no, ¿cómo podría comprender lo que le ocurre a la humanidad? Así entiendo por qué los linchamientos han dejado de celebrarse en la plaza del pueblo para adquirir dimensiones mundiales.

—Oh, sí, claro —dijo Max—. Le enviaré una solicitud de amistad.

—Hazlo, hijo. Me conecto a internet el último viernes de cada mes, entre las once de la mañana y la una de la tarde.

—Aún nos debe una respuesta —señaló Perdu—. A fin de cuentas, hemos bailado, ¿no? Los dos. Y, por favor, sea sincero. No soporto las mentiras. ¿Escribió *Las luces del sur*? ¿Es usted Sanary?

Olson volvió su arrugado rostro hacia el sol. Se quitó el ridículo sombrero y se echó hacia atrás su pelo blanco.

—Yo, ¿Sanary? ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—La técnica. Las palabras.

—¡Ah, ya sé qué quiere decir! El gran «mamapapá». Una idea fantástica, el anhelo personificado de tener un cuidador total, un padre maternal. O «amorrosa», el amor que es una flor olorosa pero sin espinas, algo que va contra la naturaleza de las rosas. Es magnífico, pero no es mío. En mi opinión, Sanary es un gran filántropo, una persona al margen de las convenciones. Y no puede decirse lo mismo de mí. No me gusta la gente y, siempre que debo ceñirme a las normas sociales, me pongo malo. No, John Lost, amigo mío, yo no soy Sanary. Por desgracia, esa es la verdad.

P. D. se apeó trabajosamente del coche y rodeó el vehículo con paso renqueante.

—Oye, Cuneo, yo cuidaré de tu vieja furgoneta hasta que regreses. O no. ¿Quién sabe?

Cuneo estaba indeciso pero, cuando Max empezó a llevar con gesto decidido sus libros y el portabotellas al barco, fue a coger la caja de herramientas y la maleta de piel.

—*Capitano* Perdito, ¿me permite subir a bordo?

—Se lo ruego, *signor* Cuneo, será un honor.

Max soltó las amarras. La mujer gato se reclinó con una mirada misteriosa en el capó del Renault y Perdu estrechó la mano de P. D. Olson para despedirse.

—¿De verdad soñó conmigo? ¿O solo fue un juego de palabras? —inquirió.

Per David Olson sonrió con picardía.

—Un mundo hecho solo de palabras jamás puede ser auténtico. Leí esta frase, que es de un autor alemán. Gerlach, se llama. Gunter Gerlach. No es para inteligencias vulgares. —Reflexionó—. Vaya a Cuisery, en la ribera del Seille. Puede que allí encuentre a Sanary. Si es que está viva.

—¿Viva? ¿Es una mujer? —preguntó Perdu.

—¡Oh, yo qué sé! Pero me gusta pensar que todo lo interesante es femenino. ¿A usted no? —Olson sonrió y se acomodó con torpeza en el destartalado vehículo de Cuneo.

Luego esperó a la joven.

Ella se aproximó a Perdu.

—Tú también me debes algo —dijo con voz ronca. A continuación selló con un beso los labios de Perdu.

Era el primer beso que le daba una mujer en veinte años. Jean no se había permitido ni siquiera soñar con lo embriagador que era. Ella lo besó apasionadamente y por un instante su lengua dio con la de él.

Luego se apartó de Jean con los ojos brillantes.

«¿Y a ti qué te importa si te deseo?», decía encendida su mirada orgullosa.

«¡Aleluya! ¿Qué he hecho yo para merecerlo?»

—¿Cuisery? —preguntó Max—. ¿Qué es eso?

—El paraíso —respondió Perdu.

24

Cuneo se instaló en el segundo camarote y se puso al frente de la cocina. Aquel hombre fornido y medio calvo sacó de la maleta y el portabotellas un montón de especias, aceites y mezclas de hierbas que él mismo preparaba para sazonar, mejorar las salsas, untar o, simplemente, para «oler y ser feliz».

Al ver la expresión escéptica de Perdu preguntó:

—¿Acaso le parece mal?

—No, *signor* Cuneo. Es que...

«... no estoy acostumbrado a los aromas. Son demasiado buenos. Insoportablemente buenos. Y no son "felices".»

—En una ocasión conocí a una mujer —empezó a explicar Cuneo mientras examinaba el estado de sus cuchillos de cocina— que lloraba al percibir olor a rosas. Y otra a la que el aroma de mis volovanes recién horneados le parecía muy erótico. Los olores provocan efectos extraños en el alma.

«Volován, felicidad de», pensó de pronto Perdu. En la V. O quizá en la L, en «Lenguaje de los aromas». ¿Empezaría alguna vez su enciclopedia de la emociones?

«¿Por qué no mañana mismo? ¿Y por qué mañana? ¿Por qué no ahora?»

Solo necesitaba papel y bolígrafo. Y un día, letra tras letra, vería un sueño cumplido. Vería tal vez...

«Ahora. Solo existe el ahora. Vamos, cobarde. Atrévete por fin a respirar bajo el agua.»

—A mí me pasa con la lavanda —reconoció con timidez.

—¿Le da por llorar o por lo otro?

—Por las dos cosas. Es el olor de mi mayor fracaso. Y también el de mi mayor felicidad.

En ese momento Cuneo vertió los guijarros que guardaba en una bolsa de plástico y los dispuso en una estantería.

—Esto es mi fracaso y mi felicidad —explicó sin que nadie le hubiera preguntado—. El tiempo. Él se encarga de suavizar los cantos de cuanto causa dolor. Como lo olvido a menudo, tengo estos guijarros: son de todos los ríos por los que he navegado.

El canal de Loing había desembocado en el de Briare, uno de los tramos más espectaculares de la ruta del Borbonés, con un acueducto angosto que cruzaba el Loira, embravecido y no navegable en ese punto. Fondearon en el puerto deportivo de Briare, tan profusamente adornado con flores que había docenas de artistas en la orilla pintando el paisaje.

Parecía un segundo Saint-Tropez, aunque mucho más pequeño, con numerosos yates lujosos y paseos muy concurridos. La farmacia literaria era el barco de mayor tamaño y muchos capitanes ociosos se acercaron a ver la embarcación y a echar un vistazo a la tripulación. Perdu era consciente de su apariencia estrafalaria. No era solo que parecieran novatos. Era mucho peor.

«Parecemos aficionados.»

Cuneo preguntaba a todos los visitantes si en su viaje habían visto el *Mondnacht*. Una pareja suiza que llevaba treinta años navegando por Europa a bordo de un Luxe Motor holandés afirmó que se acordaba del barco. Lo había visto diez años atrás, ¿o tal vez doce?

Cuando Cuneo se dispuso a preparar la cena, encontró en la despensa el vacío más absoluto y, en la nevera, solo comida para gatos y las alubias de marras.

—No tenemos dinero, *signor* Cuneo, ni provisiones —le dijo Perdu. A continuación le narró su salida precipitada de París y los percances que habían sufrido.

—Las gentes del río acostumbran a ser muy amables. Y yo tengo unos pocos ahorros —indicó el napolitano—. Podría darle una cantidad, a modo de pasaje.

—Es muy loable, pero no lo acepto —dijo Perdu—. Deberíamos ganar dinero de algún modo.

—¿Acaso no lo está esperando esa mujer? —preguntó Max Jordan con toda su inocencia—. Si es así, no hay tiempo que perder.

—No me espera. Tenemos todo el tiempo del mundo —le

tranquilizó Perdu.

«En efecto. *We have all the time in the world*. Ah, Manon..., ¿te acuerdas? Aquel bar en el sótano. Louis Armstrong y nosotros.»

—¿Quiere sorprenderla? Eso es increíblemente romántico..., aunque también muy arriesgado...

—Quien no se arriesga, no vive —intervino Cuneo—. Volvamos al tema del dinero.

Perdu le dirigió una sonrisa de agradecimiento. Cuneo y él se inclinaron sobre el mapa de los canales. El italiano fue señalando algunos pueblos.

—Aquí, en Apremont-sur-Allier, pasado Nevers, tengo unos conocidos. Y Javier siempre busca gente que le ayude a restaurar tumbas... Y aquí, en Fleury, trabajé como cocinero personal... Y en Digoin, en casa de un pintor. Y aquí también, en Saint-Sautu, hum, si ella no sigue enfadada conmigo por no haberle... —Se sonrojó—. En fin, hay varias personas que pueden ayudarnos con comida y combustible. O sabrán dónde podemos encontrar trabajo.

—¿Conoce a alguien en Cuisery?

—¿En la ciudad de los libros del Seille? No he estado nunca ahí. Pero tal vez allí encuentre lo que busco.

—A la mujer.

—Sí. La mujer. —Cuneo inspiró profundamente—. Hay pocas como esa, ¿sabe? Aparecen quizá cada doscientos años. Es cuanto un hombre puede desear: inteligente, despierta, sabia, indulgente, apasionada. En fin, todo.

«Es curioso —se dijo Perdu—. Yo no podría hablar así de Manon. Hablar de ella significaría compartirla. Admitirlo todo.» Jean aún no se veía capaz de algo así.

—La gran pregunta es: ¿qué puede proporcionarnos dinero rápidamente? —reflexionó Max—. Y permítanme que les diga que no sirvo como gigoló.

Cuneo miró a su alrededor.

—¿Y los libros? —preguntó lentamente—. ¿De verdad quiere conservarlos todos?

¡Cómo no se le había ocurrido antes!

Cuneo fue a Briare a comprar con su dinero fruta, verdura y carne a los campesinos, y negoció con un pescador astuto la captura del día. Jean abrió las puertas de la librería y Max salió a la calle

convertido en reclamo parlante. Iba de un lado para otro del puerto deportivo y el pueblo gritando: «¡Libros! ¡Tenemos libros! ¡Las novedades de la temporada! ¡Obras entretenidas, inteligentes y baratas! ¡Libros! ¡Historias hermosas!».

Si pasaba junto a una mesa llena de señoras, les decía: «¡Leer vuelve guapo! ¡Leer vuelve rico! ¡Leer adelgaza!». Se detuvo delante del restaurante Le Petit St. Trop y declamó: «¿Sufre usted de mal de amores? Tenemos el libro que le curará. ¿Tiene problemas con el capitán? ¡Tenemos el libro para remediarlo! ¿Ha pescado un pez y no sabe cómo sacarlo del agua? ¡Nuestros libros lo saben todo!».

Algunos reconocían al escritor por las fotografías de las revistas. Otros, molestos, lo ignoraban. Unos cuantos acudieron a La farmacia literaria para recibir asesoramiento.

Y así fue como Max, Jean y Salvatore Cuneo ganaron sus primeros euros. Además, un monje corpulento y siniestro de Rogny les dio varios frascos de miel y macetas con hierbas aromáticas a cambio de unos ensayos agnósticos que tenía Perdu.

—¿Qué pretenderá hacer con ellos?

—Enterrarlos —supuso Cuneo.

Tras preguntar por el *Mondnacht* al capitán del puerto, Cuneo le compró varios plantones y, con varias estanterías, montó en la cubierta de popa un jardín de hierbas comestibles, para alborozo de Kafka y Lindgren, que se precipitaron con alegría hacia la menta. Al poco rato corrían por el barco, visiblemente afectados por la planta.

Por la noche Cuneo, con un delantal de florecitas y unas manoplas de cocina igualmente floreadas, anunció la cena.

—Caballeros, *bohémienne de légumes*, una variante del *ratatouille*, el cual ha venido a menos por culpa del turismo —explicó sirviendo la comida en una mesa improvisada en cubierta.

Era una masa gratinada de color rojo, con la verdura cortada en dados diminutos, asada, sazonada con mucho tomillo, puesta en un molde y luego volcada artísticamente en un plato y bañada con el preciado aceite de oliva. Hubo además costillas de cordero, que Cuneo había pasado tres veces por fuego vivo, y flan de ajo, blanco como la nieve, que se fundía delicadamente en la boca.

Cuando Perdu tomó el primer bocado, ocurrió algo extraordinario.

En su cabeza se produjo una explosión de imágenes.

—Es increíble, Salvatore. Cocina usted tan bien como Marcel Pagnol escribe.

—Ah, Pagnol. Un buen tipo. Decía que solo se puede ver bien con la lengua. Y con la nariz y con el estómago —afirmó complacido Cuneo. A continuación, entre dos bocados, añadió—: Capitano Perdito, estoy convencido de que es preciso comerse el alma de una tierra para comprenderla, para sentir a las personas. El alma es lo que crece en ella. Es lo que la gente ve y huele y toca a diario. Lo que les atraviesa y les da forma por dentro.

—¿Igual que la pasta da forma a los italianos? —preguntó Max sin dejar de masticar.

—Cuidado con lo que dices, Massimo. La pasta hace *bellissime* a las mujeres. —Cuneo dibujó alegremente con las manos la silueta voluptuosa de una mujer.

Comían. Reían. A su derecha se puso el sol; a su izquierda asomó la luna llena. Los envolvía el perfume intenso de las flores del puerto. Los gatos exploraron el entorno y luego, encaramados con gesto altivo en lo alto de una caja de libros vuelta del revés, hicieron compañía a los hombres.

Jean Perdu recuperó una tranquilidad desconocida para él.

«¿Es posible que la comida cure?»

Con cada bocado empapado de las hierbas y los aceites de la Provenza, la tierra que le aguardaba parecía crecer en su interior. Se estaba comiendo la tierra que lo rodeaba. Al cabo de un rato le pareció que paladeaba el territorio salvaje en torno al Loira, el bosque y el vino.

Esa noche durmió plácidamente. Kafka y Lindgren velaron su sueño. El macho se tumbó junto a la puerta. Lindgren permaneció junto al hombro de Jean. A veces este notaba sus patas en la mejilla, como si la gata quisiera asegurarse de que seguía ahí.

A la mañana siguiente decidieron quedarse por el momento en el puerto de Briare. Era un lugar de encuentro y de amarre muy apreciado y la temporada de las viviendas flotantes había empezado. Prácticamente a cada hora llegaban nuevas *pénichettes* y, en ellas, potenciales compradores de libros.

Max se ofreció a compartir su escasa ropa con Jean, quien había partido de París con solo una camisa, un pantalón gris, una chaqueta y un jersey. De hecho, la vestimenta no ocupaba un lugar

muy destacado en la lista de cosas que era preciso comprar.

Por primera vez en lo que parecían siglos, Perdu vestía vaqueros y una camiseta desteñida. Al mirarse en el espejo se vio extraño. La barba de tres días, el ligero bronceado adquirido en el puesto de mando, la ropa informal... No parecía mayor de lo que era. Ni un hombre tradicional. Pero tampoco parecía mucho más joven.

Max, que se había dejado un bigote fino y recto, se peinaba el pelo hacia atrás y se hacía una trenza pirata. Todas las mañanas, descalzo y vestido con solo unos pantalones holgados, practicaba kung-fu y taichi en la cubierta de popa. A mediodía y por la noche leía a Cuneo mientras este cocinaba. A menudo el italiano le pedía historias escritas por mujeres.

—Las mujeres cuentan más cosas del mundo. Los hombres solo hablan de sí mismos.

La farmacia literaria permanecía abierta hasta bien entrada la noche. Los días se volvieron más cálidos.

Los niños de los pueblos cercanos y de otras barcas pasaban horas sentados dentro del *Lulu* leyendo las aventuras de Harry Potter, Kalle Blomquist, Los Cinco, los Gatos Guerreros o el *Diario de Greg*. Pero, sobre todo, acudían para que les leyeran. A menudo Perdu contenía una sonrisa de satisfacción al ver a Max sentado en el suelo, en medio de un corro de niños, con sus largas piernas dobladas y un libro sobre las rodillas.

Max leía cada vez mejor. Convertía las historias en radionovelas. Perdu pensaba que esos pequeños que escuchaban al joven con los ojos muy abiertos y una concentración deliciosa se convertirían en personas para quienes la lectura, su embrujo, y tener toda la película en la cabeza, sería tan necesario como el aire para respirar.

A los menores de catorce años les vendía los libros a peso: dos kilos a diez euros.

—¿No salimos perdiendo? —le preguntó Max.

Perdu se encogió de hombros.

—Económicamente es posible. Pero es sabido que la lectura vuelve insolente. Sin duda el mundo del mañana necesitará gente respondona. ¿No le parece?

Los adolescentes se agolpaban en la sección de literatura erótica, primero entre risitas y luego con un silencio llamativo. Perdu tenía la consideración de hacer ruido al acercarse para dar tiempo a las

parejas a separar sus labios y esconder el rostro sonrojado tras un libro inocente.

A menudo Max tocaba el piano, lo que atraía a gente a bordo.

Perdu tomó la costumbre de enviar a diario una postal a Catherine y de anotar en una libreta escolar nuevas entradas para su enciclopedia de las pequeñas y medianas emociones para farmacéuticos literarios en ciernes.

Todas las noches se sentaba en cubierta y contemplaba el cielo. La Vía Láctea se veía siempre y, de vez en cuando, pasaba una estrella fugaz. Las ranas daban conciertos *a capella* y los grillos cantaban acompañados por el tintineo de los cables en los mástiles y algún que otro tañido de una campana de barco.

Perdu se sentía inundado de nuevas emociones. Le pareció adecuado informar a Catherine. Al fin y al cabo, todo había comenzado con ella. Lo único que no sabía aún era en qué tipo de hombre se estaba convirtiendo.

Catherine:

Hoy Max ha comprendido que una novela es como un jardín: se necesita tiempo para que el lector realmente pueda curarse con ella. Mirando a Max experimento un desacostumbrado sentimiento paternal.

Saludos,

PERDIDO

Catherine:

Al despertarme esta mañana, durante tres segundos he sido consciente de que eres una escultora de almas. Eres una mujer que domina el miedo. En tus manos la piedra se convierte en persona.

JOHN LOST, MENHIR

Catherine:

Los ríos son distintos del mar. El mar reclama; los ríos dan. Aquí atesoramos satisfacción, tranquilidad, melancolía y la paz, lisa como un espejo, del atardecer, que pone final al día con tonos azulados y grisáceos. Todavía conservo el caballito de mar que me hiciste con miga de pan, ese con granos de pimienta por ojos. Necesita urgentemente compañía. Eso opina.

JEANNO P.

Catherine:

A la gente del río le gusta viajar. Adoran los libros sobre islas

recónditas. Si la gente del agua supiera dónde fondeará mañana, enfermarían. Lo sabe.

J. P. DE P., ACTUALMENTE EN NINGÚN SITIO.

Perdu había descubierto otra cosa en los ríos: las estrellas con respiración. Un día brillaban con fulgor. Al siguiente palidecían. Luego volvían a refulgir. Esto no se debía a la bruma ni a las gafas de lectura que usaba, sino a que se tomaba su tiempo para mirar por encima de sus pies.

Las estrellas parecían respirar con un ritmo infinitamente lento y profundo. Respiraban y contemplaban el mundo desde las alturas, observando cómo evolucionaba y se transformaba. Muchas habían visto dinosaurios y neandertales, la construcción de las pirámides y a Colón descubriendo América. Para ellas la tierra era una isla de mundos más en un mar inconmensurable, y sus habitantes, asombrosamente... pequeños.

25

Al final de la primera semana un funcionario de Briare les informó discretamente de que, si no solicitaban un permiso de negocio de temporada, deberían marcharse. El hombre era un lector apasionado de novelas de suspense norteamericanas.

—En el futuro, vigilen dónde fondean: por su naturaleza, la burocracia francesa no tiene resquicios.

Provistos de víveres, corriente eléctrica, agua y unos cuantos nombres y números de móvil de las amables gentes que vivían sobre las aguas, viraron para entrar en el canal lateral del Loira. Al poco pasaron junto a palacios, bosques espesos de olor a resina fresca y viñedos de sancerre, sauvignon, pouilly fumé y pinot noir.

A medida que avanzaban hacia el sur, más cálido era el verano. De vez en cuando veían barcos con mujeres en biquini tumbadas en la cubierta.

En las vegas, los alisos, las ramas de zarzamoras y la vid silvestre formaban una selva mágica entretejida de titilantes luces verdes donde bailaban motas de polvo del bosque. Entre los troncos asomaban estanques pantanosos brillantes, frutos del saúco y hayas ladeadas.

Cuneo pescaba un pez tras otro en esas aguas susurrantes, y sobre los largos y lisos bancos de arena veían descansar garzas reales, águilas pescadoras y estérnidos. Aquí y allá aparecían entre la maleza castores a la caza de nutrias. La Francia que se les ofrecía era un país antiguo y satisfecho, suave, señorial, verde y solitario.

Una noche anclaron junto a un prado silvestre, abandonado. Todo estaba tranquilo. Ni siquiera el agua murmuraba y no se oía ni un ruido de motor. Estaban solos, con excepción de algunos mochuelos que de vez en cuando se gritaban por encima del agua.

Tras cenar a la luz de las velas, sacaron las mantas y las almohadas a cubierta y se tumbaron. Tres hombres, cabeza contra cabeza: una estrella de tres puntas. La Vía Láctea se hallaba justo encima de ellos: una franja luminosa, una estela de planetas.

La quietud era sobrecogedora y la profundidad azul del cielo nocturno parecía querer succionarlos.

Como por arte de magia, Max sacó un porro fino.

—Mi protesta más enérgica —dijo Jean en tono despreocupado.

—Oído, capitán. Protesta anotada. Me lo dio un holandés a cambio del Houllebecq.

Max encendió el canuto.

Cuneo olisqueó el aire.

—Huele a salvia quemada. —Tomó el porro con torpeza y dio una calada corta y cautelosa—. Uf. Es como lamer un abeto.

—Hay que aspirar el humo hasta los pulmones y dejarlo ahí todo el tiempo que se pueda —le aconsejó Max.

Cuneo obedeció.

—¡Bendito sea el vinagre balsámico! —gimió.

Jean dio una calada con cuidado y mantuvo el humo en la boca. Una parte de él temía perder el control. Otra, en cambio, solo quería perderlo.

De nuevo le pareció que tenía dentro un coágulo pegajoso de tiempo, costumbre y miedo que no dejaba salir su dolor. Se sentía anegado en lágrimas de piedra que impedían que algo más ocupara su interior.

No había confesado ni a Max ni a Cuneo que la mujer por la que había soltado todas las amarras de su vida hacía tiempo que no era más que polvo.

Tampoco les había dicho que se sentía avergonzado. Que actuaba movido por la vergüenza y que no sabía qué debía hacer en Bonnieux, ni qué esperaba encontrar allí. ¿La paz, tal vez? Hacía tiempo que no se la merecía.

Vale, otra calada no podía hacerle ningún mal.

El humo era muy caliente. Esta vez aspiró profundamente. Jean se sintió como si estuviera en el fondo de un mar de aire espeso. Todo estaba tan tranquilo como debajo del agua. Incluso los mochuelos permanecían en silencio.

—Está lleno de estrellas —murmuró Cuneo con la lengua

trabada.

—Puede que estemos volando por el cielo. La tierra es como un disco, o eso parece —dijo Max.

—O como un plato de embutido —hipó Cuneo.

Él y Max prorrumpieron en carcajadas. Sus risas y sus voces resonaron por el río y asustaron a los lebratos de la espesura, que se apretujaron más en sus madrigueras, con el corazón desbocado.

El rocío de la noche se posó en los párpados de Jean. Él no reía. Le parecía como si el mar de aire que tenía encima le impidiera mover el tórax.

—Cuéntanos, Cuneo, ¿cómo es la mujer a la que buscas? —preguntó Max en cuanto se hubieron calmado.

—Bella. Joven. Muy morena por el sol —respondió el italiano. Calló un instante—. Excepto ya sabes dónde. Ahí era blanca como la leche. —Suspiró—.Y sabía igual.

Contemplaron las estrellas fugaces, que brillaban un instante aquí y allá, se deslizaban veloces y se extinguían dentro del campo de visión de los tres hombres.

—Las tonterías que se cometen por amor son las más bellas. Y las que más caro se pagan —susurró Cuneo mientras se arropaba con la manta hasta la mandíbula—. Tanto en el caso de los pequeños amores como de los grandes.

Volvió a suspirar.

—Fue solo una noche. Vivette tenía novio, y eso entonces significaba que era intocable para los hombres, sobre todo para los hombres como yo.

—¿Extranjeros?

—No, Massimo. Ese no era el problema. El tabú eran los navegantes fluviales.

Cuneo dio otra calada al porro y lo pasó.

—Vivette se apoderó de mí como una fiebre que todavía sufro. La sangre se me enciende cuando pienso en ella. Su cara me mira desde las sombras y en todos los reflejos del sol en el agua. Sueño con ella, pero cada noche que pasa es un día menos que podremos estar juntos.

—En cierto modo me siento tremendamente viejo y mustio —dijo Max—. ¡Esas pasiones que sentís! Uno que busca desde hace veinte años a una chica con la que solo pasó una noche, y el otro

que ha soltado amarras para... —Max se interrumpió.

En el silencio que siguió a la frase, Jean percibió algo de forma indirecta con sus sentidos nublados por la hierba. ¿Qué había querido decir Max? Pero nadie dijo nada y Jean lo olvidó.

—Yo no sé lo que quiero. Jamás he estado tan enamorado de una mujer. Sobre todo he visto siempre lo que..., lo que no era. Una era guapa, pero se mostraba arrogante con las personas que ganaban menos que su padre. Otra era agradable, pero tardaba mucho en comprender una ocurrencia divertida. La otra era tremendamente bella, pero lloraba cuando se desnudaba. No sé por qué. De modo que decidí no acostarme con ella; la arropé con mi jersey grande y la tuve abrazada toda la noche. Mirad lo que os digo: a las mujeres les gustan los mimos en posición de cuchara, pero para un hombre eso significa un brazo dormido y una vejiga a punto de estallar.

Perdu dio otra calada.

—Tu princesa ya ha nacido, Massimo —afirmó Cuneo con convicción.

—¿Y dónde se ha metido? —preguntó Max.

—Puede que usted ya la esté buscando y no sepa que se encamina hacia ella —susurró Jean.

Era lo que le había pasado a él con Manon. Volvía de Marsella y aquella mañana había tomado el tren sin sospechar que, media hora más tarde, encontraría a la mujer que cambiaría su vida y los pilares sobre los que se asentaba. Tenía veinticuatro años, apenas unos más que Max. Fueron solo cinco años de horas secretas con Manon. Por esos pocos años había pagado dos décadas de dolor, añoranza y soledad.

—Que me condene si esas horas no merecieron la pena.

—*Capitano*, ¿has dicho algo?

—No. Estaba pensando. ¿Es que ahora sabéis leerme el pensamiento? En tal caso, tendré que arrojaros por la borda.

Sus compañeros de viaje soltaron unas risitas.

La quietud de la noche en el campo cada vez resultaba más irreal y parecía querer arrancarlos del presente.

—¿Y su amor, *capitano*? —preguntó Cuneo—. ¿Cómo se llama?

Jean vaciló un buen rato.

—*Scusami*, no quería...

—Manon. Se llama Manon.

—Seguro que es muy guapa.

—Como un cerezo en primavera.

Era tan fácil cerrar los ojos y responder a las dolorosas preguntas que Cuneo formulaba con voz suave y cariñosa.

—Y lista, ¿sí?

—Me conoce mejor de lo que yo me conozco a mí mismo. Ella... me enseñó a sentir. Y a bailar. Era fácil quererla.

—¿Era? —inquirió alguien, pero con una voz tan queda que Perdu no supo si era Max, Salvatore o su propio interior.

—Ella es mi hogar. Es mi risa. Ella...

Calló. «Ella está muerta.» Era incapaz de decirlo. Temía el dolor que se agazapaba debajo de esa frase.

—¿Y qué le dirás cuando la veas?

Jean se debatía. Finalmente optó por la única verdad sobre su silencio acerca de la muerte de Manon.

—Perdónenme.

Cuneo dejó de hacer preguntas.

—Os envidio de verdad —musitó Max—. Vivís vuestro amor. Vuestra pasión. Tanto da si son amores locos. Yo, en cambio, me siento gastado. Respiro, el corazón me late, la sangre me corre por las venas. Pero no logro escribir. El mundo se viene abajo por todas partes y yo me lamento como un chiquillo malcriado. La vida es injusta.

—Solo la muerte es para todos —dijo Perdu lacónicamente.

—Eso sí es democracia —apuntó Cuneo.

—A mí me parece que la muerte está sobrevalorada políticamente —opinó Max.

Pasó lo que quedaba del porro a Jean.

—¿Es cierto que los hombres buscan en su gran amor a alguien que se parezca a su madre?

—Mmm —murmuró Perdu pensando en Lirabelle Bernier.

—*Sì, certo*! Entonces tendré que buscarme una que me llame descarado cada dos por tres y me cosa a bofetadas cuando lea o use palabras que ella no comprenda —exclamó Cuneo con una risa agridulce.

—Y yo una que solo a los cincuenta bien cumplidos por fin sepa decir «no» y coma lo que le guste en lugar de lo que es barato —

apuntó Max.

Cuneo apagó el canuto.

—Salvo —dijo Max cuando ya estaban los tres adormilados—. ¿Me permitirías escribir tu historia?

—Ni lo sueñes, *amico* —respondió Salvatore—. Búscate la tuya, pequeño Massimo. Si me la quitas, me quedaré sin una *storia* propia.

Max suspiró profundamente.

—Está bien —dijo con voz soñolienta—. ¿No tendríais por lo menos... unas palabras para mí? ¿Palabras preferidas, o algo así, para dormir?

Cuneo chasqueó los labios.

—¿Como *soufflé*? ¿O *risotto*?

—A mí me gustan las palabras que suenan a lo que denominan —murmuró Perdu. Tenía los ojos cerrados—. Brisa. Nocturno. Estío. Obstinación. Me imagino una niña con una armadura de fantasía luchando contra todo lo que no quiere ser: buena, delicada y discreta. ¡Puaj! La caballerita Obstinación contra el poder oscuro de la Razón.

—Esas son palabras cortantes —musitó Cuneo—, como las hojas de afeitar en el oído o sobre la lengua. Disciplina. Adiestramiento. General Razón.

—Razón llena la boca de tal modo que no deja espacio para otras palabras —se lamentó Max. Luego se echó a reír—. ¡Imaginaos que las palabras bellas tuvieran que comprarse para poder usarlas!

—Entonces muchos se arruinarían con su verborrea.

—Los ricos tendrían todo el poder porque comprarían todas las palabras y expresiones importantes.

—«Te quiero» sería la más cara.

—Si se utilizara para mentir, su valor se duplicaría.

—Los pobres tendrían que robar las palabras. O mostrar con hechos las cosas en lugar de decirlas.

—Sería mejor que eso lo hicieran todos. Amar es un verbo, así que... se hace. Menos hablar, más hacer. ¿No?

«¡Cielos! Este porro era fuerte.»

Al cabo de un rato, Salvo y Max salieron de debajo las mantas y se fueron a dormir. Antes de marcharse Max Jordan se volvió hacia Perdu.

—Y bien, monsieur —preguntó este con voz cansada—. ¿Aún

quiere más palabras para dormirse?

—Yo... No. Solo quería decir..., bueno... Que le tengo mucho aprecio. De verdad. No me importa que...

Max parecía querer añadir algo más pero no sabía cómo.

—Yo también le aprecio, monsieur Jordan. Incluso mucho. Me encantaría que fuésemos amigos, monsieur Max.

Los dos hombres se miraron; solo la luna iluminaba sus caras. Los ojos de Max quedaban ocultos por las sombras.

—Sí —musitó el joven—. Sí, Jean. Estoy contento de... serlo. Procuraré ser un buen amigo.

Perdu no lo comprendió del todo y lo achacó al porro.

Cuando se quedó a solas continuó tendido. La fragancia de la noche empezó a cambiar. De algún lugar le llegó un aroma... ¿Era lavanda?

Sintió una sacudida en su interior.

Recordó que de joven, antes de conocer a Manon, había sentido lo mismo al oler la lavanda. Un estremecimiento. Como si el corazón ya hubiera sabido que en un futuro lejano ese olor iría unido al deseo. Al dolor. Al amor. A una mujer.

Aspiró profundamente y dejó que aquel recuerdo le embargara por completo. Sí, tal vez antes, cuando tenía la edad de Max, había sentido la conmoción que esa mujer causaría en su vida años después.

Jean Perdu tomó de proa la bandera que Manon había cosido y la acarició. Luego se arrodilló y apretó la frente contra el ojo del pájaro libro, donde la sangre de Manon se había secado y convertido en una mancha oscura.

«Muchas noches nos separan, Manon.»

Arrodillado, con la cabeza inclinada, susurró:

—Noches y días, y países y mares. Miles de vidas han venido y se han ido y tú has estado esperándome.

»En un cuarto, en algún sitio, cerca.

»Todo lo sabes. Y amas.

»En mi pensamiento me sigues amando.

»Eres el miedo que corta la piedra de mi interior.

»Eres la vida que me aguarda en mi interior.

»Eres la muerte que temo.

»Ocurriste en mi vida y me guardé para mí mis palabras. Mi

dolor. Mi recuerdo.

»Tu lugar en mí y todo nuestro tiempo.

»He perdido nuestra estrella.

»¿Me perdonas?

»¿Manon?

26

—¡Max! ¡Ahí está la siguiente cámara de los horrores!

Jordan se acercó arrastrando los pies.

—¿Qué apostamos a que el chucho del encargado se me mea en la mano, igual que en las aproximadamente mil esclusas anteriores? Además, me he lastimado los dedos de tanto girar manivelas y abrir compuertas. ¿Estas delicadas manos podrán volver a acariciar las letras alguna vez?

Con un gesto de reproche mostró las manos, enrojecidas y cubiertas de ampollas diminutas.

Tras pasar junto a innumerables prados, donde el ganado se refrescaba con el agua de la orilla, y de navegar ante orgullosos edificios palaciegos de antiguas damas, se aproximaron a la esclusa La Grange, situada poco antes de Sancerre.

Aquel pueblo viticultor se hallaba en lo alto de una colina muy visible y marcaba el límite meridional de los veinte kilómetros del parque natural del valle del Loira. Las ramas de los sauces llorones caían lánguidamente sobre el agua como dedos juguetones. La librería flotante quedó flanqueada por muros verdes movedizos que parecían estrecharse cada vez más.

Era cierto que en todas las esclusas que habían pasado hasta el momento los habían recibido los ladridos de un perro. Y también era verdad que siempre habían dirigido bien la embarcación hacia el duque de alba, al que Max lanzaba las dos maromas que mantenían estable el barco mientras el agua subía y bajaba en la cámara. En ese momento, el joven arrojó las maromas sobre la cubierta con un gesto de repulsión.

—¡Eh, *capitano*! ¡Cuneo se encarga de la esclusa! ¡Sin problema!

El italiano paticorto dejó los ingredientes de la cena y, con su

delantal de flores, se encaramó a la escalerilla, se colocó unos guantes de jardín de colores y agitó el cabo de amarre como si fuera una serpiente, de un lado a otro. El perro se apartó de esa boa caboensis y se alejó malhumorado.

Acto seguido Cuneo hizo girar con una sola mano la barra de hierro con que se abrían las compuertas de entrada de agua; en su camisa a rayas de manga corta se destacaron unos músculos redondos. Mientras tanto cantaba con voz de gondolero «Qué será, será...», y guiñó un ojo a la maravillada mujer de la esclusa cuando su marido no miraba.

Al pasar regaló al encargado de la esclusa una lata de cerveza. A cambio, Salvatore obtuvo una sonrisa y se enteró de que esa noche había baile en Sancerre y de que en el segundo embarcadero que encontrarían el capitán de puerto no tenía diésel; a la pregunta más importante que formuló, la respuesta fue no, hacía mucho tiempo que el *Mondnacht* no pasaba por ahí. La última vez fue cuando Miterrand aún vivía. Más o menos.

Perdu observó a Cuneo cuando este recibió la noticia.

Durante una semana, el italiano había oído siempre lo mismo: «No, no, no».

Había preguntado a los guardas de las esclusas, a los capitanes de puerto, a los navegantes, incluso a quienes saludaban desde la orilla a La farmacia literaria.

El italiano daba las gracias y su rostro continuaba imperturbable. Como una roca. Ciertamente debía de tener una fuente inagotable de esperanza. ¿O acaso seguía buscando por costumbre?

«La costumbre es una diosa peligrosa y altiva. No tolera que nada interrumpa su gobierno. Aniquila anhelos, uno tras otro. Y también las ganas de viajar, de cambiar de trabajo, de un nuevo amor. Impide vivir como uno quisiera. Porque, por costumbre, dejamos de pensar si realmente queremos lo que hacemos.»

Cuneo se reunió con Perdu en el puesto de mando.

—¡Ay, *capitano*! Yo he perdido a mi amor. ¿Y el chico? —preguntó—. ¿Qué ha perdido él?

Los dos hombres contemplaron a Max, que, apoyado en la barandilla, miraba el agua con aire ausente.

Max hablaba menos y había dejado de tocar el piano.

«Procuraré ser un buen amigo», le había dicho a Perdu. Pero ¿qué quería decir con ese «procuraré»?

—Echa de menos a su musa, *signor* Salvatore. Max hizo un pacto con ella y abandonó su vida normal. Pero su musa ha desaparecido. Y él ya no tiene vida, ni normal ni artística. Por eso la busca.

—*Sì, capisco*. ¿Tal vez no amó suficiente a su musa? En ese caso debería volver a cortejarla.

¿Podían los escritores volver a casarse con sus musas? ¿Acaso Max, Cuneo y él mismo tenían que bailar desnudos en torno a una hoguera hecha de leña de vid?

—¿Y qué clase de persona son las musas? ¿Tipo gato, quizá? —preguntó Cuneo—. ¿De esas a las que no les gusta que les supliquen amor? ¿O tal vez son más bien tipo perro? En tal caso, para poner celosa a la musa debería cortejar a otras.

Antes de que Jean Perdu pudiera responder que las musas son como caballos, oyeron que Max les decía algo a gritos.

—¡Un corzo! ¡Ahí, en el agua!

En efecto, estaba delante de ellos, en medio del canal. Una hembra joven, que nadaba agotada de un lado para otro. En cuanto vio que la embarcación se acercaba por detrás, fue presa del pánico.

Intentaba una y otra vez poner pie en el terraplén, pero las paredes lisas y verticales del canal artificial le impedían salir de las aguas letales.

Max se había encaramado a la borda y trataba de atrapar al animal agotado con el flotador de salvamento.

—Massimo, déjalo. Podrías caerte tú también...

—Pero tenemos que ayudarla. ¡No saldrá sola! ¡Se está ahogando!

Max hizo un lazo corredizo con un cabo y se lo lanzó repetidas veces a la corza, que lo esquivaba aterrorizada, se hundía y volvía a emerger.

El terror insondable que reflejaban los ojos del animal conmovió a Perdu.

«Cálmate —pidió en silencio al animal—. Tranquila, confía en nosotros... Confía.» Apagó el motor de *Lulu* y puso marcha atrás para detener el barco, aunque este aún recorrería varias docenas de metros.

Pronto el animal quedó casi a la altura de ellos, a un costado.

Pataleaba con desesperación, sobre todo cada vez que el cabo con el lazo de salvamento caía en el agua a su lado. Cuando volvió la cabeza hacia ellos, sus ojos marrones reflejaban pánico y angustia.

Entonces ladró.

Un chillido ronco, un gemido suplicante. Cuneo se preparó para arrojarse al río artificial. Rápidamente empezó a quitarse los zapatos y la camisa.

La corza no dejaba de ladrar.

Perdu pensó a toda prisa. ¿Debían amarrar? Tal vez desde tierra podrían atraparla y sacarla del agua.

Dirigió el barco hacia el margen y oyó cómo la gabarra rozaba las paredes del canal.

La corza no dejaba de proferir su peculiar gemido desesperado y ronco. Sus movimientos eran cada vez más cansinos; aunque debilitada, intentaba hallar un asidero en la orilla para las patas delanteras.

No lo encontraba.

Cuneo estaba ya en calzoncillos junto a la borda. Seguramente se había dado cuenta de que no podía ayudar a la corza, pues él mismo era incapaz de subir a la orilla. Las paredes exteriores del *Lulu* eran demasiado altas para izar a un animal que se resistía o para llevarlo en brazos por la escalerilla de emergencia. Cuando por fin lograron fondear, Max y Jean saltaron a la ribera y corrieron por la maleza hacia la corza. Pero entretanto esta se había apartado de ese lado del canal e intentaba llegar al otro.

—¿Por qué no se deja ayudar? —musitó Max con lágrimas en las mejillas—. ¡Ven aquí! —le gritó con voz ronca—. ¡Vamos, tontita, ven aquí!

Ya no podían hacer nada más que mirar.

La corza chillaba y gemía intentando subir entre la maleza de la otra orilla.

En algún momento paró. Se deslizó hacia atrás.

Los hombres contemplaron en silencio cómo se esforzaba por mantener la cabeza por encima del agua. Los miraba una y otra vez, asustada de ellos.

La mirada aterrada y llena de desconfianza y rechazo conmovió profundamente a Perdu.

La corza ladró una última vez; un ladrido prolongado y desesperado.

Luego los chillidos cesaron.

Se hundió.

—¡Oh, por Dios! —musitó Max.

Cuando el animal salió a flote, de costado, con la cabeza bajo el agua, las patas delanteras aún se estremecían.

El sol brillaba, las moscas revoloteaban y en la espesura un pájaro cantó. El cuerpo sin vida de la corza giró sobre sí mismo.

Max tenía el rostro inundado de lágrimas. Se arrojó al agua y nadó hasta el cadáver.

Jean y Salvatore contemplaron en silencio cómo acercaba el cuerpo flácido del animal a la orilla en que se encontraban. Con una fuerza inusitada, Max alzó el pequeño cuerpo empapado hasta que Jean pudo asirlo y auparlo. Estuvo a punto de no conseguirlo.

El animal olía a agua salobre, a suelo de bosque, a la fragancia de un mundo desconocido y antiguo más allá de las ciudades. Su pelaje mojado era hirsuto. Cuando Perdu depositó con cuidado a la corza sobre el suelo caliente por el sol y se puso la cabecita en el regazo, esperó que ocurriera un milagro: que el animal se sacudiera, se levantara con pasos vacilantes y corriera a esconderse en la maleza.

Jean acarició el pecho del joven animal. Le acarició el lomo, la cabeza, como si ese mero contacto pudiera deshacer el hechizo. Percibió el calor que aún conservaba el esbelto cuerpo.

—Por favor —suplicó en voz baja—. Por favor...

Acarició repetidamente la cabeza que tenía en el regazo.

Los ojos marrones del animal miraban vidriosos más allá de donde él se encontraba.

Max se quedó flotando en el agua, con los brazos extendidos. Cuneo, en la cubierta, se tapaba la cara con las manos. Ninguno se atrevía a mirar a los demás.

27

Se deslizaron en silencio por el canal lateral del Loira en dirección sur a través de Borgoña, bajo el arco verde y majestuoso que formaban los árboles. Algunos viñedos eran tan grandes que las hileras de vides se perdían en el horizonte. Por todas partes había flores, incluso en las esclusas y los puentes.

Los tres hombres comieron en silencio, vendieron libros en silencio a los clientes de las orillas y guardaron las distancias entre sí. Pasaron el atardecer leyendo, cada uno en un rincón del barco. Los gatos corrían sin cesar de uno a otro. Pero no lograron sacarlos de aquel aislamiento voluntario. De nada les sirvió rozarles con la cabecita, mirarles de hito en hito y maullar inquisitivamente.

La muerte del corzo había deshecho la estrella que formaban los tres hombres. Cada uno volvía a deambular solo por el tiempo, ese tiempo complicado y miserable.

Jean permaneció mucho tiempo sentado, inclinado sobre el cuaderno pautado en que escribía su enciclopedia de las emociones. Miraba por la ventana sin ver cómo el cielo se deshacía en todos los colores comprendidos del rojo al naranja. Le parecía avanzar en un sirope de pensamientos.

A la mañana siguiente dejaron atrás Nevers y, después de una breve y tensa discusión («¿Por qué no Nevers? Allí podríamos vender libros.» «En Nevers hay suficientes librerías pero nadie que nos pueda vender combustible»), fondearon pasada una esclusa situada cerca del diminuto pueblo de Apremont-sur-Allier, que se arrimaba cariñosamente a los meandros del Allier. Cuneo tenía unos conocidos en la zona, un escultor y su familia, que vivían en una casa apartada, entre el Allier y el pueblo.

Desde ahí, el llamado «Jardín de Francia», no quedaba mucho

para Digoin y la bifurcación hacia el canal central, que los conduciría hacia el Ródano y por el Seille hasta Cuisery, la ciudad de los libros.

Kafka y Lindgren salieron disparados hacia el bosquecillo de la orilla, a cazar. Al rato, los pájaros posados en los árboles alzaron el vuelo asustados.

Cuando entraron en el pueblo, a Jean le pareció que retrocedía al siglo XV.

Árboles altos y gruesos, caminos apenas asfaltados, unas pocas casas de arenisca amarilla, ocres de tono rosado y ripias rojas en los tejados; todo, incluso las flores de los jardines y la hiedra que trepaba por todas partes, contribuía a la impresión de haber entrado en la época en que en Francia había caballeros y brujas. El pueblo de antiguos picapedreros estaba coronado por un pequeño castillo cuya fachada refulgía con reflejos rojos y dorados bajo la luz del sol del atardecer. Solo unas bicicletas modernas rompían el encanto de la imagen: varios ciclistas se habían detenido a comer en la orilla del Allier.

—Esto es asquerosamente hermoso —refunfuñó Max.

Tras cruzar una maciza torre de defensa circular, entraron en un jardín repleto de flores de colores rosa, rojo y blanco, cuya fragancia y profusión llegaron a marear a Jean. Unas glicinias enormes se doblaban formando arcos sobre los caminos, y en un estanque se elevaba una pagoda solitaria a la que solo se podía acceder por unos pilotes de piedra que había en el agua.

—¿Y aquí vive gente normal o solo hay figurantes? —preguntó Max con tono provocador—. ¿Qué clase de sitio es este?, ¿un pueblo de muestra para turistas norteamericanos?

—Sí, Max, aquí viven personas. Gente que se opone a la realidad un poco más que el resto. Y no, Apremont no está orientado a los turistas norteamericanos. Se orienta a la belleza —contestó Cuneo.

Tras separar las ramas de un gran rododendro, empujó una puerta oculta de un alto y antiguo muro de piedra.

Entraron en un jardín extenso, con un césped bien cuidado, al fondo del cual se alzaba una magnífica casa señorial con ventanas elevadas de doble hoja, una pequeña torre, dos alas y una terraza.

Jean se sentía increíblemente torpe y fuera de lugar. Hacía mucho tiempo que no visitaba a nadie. Al aproximarse oyeron risas

y notas sueltas de un piano, y cuando atravesaron el jardín Perdu vio bajo un haya roja a una mujer, sin ropa, tocada tan solo con un sombrero, sentada en una silla y pintando en un lienzo; a su lado, un hombre vestido con un traje de verano inglés anticuado tocaba un piano con ruedas.

—¡Eh! ¡Chico guapo, el de la boca bonita! ¿Sabes tocar el piano? —dijo la mujer desnuda en cuanto vio a los tres hombres.

Max se sonrojó y asintió.

—Pues toca algo. A los colores les encanta bailar. Mi hermano es incapaz de distinguir un la de un si.

Obediente, Max se sentó al piano procurando no mirar el busto de la mujer. Solo tenía un pecho, el izquierdo. En el lado derecho, una fina línea roja indicaba que había habido un seno gemelo igual de redondo, pleno y joven.

—Mira tranquilo. Así se pasa la curiosidad —dijo ella.

Se quitó el sombrero y dejó a la vista una cabeza desnuda en la que empezaba a crecer la pelusa. Un cuerpo enfermo de cáncer, que luchaba por regresar a la vida.

—¿Alguna canción favorita? —preguntó Max tras superar su timidez, fascinación y compasión.

—Desde luego, hombre de boca hermosa. ¡Tengo muchas! ¡Miles!

Entonces se inclinó y susurró algo al oído de Max, volvió a ponerse el sombrero y, con gesto expectante, mojó el pincel en la pintura roja de la paleta.

—¡Estoy lista! —dijo— ¡Y llámame Elaia!

Enseguida empezó a sonar «Fly Me to the Moon». Max la tocó en una fabulosa versión jazzística. La pintora movía el pincel siguiendo el ritmo de la melodía.

—Es la hija de Javier —murmuró Cuneo—. Lucha contra el cáncer desde niña. Me alegra ver que sigue derrotándolo.

—¡Oh, no! ¡No es posible! ¿Cómo te atreves a aparecer por aquí de nuevo sin avisar?

Una mujer de la edad de Jean apareció en la terraza y se arrojó a los brazos de Cuneo. Tenía unos ojos increíblemente risueños.

—¡Maldito zampapasta! ¡Javier, mira quién ha venido! ¡Pintapiedras!

Un hombre con pantalón de pana gastado y camisa de leñador

salió de la casa. Jean reparó en que, visto de cerca, el edificio no era tan señorial como parecía de lejos. La casa, que hacía tiempo había dejado atrás sus días de gloria, tenía arañas doradas y una docena de empleados.

La mujer de ojos risueños se volvió hacia Perdu.

—¡Hola! —dijo—. Bienvenido a la casa de los Picapiedra.

—Hola... —empezó a decir Jean Perdu—. Me llamo...

—¡Oh, vamos, dejémonos de nombres! ¡Aquí no hacen falta! Aquí cada uno se llama como quiere, o por lo que sabe hacer. ¿Eres bueno en algo? ¿O tal vez eres alguien especial?

Los ojos castaño oscuro chisporroteaban.

—¡Yo soy Pintapiedras! —exclamó Cuneo, que conocía el juego.

—Yo... —empezó a decir Perdu.

—No le hagas caso, Zelda. Sabe leer el alma de las personas —dijo Cuneo—. Se llama Jean, y te proporcionará cualquier libro que necesites para dormir bien.

Se volvió en cuanto el marido de Zelda le dio un golpecito en la espalda. La dueña de la casa miró atentamente a Perdu.

—¿De verdad? —inquirió—. ¿Sabes hacer eso? Si así fuera, serías un ser mágico.

En su boca sonriente se dibujó un mohín triste. Volvió la mirada hacia el jardín, hacia Elaia.

Max tocaba una versión rápida de «Hit the Road, Jack» para la hija enferma de Javier y Zelda.

Zelda debía de estar cansada, se dijo Perdu. Cansada de que la muerte llevara instalada tantos años en esa casa maravillosa.

—¿Le han puesto ustedes..., le habéis puesto un nombre? —preguntó.

—¿A quién?

—A eso que habita en el cuerpo de Elaia y que ahora duerme o finge dormir.

Zelda acarició la mejilla sin afeitar de Perdu.

—Conoces la muerte, ¿verdad? —Sonrió con tristeza—. Ese cáncer se llama Lupo. Elaia lo llama así desde los nueve años. Lupo, como el perro del cómic. Elaia se imagina que ella y él residen en su cuerpo y lo comparten. Y respeta que a veces él quiera llamar la atención. Dice que le resulta más fácil dormir pensando eso que imaginando que la quiere destruir. Al fin y al cabo, dice, ¿quién

destruiría su propia casa?

Zelda sonrió llena de amor mientras contemplaba a su hija.

—Lupo vive con nosotros desde hace más de veinte años. Creo que poco a poco él también envejece y se cansa.

Se apartó bruscamente de Jean y se volvió hacia Cuneo, como si lamentara haber hablado con tanta franqueza.

—Y, ahora, cuéntame, ¿dónde has estado? ¿Has encontrado a Vivette y vais a venir a pasar la noche en casa? Cuéntamelo todo. Y ayúdame con la comida —pidió al napolitano.

Lo tomó del brazo y lo llevó a la casa. A la derecha, Javier rodeaba con el brazo al italiano y detrás de ellos iba Leon, el hermano de Elaia.

Jean se sintió de más. Indeciso, vagó por el jardín. En un rincón en el que las sombras eran más espesas, descubrió un banco de piedra desgastada bajo un haya. Ahí nadie podía verlo. Y él, en cambio, podía verlo todo. Contempló la casa, observó cómo se encendían las luces a medida que sus moradores recorrían las habitaciones. Vio a Cuneo en la cocina con Zelda, y a Javier sentado a la mesa, fumando, con Leon, a quien parecía preguntar algo.

Max había dejado de tocar el piano; Elaia y él conversaban en voz baja. Y de pronto se besaron.

Poco después Elaia condujo a Max a las profundidades de la casa.

Al cabo de unos instantes, unas velas iluminaron una ventana salediza. Jean vio la silueta de Elaia arrodillada sobre Max, cuyas manos se apretaba contra el corazón a la vez que se mecía. Jean vio cómo arrebataba una noche a Lupo y de ese modo dejaba de pertenecerle.

Max seguía tumbado cuando Elaia salió satisfecha del cuarto y, vestida con una camiseta larga, se dirigió a la cocina, donde, según observó Perdu, se sentó en el banco junto a su padre.

Al poco, también Max entró en la cocina. Ayudó a poner la mesa y a descorchar el vino. Desde su escondite, Perdu observaba cómo Elaia miraba a Max cuando este le volvía la espalda. La joven adoptaba entonces una expresión pícara, como si le hubiera gastado una broma tremenda. Cuando ella no miraba, él le dirigía una sonrisa tímida, como de muñeco de peluche.

—No te enamores de una mujer moribunda, Max. Es casi

insoportable —musitó Jean.

Sintió que algo se encogía en su interior, se abría paso por la garganta y le salía por la boca.

Un sollozo inmenso y profundo.

«¡Cómo gritaba! ¡Cómo gritaba esa corza! ¡Oh, Manon!»

Y entonces llegaron. Las lágrimas.

A duras penas se apoyó en el haya y apretó el tronco con las manos.

Sollozó, gimió. Jean Perdu lloró como nunca había llorado.

Se pegó al árbol. Sudaba. Y oyó ese ruido que le brotaba de la boca y que era como si se rompiera el dique de una presa.

No habría sabido decir cuánto tiempo duró aquello.

¿Minutos tal vez? ¿Un cuarto de hora? ¿Más tiempo quizá?

Lloró con la cara entre las manos, profiriendo gemidos profundos y desesperados, hasta que por fin el llanto cesó. Fue como si hubiera abierto una ampolla y la hubiera apretado para extraer todo el líquido purulento. Solo quedó un vacío exhausto. Y la calidez. Una calidez desconocida, como salida de un motor que se hubiera puesto en marcha con las lágrimas. Y fue eso lo que puso en pie a Jean y lo llevó por el jardín, primero con grandes zancadas, luego corriendo, hasta la gran cocina.

Aún no habían empezado a comer y, curiosamente, se sintió feliz por un instante, porque esos desconocidos lo habían esperado, porque no estaba de más.

—Por supuesto que un volován puede ser como una pintura... —decía con entusiasmo Cuneo en ese momento.

Todos miraron con sorpresa a Jean e interrumpieron la conversación.

—¡Aquí está! —exclamó Max—. ¿Dónde se había metido?

—Max. Salvo. Tengo que decirles algo —espetó Jean.

28

Pronunciar esas palabras. Decirlas de verdad y oír su sonido. Ver cómo la frase quedaba suspendida en el aire, en la cocina de Zelda y Javier, entre fuentes de ensaladas y copas de vino tinto. Y lo que significaba.

—Ella murió.

Significaba que él estaba solo.

Significaba que la muerte no hacía excepciones.

Notó que una mano pequeña agarraba la suya. Elaia. Lo llevó al banco para que se sentara. A Jean le temblaban las rodillas. Miró primero a Cuneo y luego a Max.

—No tengo prisa porque Manon murió hace veintiún años.

—*Dio mio* —musitó Cuneo.

Max inspiró con fuerza y se metió la mano en el bolsillo de la camisa. Sacó un trozo de periódico, doblado en dos, y se lo dio a Jean.

—Lo encontré cuando estábamos en Briare. Estaba metido en un libro de Proust.

Jean desplegó el papel.

La esquela.

La había metido en un libro cualquiera de La farmacia literaria y luego lo había colocado en cualquier estante. Con el tiempo, había logrado olvidarse de cuál era y dónde estaba entre los miles de tomos. Acarició el papel, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo —Pero usted calló. Sabía que yo no había sido claro. No, seamos francos, sabía que le había mentido y usted se lo guardó sabiendo que le mentía..., y que me mentía a mí mismo. Hasta que...

«Hasta que yo estuviera preparado.»

Jordan se encogió de hombros.

—Pues claro... —dijo en voz baja—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

En el pasillo, el reloj de pie marcaba los segundos.

—Yo, yo, te lo agradezco, Max —susurró Perdu—. Muchas gracias. Eres un buen amigo.

Se puso de pie, Max también se levantó, y se abrazaron separados por la mesa. Fue un gesto torpe, incómodo, pero Jean se sintió infinitamente aliviado. Volvían a tenerse el uno al otro.

Las lágrimas regresaron.

—¡Murió, Max! ¡Dios mío! —musitó Perdu con voz ahogada contra el cuello del joven, que lo estrechó y se puso de rodillas en la mesa, apartando platos, copas y fuentes, para poder abrazarlo mejor.

Jean Perdu lloraba de nuevo.

Zelda contuvo un pequeño sollozo.

Elaia miró con infinito cariño a Max mientras se enjugaba las lágrimas que le anegaban los ojos. Su padre se había recostado en el asiento y observaba el espectáculo con una mano en la barba y haciendo girar el cigarrillo con la otra.

Cuneo tenía la mirada clavada en el plato.

—Estoy bien —dijo Perdu con voz ronca después del llanto copioso—. Estoy bien. Ya ha pasado. De verdad. Solo necesito beber un poco.

Exhaló un sonoro suspiro. Curiosamente tenía ganas de reír. De besar a Zelda, de bailar luego con Elaia.

En el pasado se había prohibido el duelo porque... porque oficialmente él no existía en la vida de Manon. Porque no había nadie con quien llorar su muerte. Porque estaba solo, completamente solo, con su amor.

«Hasta hoy.»

Max bajó de la mesa. Colocaron los platos y las copas, y algún cubierto cayó al suelo de baldosas.

—Bien —dijo Javier—, pues tengo un vino...

El ambiente volvió a animarse, hasta que...

—Un momento —dijo Cuneo con un hilo de voz.

—¿Qué dices?

—Por favor, aguardad un momento.

Salvatore volvió a bajar la vista al plato. Algo se le deslizó por la barbilla y cayó en el aliño de la ensalada.

—*Capitano, mio caro Massimo*. Queridos Zelda, Javier, amigo mío. Pequeña Elaia, pequeña y querida Elaia.

—Y Lupo —susurró la joven.

—A mí también me gustaría confesar algo. —Tenía la cabeza caída sobre su enorme pecho—. El caso es que... *Ecco*. Vivette es la chica a la que amé y que he buscado durante veintiún años por todos los ríos, puertos y clubes náuticos de Francia.

Todos asintieron.

—¿Y bien...? —preguntó Max con cautela.

—Está casada con el alcalde de Latour. Desde hace veinte años. Tiene dos hijos y un trasero enorme, increíble, de tres pliegues. Me la encontré hace quince años.

—¡Oh! —dijo Zelda.

—Se acordó de mí. Pero solo después de confundirme con Mario, Giovanni y Arnaud.

Javier se inclinó hacia delante. Tenía los ojos brillantes. Dio con parsimonia una calada al cigarrillo.

Zelda sonrió nerviosa.

—Es broma, ¿verdad?

—No, Zelda. Aun así, continué buscando a la Vivette con la que pasé una noche de verano junto al río hace mucho, mucho tiempo. Incluso después de encontrar a la auténtica. Como había encontrado a la Vivette de verdad, tenía que seguir buscándola. Es...

—... enfermizo —lo interrumpió enfadado Javier.

—¡Papá! —exclamó Elaia con un sobresalto.

—Javier, amigo mío, siento m...

—¿Amigo? ¡Nos has mentido, a mí y a mi mujer! ¡Aquí, en mi propia casa! Viniste hace siete años y nos contaste esa historia falsa. Te dimos trabajo. ¡Confiamos en ti!

—Deja que te explique por qué...

—Con esa farsa romántica conseguiste nuestra compasión. Es realmente repugnante.

—No se ponga así —intervino Jean—. Sin duda Salvatore no lo hizo con intención de molestarle a usted personalmente. ¿No se da cuenta de lo difícil que le resulta a él todo esto?

—¡Yo me pongo como me da la gana! Y eso de que usted lo entienda... No me parece a mí que, con esa muerta suya, esté usted en sus cabales.

—Bueno, esto ya es demasiado, monsieur —bufó Max.

—Mejor me marcho.

—No, Cuneo, por favor. Javier está muy nervioso. Estamos esperando unos análisis de Lupo y...

—No estoy nervioso, estoy asqueado, Zelda, asqueado.

—Nosotros tres nos vamos ahora mismo —dijo Perdu.

—Será mejor así —siseó Javier.

Jean se puso de pie. Max también.

—¿Salvo?

Solo entonces Cuneo levantó la cabeza. Tenía el rostro bañado en lágrimas y una expresión de absoluta desolación en la mirada.

—Muchas gracias por su hospitalidad, madame Zelda —dijo Perdu.

Ella le dirigió una tenue sonrisa desesperada.

—Mucha suerte con Lupo, mademoiselle Elaia. Lamento mucho, muchísimo, todo lo que usted tiene que pasar. Se lo digo de corazón. —Se volvió hacia el ofendido—. En cuanto a usted, monsieur Javier, le deseo que su maravillosa esposa le ame siempre y que un día se dé cuenta de que eso es algo realmente especial. ¡Adiós!

La mirada de Javier indicaba que le hubiera gustado abofetear a Perdu. Elaia corrió tras los hombres por el jardín oscuro y silencioso. Los grillos cantaban; por lo demás, solo se oían los pasos del grupo en la hierba húmeda de la noche. Elaia anduvo descalza junto a Max. Él la tomó dulcemente de la mano.

Cuando llegaron al barco, Cuneo dijo con voz ahogada: —Gracias por el trayecto. Ahora cogeré mis cosas y me iré, con su permiso, Giovanni Perdito.

—No hay motivo alguno para volverse tan formal y salir corriendo en medio de la noche, Salvo —repuso Perdu tranquilamente.

Se encaramó a la escalerilla de a bordo. Cuneo lo siguió indeciso.

Cuando se acercaron a la bandera de proa, Perdu le preguntó con una risita: —¿Así que un trasero de tres pliegues? ¿Y qué es eso?

Cuneo respondió vacilante:

—Bueno, imagínate una papada triple... en el trasero.

—Oh, no, mejor no —repuso Perdu sin poder contener una carcajada.

—No comprendes la gravedad de la situación —se lamentó Cuneo—. Imagínate que el amor de tu vida resulta ser un espejismo. Con culo de caballo, boca de caballo y un cerebro afectado sin duda de cenofobia.

—Eso es miedo al vacío, ¿no? ¡Qué angustia!

Sonrieron avergonzados.

—Amar o no amar debería ser como el café o el té. Tendría que ser posible elegir uno u otro. Si no, ¿cómo podemos superar la muerte de nuestros seres queridos y la pérdida de las mujeres? —susurró Cuneo desalentado.

—Puede que no debamos superarlo.

—¿De veras? ¿Quieres decir no superarlo, sino...? ¿Qué? ¿Qué quieren de nosotros los seres que hemos perdido?

Esa era la pregunta a la que Jean Perdu no había logrado dar respuesta durante largos años.

Hasta ahora. Ahora lo sabía.

—Que los llevemos en nuestro interior. Esa es la tarea que nos imponen. Llevar dentro a nuestros muertos y a nuestros amores rotos. Porque nos completan. Cuando empezamos a olvidar o a desterrar a los seres que hemos perdido... entonces no estamos presentes de verdad.

Jean contempló el río Allier, brillante a la luz de la luna.

—Todo el amor. Todos los muertos. Todas las personas de nuestra época. Son los ríos de los que se alimenta el mar de nuestra alma. Si no los recordamos, ese mar se seca.

Sintió un deseo enorme de tomar la vida para sí, una sed enorme de beberla a manos llenas antes de que el tiempo transcurriera aún más rápido. No quería morirse de sed; quería ser libre y amplio como el mar, completo y profundo. Quería tener amigos. Amar. Sentir la antigua presencia de Manon. Sentirla meciéndose en él, mezclándose con él. Manon lo había cambiado sin remedio. ¿Para qué negarlo? Solo así se había convertido en el hombre a quien Catherine había permitido aproximarse.

Jean Perdu comprendió entonces que Catherine jamás ocuparía el lugar de Manon.

Ella tenía el suyo.

Ni peor ni mejor. Solo distinto.

Tenía muchas ganas de mostrar a Catherine la inmensidad de su mar.

Los hombres vieron besarse a Max y Elaia.

Jean supo que no hablarían más sobre sus mentiras e ilusiones. Todo lo importante ya se había dicho.

29

Una semana después.

Con tiento y prudencia habían ido desgranando los datos más importantes de sus vidas. Salvatore, el «descarado», fruto de un accidente de juventud de su madre, mujer de la limpieza, y un maestro casado. Jean, hijo de un amor obstinado entre un obrero en precario y una profesora universitaria de origen aristocrático. Max, el último intento de un matrimonio entumecido formado por una mujer acostumbrada a asentir a todo y un hombre de cortas miras corroído por las expectativas y las decepciones.

Habían vendido libros, habían leído en voz alta a los niños y habían mandado afinar el piano a cambio de novelas. Habían cantado y habían reído. Desde un teléfono público Jean había llamado a sus padres. Y en una ocasión al número 27 de la rue Montagnard.

Aunque dejó que sonara veintiséis veces, nadie atendió la llamada.

A su padre le había preguntado cómo había sido pasar repentinamente de amante a padre.

En un gesto muy impropio de él, Joaquin Perdu se quedó callado un buen rato. Luego Jean le oyó sorberse la nariz. «¡Oh, Jeanno..., es como si abandonaras para siempre la infancia. Por primera vez te das cuenta de lo que significa de verdad ser un hombre. Y temes que salgan a la luz todas tus flaquezas. Porque ser padre te exige más de lo que eres capaz... Siempre sentí la necesidad de ser digno de tu amor. Porque te quería mucho, mucho.» Los dos se sorbieron la nariz a la vez.

—Jeanno, ¿a qué viene esta pregunta? ¿No me estarás diciendo que...?

—No.

«Por desgracia. Un Max y una hijita, la caballerita Obstinación. Habría sido bonito. Habría, tal vez, quizá...»

A Jean le parecía como si las lágrimas que había vertido en el Allier hubieran dejado espacio en su interior. En el primer hueco podría colocar olores. Caricias. El amor de su padre. Y a Catherine.

Podía encontrar un sitio para el afecto que sentía por Max y Cuneo, y para la belleza del paisaje; gracias al dolor había descubierto un lugar en su interior donde la emoción y la amistad podían convivir, al igual que la ternura y la certeza de que algunas personas lo consideraban digno de su cariño.

A través del canal du Centre habían llegado al Saona y ahora navegaban en medio de una tormenta.

El cielo sobre Borgoña se aproximaba a la tierra, furioso, negro, despedazado una y otra vez por los relámpagos que se abatían sobre la extensión entre Dijon y Lyon.

Dentro del *Lulu*, los conciertos de piano de Chaikovski iluminaban la lúgubre penumbra como una lámpara de luz tenue que se meciera en la ballena de Jonás. Max accionaba los pedales del piano con valentía e interpretaba magníficamente baladas, valses y scherzos mientras el barco se balanceaba sobre las olas espumosas del Saona.

Perdu jamás había oído a Chaikovski así: con el acompañamiento de las trompetas y las violas de la tormenta, los lamentos y el bombeo del motor, y el crujido de las vigas cuando el viento azotaba con fuerza el casco delicado del barco e intentaba arrastrarlo hacia tierra. De las estanterías llovían libros; Lindgren estaba debajo de un sofá fijado al l suelo, y Kafka, con las orejas aguzadas, contemplaba por una rasgadura de la funda de la butaca cómo caían los libros.

Cuando dirigió la embarcación hacia el Seille, el afluente del Saona, Jean Perdu vio ante sí una capa de niebla densa. Olisqueó el aire: estaba cargado de electricidad; olió el agua verdosa y llena de espuma; sintió cómo el timón giraba bajo sus manos callosas... y le gustó estar vivo. Estar vivo ahora. ¡En ese instante!

Incluso disfrutaba con la tormenta.

Viento de fuerza cinco en la escala Beaufort.

Mientras el barco subía y bajaba entre dos olas, Perdu vio a la

mujer con el rabillo del ojo.

Llevaba un chubasquero transparente y un paraguas grande, como los de los corredores de bolsa londinenses. Miraba por encima del cañaveral doblado por las ráfagas. Levantó la mano para saludar y de pronto —a él le costó creerlo— se bajó la cremallera del chubasquero, se lo apartó, se dio la vuelta y extendió los brazos con el paraguas abierto en la mano derecha.

A continuación, con los brazos en cruz, como la famosa estatua brasileña de Jesucristo en Pan de Azúcar, se dejó caer de espaldas al río embravecido.

—Pero ¿qué diablos...? —musitó Perdu, y al cabo de un instante gritó—: ¡Salvo! ¡Mujer al agua! ¡Al lado de tierra!

El italiano salió disparado de la cocina.

—*Che*? ¿Es que te has tomado algo, o qué? —vociferó.

Perdu señaló el cuerpo que se movía en las aguas agitadas. Y el paraguas.

El napolitano clavó la vista en el río revuelto.

El paraguas se hundió.

Cuneo apretó las mandíbulas.

Cogió varios cabos y el flotador de salvamento.

—¡Aproxímate más! —ordenó—. ¡Massimo! —gritó—. ¡Deja el piano! ¡Te necesito aquí ahora mismo! *Subito*!

Cuneo se situó junto a la borda mientras Perdu acercaba con dificultad la librería flotante a la orilla. Luego ató el flotador a un cabo y afianzó las piernas, cortas y gruesas, en los tablones del suelo. Acto seguido, lanzó con fuerza el flotador hacia el bulto y arrojó el otro extremo del cabo a Max, que lo miraba con el rostro blanco como el papel.

—Cuando la tenga agarrada, tendrás que tirar. Tira como un caballo, jovencito.

Se quitó los zapatos limpísimos que llevaba y saltó de cabeza al río, con los brazos extendidos.

Sobre ellos los relámpagos hendían el cielo.

Max y Perdu vieron a Cuneo nadar con brazadas vigorosas entre las aguas voraces.

—¡Oh, mierda, mierda, mierda! —Max se remangó el anorak hasta el antebrazo y volvió a agarrar el cabo.

Perdu dejó caer la cadena del ancla con un chirrido.

El barco subía y bajaba como si estuviera en el tambor de una lavadora.

Entretanto Cuneo había alcanzado a la mujer y la sostenía.

Perdu y Max tiraron juntos del cabo y auparon a los dos náufragos. A Cuneo le goteaba el bigote. El pelo empapado de la mujer, que era castaño rojizo, enmarcaba su rostro triangular como una maraña de algas marinas.

Perdu corrió al puesto de mando.

Cuando se disponía a pedir por radio un médico de urgencia, la mano recia y mojada de Cuneo se posó en su hombro.

—¡Déjalo! Dice que no quiere. Se pondrá bien. Yo me encargo de todo; debe secarse y entrar en calor.

Perdu confió en él y no preguntó más.

Entre la niebla asomó el puerto de Cuisery. Jean dirigió a *Lulu* hacia allí. Azotados por la lluvia y el oleaje, Max y él amarraron el barco a un pontón.

—Tenemos que salir de aquí —gritó Max por encima de los silbidos y aullidos del viento—. Esto pronto se sacudirá de verdad.

—¡No estoy dispuesto a dejar los libros y los gatos solos! —gritó Perdu. El agua se le metía en los oídos, le empapaba la nuca y las mangas—. Además, soy el *capitano* y este no abandona jamás su barco.

—¡Bueno, entonces yo tampoco me marcho!

La gabarra gimió, como si pensara que los dos habían perdido la cabeza. Cuneo había improvisado entretanto un camastro en el camarote de Perdu y había desvestido a la náufraga. La mujer de rostro en forma de corazón yacía desnuda y con expresión plácida bajo una montaña enorme de mantas. Cuneo se había puesto un chándal blanco con el que tenía un aspecto un poquito ridículo, pero no mucho.

Se arrodilló ante ella y le dio *pistou* provenzal. Tomaba directamente de la taza cucharadas de la pasta de ajo, albahaca y almendras, que formaban parte del plato, y la mojaba en la sopa de verduras clara y reconfortante. La mujer sonrió entre un sorbo y otro.

—Así que Salvo. Salvatore Cuneo. De Nápoles —dijo.

—*Sì.*

—Yo soy Samantha.

—Y eres hermosísima —dijo Salvo.

—Hace muy mal tiempo, ¿verdad? —preguntó ella.

Tenía los ojos azul oscuro y muy grandes.

—Oh, ¡qué va! —se apresuró a decir Max—. No es nada.

—Un chubasco de nada. Exceso de humedad —la tranquilizó Cuneo.

—Podría leer en voz alta para todos —propuso Perdu.

—Podríamos cantar algo —apuntó Max—. Un canon.

—O cocinar —señaló Cuneo—. ¿Le gusta el *daube*, el estofado de carne braseada con hierbas provenzales?

Ella asintió.

—Pero con carrillo de buey, ¿de acuerdo?

—¿Y qué hay que sea tan malo? —preguntó Max.

—La vida. El agua. Los peces rosquilla en lata.

Los tres hombres se miraron entre sí sin comprender. Perdu pensó que Samantha decía y hacía cosas raras, pero que no parecía loca. Solo era... muy suya.

—Tres veces no, diría yo —repuso él.

—Pero ¿qué son los peces rosquilla?

—¿Usted..., ejem..., se ha tirado al agua expresamente? —preguntó Max.

—¿Expresamente? ¡Pues claro! —respondió Samantha—. Nadie sale a pasear en un día como este y cae de espaldas al agua sin querer. Sería algo realmente muy estúpido, ¿no le parece? No, lo tenía planeado.

—Entonces, usted quería..., en fin...

—¿... si quería mudarme bajo tierra por voluntad propia? ¿Enviarme a la otra orilla del Estigia? ¿Morir? No, por todos los cielos. ¿Para qué?

La mujer del rostro en forma de corazón los miró realmente sorprendida.

—¡Ah! ¿Le he dado esa impresión? No, no. Me gusta estar viva, aunque a veces resulta tremendamente difícil y al universo le es del todo indiferente. No. Quería saber cómo era saltar al río con este tiempo. Parecía tan interesante. Como una salsa enloquecida. Quería saber si dentro de la salsa tendría miedo y si entonces el miedo me revelaría algo importante.

Cuneo asintió como si la comprendiera perfectamente.

—¿Y qué creía que iba a revelarle? —preguntó Max—. ¿Algo del estilo: Dios ha muerto, viva el deporte?

—No. Quería encontrar una forma de llevar una vida distinta. Al final solo nos arrepentimos de lo que no hemos hecho. Es así, ¿no?

Los tres hombres asintieron.

—En fin, pues esto, por lo menos, no lo quería poner en peligro. Quiero decir, ¿quién abandonaría este mundo con el pensamiento deprimente de que no le queda tiempo para hacer lo realmente importante?

—De acuerdo —convino Jean—. Evidentemente una persona puede forzarse un poco a tomar conciencia de sus auténticas pasiones en la vida. Pero no sé si saltar al río es algo aconsejable.

—¿Y eso? ¿Conoce alguna variante más eficaz? ¿Cómo hay que hacerlo entonces? ¿Tal vez desde la comodidad de una butaca? ¿Queda más sopa?

Cuneo sonrió embelesado a Samantha y se tocó una y otra vez las puntas del bigote.

—¡Aleluya! —exclamó. Y le dio sopa.

—De hecho, me ha ocurrido algo importante cuando las olas jugaban conmigo y me sentía como la última uva pasa en la masa de un pastel. Me he dado cuenta de lo que me falta en la vida —anunció Samantha.

Y tomó una cucharada.

Y otra.

Y, sí, otra más.

Todos esperaban inquietos a que siguiera hablando.

—Quiero besar, de verdad, a un hombre —dijo tras apurar la última cucharada de la olla.

A continuación eructó satisfecha, tomó la mano de Cuneo, se la llevó a la mejilla y cerró los ojos.

—Después de dormir un poco —murmuró.

—Estaré siempre a su completa disposición —susurró Cuneo con una mirada un tanto vidriosa.

No obtuvo respuesta. Solo una sonrisa. Ella se quedó dormida enseguida. Roncaba como un perrito.

Los tres hombres se miraron sin saber qué hacer. Max se echó a reír en silencio y levantó los pulgares.

Cuneo procuró acomodarse mejor en su asiento para no molestar

a la desconocida mientras descansaba. La cabeza de la mujer reposaba sobre su enorme mano, como un gato sobre una almohada.

30

Mientras en el exterior, sobre la ciudad de los libros y el Seille, la tormenta arreciaba y amenazaba con destrozar la vereda del bosque, volcar coches e incendiar granjas, los tres hombres se esforzaban por permanecer impasibles.

—¿Por qué, según dijiste hace unos tres mil años, Cuisery es el paraíso? —preguntó Max a Jean en voz baja.

—¡Oh, Cuisery! Quien ama los libros aquí pierde el corazón. Es un pueblecito donde todo el mundo está loco por los libros. O locos solo de un modo discreto. Prácticamente todas las tiendas son librerías, imprentas, talleres de encuadernación, editoriales..., y muchas casas son estudios de artistas. En este lugar vibran la creatividad y la fantasía.

—A primera vista no lo parece —señaló Max.

El viento aullaba en torno al barco y sacudía cuanto no estaba afianzado con remaches y clavos. Los gatos estaban al lado de Samantha: Lindgren, junto al cuello, y Kafka, entre las pantorrillas.

Con su postura parecían decir: «Es nuestra».

—Cada buquinista de Cuisery tiene una especialidad. Aquí se puede conseguir de todo. Y cuando digo todo, quiero decir eso mismo —explicó Perdu.

En su otra vida, cuando era librero en París, se ponía en contacto con algunos comerciantes de objetos raros si, por ejemplo, un cliente solvente de Hong Kong, Londres o Washington quería una primera edición de Hemingway por cien mil dólares, con encuadernación de ante y una dedicatoria del propio Ernest a su buen amigo Tobby Otto Bruce. O una obra de los fondos de Salvador Dalí, de esas que, según se decía, el maestro había leído antes de tener ese sueño surrealista de los relojes deshaciéndose.

—Entonces ¿aquí hay también manuscritos en hojas de palmera? —quiso saber Cuneo, que seguía arrodillado ante Samantha y le sostenía la cabeza.

—No. Hay historias de ciencia ficción e historias fantásticas. De hecho, los especialistas distinguen entre ambas cosas, y además...

—¿Manuscritos en hojas de palmera? ¿Y eso qué es? —preguntó Max.

Perdu suspiró.

—Nada —se apresuró a decir.

—¿No has oído hablar de la biblioteca del destino? ¿Ni del... —el italiano bajó la voz hasta convertirla en un susurro— libro de la vida?

—Ñom, ñom —hizo Samantha.

Jean Perdu conocía la leyenda. El libro mágico de los libros, la gran memoria del mundo, había sido escrito cinco mil años atrás por siete sabios clarividentes. Según el mito, estos siete *rishis* habían dado con unos libros hechos de éter donde constaban el pasado y el futuro del mundo. El guión de todas las vidas, escrito por seres que habitaban más allá de algo tan limitado como el espacio y el tiempo. Los *rishis*, al parecer, habían logrado desentrañar el destino de las vidas —varios millones—, así como hechos decisivos de la historia mundial, a partir de esos libros sobrenaturales y los habían anotado en mármol, piedra e incluso hojas de palmeras.

Cuneo tenía los ojos brillantes.

—Imagínate, Massimo. Tu vida se halla en esa biblioteca de hojas de palmera, escrita en una única y estrecha hoja de palmera. Todo sobre tu nacimiento, tu muerte y lo que queda en medio. A quién amarás, con quién te casarás, tu trabajo..., todo, incluso tu vida anterior.

—Puf.., *king of the road* —espetó entonces Samantha.

—Tu vida y tu vida anterior escritas en una chapa de cerveza. Sin duda, algo muy convincente —musitó Perdu.

Durante su vida como librero, Jean Perdu había tenido que quitarse de encima a coleccionistas que pretendían apropiarse a cualquier precio de eso que se conocía como las crónicas akáshicas.

—¿De veras? —dijo Max—. Oíd, gente, igual fui Balzac.

—También podrías haber sido un pequeño *cannelloni*.

—Y también está escrito tu final. No el día exacto, pero sí el mes

y el año. Y el tipo de muerte —apuntó Cuneo.

—Pues muchas gracias —murmuró Max con voz vacilante—. ¿De qué sirve saber el día en que vas a morir? Me pasaría el resto de la vida aterrorizado. No, gracias. Prefiero la ilusión de que me está reservada la eternidad.

Perdu se aclaró la garganta.

—En cuanto a Cuisery, la mayoría de sus mil seiscientos cuarenta y un habitantes se dedican a alguna cosa relacionada con la impresión, y el resto, a la atención a los visitantes. Se dice que las hermandades de buquinistas tienen una tupida red que se extiende por todo el planeta y que funcionan al margen de los canales de comunicación habituales. No usan ni siquiera internet: los sabios libreros conservan sus conocimientos de un modo que desaparecería con la muerte de uno de sus miembros.

—Ay... —suspiró Samantha.

—Por esa razón todos tienen al menos un sucesor al que enseñan de forma oral cuanto saben sobre la vida de los libros. Conocen historias místicas sobre la creación de obras famosas, sus ediciones secretas, los originales de los manuscritos, la *Biblia de las mujeres*...

—Caramba... —dijo Max.

—... y libros que revelan entre líneas una historia totalmente distinta —explicó Perdu en susurros de conspirador—. Se dice que en Cuisery vive una mujer que conoce los auténticos finales de muchas obras famosas porque colecciona las versiones previas y las previas a las previas de los manuscritos. Conoce el primer final de *Romeo y Julieta*, en el que ambos sobreviven, se casan y tienen hijos.

—¡Puaj! —murmuró Max—. ¿Romeo y Julieta sobreviven y son padres? Entonces toda la dramaturgia no sirve para nada.

—Pues a mí me parece bien —opinó Cuneo—. La pequeña Julieta siempre me ha dado mucha pena.

—¿Y alguno de ellos sabrá quién es Sanary? —inquirió Max.

Eso esperaba Jean Perdu. En Digoin había enviado una carta a Samy le Trequesser, presidente del gremio de libreros de Cuisery, para anunciarle su llegada.

En torno a las dos de la madrugada, los tres, agotados, se quedaron dormidos, mecidos por las olas, cada vez más suaves conforme amainaba la tormenta.

Se despertaron bien entrado el día, que era tan soleado, inocente

y fresco que daba la impresión de que la noche anterior no había existido. La tormenta se había desvanecido... y la mujer también.

Cuneo contempló aturdido su mano vacía y se la mostró a los otros dos con un gesto de reproche.

—¿Otra vez? ¿Por qué no hago más que encontrar mujeres en los ríos? —se lamentó—. Apenas me había recuperado de la última.

—¡Cuánta razón tienes! Si apenas habían pasado quince años... —comentó Max con una sonrisa maliciosa.

—¡Ah, mujeres! —se quejó Cuneo—. ¿Por qué no habrá escrito por lo menos su número de teléfono con pintalabios en el espejo?

—Iré a buscar unos cruasanes —anunció Max.

—Te acompaño, *amico*, y de paso buscaré a la mujer que canta en sueños —dijo Cuneo.

—¡Ah! Pero si no conocéis el lugar. Ya voy yo —propuso Perdu.

Al final fueron los tres.

Cuando, después de dejar atrás el embarcadero y el camping, atravesaron la puerta de entrada de la ciudad para dirigirse a la panadería, se cruzaron con un orco cargado de baguettes. Lo acompañaba un elfo que estaba enfrascado en una conversación con su iPhone.

Perdu vio un grupo de Harry Potters peleándose a gritos ante la fachada azul de la librería La découverte. Montadas en sendas bicicletas de montaña, pasaron dos vampiras emperifolladas que dirigieron una mirada hambrienta a Max. Y de la iglesia salieron en ese instante dos admiradores de Douglas Adams vestidos con albornoz y con una toalla al hombro.

—¡Es una convención! —exclamó Max.

—¿Una qué? —preguntó Cuneo con la mirada clavada en el orco que acababa de pasar.

—Una convención de literatura fantástica. El pueblo está lleno de gente disfrazada como sus autores o sus personajes favoritos. ¡Es fantástico!

—¿Como la ballena Moby Dick, por ejemplo? —preguntó Cuneo.

Perdu y Cuneo contemplaban esos seres que parecían salidos de la Tierra Media o de Invernalia. Era increíble lo que los libros podían lograr.

Cada vez que veían un disfraz, Cuneo preguntaba a qué libro remitía y Max le informaba con las mejillas arreboladas. Sin

embargo, cuando se les aproximó una mujer con un abrigo de piel rojo y botas blancas de caña alta, el joven no supo qué decir.

—Esta señora, caballeros, no va disfrazada —explicó Perdu—. Es la médium que habla con Colette y George Sand. Solo ella sabe cómo lo logra, es su secreto, pero afirma que las encuentra en sus viajes en el tiempo.

En Cuisery tenía cabida todo lo relacionado con la literatura. Había incluso un médico especializado en esquizofrenia literaria. A él acudían personas cuya segunda personalidad era una reencarnación de Dostoievski o Hildegarda von Bingen. Y también muchos que se habían perdido en la confusión de sus propios seudónimos.

Perdu dirigió sus pasos hacia la casa de Samy le Trequesser, presidente del gremio de libreros, la asociación más importante de Cuisery. Su nombre le permitiría hablar de Sanary con los libreros. Le Trequesser vivía sobre una antigua imprenta.

—¿Y ese paje de literatos nos dará una contraseña o algo así? —quiso saber Max. Le costaba separarse de los escaparates que mostraban libros, álbumes fotográficos y mapas en uno de cada dos establecimientos comerciales.

—Más bien, «algo así».

Una y otra vez, Cuneo se detenía ante las cartas de los bistrós y tomaba notas en su libreta de recetas. Se encontraban en la región de Bresse, que se había autoproclamado cuna de la cocina creativa francesa.

Tras darse a conocer en la imprenta y aguardar en el despacho del presidente, se llevaron una sorpresa: Samy le Trequesser no era un presidente. Era una presidenta.

31

Ante ellos, sentada a un escritorio que parecía hecho de madera arrastrada a la orilla por el mar, estaba la mujer que Salvo había pescado en el Seille la noche anterior.

Samy era Samantha. Llevaba un vestido blanco de lino. Y calzaba pies de hobbit. Unos pies enormes y peludos.

—¿Y bien? —preguntó. Cruzó sus piernas bien formadas y balanceó provocativamente un pie de hobbit—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Ah, sí. Busco al autor de un libro. Usa un seudónimo, mantiene en secreto su identidad...

—¿Se encuentra bien? —intervino Cuneo.

—Desde luego. —Samy le obsequió con una sonrisa—. Y muchas gracias por ofrecerse a que le bese antes de que me haga mayor. Llevo todo el rato dando vueltas a la oferta.

—¿Estos zapatos tan chulos se pueden comprar en Cuisery?

—Bueno, volviendo a *Las luces del sur*, me gustaría...

—Sí, en el Eden. Es un centro de información turística y actividades recreativas, un sitio caro. Tienen zapatos de hobbit, orejas de orco, vientres abiertos...

—Aunque también podría ser que lo hubiera escrito una mujer...

—Me gustaría cocinar para usted, *signorina* Samantha. Y si antes desea usted nadar, no tengo nada en contra...

—Creo que me compraré unos pies de hobbit. Como zapatillas de estar con casa. Kafka alucinará, ¿no os parece?

Perdu miró por la ventana en un intento por contenerse.

—¡Callaos de una vez! ¡Sanary! ¡*Las luces del sur*! Necesito saber el nombre del autor. ¡El auténtico! ¡Por favor!

Había alzado la voz más de lo que hubiera querido. Max y

Cuneo lo miraron sorprendidos. Samy, en cambio, se reclinó en el asiento, como si empezara a divertirse.

—Llevo veinte años buscándolo, o buscándola. El libro... —Jean Perdu se esforzaba por encontrar las palabras. Pero tan solo veía luz oscilando en ríos—. Ese libro es como la mujer a la que amé. Me lleva a ella. Es amor líquido. Es la medida de amor que soy capaz de soportar. Lo que aún puedo sentir. Para mí ha sido como una pajita que me ha permitido respirar durante los últimos veinte años.

Jean se pasó la mano por la cara.

Esa no era toda la verdad.

Ya no era la única verdad.

—Me ayudó a sobrevivir. Ahora no necesito el libro porque por fin puedo respirar. Pero me gustaría darle las gracias a su autor.

Max lo miró con respeto y admiración. Samy sonreía de oreja a oreja.

—Un libro que da aliento. Ya veo.

Volvió la mirada hacia la ventana. En la calle pululaban personajes literarios.

—No contaba con que un día vendría alguien como usted —añadió con un suspiro.

Jean notó que se le tensaban los músculos de la espalda.

—Aunque, por supuesto, usted no es el primero, tampoco han venido muchos. Y todos se fueron sin resolver el enigma. No formularon las preguntas adecuadas. Hacer buenas preguntas es todo un arte.

Samy seguía mirando por la ventana, de la que colgaban cuentas de madera ensartadas en hilos finos. Mirando atentamente aquellos pedacitos de madera se veía la forma de un pez a punto de saltar, una cara, un ángel con un ala...

—La mayoría pregunta solo para escucharse a sí mismos. O para oír algo que puedan soportar, pero no algo que les resulte descorazonador. «¿Me quieres?», por ejemplo, es una de esas preguntas. En general, deberían prohibirse.

Juntó los pies de hobbit.

—Haga la pregunta —retó a Perdu.

—¿Acaso solo se me concede una? —quiso saber él.

Samy sonrió con simpatía.

—No, claro que no. Puede formular tantas como quiera. La única

condición es que las haga de forma que yo solo pueda responder con un sí o un no.

—Así pues, ¿lo conoce?

—Pues no.

—Una pregunta correcta significa que todas las palabras tienen que encajar —exclamó Max entusiasmado, y dio un codazo a Jean.

Perdu se corrigió.

—Así pues, ¿la conoce?

—Sí.

Samy miró con benevolencia a Max.

—¡Caramba, monsieur Jordan! Ha comprendido muy bien el principio de las preguntas. Las preguntas adecuadas pueden hacer muy feliz a una persona. Por cierto, ¿cómo va su próximo libro? El segundo, ¿verdad? La maldición de la segunda obra. Todas esas expectativas... Puede concederse tranquilamente veinte años. Lo mejor es haber olvidado un poquito. Entonces será usted libre.

Max se sonrojó hasta las orejas.

—Siguiente pregunta, intérprete del alma.

—¿Es Brigitte Carno?

—¡Oh, no! ¡Cielos!

—Pero Sanary todavía vive.

—¡Desde luego!

—¿Y usted podría ayudarme... a conocerla?

Samy reflexionó.

—Sí.

—¿Cómo?

Ella se encogió de hombros.

—Esa no es una pregunta de sí o no —recordó Max.

—Bueno. Hoy prepararé una bullabesa —intervino Cuneo—. A las ocho la paso a recoger. Luego usted y el *capitano* Perdito podrán seguir jugando al «sí, no, no sé». *Si*ì? ¿No estará usted por desgracia prometida? ¿Le gustaría dar un paseo en barco?

Samy los miró uno a uno.

—Sí, no y sí —dijo ella.

—Bien, entonces está todo claro. Y ahora discúlpenme: tengo que salir a saludar a las magníficas criaturas de ahí fuera, decirles algo agradable en el idioma que Tolkien inventó. He practicado un poco, pero parezco Chewbacca pronunciando el discurso de Año

Nuevo.

Samy se levantó y todos miraron de nuevo sus excelentes pantuflas de hobbit. La mujer se volvió al llegar junto a la puerta.

—Max, ¿sabía usted que las estrellas necesitan un año desde que nacen hasta alcanzar su tamaño definitivo? Y luego, en los millones de años siguientes, solo se ocupan de brillar con intensidad. ¿No le parece curioso? ¿Ha intentado alguna vez inventar un idioma? ¿O palabras? Me sentiría tremendamente feliz si esta noche el escritor menor de treinta años más famoso me regalara una palabra nueva. ¿Qué le parece?

Sus ojos azul oscuro refulgieron.

Y dentro de Max, en el jardín secreto de su imaginación, estalló una bolita de arcilla llena de semillas.

Al atardecer, Salvo Cuneo, vestido con la mejor de sus camisas a rayas, tejanos y zapatos de charol, fue a la imprenta a recoger a Samy, quien lo esperaba ante la puerta con tres maletas, una maceta con un helecho y el chubasquero doblado en el brazo.

—Confiaba en que vendría a recogerme, Salvo, aunque entiendo que su intención al invitarme era distinta —dijo ella a modo de saludo—. Llevo demasiado tiempo sobreviviendo aquí. Casi diez años. Toda una etapa, según Hesse. Es hora de viajar hacia el sur y aprender de nuevo a respirar, volver a ver el mar y a besar a un hombre. ¡Cielos! Tengo casi cincuenta años. Estoy en la mejor edad.

Cuneo miró los ojos azul oscuro de la librera.

—Mi oferta sigue en pie, *signora* Samy Le Trequesser —dijo—. Sigo a su disposición.

—No lo he olvidado, Salvatore Cuneo de Nápoles.

Él llamó a un taxi tipo furgoneta.

Al cabo de un rato, cuando Salvo acarreó con dificultad las maletas por la pasarela de la gabarra, Perdu dijo: —Vaya, supongo que no ha venido solo a cenar, sino que ha decidido instalarse aquí.

—Supone bien, querido —confirmó ella—. ¿Me da permiso? Será poco tiempo. Hasta que el barco zarpe y usted me arroje por la borda.

—¡Por supuesto! En la sección de libros infantiles hay un sofá desocupado —dijo Max.

—¿Me permitís una observación? —preguntó Perdu.

—¿Y eso? ¿Acaso vas a decir algo distinto de sí?

—Eh... no.

—Gracias. —Samy estaba visiblemente conmovida—. Apenas me oirán. De hecho, solo canto cuando duermo.

En la postal que escribió a Catherine esa noche, Perdu anotó las palabras y expresiones que Max había inventado por la tarde para ofrecérselas a Samy durante la cena. A ella le parecieron tan bellas que las fue repitiendo en voz baja, como si paladeara su sonido, como si fueran bollos dulces.

Sal de estrellas (el modo en que las estrellas se reflejan en los ríos) Lecho solar (el mar)

Beso cítrico (¡todos sabían exactamente qué significaba!) Ancla familiar (la mesa de comedor)

Escultor del corazón (el primer amor)

Cortina temporal (un niño levanta la vista del cajón de arena y se ve convertido en un anciano al que se le escapa el pis cada vez que se ríe) Transueño.

Deseabilidad.

Esta última palabra era la favorita de Samy.

«Todos vivimos en la deseabilidad —afirmó—, y cada cual habita una distinta.»

32

—Por decirlo diplomáticamente: el Ródano es una pesadilla —afirmó Max señalando la central nuclear.

Era la decimoséptima desde que en Lyon el Saona había confluido con el Ródano. Los viñedos y las autopistas habían dejado paso a los reactores rápidos. Cuneo había abandonado la pesca.

Habían pasado tres días en Cuisery, recorriendo sus catacumbas literarias. Ahora se aproximaban a la Provenza y vislumbraban ya las cordilleras calcáreas que se erguían a la altura de Orange como antesala del sur de Francia.

El cielo era distinto. Había empezado a adquirir un azul intenso, como el que brillaba sobre el Mediterráneo con el calor del verano, cuando el agua y el cielo se reflejan mutuamente y acentúan su color.

—Como pasta de hojaldre plegada, azul sobre azul y más azul. Es la tierra de los pasteles azules —murmuró Max.

Recientemente había tomado gusto a expresar sus ideas con imágenes. Y cada dos por tres hacía juegos de palabras.

A veces los juegos de palabras le salían mal y Samy se reía a carcajadas. A Jean, la risa de la mujer le recordaba el graznido de una grulla.

Cuneo estaba prendado de Samy, quien hasta el momento no había vuelto a mencionar la oferta que él le había hecho. Quería que antes Perdu resolviera el enigma.

A menudo se sentaba en el puesto de mando con Perdu y los dos jugaban al «sí, no, no sé».

—¿Sanary tiene hijos?

—No.

—¿Un marido?

—No.

—¿Dos?

—No.

Las carcajadas de Samy eran como los graznidos de toda una bandada de grullas.

—¿Ha escrito otro libro?

—No —respondió Samy, y añadió—: Por desgracia, no.

—¿Cuando escribió *Las luces del sur* era feliz?

Un silencio prolongado.

Mientras Samy meditaba la respuesta, Perdu repasó mentalmente la situación.

Desde Orange llegarían enseguida a Châteauneuf-du-Pape, y al atardecer estarían cenando en Aviñón.

Una vez en la antigua ciudad papal, solo tenía que alquilar un coche y al cabo de una hora estaría en Bonnieux, en el Luberon.

Demasiado rápido, se dijo. Se preguntó si debía llamar a casa de Luc y decir, en palabras de Max: «Hola, Basset, ¿qué tal, viejo? Soy el antiguo amante de su esposa».

—Entre sí y no —respondió Samy—. Una pregunta difícil. Pocas veces en la vida una persona se revuelca en la sensación de felicidad como una escalopa en la harina, ¿no le parece? La felicidad es un estado pasajero. ¿Cuánto tiempo fuiste completamente feliz de forma constante?

Jean reflexionó.

—Unas cuatro horas. Partí de París en coche hacia Mazan. Iba a ver a mi amada; nos habíamos citado en el pequeño hôtel Le Siècle, delante de la iglesia. Entonces fui feliz. Me pasé todo el viaje cantando. Me imaginaba su cuerpo y eso me hacía cantar.

—¿Cuatro horas seguidas? Eso es atrozmente hermoso.

—Oh, sí. Fui más feliz durante esas cuatro horas que en los cuatro días siguientes. Pero al pensar ahora en esos días me siento feliz de haberlos vivido. —Jean suspiró—. ¿No será que la felicidad es algo que decidimos con posterioridad? Puede que no nos demos cuenta de que somos felices y solo lo comprendamos más tarde.

—¡Bah! —exclamó Samy—. Qué tontería.

Esa idea de la felicidad en diferido vagó por la cabeza de Jean durante las horas siguientes, mientras manejaba el timón con agilidad y seguridad por el Ródano, que en ese tramo era como una

autopista naval. En las orillas no había nadie haciéndoles señas para comprar libros. Y las esclusas eran automáticas y servían para varias docenas de barcos a la vez.

Los días tranquilos en los canales habían desaparecido para siempre.

Conforme Jean se aproximaba a la tierra de Manon, más rememoraba lo que había vivido con ella. La sensación de tenerla en los brazos.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Samy reflexionó en voz alta:

—¿No es asombroso que el amor sea tan físico? El cuerpo recuerda el tacto de una persona en mayor medida que la mente las palabras que pronunció esa persona. —Se sopló el vello del antebrazo—. Yo me acuerdo de mi padre sobre todo como cuerpo. Su olor y sus andares. La sensación de apoyar la mejilla en su hombro o de tener la mano en la suya. De su voz solo recuerdo prácticamente cómo decía «Sasa, pequeña». Echo de menos el calor de su cuerpo y aún me da rabia que no vaya a responder nunca más a mis llamadas telefónicas, a pesar de que tengo cosas importantes que contarle. ¡Dios, cómo me saca de quicio! Pero sobre todo lo echo de menos como cuerpo. En el lugar donde él estaba siempre, en su butaca, ahora solo hay aire. Vacío. Un aire estúpido.

Perdu asintió.

—Lo malo es que mucha gente, sobre todo mujeres, piensan que su cuerpo debe ser perfecto para que las amen. Y lo único que debería hacer el cuerpo es amar. Y dejarse amar —apuntó.

—¡Oh, Jean! Repítelo más alto —dijo Samy, y riéndose le pasó el micrófono de a bordo—. Quien ama es amado: esa es una verdad olvidada. ¿Te has dado cuenta de que la mayoría prefiere ser amado? Y se emplean a fondo para conseguirlo: hacen dieta, amasan dinero, se ponen prendas íntimas rojas... Si se dedicaran a amar con el mismo empeño, ¡aleluya!, el mundo sería bello y no habría fajas reductoras de barriga.

Jean rió con ella. Entonces pensó en Catherine. Ambos se sentían demasiado delicados y frágiles y habían tenido más ganas de ser amados que fuerza y valor para amar. Amar exige mucho coraje y pocas expectativas. ¿Alguna vez él sería capaz de amar bien de nuevo?

«Me pregunto si Catherine lee mis postales.»

Samy sabía escuchar, lo captaba todo y luego se lo hacía ver a él. Decía que había sido maestra en Suiza, en Melchnau. Había sido especialista en sueño en Zurich, delineante de campos eólicos en el Atlántico, y había criado cabras y elaborado queso en Vaucluse.

Tenía además una debilidad congénita: no sabía mentir. Podía callar, no responder, pero era incapaz de mentir deliberadamente.

—Imagina lo que supone en nuestra sociedad —dijo Samy—. ¡La de problemas que tuve de pequeña! Todos me tenían por una cría desvergonzada que se divertía siendo maleducada. Cuando en un restaurante de categoría el camarero nos preguntaba si nos había gustado la comida, yo respondía: «No, la verdad es que no mucho». Cuando la madre de una amiguita del cole me preguntaba en la fiesta de cumpleaños: «¿Qué me dices, Samantita, te lo has pasado bien?», yo intentaba articular un «sí», pero solo lograba decir: «No, ha sido un rollo y a usted le huele el aliento a vino tinto».

Perdu se echó a reír. «Es sorprendente lo cerca que estamos de nuestro auténtico ser en la infancia —se dijo—, y cómo nos alejamos de él cuando nos esforzamos en ser amados.»

—A los trece años me caí de un árbol y, al examinarme por rayos X, vieron que me falta la «fábrica de mentiras» del cerebro. No soy capaz de escribir una parábola fantástica. A menos que antes me salga al encuentro un unicornio parlante. No, solo soy capaz de escribir lo que antes he sentido por completo. Soy de ese tipo de gente que para hablar de patatas asadas tiene que haberse tumbado en la sartén.

Cuneo les llevó dos helados de lavanda que había hecho. Eran amargos y aromáticos a la vez.

La mujer incapaz de mentir contempló al napolitano mientras este se alejaba.

—Es bajito, gordo y, visto de forma objetiva, no es de los hombres que saldrían en un póster. Pero es listo, fuerte y, posiblemente, capaz de hacer todo lo que es importante para tener una vida llena de amor. Para mí, es el hombre más bello que besaré en mi vida —afirmó Samy—. Es curioso que a estas personas buenas y fabulosas no se las ame tanto. ¿Están quizá demasiado camufladas por su apariencia y nadie se da cuenta de que tienen el alma, su ser y sus principios hechos para el amor y la bondad?

Exhaló un suspiro y prosiguió:

—Curiosamente, a mí nadie me ha amado. Antes pensaba que era porque yo también tengo un aspecto raro, pero luego me dije: «Por qué voy siempre a sitios donde solo hay tipos que ya tienen mujer?». En la quesería de Vaucluse..., ¡cielos! ¡Qué gente! Para ellos una mujer era como una cabra grande y con dos piernas que además sabía hacer la colada. Si te decían buenos días, podías considerarlo un cumplido.

Samy lamió meditabunda el helado.

—En mi opinión, y por favor corrígeme si me muestro demasiado apegada a mis opiniones femeninas sobre el mundo, primero existe el amor que se piensa con la entrepierna. Ese lo conozco. Es divertido durante quince minutos. Luego está el amor que se piensa con la cabeza. También lo conozco: eliges hombres que, desde un punto de vista objetivo, se ajustan perfectamente a tu sistema o que no desbaratarán por completo tu plan de vida. Pero no te entusiasman. Y luego está el amor que sale del pecho, del plexo solar o de algún lugar entre ambos. Ese es el que yo quiero. Tiene que haber una magia que ilumine mi sistema vital hasta el último de sus resquicios. ¿Qué estás pensado?

Samy enseñó a Perdu la lengua, ahora teñida del color morado del helado.

Él estaba pensando que ya sabía lo que debía preguntar.

—Samy...

—Dime, Jeanno.

Ella se expresaba de forma distinta, pero eso siempre era así. Lo que los escritores han escrito es el sonido de su corazón, de su alma.

—Tú escribiste *Las luces del sur*, ¿verdad?

33

Seguramente fue casualidad que en ese momento el sol asomara entre dos nubarrones y formara un cono de luz que, como un dedo, descendió sobre los ojos de Samy y los iluminó. Se convirtieron en dos velas encendidas.

Samy mudó la expresión.

—Sí —reconoció en un susurro, y luego en voz más alta—: Sí. ¡Sí! —gritó entre risas y lágrimas alzando los brazos—. ¡Con ese libro quise llamar a mi hombre, Jeanno! Un hombre que me ame ahí, en el espacio entre su pecho y su ombligo. Quería que me encontrara después de buscarme, de soñarme, porque él aprecia todo lo que soy y no necesita lo que no soy. Pero ¿sabes una cosa, Jean Perdu?

Seguía llorando y riendo a la vez.

—Tú me has encontrado y no eres él.

Samy se giró.

—Es el hombre del delantal de flores, con sus hermosos músculos redondeados. Con ese bigote que me hará cosquillas. Es él. Me lo has traído. Tú y *Las luces del sur* me lo habéis traído. De un modo completamente mágico.

Jean se contagió de su alegría. Por muy raro que pareciera, Samy tenía razón: él había leído *Las luces del sur*, había amarrado en Cepoy, había encontrado a Salvo y... *presto*, ahí estaban.

Samy se enjugó la cara, bañada en lágrimas saladas.

—Yo tuve que escribir el libro. Tú tuviste que leerlo. Tuviste que vivir y sufrir muchas cosas para por fin subirte a tu barco y partir. Es bonito pensar que fue así, ¿no te parece?

—Desde luego, Samy. Yo así lo creo. Hay libros que se escriben para una única persona. *Las luces del sur* estaba destinado a mí. —Y,

haciendo acopio de valor, confesó—: Logré sobrevivir gracias a tu libro. Entendía todo lo que pensabas. Era como si me conocieras antes de que yo me conociera a mí mismo.

Sanary-Samy se tapó la boca con la mano.

—Es fantástico oír algo así, Jean. Es lo más bonito que he oído jamás.

Lo abrazó.

Lo besó en la mejilla izquierda, en la derecha, y luego otra vez en las dos, y en la frente y sobre la nariz. Y mientras lo besaba decía: —Te diré una cosa: no voy a volver a escribir sobre el amor. ¿Sabes cuánto tiempo he tenido que esperar? Más de veinte años, ¡maldita sea! Y ahora perdóname: voy a besar a mi hombre, y de verdad además. Es la última parte del experimento. Si no funciona, seguramente esta noche estaré de mal humor.

Abrazó de nuevo a Jean.

—¡Qué miedo tengo! ¡Es terrible! Pero a la vez es muy bello. Estoy viva, ¿tú también? ¿Lo notas?

Acto seguido desapareció en el interior del barco.

—Salvoooo —la oyó decir Jean.

Él advirtió con asombro que en efecto lo notaba. Se sentía fantásticamente bien.

DIARIO DE MANON

París

Agosto de 1992

Duermes. Te miro y ya no me avergüenzo de haber querido enterrarme en arena salada. De saber que, para mí, un hombre jamás lo será todo. He dejado de reprochármelo, igual que durante los otros cinco veranos azul cobalto. No hemos podido pasar muchos días juntos; bien contados, querido Jean Pluma de Mirlo, solo hemos respirado el mismo aire durante medio año: ciento sesenta días; si los días fueran cuentas, alcanzarían justo para hacer un collar doble.

Pero también cuentan los días y noches que hemos pasado lejos el uno del otro, distantes como las estelas gaseosas de las nubes, en los cuales pensaba en ti y tu recuerdo me alegraba. Cuentan por partida doble y triple, en la alegría y en la culpa. Visto así, han sido quince años enteros. De hecho, varias vidas. Me he soñado de formas tan diversas...

Me he preguntado muchas veces si he hecho algo mal. ¿Me equivoqué en alguna elección? ¿Habría habido una vida «verdadera»

solo con Luc, o solo con cualquier otra persona? ¿O tuve tal vez todas las posibilidades al alcance de la mano y salieron mal?

Sin embargo, en la vida no hay nada que sea equivocado ni correcto. En cualquier caso, ahora está de más que me plantee siquiera la pregunta. ¿Por qué un solo hombre no me bastó nunca?

He encontrado muchas respuestas.

Por: ¡ganas de vivir!

Y también por: placer, un placer rojo intenso, un placer inquieto, pegajoso y húmedo.

Por: ¡déjame vivir antes de que me salgan arrugas y peine canas y sea solo una casa semihabitada al final de la calle!

Por: París.

Por: me ocurriste y fue como una isla chocando contra un barco. (¡Ja, ja! Esa era mi fase: «No fue culpa mía: fue el destino».) Por: ¿Luc me amará lo suficiente para soportar todo esto?

Por: no me lo merezco, soy mala y, por lo tanto, no importa lo que haga.

Ah, y, por supuesto: sois el uno y el otro para mí. Los dos: Luc y Jean; marido y amante; norte y sur; amor y sexo; tierra y cielo; cuerpo y alma; campo y ciudad. Sois las dos cosas que yo necesito para ser completa. Inspirar y espirar y, entre medio, por fin, ser.

Por lo tanto, las esferas también pueden partirse en tres.

Sin embargo, ya tengo estas respuestas.

Ahora ha surgido otra pregunta, más importante, y que se impone: ¿Cuándo?

¿Cuándo te diré lo que me ocurre?

Nunca.

Nunca, nunca, nunca y nunca. O quizá ahora mismo, cuando te acaricie el hombro, que, como siempre, asoma de la manta en la que te enrollas. Yo te acaricio y tú te despiertas de inmediato y me preguntas: «¿Qué ocurre, gatita? ¿Qué pasa?».

Ojalá despertaras ahora y me salvaras.

¡DESPIERTA!

¿Y por qué deberías hacerlo? Te he mentido demasiado bien.

¿Cuándo voy a abandonarte?

Pronto.

No esta noche. Hoy no. No podría. Parece como si tuviera que intentar mil veces apartarme de ti, dar media vuelta y no mirar atrás

para lograrlo de una vez por todas.

Me voy a plazos. Pago y me digo: solo mil besos..., solo cuatrocientos dieciocho besos..., solo diez..., solo cuatro. Los tres últimos los guardo celosamente.

Como tres peladillas navideñas.

Cada vez quedan menos ocasiones de dormir juntos, de reír juntos.

Empiezan los últimos bailes.

Es cierto que se puede gritar con el corazón, pero resulta tremendamente doloroso.

El dolor.

Vuelve el mundo muy pequeño. Ahora solo nos veo a ti, a Luc, a mí y lo que ha surgido entre los tres. Cada uno ha puesto de su parte. Intentaré salvar lo que sea posible. No quiero pensar en castigos. La infelicidad está ahí para todos, democráticamente.

¿Cuándo claudicaré?

Espero que más adelante.

Ahora quiero ver si hay alguna salvación.

Los médicos me han ofrecido ibuprofeno u opiáceos; al parecer solo tienen efecto en el cerebro. Interrumpen las señales eléctricas que circulan por mi sistema linfático entre las axilas, los pulmones y el corazón.

Algunos días eso me impide soñar con imágenes. Otros, percibo olores que me recuerdan cosas del pasado. Tiempos muy lejanos, cuando aún llevaba calcetines. O las cosas tienen un olor distinto. Los excrementos huelen a rosas. El vino, a neumáticos quemados. Un beso, a muerte.

Pero quiero estar totalmente segura. Por eso he renunciado. A veces el dolor es tan atroz que no puedo hablar y te pierdo. Luego te miento. Anoto las frases que te quiero decir y las leo. En mi cabeza ya no encuentro las letras cuando llega el dolor. Es una sopa de letras. Letras apelmazadas. Un gulasch del abecedario.

En ocasiones me ha irritado mucho ver cómo dejabas que te mintiera. Otras veces me ha enojado tremendamente que hayas aparecido en mi vida. Pero nunca he llegado a odiarte por eso.

Jean, no sé qué hacer. No sé si despertarte y suplicarte que me ayudes. No sé si arrancar estas páginas o copiarlas y hacértelas llegar. Luego. O nunca. Escribo para pensar mejor.

En cualquier caso, para todo lo demás he perdido el habla.

Ahora te hablo mejor con el cuerpo. Con este madero sureño, cansado y enfermo, en el que hay un único brote verde y tierno. Al menos ese brote es capaz de expresar los deseos más rudimentarios.

Ámame.

Abrázame.

Acaríciame.

Papá decía que esos son brotes de pánico. Poco antes de morir, los grandes árboles florecen una última vez. Vuelcan toda su energía en el último brote.

Hace poco me dijiste que estoy muy guapa. Me encuentro al inicio del brote de pánico. Unas noches atrás, Vijaya llamó desde Nueva York. Tú aún estabas en el barco y había vendido la última edición de Las luces del sur. Te gustaría que todo el mundo leyera este librito tan bello y poco común. Una vez dijiste que es un libro en el que no hay mentiras. No hay nada ficticio, nada embellecido por las palabras. Todo es auténtico.

Vijaya tiene ahora dos jefes nuevos, dos investigadores de células muy peculiares. Ellos creen que el cuerpo es el que configura el alma y el carácter, no el cerebro. Dicen que son millones de células. Y que lo que les ocurre a ellas, le ocurre también al alma.

El dolor, pain, for example, dijo él, el dolor invierte la polaridad de las células. Empieza a los tres días. Las células estimulantes se convierten en células de dolor. Las células de coordinación, en acericos. Al final, cualquier caricia solo causa dolor; cualquier hálito, vibración musical o sombra que se aproxime provoca miedo. Y el dolor se alimenta de cada gesto, de cada músculo y provoca así millones de nuevos receptores de dolor. Internamente te transformas por completo, cambias, pero nadie lo ve desde fuera.

Al final, at least, no quieres que nadie te toque, dice Vijaya. Te vuelves solitario.

El dolor es el cáncer del alma, dice tu viejo amigo. Habla como todos los científicos: sin pensar en el malestar que causan esas frases en quienes no son científicos. Me adelantó todo lo que me va a ocurrir.

El dolor entumece el cuerpo y también la mente, dice tu Vijaya. Te vuelves olvidadizo, ya no piensas de forma lógica sino movido por el pánico. Y los pensamientos lúcidos van a parar al abismo al que el dolor precipita al cerebro. Y también todas las esperanzas. Al final te precipitas y desapareces, todo tu ser, devorado por el pain and panic.

¿Cuándo moriré?

Desde un punto de vista estadístico: seguro.

Tengo intención de comer los trece postres de Navidad. Mamá es la mejor haciendo biscuit y mousse; papá contribuirá con las cuatro frutas; Luc sacará brillo a las nueces más bellas. Tres manteles, tres velas, tres panecillos rotos. Un panecillo por los vivos de la mesa. Otro por la felicidad venidera. Y un panecillo que comparten pobres y fallecidos.

Me temo que a esas alturas tendré que pelearme por las migajas de los clochards.

1

Luc me ha suplicado que siga el tratamiento.

Aparte de que las posibilidades de éxito son tan remotas como las de ganar en una carrera de caballos, algo de mí moriría de todos modos y sería preciso encargar una lápida, oficiar una misa y planchar pañuelos.

Me pregunto si notaré la lápida.

Papá me entiende. Cuando le conté por qué no quiero someterme a la quimio, se fue al pajar y lloró durante un buen rato. Casi tuve la certeza de que se cortaría un brazo.

Mamá está paralizada. Parece un olivo de piedra. Tiene la barbilla nudosa y dura, y los ojos parecen de corteza. Se pregunta qué ha hecho mal, por qué no puede convertir su primer presentimiento de la muerte en un mal sueño, en ese amor de madre que se preocupa más de lo que es preciso.

«Sabía que en ese maldito París aguarda la muerte.» Sin embargo, no se decide a echarme la culpa. Se la echa a sí misma. Esta severidad la ayuda a seguir adelante y a acomodarme en mi último dormitorio tal como le he pedido.

Estás tumbado de espaldas, como un bailarín haciendo una pirueta. Una pierna extendida, la otra doblada. Un brazo sobre la cabeza, el otro a un costado.

Siempre has logrado que me sienta como si fuera única. En estos cinco años, no me has hecho enfadar ni una sola vez, ni me has mirado con indiferencia. ¿Cómo lo has conseguido?

Castor me mira fijamente. Sin duda para los gatos nosotros, los bípedos, somos muy extraños.

La eternidad que se abre ante mí me resulta abrumadora.

En ocasiones —y realmente es un pensamiento malvado— deseo que alguien a quien amo me preceda, se marche antes que yo. Para saber que yo también seré capaz.

Alguna vez he pensado que deberías partir antes que yo, para que a mí no me diera miedo irme. Y así tendría la certeza de que estarías esperándome…

Adieu, Jean Perdu.

Te envidio todos los años que te quedan.

Me retiro a mi última habitación y, desde ahí, al jardín. Sí, así será. Atravesaré la hermosa puerta vidriera de la terraza y me sumergiré en la puesta de sol. Y seré luz y podré estar en todas partes.

Quizá esa sea mi naturaleza, estar ahí para siempre. En todos los

atardeceres.

34

Pasaron una velada muy entretenida. Salvo sirvió ollas y ollas de marisco, Max tocó el piano y todos bailaron en cubierta con Samy.

Luego los cuatro disfrutaron de las vistas de Aviñón y de su puente inacabado de Saint-Bénézet, famoso por la canción. El mes de julio les agasajó con todo su poderío. Tras la puesta de sol la temperatura estaba en unos agradables veintiocho grados.

Poco antes de medianoche Jean alzó su copa.

—Os doy las gracias —dijo—. Por la amistad. Por la verdad. Por esta cena tan increíblemente sabrosa.

Todos levantaron las copas. Cuando las entrechocaron, fue como si una campana pusiera punto final a su viaje juntos.

—Por cierto, ahora me siento feliz —dijo Samy con las mejillas arreboladas.

Media hora más tarde señaló: «Aún lo soy». Al cabo de media hora dijo: «Sigo sintiéndome feliz». Y dos horas después... Bueno, posiblemente entonces lo repitiera, aunque de innumerables formas, distintas de las palabras, pero ni Max ni Jean lo oyeron. Ambos habían decidido no molestar a la pareja de enamorados, dejar solos a Samy y Salvo a bordo del *Lulu* en su primera noche juntos, la primera de las miles que, era de esperar, seguirían a aquella, de modo que, tras cruzar la puerta más próxima de las murallas, se fueron a dar un paseo por la antigua ciudad de Aviñón.

Las angostas callejuelas estaban abarrotadas de paseantes. En el sur, el calor estival prolonga de forma natural las actividades hasta bien entrada la noche. En la plaza que hay frente al magnífico edificio del ayuntamiento, Max y Jean se compraron unos helados y contemplaron cómo unos artistas callejeros realizaban malabarismos con antorchas encendidas, ejecutaban bailes

acrobáticos y hacían reír con sus payasadas a los clientes de cafés y bistrós. A Jean no le resultaba simpática la ciudad; le parecía una puta mentirosa que intentaba sacar provecho de su reputación.

Max mordió el helado, que se deshacía rápidamente. Con la boca medio llena dijo como si tal cosa:

—Voy a escribir libros infantiles. Ya tengo algunas ideas.

Jean lo miró de soslayo.

«Este es el momento de Max —pensó—, el momento en el que empieza a ser quien será algún día.»

—¿Quieres contármelas? —preguntó después de saborear un instante la sorpresa entrañable de saberse testigo de ese momento.

—¡Uf! Pensaba que no me lo pedirías.

Max se sacó el cuaderno del bolsillo trasero del pantalón y leyó: «El anciano brujo se preguntaba cuándo le visitaría por fin una muchacha valiente que lo desenterrara del plantío de fresas del jardín en el que llevaba olvidado cien años...».

Max dirigió una mirada radiante y serena a Perdu.

—O bien una historia del pequeño santo Bimbam.

—¿Bimbam?

—Bueno, es un santo que siempre tiene que encargarse de cuanto los demás creen que no es digno de ellos. Me imagino que incluso Bimbam tuvo una infancia antes de que se dijera: «San Bimbam, ¿quieres ser algo en la vida? ¿Quizá escritor?». —Max sonrió—. Y luego está la historia de Claire, que se intercambia el cuerpo con la gata Minou. Y también...

«Aquí está el futuro héroe de todas las habitaciones infantiles», se dijo Jean mientras escuchaba con atención las fabulosas ideas de Max.

—... y el pequeño Bruno, que está en el cielo y se queja a los superiores de la familia que le han asignado...

Mientras escuchaba a Max, Jean sintió crecer en su pecho una oleada de cariño. ¡Cómo apreciaba a ese joven! Sus manías, su mirada, su risa...

—... y entonces las sombras regresan a la infancia de sus propietarios para poner un poco de orden...

«Fabuloso —pensó Jean—. Enviaré a mi sombra de vuelta a esa época y pondrá orden en mi vida. ¡Qué tentador! ¡Lástima que sea imposible!»

Regresaron al barco de madrugada, una hora antes de que el alba invadiera el cielo.

Mientras Max se acomodaba en su rincón y tomaba un par de notas antes de quedarse dormido, Jean Perdu acariciaba con lentitud su librería flotante, que ahora se mecía suavemente en el agua. Lo acompañaban los gatos, que observaban con atención a ese hombre corpulento. Intuían que estaba a punto de producirse una despedida.

Una y otra vez, los dedos de Jean se deslizaban por el vacío al recorrer las estanterías y acariciar el lomo de los libros. Sabía exactamente en qué lugar había estado cada libro antes de venderlo. Igual que conocemos los edificios y los campos de nuestra calle, de nuestra tierra natal, y somos capaces de verlos incluso cuando ya han desaparecido para dejar sitio a una carretera de circunvalación o a un centro comercial.

Tener libros siempre le había infundido una sensación de seguridad. En su barco había conocido el mundo entero, todos los sentimientos, todos los lugares y todos los tiempos. Nunca había necesitado viajar. Le había bastado conversar con los libros..., a veces incluso los había tenido en más estima que a las personas.

Eran menos peligrosos.

Se sentó en la butaca del pequeño estrado y miró las aguas a través de la ventana. Los dos gatos se acurrucaron en su regazo.

«Ahora no podrás levantarte —le decían sus cuerpos, que poco a poco se volvían más pesados y cálidos—. Tendrás que quedarte aquí.»

Eso había sido su vida. Ese espacio de veinticinco por cinco metros. Había empezado a construir la embarcación a la edad de Max. El barco, el fondo de su farmacia para el alma, su reputación. La cadena del ancla. Había ido forjándola día a día, templándola eslabón a eslabón, hasta que quedó atrapado en ella.

Sin embargo, ahora le parecía que algo fallaba. Si su vida fuera un álbum de fotografías, todas las instantáneas se parecerían. Lo mostrarían siempre en ese barco con un libro en la mano; únicamente cambiaría el pelo, que se iría volviendo más cano y ralo con el tiempo. Al final habría una fotografía en la que aparecería con una mirada inquieta, un rostro de anciano arrugado, suplicante.

No. No quería acabar de ese modo: preguntándose si eso era

todo.

Solo le quedaba una salida. Era preciso actuar de forma drástica y romper la cadena del ancla.

Tenía que abandonar el barco. Del todo. La idea le desazonaba... pero, si respiraba hondo y se imaginaba una vida sin *Lulu*, experimentaba también alivio.

Al instante sintió remordimientos. ¿Abandonar La farmacia literaria como si fuera una amante latosa?

—No lo es —murmuró Perdu.

Los gatos ronroneaban bajo las caricias de sus manos.

—¿Qué haré con vosotros tres? —preguntó con tristeza.

En algún sitio, Samy cantó en sueños.

Y en la cabeza de Jean surgió una imagen.

Tal vez no tenía que abandonar la farmacia ni lanzarse a buscar un comprador.

—Quizá Cuneo se sienta bien aquí. ¿Qué os parece? —preguntó a los gatos que tenía en el regazo.

Ambos le golpearon la mano con sus cabecitas.

Dicen que el ronroneo podría incluso soldar un montón de huesos rotos y curar un alma de piedra. Pero, si eso ocurriera, los gatos seguirían su camino sin mirar atrás. Aman sin pudor, ni condiciones, pero también sin promesas.

Jean Perdu pensó en el poema «Etapas» de Hesse. Mucha gente conocía el verso: «Todo comienzo tiene su encanto», pero pocos sabían que seguía diciendo «... que nos protege y nos ayuda a vivir», y casi nadie era consciente de que Hesse no se refería a un nuevo comienzo.

Se refería a la disposición para decir adiós.

Adiós a las costumbres.

Adiós a las ilusiones.

Adiós a una vida que pasó hace tiempo y en la que uno es solo un envoltorio donde, de vez en cuando, se agita un suspiro.

35

El día los recibió con treinta y cuatro grados de temperatura para un desayuno tardío... y con una sorpresa de Samy, que había salido a comprar con Cuneo y había adquirido un móvil de prepago para cada uno.

Perdu miró con escepticismo el aparato, que ella le había dejado entre los cruasanes y la taza de café. Para ver los números necesitaría gafas.

—Estos aparatos existen desde hace veinte años. Son fiables —bromeó Max.

—Ya he guardado nuestros números para que no tengas que hacerlo tú —explicó Samy a Jean—. Y quiero que nos llames. Para saber si te encuentras bien, si no sabes cómo escalfar un huevo o si estás aburrido y quieres saltar por la ventana para experimentar algo.

A Jean le impresionó la seriedad con que Samy hablaba.

—Gracias —dijo con timidez.

El aprecio de Samy, tan franco, tan confiado, le turbaba. ¿Acaso era eso lo que a la gente le gustaba de la amistad?

Cuando se abrazaron, la diminuta Samy casi desapareció entre sus brazos.

—Yo..., bueno... A mí también me gustaría daros algo —empezó a decir Perdu.

Con timidez, entregó a Cuneo las llaves del barco.

—Mi más querida mentirosa, la más torpe del mundo. El mejor cocinero al oeste de Italia. A partir de ahora tengo que viajar sin barco. Por eso, os cedo *Lulu*. Os ruego que tengáis siempre un lugar para los gatos y los escritores que anden en busca de su historia. ¿Aceptáis? No estáis obligados, pero me alegaría saber que os

encargaréis del barco. Tomadlo prestado, como quien dice, para siempre, así que...

—¡Ah, no! Es tu trabajo, tu oficina, tu consultorio espiritual, tu refugio en la huida, tu hogar —repuso Samy—. La librería flotante eres tú, tontorrón, y una cosa así no se regala, por mucho que a alguien le gustase.

Todos la miraron sorprendidos.

—Lo siento —musitó—, pero es lo que pienso. En fin. No es posible, y menos aún este intercambio de móvil por barco lleno de libros. ¡Oh, qué vergüenza! —Turbada, soltó una risita.

—Esa incapacidad tuya de mentir realmente parece un regalo para toda la vida —observó Max—. Ah, por cierto, antes de que me lo preguntes, Jean: no necesito ningún barco, pero me gustaría ir contigo en coche una parte del trayecto.

Cuneo tenía lágrimas en los ojos.

—Oh, oh... —No le salían las palabras—. Oh, *capitano*. Oh... Yo..., *cazzo*... Todo esto.

Hablaron un buen rato, discutieron los pros y los contras. Cuanto más dudaban Cuneo y Samy, más insistía Jean.

Max se mantuvo en segundo plano. Solo dijo una cosa:

—Eso se llama haraquiri, ¿no?

Perdu no le hizo caso. Tenía que ser así, lo presentía. A media mañana Samy y Cuneo aceptaron por fin.

El italiano se levantó con solemnidad y visiblemente emocionado.

—De acuerdo, *capitano*. Cuidaremos de tu barco. Hasta que quieras recuperarlo. Da igual si es pasado mañana, dentro de un año o de treinta. Y en él siempre habrá sitio para gatos y escritores.

Sellaron el acuerdo los cuatro con un estrecho abrazo.

Samy fue la última en soltar a Jean. Lo miró con aprecio.

—Mi lector favorito —dijo sonriente—. No habría podido imaginar uno mejor.

Finalmente Max y Jean metieron sus pertenencias en el petate del primero y en un par de bolsas grandes de la compra y desembarcaron. Además de la ropa, Perdu se llevó consigo la obra que había iniciado: la *Gran enciclopedia de las pequeñas emociones*.

Cuando Cuneo puso en marcha el motor y empezó a apartar a *Lulu* de la orilla, Perdu no sintió nada.

Oía y veía a Max a su lado, pero le parecía que, al igual que la librería flotante, él mismo se alejaba. Max agitaba los brazos y gritaba «Ciao» y «Salut»; Perdu, en cambio, tenía la impresión de haberse quedado sin brazos con los que despedirse.

Contempló su librería flotante hasta que desapareció tras un recodo del río.

Seguía mirando en esa dirección mucho después de que el barco hubiera desaparecido, esperando a que el entumecimiento remitiera y pudiera sentir algo. Cuando logró darse la vuelta, vio que Max se había sentado en un banco y aguardaba tranquilamente.

—Vamos —dijo Perdu con voz quebradiza y seca.

Por primera vez en cinco semanas consiguieron retirar dinero de sus respectivos bancos, que tenían sucursal en Aviñón, aunque eso requirió docenas de llamadas, comprobación de la firma por fax y un examen minucioso de la documentación. Luego se encaminaron hacia la estación del tren de alta velocidad, alquilaron un coche pequeño de color blanco y se dirigieron hacia el Luberon.

Al sudeste de Aviñón tomaron una carretera secundaria de la D900. Solo faltaban cuarenta y cuatro kilómetros para Bonnieux.

Max miraba encantado por la ventanilla bajada. A derecha e izquierda, los campos de girasoles, las alfombras de exuberantes viñas verdes y las extensiones de lavanda pintaban el paisaje de distintos colores: amarillo, verde oscuro, violeta. Y, sobre ellos, el azul intenso del cielo, con nubes blancas como almohadas mullidas.

A lo lejos, recortados en el horizonte, se vislumbraban el pequeño y el gran Luberon: un macizo enorme con una giba en el lado derecho.

El sol se desplomaba sobre el terreno, devorando la tierra y la carne, derramándose por campos y ciudades con una luz vigorosa.

—Necesitamos sombreros de paja —señaló Max con tono agradable—. Y pantalones de lino.

—Necesitamos desodorante y crema solar —le corrigió Perdu con tono seco.

Era evidente que Max se sentía muy a gusto. Recorría aquel paisaje sin oponer la menor resistencia, como si fuera la pieza correcta de un puzle.

Jean no. Todo cuanto veía le resultaba extrañamente ajeno y lejano. Seguía entumecido.

En lo alto de las verdes colinas se alzaban pequeños pueblos como si fueran coronas. Piedra arenisca clara y tejas también claras para hacer frente al calor. Aves de rapiña majestuosas y vigilantes se deslizaban orgullosas por el espacio aéreo. Las estrechas calles estaban vacías.

Manon había visto esas montañas, colinas y campos de colores. Había sentido esa brisa suave, conocía los árboles centenarios en cuyas copas frondosas docenas de cigarras se frotaban las antenas. En el chirrido constante que producían a Jean le parecía oír: «¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?».

¿Qué haces aquí? ¿Qué andas buscando? ¿Qué sientes?

«Nada.»

Aquel paisaje no le decía nada en absoluto.

Al poco atravesaron Ménerbes, con sus campos del color del curry, y se aproximaron, entre viñedos y granjas, al valle de Calavon y a Bonnieux.

«Bonnieux está encajado entre el gran y el pequeño Luberon, y es como un pastel de cinco pisos —le había contado Manon a Perdu —. En lo alto están la vieja iglesia, los cedros centenarios y el cementerio más hermoso del Luberon. En la base, las viñas, los frutales y las casas de vacaciones. En los tres pisos del medio, hay viviendas y restaurantes. Todo eso queda unido por caminos empinados y cuestas. Por esa razón todas las muchachas del pueblo tienen unas pantorrillas bellas y fuertes.» A continuación había mostrado las suyas a Jean. Y él se las había besado.

—Un lugar muy hermoso —comentó Max.

Traquetearon por caminos pedregosos, rodearon un campo de girasoles, atravesaron un viñedo y entonces tuvieron que reconocer que no sabían dónde estaban. Jean se detuvo al lado del camino.

—Por aquí tiene que estar ese Le Petit Saint Jean —murmuró Max mirando el mapa de la zona.

Las cigarras cantaban. Ahora su canto sonaba más bien como un «je, je, je, je...». Por lo demás, reinaba el silencio, solo interrumpido por el leve tictac del motor apagado, que perturbaba la profunda quietud rural.

De pronto se oyó el rugido de un tractor que avanzaba hacia ellos. Se aproximaba a toda velocidad procedente de un viñedo. Jamás habían visto un tractor como ese: era muy estrecho y tenía

unos neumáticos finos pero muy altos, lo suficiente para que el vehículo pudiera pasar entre las hileras de vides.

Sentado al volante iba un joven con una gorra de béisbol, gafas de sol, tejanos rotos y una camiseta blanca gastada; los saludó con una leve inclinación de la cabeza al pasar con estrépito junto a ellos. Max agitó los brazos con nerviosismo y el tractor se detuvo unos metros más adelante. Max corrió hacia él.

—Disculpe, monsieur —oyó Jean gritar a Max por encima del estruendo—, ¿cómo se llega a Le Petit Saint Jean, la casa de Brigitte Bonnet?

El hombre apagó el motor, se quitó la gorra de béisbol y las gafas y se frotó la frente con el antebrazo mientras una larga cabellera de color chocolate se le desparramaba por los hombros.

—¡Oh! *Pardonnez-moi*, perdone, mademoiselle. Pensaba que..., bueno, que era un hombre —dijo Max profundamente avergonzado.

—Sin duda pensaba que en un tractor las mujeres vamos más cómodas con un vestido ajustado —replicó con frialdad la desconocida mientras volvía a meterse el cabello en la gorra.

—Mejor embarazadas y descalzas junto al brasero —apuntó Max.

La desconocida se quedó quieta, sorprendida, y luego soltó una sonora carcajada.

Cuando Jean los miró desde el asiento del conductor, la joven se había puesto de nuevo las gafas de sol e indicaba el camino a Max. La casa de los Bonnet se encontraba al otro lado del viñedo: tenían que ir siempre hacia la derecha.

—*Merci, mademoiselle*!

El estruendo del motor impidió oír el resto de lo que dijo Max.

Perdu solo le veía la mitad inferior de la cara... pero reparó en que los labios dibujaban una sonrisa divertida.

A continuación la mujer arrancó y siguió su camino levantando a su paso pequeñas nubes de polvo.

—Un lugar muy hermoso —dijo Max al regresar al coche.

A Jean le pareció que su amigo refulgía.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

—¿Con esa mujer? —Max se echó a reír. Una risa demasiado alta, quizá. Demasiado aguda—. Oh, en fin, hablando claro, es guapísima. —Jean pensó que Max parecía un conejito de peluche

feliz—. Iba sucia y estaba sudada, pero es realmente deliciosa. Como el chocolate recién sacado de la nevera. Por lo demás, nada... No ha pasado nada. Un tractor bonito. ¿Por qué lo preguntas? —añadió Max sorprendido.

—Por nada —mintió Jean.

Al cabo de unos minutos encontraron Le Petit Saint Jean. Una granja de principios del siglo XVIII, como salida de una novela. Piedra grisácea, ventanas estrechas y altas, un jardín de cuadro, silvestre y florido. En un cibercafé, al consultar la página web del Luberon, Max había encontrado en la granja una de las últimas habitaciones libres y, de ese modo, a madame Bonnet. Dormitorio en el palomar rehabilitado de la casa, el *pigeonnier*; desayuno incluido. Brigitte Bonnet, una mujer menuda de pelo corto, bien entrada en los cincuenta, los esperaba con una sonrisa amable y una cesta llena de albaricoques recién cogidos del árbol.

Llevaba camisa de hombre, bermudas verde claro y sombrero de ala ancha. Madame Bonnet tenía la piel del color de las nueces y los ojos azules y destellantes.

Los albaricoques estaban cubiertos de una pelusilla delicada y suave. El palomar rehabilitado resultó ser un refugio de cuatro por cuatro metros, con una pila diminuta, un baño del tamaño de un armario, un gancho en la pared como colgador y una cama muy estrecha.

—¿Y la otra cama? —preguntó Jean.

—Oh, messieurs, solo hay esta... ¿Ustedes no son pareja?

—Yo dormiré al raso —propuso Max rápidamente.

El palomar era pequeño y hermoso. Desde la ventana, que tenía el tamaño de una puerta, la vista alcanzaba hasta la meseta de Valensole, que se extendía más allá.

El edificio estaba rodeado de un enorme huerto de frutales y lavanda, una terraza de guijarros y un muro de piedra natural muy ancho, que parecía ser el resto de una muralla. Junto al palomar borbotaba una fuente pequeña y agradable, en la que se podía poner a enfriar alimentos. Si uno se sentaba sobre el muro, con los pies colgando, podía contemplar todo el valle por encima de los frutales, los huertos y los viñedos, como si no hubiera carreteras ni más granjas. Quien hubiera escogido ese lugar tenía un notable sentido de la perspectiva.

Max se encaramó de un salto al muro ancho y, resguardándose los ojos del sol con la mano, contempló la llanura. Con un poco de concentración se podía oír el ruido de un tractor; a lo lejos, pequeñas nubes de polvo se elevaban en el aire de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

En torno a la a terraza del palomar crecían matas de lavanda, rosales y frutales; además, bajo un gran parasol había un par de cómodos asientos con cojines claros y una mesa con superficie de mosaico.

Madame Bonnet dejó en ella dos Oranginas heladas, en sus características botellas panzudas, y como bebida de bienvenida les sirvió un *bong veng* —que es como se pronuncia *bon vin* en la Provenza— fresco, de color amarillo claro.

—Es un *bong veng* de la zona, un Luc Basset —comentó—. La hacienda es del siglo diecisiete. Se encuentra justo al otro lado de la D36, que queda a quince minutos a pie. Este año, el Manon XVII ha recibido una medalla de oro.

—Perdón, ¿qué ha dicho? ¿El Manon? —preguntó Perdu, atónito.

Al percibir la irritación de la mujer, Max le dio profusamente las gracias.

Mientras Brigitte Bonnet se alejaba por el magnífico bancal arrancando hierbas aquí y allá, Max observó atentamente la etiqueta del vino. Sobre la palabra Manon había un rostro dibujado a plumilla. Rizos delicados, media sonrisa, ojazos de mirada intensa dirigida al observador.

—¿Es tu Manon? —preguntó asombrado.

Jean asintió primero. Luego negó con la cabeza. No. Claro que no. Esa, desde luego, no era su Manon.

Su Manon estaba muerta, era bella y solo vivía en sus sueños.

Y ahora lo escrutaba sin previo aviso.

Quitó a Max la botella de la mano. Acarició con dulzura el dibujo del rostro de Manon.

El pelo.

Las mejillas.

La barbilla. La boca. El cuello.

En otros tiempos él había acariciado ese cuerpo pero...

Entonces empezó a estremecerse.

El temblor empezó en las rodillas, subió por el cuerpo, invadió el vientre y el pecho con una sacudida antes de extenderse a los brazos y los dedos, y los labios y las pestañas...

Pronto se apoderaría de sus venas.

Apenas podía hablar cuando susurró:

—Adoraba el ruido que hacen los albaricoques cuando se arrancan del árbol. Hay que cogerlos con suavidad entre el pulgar y otros dos dedos y girarlos suavemente. Hacen ñac. Su gato se llamaba Miau. En invierno, Miau dormía junto a su cabeza, como si fuera un sombrero. Manon decía que tenía los dedos de los pies como su padre. Dedos con cintura. Quería muchísimo a su padre. Y le encantaban las crepes con queso banon y miel de lavanda. Y a veces, Max, reía en sueños. Estaba casada con Luc y yo solo era su amante. Luc Basset, el *vigneron*.

Jean alzó la mirada. Dejó la botella sobre la mesa de mosaico con las manos temblorosas.

De no haber sido por su temor irracional a destruir el rostro de Manon, de buena gana habría arrojado la botella contra el muro.

Jean apenas podía soportarlo. ¡Apenas podía soportarse a sí mismo! Estaba en uno de los lugares más bellos de la tierra. Con un amigo que era su confidente y como un hijo para él. Había emprendido un camino sin retorno hacia el sur, a través del agua y las lágrimas.

Y todo para darse cuenta de que todavía no estaba preparado.

Mentalmente seguía en el pasillo de su piso, frente a una estantería de libros que servía de pared.

¿Acaso había creído que bastaba con llegar hasta ahí para que todo se resolviera mágicamente? ¿Que podía dejar su dolor en el río y cambiar sus lágrimas por la absolución de una mujer fallecida? ¿Pensaba tal vez que ya había hecho lo suficiente para merecer la salvación?

Sí. Así era.

Pero no era tan fácil.

«Nunca es tan fácil.»

En un gesto de rabia giró la botella. Manon no debía verlo así.

No. No podía presentarse ante ella de ese modo. Como un hombre que ya no lo era, con un corazón vagabundo y sin hogar, que temía volver a amar y a perder lo más querido.

Max posó la mano en la de Jean y la apretó con fuerza.
Con mucha fuerza.

36

La brisa sedosa del sur se colaba en el vehículo. Jean tenía bajadas todas las ventanillas del viejo Renault 5. Gérard Bonnet, el marido de Brigitte, se lo había regalado. Había devuelto el coche de alquiler en Apt.

El Renault tenía la puerta derecha azul y la izquierda roja; el resto de aquel trasto era de un color beige oxidado. Perdu había partido con una pequeña bolsa de viaje. Tras cruzar Bonnieux se había dirigido hacia Lourmarin y, desde ahí, a Aix pasando por Pertuis. Luego había tomado el camino más rápido hacia el sur, hacia el mar.

A sus pies se extendía Marsella, orgullosa en su bahía. La metrópoli donde África, Europa y Asia se besaban y se batían. La ciudad portuaria se reveló bajo la luz vespertina del verano como un organismo resplandeciente mientras él iniciaba el descenso por la A7 tras dejar atrás las montañas de Vitrolles.

A la derecha, las casas blancas de la ciudad. A la izquierda, el azul del cielo y del agua. La vista era embriagadora.

«El mar.»

Cómo brillaba.

—Hola, mar —susurró Jean Perdu.

El paisaje lo cautivó sin remedio. Era como si las aguas le hubieran atravesado el corazón con un arpón y tiraran de él poco a poco con unos cabos fuertes.

El agua. El cielo. Franjas finas de nubes en el azul sobre su cabeza y crestas blancas de las olas en el azul a sus pies.

Sí. Aquel azul infinito lo atraía. A lo largo de la costa escarpada. Y más allá, mucho más, hasta que cesara ese estremecimiento que lo atormentaba. ¿Era por la separación de *Lulu*? ¿O tal vez se

trataba del adiós a la esperanza?

Jean Perdu quería viajar hasta estar seguro de sí mismo. Quería encontrar un lugar donde replegarse como un animal herido.

«Curarme. Tengo que curarme.»

Era algo que no sabía cuando había partido de París.

Para evitar que lo asaltaran pensamientos sobre todo lo que antes no sabía, puso la radio.

«¿Por qué no nos explica qué acontecimiento lo convirtió en la persona que es usted ahora? ¿Quién habría sido usted si no? Llame y compártalo conmigo y con nuestros oyentes del departamento de Var.»

Tras indicar un número de teléfono, la locutora de voz de *mousse* de chocolate puso música. Un tema lento.

Tenía un ritmo ondulante. La guitarra eléctrica profería acompasadamente suspiros melancólicos y la batería susurraba como las olas. «Albatross», de Fleetwood Mac. Una canción que a Jean Perdu siempre le evocaba gaviotas volando en el crepúsculo y una playa recóndita donde brillaban las hogueras hechas con maderas arrastradas por el oleaje.

Mientras circulaba por la autopista urbana de Marsella, con un calor de justicia, se preguntó cuál podría haber sido ese acontecimiento para él. Margot, de Aubagne, explicó el momento en que empezó a ser ella misma. «Fue cuando nació mi primera hija, Fleur, después de treinta y seis horas de parto. Fue muy duro, pero el dolor proporciona una felicidad tan inmensa, una tranquilidad tal, que cuando terminó me sentí liberada. De pronto todo adquirió sentido y dejé de tener miedo a morir. Había dado vida, y el dolor fue para mí el camino hacia la felicidad.»

Por un momento Jean comprendió a esa Margot de Aubagne. Pero él era un hombre. No podía entender qué era compartir el cuerpo con otra persona durante nueve meses. Jamás podría experimentar la sensación de ver cómo una parte de sí mismo salía en forma de bebé y desaparecía para siempre.

Penetró en el largo túnel de Marsella, el que atraviesa la catedral. Aun así, la señal de radio todavía llegaba.

El siguiente en hablar fue Gil, de Marsella. Tenía una voz dura y áspera, de trabajador. «Yo fui yo cuando mi hijo murió —dijo atropelladamente—. El dolor me ha mostrado qué es lo importante.

Al principio está continuamente presente. Te despierta por las mañanas. Te acompaña todo el día y a todas partes. Está contigo por la noche y no te deja en paz cuando duermes. Te ahoga y te sacude. Pero también te da calor. Aunque llega un momento en que se aleja un poco, jamás se marcha para siempre. No deja de aparecer. Y un día descubres de pronto qué es lo importante en la vida. El dolor me hizo comprenderlo. El amor es importante. Y también la comida. Y erguir la espalda y no decir sí cuando hay que decir no.»

De nuevo sonó música. Jean dejó atrás Marsella.

«¿Acaso creía que era la única persona que sufría? ¿La única que había perdido el norte? Ah, Manon. Necesitaba a alguien con quien poder hablar de ti.»

Se acordó entonces del motivo banal que le había llevado a abandonar París: ver «Etapas», de Hesse, en forma de sujetalibros. Ese poema tan íntimo, tan próximo al ser humano, a la persona, convertido en un objeto comercial.

En cierto modo era consciente de que él no se podía saltar ninguna etapa.

¿En cuál estaba ahora? ¿Había llegado al final? ¿Al principio, quizá? ¿O tal vez se había caído y había perdido el paso? Apagó la radio. Al poco vio la salida de Cassis y la tomó.

Abandonó la autopista sumido en sus pensamientos y, al poco, se encontró recorriendo de forma temeraria las serpenteantes calles empinadas de Cassis. Turistas, flotadores en forma de animales, pendientes de diamantes a juego con el vestido para salir a cenar. En un restaurante junto a la playa con pinta de ser caro, un gran rótulo invitaba a un «bufet balinés».

«Este no es mi lugar.»

Perdu se acordó de Eric Lanson, el terapeuta del barrio gubernamental de París, a quien tanto le gustaba la literatura fantástica y que intentaba animarlo con sus análisis literarios. Habría podido hablar con Lanson sobre ese dolor, sobre ese miedo. En una ocasión el terapeuta le había enviado una postal desde Bali. Allí la muerte era el momento más importante de la vida. Se celebraba una ceremonia con bailes, conciertos de cuencos sonoros y un bufet de pescado y marisco. Jean se preguntó qué diría Max de una fiesta así. Algo despectivo, seguramente. Y divertido.

Max le había dicho dos cosas al despedirse. Por una parte, que es preciso ver y quemar a los muertos, enterrar sus cenizas y, finalmente, empezar a contar su historia.

«Los muertos no dan reposo a quien no habla de ellos.»

Le dijo también que la zona en torno a Bonnieux le parecía realmente hermosa y que iba a quedarse en el palomar a escribir.

Jean Perdu sospechaba que un tractor de viña rojo había desempeñado un papel decisivo en esa decisión.

Pero ¿cómo era eso? ¿Eso de contar la historia de los muertos?

Perdu se aclaró la garganta y en la soledad de su coche dijo en voz alta:

—Hablaba como la naturaleza. Manon mostraba sus sentimientos siempre. Adoraba el tango. Se bebía la vida como si fuera champán y le hacía frente con valentía: siempre supo que la vida era algo especial.

Sintió que en su interior brotaba un dolor profundo.

En las dos últimas semanas había llorado más que en los últimos veinte años. Pero esas lágrimas, cada una de ellas, eran solo por Manon, y eso había dejado de avergonzarle.

Atravesó rápidamente las empinadas calles de Cassis. Tras dejar a la derecha el cabo Canaille y su espectacular acantilado de piedra roja, circuló por colinas y entre bosques de pinos siguiendo la antigua y sinuosa carretera de la costa que une Marsella y Cannes. Los pueblos se sucedían, las hileras de casas se agolpaban en las cercanías de las ciudades, y en el paisaje se alternaban palmeras y pinos, y flores y acantilados. La Ciotat. Le Liouquet. Y luego Les Lecques.

Al atisbar un sitio donde aparcar junto a un acceso a la playa, Jean se separó espontáneamente del río tranquilo que formaba la columna de coches. Tenía hambre.

Aquella pequeña ciudad de antiguas villas deterioradas y hoteles nuevos y prácticos estaba abarrotada de familias que disfrutaban de la amplia playa. La gente caminaba por la arena y el paseo marítimo y comía en los restaurantes y bistrós, cuyos ventanales, abiertos de par en par, daban al mar.

En el rompiente, varios niños, muy morenos, jugaban a lanzarse un disco volador y, más allá de las boyas amarillas y del faro, se balanceaba un grupo de pequeños veleros con velas blancas.

Jean encontró sitio en la barra del bistró L'Équateur, situado a dos metros de la arena y a diez del suave oleaje. Unos grandes parasoles azules se mecían con la brisa sobre unas mesitas relucientes y muy juntas entre sí, como es habitual en la Provenza durante el período estival, cuando a los turistas se les mete con calzador en las terrazas, como sardinas en lata. El asiento de Perdu en la barra era como de palco.

Mientras comía, en una cazuela negra humeante, mejillones con salsa de nata y hierbas aromáticas, que acompañó con un vaso de agua y una copa de bandol, un vino blanco y seco, no apartó la vista del mar.

A la luz de última hora de la tarde, era azul claro. Con la puesta del sol adoptó un tono turquesa oscuro. La arena dorada adquirió el color del lino y finalmente el de la pizarra. Las mujeres que paseaban eran cada vez más alegres; las faldas, cada vez más cortas; las risas, más ilusionadas. En el malecón se había montado una discoteca al aire libre, a la que acudían grupos de tres o cuatro personas con vestidos ligeros o pantalones cortos y camisetas de cuello holgado que resbalaba por los hombros, lustrosos y bronceados.

Perdu contempló esos grupos de chicos y chicas. En su forma de caminar, rápida, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, se adivinaba la voluptuosidad desenfrenada de la juventud, las ganas de vivir aventuras. ¡Aventuras eróticas! Risas, libertad, bailes hasta el amanecer, andar descalzos por la arena fría de la playa con el sexo ardiente. Besos inolvidables y para siempre.

Tras la puesta de sol, Saint-Cyr y Les Lecques eran una gran fiesta.

La vida veraniega del sur. Esas eran las horas para recuperarse de las tardes tórridas, cuando la sangre parecía detener su curso en las venas, cansada y espesa.

A la izquierda de Jean, un escarpado promontorio cubierto de casas y pinos refulgía en un tono dorado herrumbroso; el horizonte era de un azul anaranjado y el mar se mecía dulce y salado.

Cuando se hubo acabado la cazuela y solo podía rebañar la salsa con sabor a hierbas, agua de mar y mejillones, el mar, el cielo y la tierra se fundieron durante unos minutos en un azul único. Un azul grisáceo tiñó el aire, el vino de su copa, las paredes blancas y el

paseo marítimo, y por unos instantes convirtió a todas las personas en esculturas de piedra parlantes.

Un hombre rubio con aspecto de surfista retiró la cazuela de Perdu y el plato con los restos y le acercó con desgana el agua para que se lavara las manos.

—¿Querrá postre? —Aunque su tono de voz era amable, parecía decir: «Si no, vete para que otro ocupe tu sitio».

En cualquier caso, él se había sentido muy a gusto ahí. Se había comido el mar y se lo había bebido con la vista. Era algo que había querido hacer, y además el estremecimiento interior parecía haber remitido un poco.

Perdu dejó un poco de vino en la copa, arrojó un billete en la barra y se encaminó hacia su Renault 5 de colores. Con el sabor salado de la salsa cremosa aún en los labios, prosiguió su camino por la carretera de la costa.

Cuando dejó de ver el mar, cambió de sentido con obstinación y tomó la siguiente carretera a la derecha de la *route nationale*. De nuevo volvió a vislumbrarlo, iluminado ahora por la brillante luz de la luna, entre pinos, cipreses, árboles doblados por el viento, casas, hoteles y villas. Jean atravesó una hermosa urbanización por una carretera desierta. Las mansiones eran vistosas. Aunque no sabía muy bien dónde se encontraba, estaba seguro de que le gustaría despertarse ahí por la mañana e ir a nadar al mar. Era hora de buscar una pensión, o de encontrar un lugar en la playa donde encender una hoguera para dormir bajo las estrellas.

Al descender por la cuesta del boulevard Frédéric Mistral, el Renault empezó a emitir un «uiii» sibilante que terminó en un estruendo, seguido de los resoplidos propios de una avería del motor. Perdu aprovechó el impulso de la bajada para llevar el coche a un lado de la calzada.

El Renault exhaló su último suspiro. Ni siquiera se oyó un chasquido eléctrico cuando Jean giró la llave de encendido. Era evidente que el coche había decidido quedarse ahí.

Monsieur Perdu se apeó y miró alrededor.

A sus pies vislumbró una pequeña cala y, más arriba, grandes villas y edificios de apartamentos que parecían confluir en un centro situado a medio kilómetro. Una suave luz de un azul anaranjado lo bañaba todo. Sacó del coche su pequeña bolsa de

viaje y se marchó.

Reinaba una quietud apacible. No había discotecas al aire libre. Ni caravanas de coches. Hasta el mar se mecía de forma más silenciosa.

Tras caminar durante diez minutos entre villas antiguas con jardines floridos, llegó a la curiosa torre de vigilancia cuadrada en torno a la cual cien años atrás se había erigido un hotel. Entonces sospechó adónde había ido a parar.

¡Nada más y nada menos! ¡Y, de hecho, era tan lógico!

Se dirigió al muelle con actitud solemne. Cerró los ojos para percibir el olor. Sal. Distancia. Frescor.

Volvió a abrir los ojos. El antiguo puerto de pescadores. Docenas de barquitos de colores que se mecían sobre un agua sedosa y azul. Más allá, el destello del blanco reluciente de los yates. Casas con fachada de color pastel, ninguna de más de cuatro pisos.

Esa bella y antigua población de navegantes, bañada de día por una luz que resaltaba los colores; de noche, bajo un cielo estrellado, y envuelta al atardecer en el suave resplandor rosado de las anticuadas farolas. Ahí estaba el mercado, con los tenderetes de toldos amarillos y rojos bajo los frondosos plátanos. Y, en medio de todo aquello, gentes que, con la calma que dan el sol y el mar, clavaban ensimismadas la vista al frente desde la multitud de mesas y sillas del viejo bar y las nuevas cafeterías.

Un lugar que había conocido y acogido a muchos fugitivos.

Sanary-sur-Mer.

37

A la atención de: Catherine (apellido del famoso Le P.-usted-ya-sabe), rue Montagnard, 27, 75011 París

Sanary-sur-Mer, agosto

Lejana Catherine:

Hasta ahora el mar ha mostrado veintisiete tonos distintos. El de hoy es esa mezcla de azul y verde que las mujeres entendidas de las boutiques llaman «azul petróleo». Yo le llamo «turquesa pasado por agua».

Catherine, el mar grita. Y araña, da arañazos de gato. Te engatusa y te acaricia y puede ser el más terso de los espejos, pero luego se enfurece y atrae a los surfistas con olas grandes. Cada día es distinto; en los días de tormenta, las gaviotas gritan como niños pequeños y, en los soleados, parecen mensajeras del Señor y proclaman: «¡Bello! ¡Bello! ¡Bello!». En Sanary alguien podría morirse de tanta belleza y no darse cuenta.

Mis días de soltero en el *belle bleue*, mi habitación azul en la pensión Beau Séjours de André, son historia desde el Catorce de Julio. Ya no tengo que rellenar con ropa mi funda nórdica, ni ponerle siempre buena cara a madame Pauline, ni acudir a la lavandería que hay detrás del centro comercial de Six-Fours-les-Plages. Ahora tengo lavadora. Hoy ha sido día de cobro en la librería. MM, esto es, madame Minou Monfrère, la propietaria y primera librera del lugar, está contenta conmigo. Dice que no molesto. Bueno, tiene su explicación. La primera jefa que tengo en la vida me ha asignado los libros infantiles, los diccionarios, los clásicos, y además me ha pedido que refuerce la sección de escritores alemanes exiliados. Yo lo hago todo como ella quiere y, curiosamente, me va muy bien no tener que llevar las riendas.

Además, he encontrado una casa, para la lavadora y para mí.

Está en lo alto de una colina, sobre el puerto, detrás de la capilla Notre Dame de Pitié y delante de Portisol, la diminuta cala abarrotada de toallas de veraneantes. En París hay pisos en edificios antiguos que son más grandes que la casa. Pero, desde luego, no tan bellos.

Tiene un color que oscila entre el rosa flamenco y el amarillo curry. Desde uno de los dormitorios se ve una palmera, un pino, muchas flores y la parte trasera de la pequeña capilla, y tras los hibiscos se atisba el mar. Sin duda es una combinación de colores que a Gaugin le habría encantado. Rosa y azul petróleo. Rosa y turquesa pasado por agua. Catherine, tengo la sensación inequívoca de que aquí he empezado a ver de verdad.

En lugar de pagar un alquiler, desde que me he mudado a esta casa de color flamenco-curry me dedico a rehabilitarla; los propietarios son André y Pauline, su esposa. Pero ellos no tienen tiempo ni hijos a los que meter prisa. Durante el verano, su pensión de nueve habitaciones, el Beau Séjours, está siempre llena.

Echo de menos la habitación azul, la número 3 del primer piso, y la voz jadeante de André, su desayuno, su tranquilo patio interior, cubierto con un emparrado de hojas verdes. André se parece un poco a mi padre. Se dedica a cocinar para los huéspedes mientras Pauline hace solitarios, lee el tarot para algunas señoras y se encarga del trato con los clientes. Normalmente la veo fumando y extendiendo las cartas sobre la mesa del hule. Se ha brindado a leerme el futuro. ¿Debería aceptar?

Las encargadas de la limpieza —Aimée, rubia, gorda, gritona, muy divertida, y Sülüm, diminuta, delgada, dura, una aceituna arrugada que ríe en silencio y sin dientes— acarrean los cubos de agua con el asa colgada del antebrazo, como las parisinas llevan sus bolsos Vuitton y Chanel. A menudo veo a Aimée en la iglesia del puerto y advierto que al cantar tiene lágrimas en los ojos. Aquí los servicios religiosos son servicios humanos. Los monaguillos son jóvenes, llevan camisolas blancas y sonríen de forma entrañable. En Sanary no se aprecia la hipocresía propia de muchos otros enclaves turísticos del sur.

Así es como hay que cantar, llorando de felicidad. He vuelto a cantar mientras me ducho en esta ducha desvencijada y doy brincos

entre chorro y chorro. A veces, sin embargo, me siento como cosido por dentro, como si viviera en una caja invisible que me tiene encerrado y me aparta de los demás. En esas ocasiones me parece que incluso mi voz está de más.

En la terraza estoy construyendo una cubierta porque, aunque aquí no hay forma de evitar el sol, parece un gran salón de una casa noble: te hace sentir abrigado y a salvo, lujuriosamente rodeado de esplendor y amabilidad, pero si el calor se prolonga demasiado te sientes agobiado, oprimido y sofocado. Entre las dos y las cinco de la tarde, a veces incluso hasta las siete, ningún habitante de Sanary sale de la sombra. Prefieren esconderse en el rincón más fresco de la casa, tumbarse en las baldosas desnudas de la bodega y esperar a que la belleza y el horno exterior muestren piedad hacia ellos. Yo me pongo toallas mojadas en la cabeza y sobre los hombros.

Desde la terraza de la cocina que estoy techando, entre los mástiles de los barcos se divisan las fachadas de colores del puerto pero, sobre todo, los yates de un blanco intensísimo y, al final del malecón, el faro, donde el Catorce de Julio los bomberos permiten que los pirotécnicos lancen salvas hacia el cielo. Se ven también las colinas y las montañas detrás de las que se esconden Toulon y Hyères. Multitud de casitas blancas sobre las colinas pedregosas. Solo de puntillas se atisba también la torre cuadrada del antiguo Saint Nazaire. Alrededor de ella se construyó el hôtel de la Tour, un bloque edificado sin mucha gracia donde sobrellevaron el exilio varios escritores alemanes durante los terribles años de la guerra.

Mann, Feuchtwanger, Brecht. Y Bondy, Toller... Un Zweig y el otro también; Wolff, Seghers y Massary, que, por cierto, tenía un nombre de mujer fabuloso: Fritzi.

(Disculpas, Catherine, estoy divagando. El papel es paciente; un autor nunca lo será.)

A finales de julio, cuando en el viejo puerto junto al muelle Wilson por fin dejé de jugar a la petanca como un novato incómodo, asomó por la esquina un napolitano orondo y bajito con sombrero panamá y un bigote que le temblaba como a un gato satisfecho; entre sus garras tenía a una mujer cuyo corazón bondadoso se le reflejaba en la cara. ¡Cuneo y Samy! Se quedaron una semana; durante ese tiempo el barco estuvo bajo custodia de la ciudad de Cuisery, lo cual era ciertamente lo más apropiado: *Lulu*,

la maníaca de los libros, entre iguales.

Pero ¿de dónde? ¿Por qué? ¿Y eso? Un gran hola.

«¿Se puede saber por qué no enciendes nunca el móvil, ratón de biblioteca?», me espetó Samy. De todas formas, habían dado con el modo de encontrarme. Primero, a través de Max y luego, de madame Rosalette, ¿quién si no? Sigue siendo tan buena como siempre en sus actividades de espionaje. Naturalmente, había escudriñado el matasellos de las cartas que te escribo y hacía semanas que me tenía localizado en Sanary. ¿Qué harían los amigos y los amantes sin las porteras? Quién sabe, quizá todos tenemos una misión en el gran libro de *la vie*. Hay quienes saben amar muy bien, y otros que se acomodan sin dificultad a quienes les aman.

Por supuesto, sé por qué me olvidé del móvil.

Porque había vivido demasiado tiempo en un mundo de papel. Hace muy poco que he empezado a aprender el «aquí».

Durante cuatro días Cuneo me ayudó en las tareas de construcción e intentó que viera que cocinar es como hacer el amor. Fueron unas lecciones extraordinarias, que empezaron en el mercado, donde las cajas de tomates, judías, melones, fruta, ajos, rábanos de los tres tipos, fresas, patatas y cebollas rodeaban a las vendedoras y les pasaban por encima de la cabeza. En la heladería que hay detrás del tiovivo tomamos un helado de caramelo salado. Tenía un sabor suavemente salado y dulce a la vez, con cierto regusto a quemado, y su textura era cremosa. Jamás había probado un helado tan perfecto: ahora tomo uno cada día (y a veces también al atardecer).

Cuneo me enseñó a mirar con las manos. Me enseñó a darme cuenta de cómo se debe manipular cada cosa. Me enseñó a oler y a ver cómo ese olor me dice lo que combina con los alimentos y qué puedo cocinar con cada uno. Puso una taza de café molido en la nevera para eliminar los olores inapropiados. Preparamos platos de pescado asado, hervido, frito y a la parrilla.

Si alguna vez me pides que cocine para ti, te seduciré con todo lo que he aprendido.

Samy me regaló su sabiduría. Mi menuda y gran amiga. De forma excepcional, esta vez no vociferó —como hace por regla general—, sino que me abrazó mientras yo contemplaba el mar y contaba los colores. Con voz muy queda me dijo: «¿Sabes que entre

el final y el reinicio hay un mundo intermedio? Es el tiempo herido, Jean Perdu. Es un pantano en el que se juntan los sueños y las preocupaciones y las intenciones olvidadas. Durante ese tiempo, tus pasos se vuelven más pesados. No subestimes, Jeanno, esa época de tránsito que se encuentra entre la despedida y el reinicio. Date tiempo. Muchas veces, son umbrales demasiado amplios para atravesarlos con un solo paso».

Desde entonces pienso muy a menudo en eso que Samy llama el «tiempo herido», ese mundo intermedio. El umbral que hay que atravesar entre la despedida y un reinicio. Me pregunto si tal vez he empezado ahora a cruzarlo... o si llevo veinte años intentándolo.

¿Conoces ese tiempo herido? ¿El mal de amores se parece al duelo por la muerte de un ser querido? ¿Puedo hacerte estas preguntas?

Seguramente Sanary es uno de los pocos lugares de nuestro país cuyos habitantes sonríen cuando les recomiendo un autor alemán. En cierto modo se sienten orgullosos de haber proporcionado refugio a los escritores y escritoras durante la dictadura. Sin embargo, se conservan muy pocas de las casas que ocuparon, seis o siete a lo sumo; la de Mann fue reconstruida. Las librerías apenas ofrecen sus obras, y eso que aquí se refugiaron varias docenas de escritores. Yo me dedico a ampliar esa sección; MM me ha dado carta blanca.

Figúrate que incluso ha llegado a recomendarme a las autoridades de la ciudad. El alcalde, un hombre atractivo y alto de pelo cano y corto, disfrutó presidiendo el desfile de bomberos del Catorce de Julio. Piensa, Catherine, que en el desfile mostraron cuanto tienen: camiones, tanques, jeeps, incluso una bicicleta y los botes, que llevaron en remolque. Fue fabuloso; a continuación desfiló el personal recién incorporado, con orgullo y serenidad. Sin embargo, la biblioteca del alcalde es un botiquín miserable. Está repleta de nombres sonoros como Camus, Baudelaire, Balzac, todos encuadernados en piel, posiblemente para que las visitas se digan al verlos: «¡Oh, Montesquieu y Proust! ¡Qué aburrimiento!».

He propuesto al alcalde que lea lo que quiera y no lo que crea que puede causar buena impresión, y le he sugerido que no ordene la biblioteca por el color de los libros, ni alfabéticamente, ni por géneros. Es preferible crear grupos temáticos. Por ejemplo, todo lo

referente a Italia en un rincón: libros de cocina, de Donna Leon, novelas, libros ilustrados, ensayos sobre Da Vinci, tratados religiosos de Asís, lo que sea. Todo lo referido al mar, en otro sitio: desde Hemingway a tipos de tiburones, poemas sobre peces y platos de pescado.

Me tiene por más listo de lo que soy en realidad.

En la librería de MM hay un lugar que me encanta. Está justo al lado de los diccionarios: es un espacio tranquilo al que solo de vez en cuando acuden niñas pequeñas que consultan cosas en secreto después de que sus padres se las hayan quitado de encima diciendo: «Aún eres demasiado pequeña, ya te lo explicaré cuando seas mayor». Personalmente considero que no hay preguntas excesivas. Lo único que hay que hacer es adaptar la respuesta.

Me siento en ese rincón, en la escalerilla, adopto una expresión de inteligencia e inspiro y espiro profundamente. No hago nada más.

Desde ese escondite veo el cielo reflejado en la puerta de cristal abierta y, a lo lejos, un trocito de mar. Todo me parece más bello, más suave, a pesar de que aquí casi resulta imposible verlo aún más bello. De las ciudades blancas que hay en la costa entre Marsella y Toulon, Sanary es la única donde la gente vive incluso cuando no hay veraneantes. Evidentemente, de junio a agosto todo gira en torno a ellos y por la noche es imposible encontrar mesa en un restaurante si no has reservado antes. Pero cuando los visitantes se marchan no dejan tras de sí villas vacías y aparcamientos desiertos en el supermercado. Aquí se vive siempre. Las calles son estrechas, las casas, pequeñas, y las fachadas de colores. Los habitantes son una piña y al amanecer los pescadores venden peces enormes desde las barcas. Es una ciudad que podría estar en el Luberon: rural, única, orgullosa. Pero el Luberon es, de hecho, el *arrondissement* veintiuno de París. Sanary es un lugar para la nostalgia.

Todas las noches juego a la petanca: no en el *boulodrom*, sino en el muelle Wilson. Las luces permanecen encendidas hasta una hora antes de la medianoche. Ahí juegan los hombres tranquilos (los ancianos, dirían algunos) y no se habla demasiado.

Es el lugar más bello de Sanary. Se ve el mar, la ciudad, las luces, las bolas, los barcos. Aunque estás metido en la partida, la calma prevalece. No hay aplausos; solo, a veces, un «¡Ah!» quedo, el

chasquido metálico de las bolas y, cuando el *tireur*, que es mi nuevo dentista, hace un buen lanzamiento, un «¡Pang!». A mi padre le encantaría.

Últimamente me imagino muy a menudo jugando con mi padre. Hablando. Riendo. ¡Oh, Catherine, tenemos tantas cosas que contarnos y de las que reírnos!

¿Adónde han ido a parar esos últimos veinte años?

Catherine, el sur está lleno de azules diversos.

Falta tu color. Haría que todo resplandeciera.

JEAN

38

Perdu nadaba todas las mañanas antes de que apretara el calor y todas las tardes antes de la puesta de sol. Había descubierto que era el único modo de desprenderse de su dolor: huyendo de él brazada a brazada.

Lo había intentado también rezando en la iglesia. Cantando. Había recorrido a pie el interior montañoso de Sanary. Se había contado en voz alta la historia de Manon en la iglesia, durante sus excursiones, al amanecer...; había gritado su nombre a las gaviotas y a las águilas ratoneras. Pero eso solo resultaba eficaz a veces.

«Tiempo herido.»

A menudo la pena asomaba a la hora de acostarse. Precisamente entonces, cuando estaba relajado, se colaba sigilosa y lo atenazaba. Él permanecía tumbado a oscuras y lloraba con amargura; en esos instantes el mundo era tan pequeño como su dormitorio, se sentía solo y sin hogar. Temía no poder volver a sonreír y que tal vez ese dolor no cesara nunca.

En esas horas sombrías albergaba en el corazón y la cabeza miles de «¿Qué pasaría si...?». Se atormentaba pensando que su padre moría jugando a la petanca. Que su madre empezaba a hablar con el televisor y se marchitaba de pena. Temía que Catherine leyera en voz alta sus cartas a las amigas y se rieran de él. Le daba miedo tener que llorar siempre por alguna persona a la que amara mucho.

¿Cómo soportar eso durante el resto de la vida? ¿Cómo podía soportarlo alguien?

Deseó haberse quedado paralizado en algún sitio, como una escoba.

Solo el mar podía medirse con su dolor.

Tras nadar vigorosamente, se quedaba de espaldas, con los pies

hacia la arena, y dejaba que el agua lo meciera. Tumbado sobre las olas, con el agua escurriéndose entre sus dedos, extraía del abismo de sus recuerdos las horas que había pasado con Manon. Se aferraba a ellas hasta que desaparecía el pesar por el hecho de que Manon ya no estuviera. Luego las soltaba.

Jean se dejaba mecer por las olas, que lo elevaban y llevaban a cuestas. Poco a poco, muy, muy lentamente, empezó a confiar. No en el mar, de ningún modo, ¡ese error no debía cometerlo nadie! Jean Perdu empezó a confiar de nuevo en sí mismo.

No se vendría abajo. No se ahogaría en sus emociones.

Cada vez que se ponía en manos del mar, perdía parte del miedo. Era su modo de orar.

Durante todo el mes de julio y hasta mediados de agosto.

Una mañana el mar estaba especialmente manso y tranquilo. Jean se adentró en él más que en otras ocasiones. Cuando estuvo muy lejos de la orilla, se dejó llevar por la grata sensación de descansar y sumergirse después de nadar. Sintió una tranquilidad agradable en su interior.

Tal vez se durmió. Tal vez quedó sumido en un duermevela. Entonces las aguas retrocedieron y él se hundió mientras el mar se convertía en aire cálido y hierba blanda. Olía a brisa fresca y sedosa, a cerezas y a mayo. Unos gorriones brincaban en los reposabrazos de una tumbona.

Allí estaba sentada ella.

Manon. Dirigió una sonrisa tierna a Jean.

—Pero ¿qué haces aquí?

En lugar de responder, Jean se acercó, dobló una rodilla y la abrazó. Apoyó la cabeza en el hombro de Manon, como si quisiera esconderse en ella. Manon le revolvió el pelo. No había envejecido ni un ápice. Estaba tan joven y espléndida como la mujer que él había visto por última vez una noche de agosto de hacía veintiún años. Su olor era cálido y vivo.

—Siento haberte dejado en la estacada. Fui un idiota.

—Desde luego que sí, Jean —susurró ella con dulzura.

Algo cambió entonces. Fue como si él se viera con los ojos de Manon. Como si flotara por encima de sí mismo, por encima de los tiempos, por encima de toda su vida desatinada. Contó dos, tres, cinco imágenes de sí mismo... en distintas etapas de la vida.

¡Qué vergüenza! Perdu inclinado sobre un puzle con un paisaje que destrozaba una vez completado para volverlo a montar otra vez.

Otro Perdu, solo en su austera cocina, con la mirada clavada en la pared, una bombilla desnuda sobre la cabeza, mascando queso fundido con el pan de la bolsa de plástico. Porque se negaba a comer lo que le gustaba. Por miedo a que algo despertara en él una reacción emotiva.

El siguiente Perdu, el que ignoraba a las mujeres, sus sonrisas, sus preguntas: «¿Tiene planes para esta noche?» «¿Me llamará usted?». Su calidez cuando presentían, con las antenas para esas cosas que solo tienen las mujeres, que albergaba un gran y tristísimo dolor. Pero también el carácter inconstante de las mujeres, su incapacidad para comprender que él no quería separar sexo y amor.

Y, de nuevo, algo cambió.

Jean tuvo la sensación de que se elevaba agradablemente hacia el cielo como un árbol. Le pareció que era a la vez el revoloteo agitado de una mariposa y el vuelo decidido de un águila ratonera que planeara sobre la cima de una montaña. Notó que el viento le penetraba entre las plumas hasta el vientre... ¡Volaba! Se sumergió en el mar, con energía. Sabía respirar bajo el agua.

Una fuerza desconocida, vigorosa y rotunda latía en su interior. Comprendió al fin lo que le ocurría...

Cuando volvió en sí, las olas lo habían devuelto casi hasta la orilla.

Por algún motivo insondable, esa mañana, después de nadar, después de aquella ensoñación, no se sintió triste. Se sintió enfadado.

¡Furioso!

Sí. La había visto. Sí. Ella le había mostrado la vida inútil que había llevado. ¡Cómo le dolía la soledad en la que había perseverado! Y solo porque no había tenido suficiente valor para confiar de nuevo. Confiar por completo, ya que en el amor no es posible otra cosa.

Se sintió más furioso que cuando el rostro de Manon lo había mirado desde la botella en Bonnieux. Jamás se había sentido tan colérico.

—*Merde*! —gritó a las olas—. ¡Imbécil! ¡Imbécil redomada! ¿Cómo se te ocurrió morirte a media vida?

Detrás, en el paseo asfaltado que recorría la playa, dos corredoras lo miraron con asombro. Se avergonzó, pero solo un momento.

—¿Qué pasa? —les espetó.

Una ira cegadora lo había poseído.

—¿Por qué no llamaste como hace la gente normal? ¿Por qué no me dijiste que estabas enferma? ¿Cómo te atreviste, Manon? ¿Cómo fuiste capaz de acostarte conmigo todas esas noches y no decir nada? ¡Mierda, imbécil! ¡Oh, Dios mío!

No sabía qué hacer con esa furia. Sintió deseos de golpear algo. Se arrodilló y revolvió la arena, escarbó en ella con las dos manos. Cavó y cavó. Airado. Pero eso no bastaba. Se levantó, corrió al agua y aporreó las olas con los puños, las manos, una tras otra. El agua salada le salpicaba los ojos. Le escocían. Siguió golpeando.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué?

No importaba a quién se lo preguntaba: a él, a Manon, a la muerte. Tanto daba. Estaba rabioso.

—Creí que nos conocíamos. Pensaba que estabas de mi parte. Creía que...

Por fin la rabia cuajó. Se hundió en el mar, entre dos olas, se convirtió en un despojo flotante que iría a la deriva hasta otro lugar y haría enojar a otro por la muerte que le había destrozado la vida.

Jean notó las piedras bajo los pies descalzos y tuvo frío.

—Me habría gustado que me lo hubieras dicho, Manon —dijo en tono más tranquilo, sin aliento, desilusionado. Decepcionado.

El mar seguía meciéndose, impasible.

El llanto cesó. Pero Jean siguió pensando en los momentos pasados con Manon y continuó con sus plegarias marinas. Sin embargo, cuando terminaba se quedaba sentado en la playa, dejando que lo secara el sol de la mañana y disfrutando de la sensación de frío. Sí. Disfrutaba paseando descalzo con los pies hundidos en la espuma de las olas; disfrutaba tomándose el primer café del día con el pelo aún mojado y la mirada clavada en el mar y sus colores.

Perdu cocinaba, nadaba, bebía poco, dormía bien y se encontraba a diario con los jugadores de petanca. Seguía

escribiendo cartas. Trabajaba en la *Gran enciclopedia de las pequeñas emociones* y por la tarde, en la librería, vendía libros a personas vestidas con pantalón corto.

En Sanary había cambiado el modo en que unía libros y lectores. A menudo preguntaba: «¿Cómo le gustaría sentirse al acostarse?». Cuando se iban a dormir, la mayoría de sus clientes querían sentirse despreocupados y protegidos.

A otros les preguntaba qué era lo que más les gustaba. Los cocineros adoraban sus cuchillos. Los agentes inmobiliarios, el ruido de los llaveros. A los dentistas les encantaba el brillo de miedo en los ojos de los pacientes; en esto, dicho sea de paso, Perdu vio confirmadas sus sospechas.

Y sobre todo preguntaba: «¿Qué sabor debería tener su libro? ¿A helado? ¿Picante? ¿Avinagrado tal vez? ¿O quizá como un vino rosado fresco?».

En Sanary había descubierto que la comida y la lectura guardaban una estrecha relación, lo cual le había valido el apodo de Gourmet Literario.

Acabó de remozar la casita la segunda mitad de agosto. La compartía con un gato callejero, de carácter arisco y pelo atigrado, que jamás maullaba ni ronroneaba, y que solo acudía por la noche. Se tumbaba siempre junto a la cama y miraba la puerta con expresión de enojo. Así velaba el sueño de Perdu.

Primero lo llamó Olson pero, cuando el animal bufó muy bajito, prefirió llamarlo Psst.

Jean Perdu no quería cometer por segunda vez el error de no mostrar sus sentimientos a una mujer. Aun cuando fueran confusos. Se encontraba todavía en ese espacio intermedio y cualquier posibilidad de reinicio quedaba oculta en la niebla. No habría sido capaz de decir dónde estaría al año siguiente por esas fechas. Solo sabía que tenía que seguir avanzando para descubrir cuál era su destino. Por eso había escrito a Catherine. Una costumbre que había empezado en el río y que continuaba en Sanary, donde le escribía incluso cada tres días.

Samy le había aconsejado: «Inténtalo con el teléfono. Es un aparatito muy excitante, te lo aseguro».

Así pues, una tarde Jean tomó el móvil y marcó un número de París. Catherine debía saber quién era él: un hombre entre la

oscuridad y la luz. Cuando los seres amados mueren, nos volvemos distintos.

—Casa del número veintisiete. ¿Hola? ¿Quién es? ¡Hable de una vez!

—Madame Rosalette... ¿Se ha cambiado el tinte del pelo? —preguntó él con voz entrecortada.

—¡Oh, monsieur Perdu! ¿Cómo...?

—¿Podría darme el número de madame Catherine?

—Por supuesto. Tengo el número de teléfono de todos los habitantes del edificio. Imagínese, esa Gulliver de ahí arriba ha vuelto a...

—¿Puede dármelo?

—¿El de madame Gulliver? ¿Y eso?

—No, querida. El número de Catherine.

—¡Ah, bueno! Le escribe usted muy a menudo, ¿verdad? Lo sé porque madame lleva siempre las cartas consigo; una vez se le cayeron del bolso. No pude evitar verlas; fue el día en que monsieur Goldenberg...

Imposible conseguir de inmediato el número. Tendría que escuchar cuanto madame Rosalette quisiera contarle. Sobre madame Gulliver, cuyas nuevas zapatillas, de color rojo coral, provocaban un estruendo desagradable, innecesario y vanidoso en los escalones. Sobre Kofi, que quería estudiar ciencias políticas. Sobre madame Bomme, que había sido operada de la vista con éxito y ya no usaba lupa para leer. Sobre el concierto que madame Violette había ofrecido desde el balcón. Maravilloso. Alguien había grabado un, cómo lo llaman, ah, sí, un vídeo y lo había colgado en internet, y ahora madame Violette era famosa porque otras personas habían hecho clac o algo parecido.

—¿Quiere decir clic?

—Eso he dicho.

Y, ah, sí, madame Bernhard había renovado la buhardilla y quería alquilársela a un artista. Y su novio. ¡Su novio! ¿Por qué no, ya que estamos, un caballito de mar?

Perdu se apartó un poco el móvil para que la risa no le traicionara. Rosalette seguía parloteando, pero Jean solo pensaba una cosa: Catherine guardaba sus cartas y las llevaba consigo. Fa-bu-lo-so, como diría la portera.

Al cabo de lo que le parecieron horas, la mujer le dictó al fin el número de teléfono.

—Le echamos todos mucho de menos, monsieur —dijo madame Rosalette a continuación—. Solo espero que ya no esté tan tremendamente triste.

Él apretó el móvil.

—Ya no, gracias —respondió.

—De nada —dijo Rosalette con dulzura antes de colgar.

Marcó el número de Catherine, se acercó el móvil a la oreja y cerró los ojos. Sonó una vez, dos...

—¿Diga?

—Eh... Soy yo.

«¿Soy yo? Y cómo va a saber ella quién es yo, por favor.»

—¿Jean?

—Sí.

—¡Oh, Dios mío!

La oyó respirar hondo, apartarse un poco del teléfono, sonarse la nariz y acercarse de nuevo al aparato.

—No esperaba que llamases.

—¿Quieres que cuelgue?

—Ni se te ocurra.

Él sonrió. Por el silencio que siguió, le pareció que ella también sonreía.

—¿Cómo...?

—¿Qué...?

Se rieron. Habían hablado a la vez.

—¿Qué lees ahora? —preguntó él con delicadeza.

—Esos libros que me trajiste. Creo que es la quinta vez que los leo. Y no he lavado el vestido que llevaba en nuestra cita. Conserva un poco el olor de tu loción de afeitado, ¿sabes? Y las frases de los libros me dicen cosas distintas cada vez. Por la noche me pongo el vestido debajo de la mejilla y así te huelo.

Se interrumpió. Él no dijo nada, sorprendido por la felicidad que le había inundado de forma repentina.

Se escucharon en silencio, y a él le pareció que Catherine estaba muy cerca; era como si tuviera a París pegada a la oreja. Le bastaba con abrir los ojos para verla junto a la puerta verde de su piso, y oía su respiración.

—¿Jean?

—Sí, Catherine.

—Mejor, ¿no?

—Sí, mejor.

—Y, sí, el mal de amores es como el duelo por una muerte. Porque te mueres, muere tu futuro, y tú con él..., y ese tiempo herido existe. Y dura un barbaridad.

—Pero va mejor. Ahora lo sé.

Su silencio era agradable.

—No dejo de pensar que no nos hemos besado nunca en la boca —susurró ella atropelladamente.

Él calló, emocionado.

—Hasta mañana —dijo ella, y colgó.

¿Significaba eso que podía llamarla de nuevo?

Se quedó sentado en la oscuridad de la cocina y soltó una carcajada.

39

A finales de agosto se dio cuenta de que había adelgazado. Tenía que apretarse dos agujeros más del cinturón y notaba que la camisa se le tensaba sobre los músculos de los brazos.

Al vestirse se miró en el espejo, que le devolvió la imagen de un hombre muy distinto al que había sido en París. Moreno, musculoso, de porte erguido, pelo oscuro, con algunas canas, que ahora llevaba más largo y peinado hacia atrás. Se había dejado barba, vestía una camisa de lino suelta y algo gastada. Tenía cincuenta años.

«Pronto cincuenta y uno.»

Se acercó al espejo. Durante el verano, con el sol, le habían salido más arrugas. También arrugas de sonreír. Sospechaba además que muchas de las pecas que tenía no eran tales, sino manchas de la edad. Pero eso no le importaba... Estaba vivo. Y eso era lo único importante.

El sol había dado un tono moreno, saludable y lustroso a su cuerpo. Y sus ojos verdes parecían aún más claros.

En opinión de MM, su jefa, con la barba de tres días parecía un bribón elegante. Solo las gafas de lectura impedían que diera esa impresión.

MM se había acercado a él una tarde de sábado. Había sido una tarde tranquila. La siguiente oleada de inquilinos de casas de vacaciones acababa de llegar y aún estaba demasiado deslumbrada por los placeres veraniegos. Tenían en la cabeza otras cosas que acudir a una librería. Al cabo de un par de semanas aparecerían para comprar las postales obligadas antes de la partida.

—¿Y usted? —le había dicho MM—. ¿Qué sabor tiene su libro favorito? ¿Qué libro le redime de todo mal?

Lo preguntó con una sonrisa, porque sus amigas querían saberlo: el Gourmet Literario les resultaba fascinante.

Sanary seguía deparando a Jean un buen descanso. Su libro favorito, dijo, debería tener el sabor de las patatas al romero, su primera comida con Catherine.

«¿Cuál es el que me redime?»

Cuando supo la respuesta estuvo a punto de echarse a reír.

—Los libros son capaces de muchas cosas, pero no de todo. Las cosas más importantes hay que vivirlas, no leerlas. Mi libro tengo que... vivirlo.

MM le dirigió una amplia sonrisa.

—Lástima que su corazón esté completamente ciego para mujeres como yo.

—También para las demás, madame.

—Sí, eso me consuela —dijo ella—, un poco.

En las tardes en que el calor resultaba casi amenazador, Perdu se quedaba tumbado en la cama, en pantalón corto y con toallas húmedas en la frente, el pecho y los pies.

Dejaba abierta la puerta que daba a la terraza y las cortinas se mecían pesadamente con la cálida brisa, que le acariciaba el cuerpo mientras dormitaba.

Era bueno regresar al propio cuerpo. Ser una criatura viva, capaz de sentir. Y no un ser entumecido y marchito. Desechado y hostil.

Perdu se había acostumbrado a pensar a través del cuerpo, como si paseara por su alma y viera todos sus recovecos.

Sí. El dolor habitaba en su pecho. Se lo oprimía cuando hacía acto de presencia, le dejaba sin aire y empequeñecía el mundo. Pero Jean ya no le tenía miedo. Cuando llegaba, permitía que circulara por él.

La garganta pertenecía al miedo. Si respiraba con tranquilidad durante un buen rato, lograba que ocupara menos espacio. Con cada respiración, el miedo se reducía, hasta que se convertía en una bola, y Jean se imaginaba arrojándoselo a Psst para que jugara con él y lo expulsara de casa.

La alegría le bailaba en el plexo solar. Él le permitía bailar. Pensaba en Samy y Cuneo, en las cartas de Max, increíblemente divertidas, en las que un nombre aparecía cada vez con mayor

frecuencia: Vic. La muchacha del tractor. Se imaginaba a Max corriendo por las viñas detrás de un tractor rojo, a lo largo y ancho del Luberon, y se echaba a reír.

Curiosamente, el amor había decidido instalarse en la lengua. Jean paladeaba el sabor del hueco en la base del cuello de Catherine.

Sonrió con los ojos cerrados. En ese lugar, con la luz y el calor del sur, había recuperado algo más. Una tensión. Una sensibilidad. El deseo.

Muchos días, cuando estaba sentado en un muro detrás del puerto contemplando el mar abierto o leyendo, el calor del sol bastaba para que sintiera una tensión agradable, atractiva e inquietante.

También ahí abajo su cuerpo se libraba de la tristeza.

Llevaba dos décadas sin acostarse con una mujer. Tenía muchas ganas de hacerlo. Dejó que su pensamiento vagara hasta Catherine.

Seguía sintiéndola en la palma de las manos, conocía el tacto de su pelo, de su piel, de sus músculos...

Imaginó el tacto de sus muslos. Sus pechos. Cómo sería contemplarla y oír sus jadeos. Se aproximarían el uno al otro hasta quedar piel contra piel, un vientre se uniría al otro, y la alegría de uno se fundiría en la del otro. Todo eso se imaginaba.

—He vuelto —susurró.

Mientras vivía, comía, nadaba y vendía libros y ponía la centrifugadora de la nueva lavadora, llegó un momento en que se dio cuenta de que tenía que dar un paso más.

Ocurrió sin más. Al final de las vacaciones, el 28 de agosto.

Estaba sentado ante la ensalada del mediodía, pensando si encender una vela por Manon en la capilla Notre Dame de Pitié o bien ir a Portisol a nadar. Y de pronto advirtió que ya no sentía rabia en su interior. No había nada que le quemara. Nada que provocara lágrimas de horror y de pérdida.

Se levantó y se dirigió intranquilo a la terraza.

¿Era eso posible?

¿Era realmente cierto?

¿O acaso el dolor le gastaba una broma pesada y volvería a colarse precipitadamente por la puerta principal?

Había llegado al fondo de su dolor amargo y triste. Lo había

llorado, llorado y llorado. Y, de pronto, en su interior volvía a haber sitio.

Entró corriendo en casa. Junto al aparador tenía siempre un bolígrafo y papel. Entonces escribió, con impaciencia:

Catherine:

No sé si venceremos y no nos haremos nunca daño. Posiblemente no será así, pues al fin y al cabo somos seres humanos.

Sin embargo ahora, en este instante que tanto he deseado que llegara, al fin sé que una vida contigo me hará dormir mejor. Y despertar. Y amar mejor también.

Quiero cocinar para ti cuando el hambre te haga sentir malhumorada. Da igual el tipo de hambre: hambre de vivir, de amar, de luz, de mar, de viajar, de leer o de descanso...

Quiero ponerte crema en las manos después de que hayas acariciado demasiadas piedras ásperas: en mis sueños eres una salvadora de piedras capaz de ver los flujos del corazón debajo de las capas de piedra.

Quiero verte caminar por un sendero de arena y ver cómo te vuelves a esperarme.

Quiero todas las cosas, las grandes y las pequeñas: pelearme contigo y luego reírme de eso. Quiero servirte cacao en tu taza preferida un día de frío; al salir de una fiesta con amigos agradables y divertidos, quiero abrirte la puerta del coche y verte entrar feliz en el vehículo.

Quiero notar tu pequeño trasero contra mi vientre caliente. Quiero miles de cosas, grandes y pequeñas, contigo, con nosotros, tú, yo, los dos juntos, tú en mí y yo en ti.

Catherine, te lo ruego: ¡ven! ¡Ven pronto! ¡Ven conmigo! El amor es mucho mejor que la fama que tiene.

JEAN

P. S.: ¡De verdad!

40

El 4 de septiembre Jean salió pronto de casa para llegar puntual a la librería después de su paseo habitual por la rue de Colline y en torno al puerto de pescadores.

El otoño estaba a la vuelta de la esquina y con él llegaban clientes que preferían los castillos de libros a los castillos de arena. Había sido siempre su estación favorita. Los nuevos libros eran la promesa de nuevas amistades, nuevos puntos de vista, nuevas aventuras.

La luz ardiente del verano se había vuelto más suave con la proximidad del otoño. Más agradable. Protegía Sanary de la tierra interior seca como un velo.

Alternaba los desayunos en el Lyon, en el Nautique y en el club náutico del puerto. El ambiente, desde luego, no era el mismo que en los tiempos en que Brecht había entonado ahí las canciones en que se burlaba de los nacionalsocialistas. Con todo, aún se percibía cierto hálito de exilio. Los cafés eran islas de barullo beneficioso en su vida solitaria con el gato Psst. En cierto modo, reemplazaban un poco a la familia y tenían cierto aire parisino. Eran confesionarios y agencias de prensa: en ellos era posible saber con exactitud cuanto se cocía entre bastidores en Sanary, cómo iba la pesca en la época de las algas o cómo se preparaban los jugadores de petanca para los campeonatos de otoño. Los jugadores del muelle Wilson le habían ofrecido el puesto de suplente del primer tirador: era todo un honor ser elegido suplente para una competición. Los cafés eran sitios en los que Perdu podía sentirse vivo sin que llamara la atención si no hablaba o no se mezclaba con los demás.

A veces se quedaba sentado en un rincón y hablaba por teléfono con su padre, Joaquin. Como esa mañana. Cuando le mencionó el

torneo de petanca de Ciotat, su padre se mostró dispuesto a pulir las bolas e ir hacia allá.

—No, por favor —le imploró Perdu.

—¿No? Vaya, vaya. ¿Y cómo se llama ella?

—¿Es que siempre tiene que ser una mujer?

—¿Así que sigue siendo la misma?

Perdu se echó a reír. Los dos Perdu rieron.

—¿Te gustan los tractores? —preguntó Jean entonces—. ¿Te gustaban cuando eras pequeño?

—Querido Jeanno, yo adoro los tractores. ¿A qué viene esa pregunta?

—Max ha conocido a alguien. Una muchacha que conduce tractores.

—¿Una muchacha que conduce tractores? Eso es fabuloso. ¿Cuándo vamos a conocer a Max? Te cae muy bien, ¿verdad?

—¿Y quién es ese «nosotros»? ¿Otra novia nueva a quien no le gusta cocinar?

—Oh, tonterías. Es tu madre. Sí, vale, sí, por mí puedes decir lo que quieras o callar. Madame Bernier y yo. ¿Qué pasa? ¿Acaso está prohibido citarse con la ex mujer? Desde el Catorce de Julio..., lo nuestro es algo más que un escarceo. Ella, claro está, no lo ve como yo. Dice que solo tenemos un lío y que no debería hacerme ilusiones.

Joaquin Perdu soltó sus carcajadas de fumador, que inmediatamente se convirtieron en una tos divertida.

—¡Qué caray! —dijo después—. Lirabelle es mi mejor amiga. Me gusta cómo huele, y nunca ha querido cambiarme. Además, cocina tan bien que hace que me sienta más feliz con la vida. ¿Y sabes qué, Jeanno? En la vida, al hacerte mayor, quieres estar con alguien con quien puedas hablar y reír.

Sin duda su padre habría suscrito de inmediato la filosofía de Cuneo, quien consideraba que había tres elementos necesarios para volver a ser realmente «feliz».

Primero: la buena comida. Nada de porquerías que solo consiguen que te sientas infeliz, vago y gordo.

Segundo: dormir bien (con más deporte, menos alcohol y pensamientos más bonitos).

Tercero: estar con personas amables que, a su modo, quieran

comprenderte.

Había un cuarto elemento: más sexo. Eso, en realidad, lo había dicho Samy y Perdu no veía motivos para contárselo a su padre.

Luego, cuando salía del café para ir a la librería, acostumbraba a hablar con su madre. Siempre sostenía el móvil contra el viento para que ella oyera las olas y las gaviotas. Esa mañana de septiembre el mar estaba en calma y Jean le preguntó: —He oído que últimamente papá va a menudo a comer a tu casa.

—Bueno, ya sabes... Ese hombre no sabe cocinar, ¿qué remedio me queda?

—Pero ¿la cena y el desayuno también? ¿Y con pernoctación incluida? ¿Acaso el pobre no tiene cama?

—Lo dices como si hiciésemos algo inmoral.

—Nunca te he dicho que te quiero, mamá.

—Ay, hijo mío querido...

Perdu la oyó abrir y cerrar una cajita. Conocía ese chasquido y sabía también qué cajita era. En su interior había pañuelos de papel. Madame Bernier, siempre estilosa, incluso cuando se ponía sentimental.

—Yo también te quiero, Jean. Tengo la impresión de que jamás te lo he dicho, de que solo lo he pensado. ¿Es así?

Era así.

—De todos modos, lo he sabido siempre —dijo él—. No tienes que repetírmelo cada pocos años.

Ella se echó a reír y le llamó sinvergüenza.

«Estupendo. Tengo casi cincuenta y un años y sigo siendo un niño.»

Lirabelle se quejó un poco más de su ex marido, pero con un tono cariñoso. También se lamentó de la temporada literaria, pero lo hizo por pura costumbre. Todo era como siempre había sido, pero, a la vez, totalmente distinto.

Cuando Jean llegó a la librería procedente del muelle, MM estaba colocando el expositor de postales ante la entrada de la tienda.

—¡Hoy será un buen día! —exclamó madame Monfrere.

Él le dio una bolsa de cruasanes.

—Sí, eso creo yo también.

Poco antes del atardecer, Jean se retiró a su lugar favorito, ese

desde donde podía ver la puerta, el cielo reflejado en ella y un pedazo de mar.

Entonces, cuando estaba sumido en sus cavilaciones, la vio.

Contempló su imagen reflejada; daba la impresión de haber surgido directamente de las nubes y el agua. Lo embargó una alegría infinita.

Jean Perdu se puso de pie.

Tenía el pulso acelerado.

Nunca se había sentido tan preparado.

«¡Es el momento!», se dijo.

En ese momento los tiempos volvían a fluir juntos. Por fin él salía de su tiempo petrificado, el tiempo detenido y herido. En ese momento.

Catherine llevaba un vestido gris azulado que resaltaba sus ojos. Caminaba con un suave contoneo, la espalda erguida y un paso más decidido que entonces...

¿Entonces?

«También ella ha recorrido el trecho que separa el final del principio.»

Se quedó un momento quieta junto al mostrador, como si quisiera orientarse.

MM preguntó:

—¿Busca algo especial, madame?

—Gracias, sí. Llevo buscando mucho tiempo, pero por fin lo he encontrado. Lo especial —dijo Catherine mirando a Jean con una sonrisa radiante.

Se encaminó directamente hacia él, que corría a su encuentro con el corazón desbocado.

—No te imaginas el tiempo que llevaba esperando a que por fin me pidieras que viniera contigo.

—¿De verdad?

—Así es. Y, además, tengo mucha hambre —dijo Catherine.

Jean Perdu sabía exactamente a qué se refería.

Aquella tarde se besaron por vez primera. Después de cenar, del prolongado y hermoso paseo junto al mar, de las largas y ligeras conversaciones en el jardín de los hibiscos bajo la techumbre, donde bebieron poco vino y mucha agua y, sobre todo, disfrutaron de la compañía mutua.

—Este calor es un consuelo —dijo Catherine en algún momento.

Tenía razón. El sol de Sanary le había librado a él de toda la frialdad que había llevado en su interior y le había secado las lágrimas.

—Y da valor —susurró él—. Da valor para confiar.

Con la brisa nocturna, sintiéndose ambos confusos y encantados con su valor para volver a confiar en la vida, se besaron.

A Jean le pareció como si besara por primera vez.

Los labios de Catherine eran suaves y se abrieron levemente y de forma agradable para adaptarse a los suyos. ¡Qué felicidad comer, beber, sentir y acariciarse por fin...! ¡Y qué deseo!

Rodeó con el brazo a esa mujer y le besó y mordió con dulzura la boca, cuyo contorno resiguió con los labios; le besó las mejillas hasta las sienes, perfumadas y delicadas. Atrajo a Catherine hacia sí, sintiéndose repleto de cariño y de alivio. No volvería a dormir mal si esa mujer estaba a su lado. Nunca. Nunca más la soledad le agriaría el carácter. Estaba salvado. Se quedaron abrazados.

—Oye —dijo ella al fin.

—¿Sí?

—He estado pensando. La última vez que me acosté con mi ex marido fue en dos mil tres. Yo entonces tenía treinta y ocho años. Creo que fue un descuido.

—Fantástico. Entonces eres la que más experiencia tiene de los dos Rieron.

«Es extraordinario —se dijo Perdu— cómo la risa puede borrar de un plumazo las privaciones y el dolor. Con solo reír una vez, todos los años se funden y se desvanecen.»

—De todos modos, hay algo qué aún recuerdo —admitió él—. El amor en la playa está sobrevalorado.

—La arena se mete donde no debe.

—Y además están los mosquitos.

—Pero ¿los mosquitos son de playa o están en otros sitios?

—La verdad, Catherine, no tengo ni idea.

—En tal caso, te enseñaré una cosa —dijo ella con voz ronca. Su rostro parecía joven y atrevido cuando llevó a Jean al segundo dormitorio.

A la luz de la luna, él vio que una sombra de cuatro patas salía con sigilo. Psst se quedó en la terraza y, comprensivo, volvió hacia

ellos su lomo rojiblanco atigrado.

«Ojalá le guste mi cuerpo. Ojalá la fuerza no me abandone. Ojalá sepa acariciarla como a ella le gusta. Ojalá...»

—¡Deja de pensar, Jean Perdu! —le ordenó Catherine con suavidad.

—¿Te has dado cuenta?

—Me resulta muy fácil leerte el pensamiento, querido —susurró ella—. Ah, cariño, qué ganas tenía de que..., y tú...

Siguieron susurrándose cosas, pero fueron frases sin inicio ni final.

Él le quitó el vestido, debajo del cual Catherine solo llevaba unas bragas blancas sencillas.

Ella le desabrochó la camisa, hundió la cara en su cuello y en su pecho y aspiró el olor de su cuerpo. Jean percibió cómo el aliento de ella lo acariciaba y dejó de preocuparse por sus fuerzas, pues las había sentido al ver en la oscuridad el brillo del sencillo triángulo blanco de algodón y posar las manos en el cuerpo de ella.

Durante todo septiembre disfrutaron de Sanary-sur-Mer. Luego Jean quedó por fin saciado de las luces del sur. Se había perdido y se había encontrado. El tiempo herido había terminado.

Ahora podía ir a Bonnieux y poner fin a esa etapa.

41

Cuando Catherine y Jean se marcharon de Sanary, el pueblecito de pescadores se había convertido para ellos en una patria secreta. Lo bastante pequeña para caber entera en sus corazones. Lo bastante grande para resguardarlos. Lo bastante hermosa para ser, por siempre, un lugar de nostalgia del conocimiento mutuo al que se habían entregado. Sanary significaba ahora felicidad, paz, tranquilidad; significaba sentir muy dentro a alguien que, en realidad, era un desconocido al que amaban sin poder explicarse el motivo. ¿Quién eres? ¿Cómo harías...? ¿Cómo te sientes? ¿Qué derroteros sigue tu ánimo durante una hora? ¿Y durante un día? ¿Y durante varias semanas? Todo eso lo descubrieron fácilmente en esa patria del tamaño del corazón. Jean y Catherine se aproximaron durante las horas tranquilas y rehuyeron el ruido y el bullicio: ferias, el mercado, el teatro, conferencias...

Septiembre tiñó su profundo y sosegado aprendizaje amoroso de los colores comprendidos entre el amarillo y el malva, entre el dorado y el violeta. Las buganvillas, el mar agitado, las fachadas de colores de las casas del puerto, que destilaban orgullo e historia, la grava dorada, que crujía con sus pasos, las pistas de petanca... ese fue el escenario donde desplegaron su cariño, su amistad y su profundo entendimiento.

Se acariciaban siempre con gestos lentos.

A menudo, cuando empezaban a seducirse, Jean se decía que todo cuanto es importante debería hacerse siempre más lentamente. Se besaban con calma, se desnudaban sin ansia, se daban tiempo para tumbarse y todavía más para fundirse el uno en el otro. Esa concentración, tan manifiesta y profunda, provocaba una pasión especialmente intensa en su cuerpo, su alma y sus emociones.

Tenían la sensación de ser acariciados simultáneamente por todas partes.

Cada vez que se acostaba con Catherine, Jean Perdu tenía la impresión de acercarse de nuevo al río de la vida. Había permanecido veinte años apartado de la corriente, solitario y obstinado, evitando colores y caricias, olores y músicas.

Y ahora... volvía a nadar.

Jean vivía porque amaba. Ahora conocía cientos de detalles sobre Catherine. Por ejemplo, que al levantarse por la mañana seguía un poco presa de los sueños. A veces estos eran melancólicos y, durante unas horas, Catherine se sentía irritable, o avergonzada, o molesta, o inquieta por algo que había experimentado en la oscuridad de la noche. Esa era la lucha diaria que ella libraba en el mundo intermedio. Jean descubrió que podía expulsar a los fantasmas del sueño preparándole café y acompañándola hasta el mar para que se lo bebiera ahí.

—Porque me amas aprendo a amarme a mí misma —le dijo Catherine una mañana en que el mar, de color azul grisáceo, todavía estaba adormecido—. He tomado siempre lo que la vida me ha dado..., pero nunca me he ofrecido nada a mí misma. No me he ocupado debidamente de mí.

Mientras la estrechaba entre sus brazos con cariño, Jean se dijo que a él le pasaba lo mismo. Él se amaba porque Catherine lo amaba.

Entonces llegó una noche en que fue ella quien lo estrechó entre sus brazos porque Jean fue presa de su segundo gran acceso de rabia. Esta vez dirigida contra sí mismo.

¡Cómo se maldijo, desesperado, con la ira de quien se da cuenta, con dolorosa claridad, de que el tiempo perdido no puede recuperarse, y de que el tiempo que falta para el final de la vida es atrozmente corto! Catherine no lo interrumpió, no lo tranquilizó, no le dio la espalda.

Luego Jean recuperó la calma. Porque ese escaso tiempo era suficiente. Porque unos pocos días pueden ser toda una vida.

Y ahora: Bonnieux. El lugar de su pasado más antiguo. Un pasado que seguía dentro de Jean, pero que ya no era lo único sobre lo que se sustentaba el armazón de sus emociones. Por fin tenía un presente con el que hacer frente al pasado.

Por eso le resultaba más fácil regresar, pensó Jean cuando, un atardecer de finales de octubre, Catherine y él tomaron la estrecha y escarpada carretera que va de Lourmarin —una localidad, se dijo Perdu, que era como una sanguijuela para los turistas, a los que sacaba todo el jugo— a Bonnieux. En el trayecto adelantaron a ciclistas y oyeron disparos de cazadores en las montañas abismales. De vez en cuando, unos árboles sin hojas les brindaban sombras raquíticas; por lo demás, el sol impregnaba todos los colores. Después del movimiento vivo del mar, la inconmensurable quietud de los montes del Luberon le pareció a Jean inhóspita y severa. Tenía ganas de ver a Max. Muchas ganas. El chico les había reservado una habitación en casa de madame Bonnet, en el antiguo escondite de la resistencia, bajo el tejado y rodeado de hiedra.

Max pasó a recogerlos después de que se hubieran acomodado y los llevó a su palomar. Sobre el muro ancho junto a la fuente había dispuesto un picnic para que recuperaran las fuerzas: vino, fruta, jamón y una baguette. Era temporada de trufas y de lectura, la tierra olía a hierbas silvestres y refulgía con los colores otoñales, rojos herrumbrosos y amarillos de la vid.

Jean encontró más moreno a Max. Más moreno y más adulto.

En esos dos meses y medio que había pasado solo en el Luberon se había integrado tan bien que se habría dicho que en su corazón había sido siempre un hombre del sur. Pero a Jean también le pareció muy cansado.

—¿Quién puede dormir cuando la tierra baila? —le contestó crípticamente Max cuando Jean se lo comentó.

Max contó que durante su «enfermedad» madame lo había empleado como «chico para todo». Ella y su marido Gérard tenían más de sesenta años, y la propiedad, con tres casas y pisos de veraneo, era demasiado grande para envejecer en ella. Cultivaban verdura y fruta y elaboraban un poco de vino; Max les echaba una mano a cambio de alojamiento y comida. Su palomar estaba repleto de notas, historias y bocetos. Por las noches escribía; por la mañana, hasta el mediodía, y por la tarde trabajaba en aquellas tierras fértiles y hacía cuanto le encargaba Gérard: podar vides, arrancar malas hierbas, recoger fruta, reparar tejados, sembrar, cosechar, cavar, cargar la camioneta de reparto e ir al mercado con Gérard; buscar setas moteadas, limpiar trufas, podar cipreses en forma de

menhires vivientes, limpiar la piscina y, todas las mañanas, ir a buscar el pan para los huéspedes que tenían el desayuno incluido.

—Ahora sé conducir un tractor y conozco el canto de todas las ranas —explicó a Jean con una sonrisa irónica.

El sol, el viento y andar por la tierra de la Provenza habían dado al joven urbanita el rostro de un hombre hecho y derecho.

—¿Y esa enfermedad? —preguntó Jean cuando Max, después de su narración, les sirvió una copa de vino blanco del Ventoux—. ¿Qué te pasó? No me contaste nada en tus cartas.

Max enrojeció bajo su piel morena y se puso algo nervioso.

—Es la que sufre un hombre cuando se enamora de verdad —reconoció—: insomnio, pesadillas, perder la cabeza. No poder leer, ni escribir, ni comer. Posiblemente al darse cuenta Brigitte y Gérard no pudieron permanecer de brazos cruzados y me impusieron todo tipo de actividades para que no enloqueciera. Por eso trabajo para ellos. Me ayuda, a ellos les viene bien y no hablamos de dinero. Es ideal.

—La chica del tractor rojo, ¿no? —preguntó Jean.

Max asintió. Luego tomó aire, como para darse impulso.

—Exacto. La chica del tractor rojo. De hecho, está bien que hayamos sacado el tema, porque tengo que contarte algo sobre ella que...

—¡El mistral se acerca! —gritó madame Bonnet con expresión preocupada, interrumpiendo así la confesión de Max.

La diminuta y vigorosa mujer se aproximó vestida, como siempre, con pantalón corto y camisa de hombre. Llevaba una cesta de fruta en la mano y señalaba el molinete que había junto a un arriate de lavanda. Hasta entonces tan solo una suave brisa había movido las aspas, pero el cielo se había teñido de un azul oscuro muy intenso. Las nubes parecían haberse disipado y la lejanía haberse aproximado. El monte Ventoux y las Cevenas se distinguían con claridad. Era la señal característica de la inminente llegada de aquel fuerte viento del noroeste.

Después de saludarles, Brigitte preguntó:

—¿Alguna vez han sentido el efecto del mistral?

Catherine, Jean y Max la miraron sin comprenderla.

—Aquí lo llamamos *maestrale*, «el señor». O *vent du fada*. Es un viento que vuelve loca a la gente. Tenemos las casas orientadas de

forma que apenas les dé de frente —explicó señalando su granja—. Para que no se cebe en ellas. Cuando llegue no solo hará más frío, sino que se oirán más los ruidos. Todos los movimientos se vuelven más pesados. Durante unos días estaremos todos un poco locos. Lo mejor es que de momento no hablen de nada importante. Si no, podrían pelearse.

—¿Ah, sí? —dijo Max en voz baja.

Madame Bonnet lo miró atentamente con una sonrisa cariñosa en su rostro de color nuez.

—Sí. Es como cuando uno no sabe si su amor es correspondido; así pone de loco y tonto y nervioso el *vent du fada*. Pero una vez que ha pasado todo queda limpio y nítido. La tierra y la cabeza. Todo vuelve a estar limpio y la vida empieza de nuevo.

Se despidió diciendo:

—Voy a cerrar los parasoles y a afianzar las sillas.

Jean le preguntó a Max:

—¿Qué ibas a contarnos?

—Oh, bueno, lo he olvidado —dijo rápidamente Max—. ¿Tenéis apetito?

Pasaron la velada en el diminuto restaurante Un p'tit coin de cuisine, de Bonnieux, con una vista fabulosa del valle y de la puesta de sol, de color rojo dorado, a la que siguió un cielo estrellado tan claro y brillante que el destello de las luces parecía glacial. Tom, un camarero alegre, les sirvió pizza provenzal sobre tablas de maderas y cordero a la cazuela.

En aquella mesita roja y tambaleante, bajo la acogedora bóveda de piedra, Catherine parecía un elemento nuevo y reconfortante en el enlace químico que unía a Max y a Jean. Su presencia emanaba armonía y calor. Catherine miraba a las personas como si se las tomara muy en serio. Max habló de sí mismo, de su infancia, de sus fracasos amorosos y de por qué había huido del ruido, algo que no habría explicado a Jean y, posiblemente, a ningún otro hombre.

Mientras ambos conversaban, Jean se evadía mentalmente de vez en cuando. El cementerio estaba apenas a unos cientos de metros por encima de su cabeza, en el monte de los cerezos. Solo le separaban de él unos cuantos miles de toneladas de piedra y de vergüenza.

Cuando tomaron el camino que conducía al valle, con una

ventolera notablemente más fuerte, Jean se preguntó si tal vez Max había contado tantas cosas para no hablar de la muchacha del tractor.

Max los acompañó hasta su habitación.

—Por favor, adelántate —pidió Jean a Catherine.

Max y él se quedaron solos en la oscuridad, entre el edificio principal y el granero. El viento arreciaba y ululaba en las esquinas.

—¿Qué querías decirme, Max? —preguntó Jean con delicadeza.

Jordan no contestó.

—¿No será mejor que esperemos a que el viento amaine? —dijo finalmente.

—¿Tan malo es?

—Lo suficiente para que no haya querido decírtelo hasta que estuvieras aquí. Pero no es... mortal. Bueno, eso espero.

—Dímelo, Max, dímelo. De lo contrario me agobiaré imaginando cosas. Te lo ruego.

«Como, por ejemplo, que Manon está viva y solo me ha gastado una broma.»

Max asintió. El mistral aullaba.

—El marido de Manon, Luc Basset, se casó de nuevo tres años después de la muerte de Manon. Con Mila, una cocinera muy conocida en la zona —explicó Max—. El viñedo fue un regalo de boda del padre de Manon. Produce vinos blancos y tintos. Son... muy apreciados. Y el restaurante de Mila, también.

Jean Perdu sintió una punzada de celos.

Luc y Mila tenían un viñedo, una hacienda y un restaurante muy concurrido. Seguramente también tenían un jardín; tenían la cálida y florida Provenza y alguien a quien contarle todo cuanto les conmovía... Luc, simplemente, había recuperado la felicidad. Aunque era posible que al viticultor no le hubiera resultado fácil, en ese momento Jean no era capaz de ver las cosas de otro modo.

—¡Mira qué bonito! —murmuró con más sarcasmo del que pretendía.

Max resopló.

—¿Y qué esperabas? ¿Que Luc deambulara de un lado para otro con un flagelo, que no viera a ninguna otra mujer y esperara la muerte con una hogaza de pan duro, olivas secas y ajo?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues eso —replicó Max—. Cada persona encara el duelo de forma distinta. El viticultor optó por la variante «nueva mujer». ¿Y qué? ¿Qué tiene de reprobable? ¿Acaso debería haber hecho... como tú?

Perdu sintió que se enfadaba.

—En este momento me gustaría partirte la cara, Max.

—Ya lo sé —respondió Max—. Pero también sé que luego aún podríamos envejecer juntos. ¡Mira que eres tonto!

—Es el mistral —comentó madame Bonnet con el rostro sombrío. Les había oído discutir al dirigirse a su casa por el camino de grava.

—Lo siento —dijo Jean con voz ronca.

—Yo también. Maldito viento.

Se quedaron en silencio. Tal vez el viento fuera una mera excusa.

—¿Piensas visitar a Luc de todos modos? —quiso saber Max.

—Sí, claro.

—Tengo que contarte otra cosa. Ahora que estás aquí.

En cuanto Max le hubo explicado lo que le había puesto prácticamente enfermo durante las últimas semanas, Jean creyó que había oído mal por culpa de los silbidos y aullidos del viento. No era de extrañar: lo que le contó era tan bello y tremendo a la vez que difícilmente podía ser cierto.

42

Max se sirvió unas cucharadas más de los huevos revueltos con trufa, de olor delicioso, que Brigitte Bonnet les había preparado para desayunar. Tal como manda la tradición provenzal, había dejado durante tres días nueve huevos frescos en un frasco de cristal cerrado con una de las primeras trufas del invierno, para que se impregnaran del aroma de estas. Luego los había revuelto con cuidado y los había adornado con unas rodajas finísimas de trufa. Su sabor era voluptuoso, salvaje; sabían casi a carne y a tierra.

Jean pensó que era sin duda un manjar exquisito para despedirse de la vida.

Temía que ese fuera el día más difícil y largo de toda su vida.

Comió como si rezara. No pronunció palabra y lo degustó todo en silencio y muy concentrado, como si quisiera tener algo a lo que asirse en las horas venideras.

Además de los huevos revueltos, había jugosos melones de Cavaillon, de color blanco y naranja; café aromático con leche humeante y azucarada, servido en tazas grandes con dibujos de flores. Y confitura casera de ciruelas con lavanda, una baguette recién salida del horno y cruasanes de mantequilla, que Max, como siempre, había ido a comprar a Bonnieux en una motocicleta prácticamente agónica.

Jean levantó la mirada del plato. Ahí arriba se alzaba la antigua iglesia románica de Bonnieux. A su lado estaba el muro del cementerio, que resplandecía. Cruces de piedra se elevaban hacia el cielo.

Recordó entonces la promesa que había roto.

«Me gustaría que murieras antes que yo.»

Luego ella se había apoderado de su cuerpo y había empezado a

gemir: «¡Júralo! ¡Júramelo!».

Él se lo había jurado.

Hoy sabía que entonces Manon ya sabía que él no podría cumplir su palabra.

«No quiero que tengas que recorrer solo el tramo hasta mi tumba.»

Sin embargo, ahora tenía que recorrer ese último tramo solo.

Los tres partieron después del desayuno, en una peregrinación entre bosques de cipreses, frutales, huertos y viñedos.

Al cabo de media hora, entre las hileras de vides asomó la hacienda de Basset, un edificio alargado de tres plantas pintado de amarillo claro; una mansión flanqueada por altos castaños, hayas rojas y robles de troncos gruesos.

Perdu observó con inquietud esa magnífica frondosidad. El viento jugueteaba con los arbustos y los árboles.

Notó que algo se agitaba en su interior. No era envidia, ni celos, ni el enojo de la noche anterior. Era...

«A menudo las cosas no son como temíamos.»

Era afecto. Sí. Sentía un afecto desmedido. Por el lugar, por las personas que habían llamado Manon a su vino y se habían dedicado a reconstruir su felicidad.

Esa mañana Max tuvo el acierto de permanecer callado.

Jean cogió a Catherine de la mano.

—Gracias —dijo.

Ella comprendió lo que quería decir.

A la derecha del edificio principal se levantaba una nave de reciente construcción. Albergaba remolques, tractores grandes y pequeños y ese tractor especial para vides, con neumáticos altos y estrechos.

Debajo de un tractor rojo asomaban a medias unas piernas enfundadas en un mono de trabajo, y de las profundidades de la máquina salían blasfemias ocurrentes y el típico tintineo de herramientas.

—¡*Salut*, Victoria! —exclamó Max con una voz en la que se mezclaban la alegría y la tristeza.

—Vaya, si está aquí don Servilleta... —espetó una voz de mujer joven.

Un segundo más tarde, la muchacha del tractor se deslizó de

debajo del vehículo. Azorada, se pasó la mano por su expresivo rostro con intención de limpiárselo, pero solo logró empeorar las cosas y correr las manchas de suciedad y de aceite.

Aunque Jean estaba preparado, aquello fue peor de lo que había supuesto.

Ante sí tenía una Manon de veinte años. Sin maquillaje, con el pelo más largo y el cuerpo más joven.

Por supuesto, no podía parecerse a Manon. Al contemplar a esa muchacha poderosa, encantadora y segura de sí misma, su imagen se desvaneció a ojos de Perdu. En nueve de diez ocasiones no supo ver a Manon en ella, pero en la décima la vislumbró en ese joven rostro vivaracho.

Victoria solo tenía ojos para Max, lo miró de la cabeza a los pies, observó su calzado de trabajo, sus pantalones gastados, su camisa vieja. En su mirada brilló algo parecido a la aprobación. Asintió complacida.

—¿Llamas don Servilleta a Max? —preguntó Catherine con un tono fingidamente inocente.

—En efecto —dijo Vic—. Era de esas personas que usan servilletas, toman el metro en lugar de ir a pie, conocen los perros solo si van en bolsas de mano, etcétera.

—Por favor, disculpad a la chica. En el campo los modales solo se aprenden poco antes del matrimonio —bromeó Max.

—Que es, como todo el mundo sabe, el acontecimiento más importante en la vida de una parisina —replicó ella.

—Lo cual es mejor repetir varias veces en vez de conformarse solo con una. —Max sonrió.

Vic le devolvió la sonrisa en un gesto de complicidad.

«Todos los viajes acaban cuando uno empieza a amar», se dijo Jean observando cómo los jóvenes se entregaban gustosos a la contemplación mutua.

—¿Venís a visitar a papá? —preguntó Vic, rompiendo bruscamente la magia.

Max asintió, con la mirada vidriosa. Jean asintió con la cabeza, angustiado. Solo habló Catherine.

—Sí, en parte —dijo con una sonrisa.

—Os acompañaré al edificio principal.

Mientras seguían a la muchacha por el camino flanqueado de

altos y poderosos plátanos, Perdu se fijó en que no andaba como Manon.

La joven se volvió hacia él.

—Por cierto, yo soy el vino tinto. Victoria. El blanco es mi madre, Manon. Antes el viñedo era suyo.

Jean tomó la mano de Catherine. Ella se la apretó un instante.

Max tenía la mirada clavada en Victoria, que subía de dos en dos los peldaños de la escalera. De pronto se detuvo y cogió a Jean del brazo.

—Anoche no te dije que esta es la mujer con quien voy a casarme —dijo Max con tono grave y tranquilo—. Aunque resulte ser tu hija.

«Oh, Dios mío. ¿Mi hija?»

Victoria les invitó a entrar con un gesto y les indicó la sala de cata. ¿Habría oído las palabras de Max? En su sonrisa brillaba algo que parecía decir: «¿Casarte conmigo? ¿Tú, don Servilleta? Para eso tendrás que esforzarte un poco».

—A la izquierda se encuentran las bodegas antiguas, que es donde madura el Victoria —explicó—. El Manon se cría en la bodega que hay bajo el huerto de los albaricoqueros. Iré a buscar a mi padre; le encantará mostraros el *domaine*. Esperad aquí, en la sala de cata. ¿A quién tengo que... anunciar? —preguntó con tono divertido y teatrero.

Dirigió a Max una sonrisa radiante que parecía brotarle de dentro.

—Soy Jean Perdu, de París, librero.

—Jean Perdu, librero parisino —repitió Victoria con jovialidad.

Luego desapareció. Catherine, Jean y Max la oyeron subir los escalones chirriantes con paso enérgico, atravesar un pasillo y hablar con alguien. Una pregunta. Una respuesta. Una pregunta. Una respuesta.

Luego los pasos de la joven, de vuelta hacia abajo. Igual de atléticos. Despreocupados.

—Vendrá enseguida. —Victoria asomó la cabeza, sonrió, se convirtió en Manon y luego volvió a desaparecer.

Jean oyó arriba a Luc, que se paseaba de un lado a otro. Le oyó abrir un armario, o tal vez un cajón.

Jean se quedó quieto mientras el mistral golpeaba los postigos

de la mansión, agitaba las hojas de los altos castaños y arrastraba tierra seca entre las vides.

Siguió inmóvil cuando Max salió discretamente de la sala de cata y del edificio en pos de Victoria. Hasta que Catherine le acarició el hombro y le susurró:

—Te espero en el bistró. Ocurra lo que ocurra, ya sabes que te quiero.

Y se marchó para visitar el territorio de Mila.

Jean aguardó hasta oír los pasos de Luc en los escalones chirriantes y luego sobre el suelo embaldosado.

Entonces se volvió hacia la puerta.

Enseguida se encontraría frente a frente con el marido de Manon.

Con el hombre a cuya esposa él había amado.

Jean no se había parado ni un instante a pensar qué iba a decirle.

43

Luc era tan alto como él. Su pelo, no demasiado corto y un tanto ajado por el sol, tenía el color de las almendras. Los ojos eran castaño oscuro, de mirada inteligente, y estaban rodeados de arrugas diminutas. Era como un árbol grande y esbelto vestido con tejanos y camisa azul gastada; su cuerpo estaba marcado por el contacto con la tierra, sus frutos y la piedra.

Perdu vio enseguida lo que a Manon le había gustado de él. Incluso a primera vista, Luc Basset desprendía confianza, acompañada además de sensibilidad y hombría. Una hombría que no se medía por el dinero, el éxito o las fanfarronerías dichas sin pensar, sino por la fuerza, la capacidad de resistencia y la habilidad para llevar una hacienda y las tierras de la familia. Era de esos hombres que están unidos a la tierra de sus antepasados y para quienes vender o arrendar una parte de ella, o incluso dársela al nuevo yerno, es como amputarse una parte del cuerpo.

La madre de Jean, Lirabelle, habría catalogado a Luc como «curtido a la intemperie». «Las personas son muy distintas si de niños se calientan al amor de la lumbre o con calefacción; si trepan a los árboles en lugar de ir por la acera en bici con casco, y si salen a pasear en lugar de quedarse en casa ante el televisor.» Por eso había enviado a Jean a la casa de sus parientes bretones, bajo la lluvia, y le había calentado en el caldero de la chimenea el agua para bañarse. Después de eso, a Perdu el agua caliente del grifo nunca le había parecido tan buena.

¿Por qué, al ver a Luc, pensó en un caldero de agua hirviente? Seguramente porque el marido de Manon era así de intenso, vivo y auténtico.

Los hombros erguidos, los brazos acostumbrados al trabajo duro,

el porte. Todo en él decía: yo no me doblo.

El hombre contempló a Jean con sus ojos oscuros, escrutándole el rostro, mirándole el cuerpo, los dedos. No se estrecharon la mano.

—¿Y bien? —preguntó Luc desde la puerta. Su voz era grave y sosegada.

—Soy Jean Perdu, el hombre con el que tu esposa Manon vivió en París. Durante cinco años. Hasta hace veintiuno.

—Lo sé —repuso Luc con calma—. Me lo dijo cuando supo que iba a morir.

Los dos hombres se miraron fijamente y, por un instante, Perdu pensó que iban a abrazarse. Porque eran los únicos que podían comprender el dolor que el otro había sentido.

—He venido para pedir disculpas.

En el rostro del viticultor se deslizó una sonrisa.

—¿A quién?

—A Manon. Solo a Manon. Tú, como fuiste su marido... No te es posible perdonarme que amara a tu esposa. Ni tampoco tienes que perdonarme que fuera su amante.

Luc entornó los ojos. Escrutó a Perdu con detenimiento.

¿Se estaría preguntando si a Manon le había gustado sentir esas manos? ¿Se preguntaría si Jean había sido capaz de amar a su mujer tan bien como él?

—¿Por qué apareces aquí ahora? —preguntó Luc lentamente.

—En su momento no leí la carta.

—¡Dios mío! —exclamó Luc sorprendido—. ¿Y por qué no?

Eso era lo más difícil.

—Supuse que solo encontraría las frases que las mujeres escriben cuando se hartan de sus amantes —confesó Perdu—. Negarme a leerla fue lo único que entonces me permitió conservar la dignidad.

¡Qué difícil! ¡Qué tremendamente difícil le resultaba pronunciar esas palabras!

«¡Y ahora, por favor, arroja por fin tu rabia contra mí!»

Luc se dio tiempo. Deambuló por la sala de cata. Finalmente volvió a hablar. Esta vez, tras la espalda de Jean.

—Sin duda tuvo que ser tremendo leer la carta más tarde. Y descubrir además que habías estado en un error todo ese tiempo,

que no eran precisamente las palabras habituales, lo de «Seamos amigos» y demás tonterías. Era lo que esperabas, ¿verdad? Lo de «No es culpa tuya, soy yo», o «Quiero para ti alguien que te merezca». En realidad fue muy distinto.

Jean no esperaba esa sensibilidad. Cada vez entendía mejor por qué Manon se había casado con Luc y no con él.

—Fue un infierno —reconoció. Le hubiera gustado decir más, mucho más. Pero se sentía ahogado.

Imaginar a Manon con la mirada clavada en una puerta que nunca se abrió.

No se volvió hacia Luc. Las lágrimas de vergüenza le abrasaban los ojos. Entonces sintió la mano del viticultor en el hombro.

Se volvió. Luc lo miró a los ojos, fijamente, y dejó que Jean viera también su dolor.

Los separaba apenas un metro y se dijeron con la mirada lo que no era posible expresar con palabras. Jean vio dolor y cariño, rabia y comprensión. Advirtió que Luc se preguntaba qué debía hacer, pero también vio en él valor para soportarlo todo.

«Me hubiera gustado conocer antes a Luc.»

Habrían podido pasar juntos el duelo. Después de superar la rabia y los celos.

—Tengo que preguntarte una cosa —dijo Jean—. Me tiene inquieto desde que la he visto. ¿Victoria es..., es...?

—Es nuestra hija. Cuando Manon regresó a París, estaba de tres meses. Victoria fue concebida en primavera. Manon sabía que estaba enferma, pero no se lo dijo a nadie. En cuanto los médicos le aseguraron que el bebé tenía posibilidades de salvarse, antepuso su hija a la terapia contra el cáncer.

La voz de Luc tembló.

—Manon decidió la muerte por su cuenta. Cuando me lo contó todo, ya era demasiado tarde..., demasiado para renunciar a la niña e intentar curarse. Jean, ella me ocultó lo del cáncer hasta que te envió la carta. Dijo que estaba muy avergonzada y que ese era un castigo justo por amar dos veces en una sola vida. ¡Dios mío! Como si amar fuera un delito... ¿Por qué se castigó de ese modo? ¿Por qué?

Los dos hombres permanecían de pie. No lloraban, pero ambos veían cómo el otro luchaba por respirar, tragaba saliva, apretaba los

dientes e intentaba no venirse abajo.

—¿Quieres saber el resto? —preguntó Luc en algún momento.

Jean asintió.

—Sí, por favor —dijo—. Te lo ruego: quiero saberlo todo. Y, Luc..., una cosa: lo siento. Nunca quise ser ladrón de amores. Siento que en aquel entonces no quisiera renunciar...

—¡Olvídalo! —dijo Luc con voz firme y encendida—. ¡No te lo reprocho! Evidentemente, cuando ella estaba en París me sentía abandonado. Cuando estaba conmigo, yo era su amante y tu rival, y tú te habías convertido en el hombre al que ella engañaba. Pero esa era nuestra vida y, por extraño que les parezca a muchos, no era nada imperdonable.

Luc se golpeó con el puño la palma de la otra mano. En ese instante su rostro reflejaba tal agitación que Jean temió que fuera a arrojarlo contra la pared.

—Lamento mucho que Manon se complicara tanto la vida. Mi amor habría bastado para ella y para ti, lo juro, igual que el suyo habría bastado para ti y para mí. No me quitó nada. ¡Jamás! ¿Por qué no se lo perdonó nunca a sí misma? No habría sido fácil: tú, y yo, y a saber quién más. Pero la vida no es fácil, y la atraviesan miles de caminos. Ella no debería haber tenido miedo, habríamos encontrado un modo. Todas las montañas tienen un camino. Todas.

¿Luc creía eso de verdad? ¿Podía alguien sentir con tanta intensidad y estar tan lleno de amor al prójimo?

—¡Ven conmigo! —le dijo Luc.

Recorrió el pasillo, giró a la derecha, luego a la izquierda, tomó otro pasillo y entonces...

Una puerta marrón claro. El esposo de Manon se concentró antes de meter una llave en la cerradura; la giró y bajó el picaporte de latón.

—Aquí murió Manon —dijo con voz ronca.

No era una estancia amplia, pero tenía mucha luz. Parecía como si aún se usara. Había un armario grande, un escritorio y una silla de la que colgaba una de las camisas de Manon; una butaca y, al lado, una mesita auxiliar con un libro abierto. La habitación estaba viva. No era como la que él había dejado atrás en París. Ese cuarto desvaído, cansado y triste donde había encerrado los recuerdos y el amor. Aquí daba la impresión de que su moradora se hubiera

ausentado solo un momento. Una puerta ancha y alta daba a una terraza y a un jardín con castaños, buganvillas, almendros, rosas y albaricoqueros, debajo de los cuales, en ese mismo instante, se deslizaba un gato blanco como la nieve.

Jean contempló la cama. Estaba cubierta con la colcha de colores que Manon había cosido antes de casarse. En su casa, en París. La colcha y el pájaro libro.

Luc siguió la mirada de Jean.

—Murió en esta cama. La Nochebuena de mil novecientos noventa y dos. Me preguntó si sobreviviría a esa noche. Le dije que sí.

Luc se volvió hacia Perdu. Se le habían oscurecido los ojos y tenía el rostro transido de dolor. Había perdido todo asomo de control. Su voz sonó aguda, ahogada y llena de desesperación cuando repitió:

—Le dije que sí. Fue la única vez que mentí a mi esposa.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Perdu extendió los brazos hacia Luc, que no ofreció resistencia y respondió al abrazo con un «¡Dios mío!».

—Lo que ella sentía por mí no aniquiló todo cuanto significabais el uno para el otro. Nunca quiso prescindir de ti.

—Yo nunca mentí a Manon —musitó Luc, como si no hubiera oído las palabras de Jean—. Nunca, nunca.

Jean Perdu estrechó a Luc, cuyo cuerpo se sacudía. Luc no lloraba. Luc no hablaba. Solo se estremecía sin cesar entre los brazos de Jean.

Este se sintió profundamente avergonzado al recordar aquella Nochebuena de 1992. La había pasado dando tumbos por París, gritando al Sena y emborrachándose. Y mientras él hacía cosas tan vanas e insignificantes Manon luchaba, luchaba con ahínco. Hasta caer derrotada.

«No sentí nada cuando murió. Ningún desgarro, ninguna sacudida Ningún rayo. Nada.»

Luc se tranquilizó entre sus brazos.

—El diario de Manon. Me pidió que te lo diera si alguna vez venías —dijo con un hilo de voz—. Era su deseo. Mantuvo la esperanza más allá de su muerte.

Se soltaron, vacilantes. Luc se sentó en la cama. Extendió la

mano hacia la mesilla de noche y abrió el cajón. Jean reconoció el cuaderno al instante. Manon escribía en él cuando se conocieron en el tren que los llevaba a París. Mientras lloraba por haber abandonado su sur. Y en él escribía también por la noche cuando no podía dormir después de hacer el amor.

Luc se levantó y le tendió el cuaderno. Jean fue a cogerlo, pero aquel viticultor fuerte lo retuvo un instante.

—Y, por mi parte, esto es lo que tengo que darte —dijo con voz serena.

Jean lo había presentido y supo que no debía esquivarlo. Así pues, cerró los ojos y Luc le dio un puñetazo entre el labio y la barbilla.

No le golpeó muy fuerte, pero sí lo bastante para dejarle sin aliento, empañarle la vista y enviarlo tambaleante contra la pared. A Jean le llegó de algún sitio la voz de Luc, que le hablaba con tono de disculpa.

—Por favor, no creas que es por haberte acostado con ella. Cuando me casé con Manon ya sabía que para ella un solo hombre nunca lo sería todo. —Luc le tendió la mano—. Es por no haber llegado a tiempo.

Por un instante todo se fundió y se convirtió en una sola cosa.

La habitación prohibida y muerta de la rue Montagnard.

La habitación donde Manon murió, tan cálida y luminosa.

La mano de Luc en la suya.

Y, de pronto, le vino un recuerdo.

Sí había sentido algo cuando murió Manon.

Fue en los días previos a la Navidad, cuando acostumbraba a emborracharse y luego se dormía. En ese estado confuso, la había oído hablar. Unas palabras sueltas que él no comprendió: puertataza, lápiz de color, luz del sur y mirlo.

Se quedó de pie en la habitación de Manon, con el diario en la mano, y sospechó que encontraría esas palabras en el cuaderno. Sintió de pronto una gran tranquilidad mientras el rostro le ardía con un dolor agradable por un puñetazo bien merecido.

—¿Podrás comer así? —le preguntó Luc avergonzado señalándole la barbilla—. Mila ha preparado pollo al limón.

Jean asintió.

Dejó de preguntarse por qué Luc había dedicado un vino a

Manon. Ahora lo entendía.

DIARIO DE MANON

Bonnieux

24 de diciembre de 1992

Maman ha preparado los trece postres. Frutos secos, fruta, uvas pasas, nougat de distintos colores, pastel de aceite de oliva y galletas con comino. Victoria está en la cuna: tiene las mejillas sonrosadas y una mirada de curiosidad. Se parece a su padre.

Luc ya no me reprocha que yo me marche y Victoria se quede y que no sea al revés. Ella será una luz del sur, y su brillo, inmenso.

He pedido a Luc que deje leer a Jean, si alguna vez viene, sea cuando sea, este cuaderno. No tengo fuerzas para escribir una carta de despedida explicándolo todo.

Mi pequeña luz del sur. Solo he pasado cuarenta y ocho días con Vicci y, sin embargo, he soñado años y he visto mucho esperando a mi hija.

Maman escribe estas palabras porque no me quedan fuerzas para sostener el lápiz. Las he empleado en comer los trece postres y no el pan de los muertos.

Pensar requiere tiempo.

Cada vez me quedan menos palabras. Se han ido marchando.

Por el ancho mundo. Un mundo de rotuladores entre lápices de colores.

De luces espléndidas en la oscuridad.

Hay mucho amor en esta casa.

Todos se aman mutuamente y me aman a mí. Todos son valientes y están embelesados con la niña.

(Mi hija quiere tener a su hija en brazos. Manon y Victoria están tumbadas juntas y en la chimenea chisporrotean unos leños. Luc entra y abraza a sus dos chicas. Manon me ha dado a entender que le gustaría que yo anotara algunas cosas. Tengo aterida la mano con la que escribo. Mi marido me ha traído brandy caliente, pero los dedos no me entran en calor.)

Querida Victoria, hija mía, hermosa. Ha sido muy fácil entregarme por ti. Así me gusta, sonríe, porque siempre serás querida. Siempre.

En cuanto al resto, hija, sobre mi vida en París, léelo y sé prudente con tu veredicto.

(Manon tiene ausencias. Ahora escribo lo que susurra. Se

estremece al oír que se abre una puerta. Sigue esperando al hombre de París. Todavía tiene esperanza.)

¿Por qué no ha venido Jean? ¿Demasiado dolor, tal vez? Sí. Demasiado dolor. El dolor vuelve tonto al hombre. Un hombre tonto tiene más miedos. Mi mirlo sufre cáncer de vida.

(Mi hija se esfuma ante mis ojos. Escribo y procuro no llorar. Me pregunta si sobrevivirá a esta noche. Le miento y le digo que sí. Ella dice que le miento, como Luc. Se duerme unos instantes. Luc toma a la niña. Manon se despierta.)

La buena de mademoiselle Rosalette dice que él ha recibido la carta. Que cuidará de él en la medida en que ella pueda y él se deje. Yo le digo: ¡Orgullo! ¡Estupidez! ¡Dolor!

Dice que ha destrozado todos los muebles y que está paralizado. Que está completamente entumecido, casi muerto.

En eso estamos igual.

(Ahora mi hija sonríe.)

Maman ha escrito algo en secreto, y eso es algo que no debería hacer.

No quiere enseñármelo.

Discutimos a pesar de que me faltan muy pocos metros para la meta.

¿Qué hay que hacer en estos casos? ¿Aguardar en silencio y con las mejores ropas a que la muerte haga acto de presencia?

(Vuelve a reír y tose. Fuera, la nieve pinta los cedros del Atlas y los convierte en mortajas. Dios mío, ¡cómo te odio! ¡Te llevas a mi hija antes de tiempo y me dejas a su hija como consuelo! ¿Cómo crees que puede ir todo? ¿Qué es eso de sustituir gatos muertos por crías de gato, hijas muertas por nietas?)

¿No sería mejor vivir como siempre hasta el último suspiro? Porque eso es lo que más molesta a la muerte: que uno apure la vida hasta el último aliento.

(Ahora mi hija vuelve a toser. Pasan veinte minutos hasta que recupera el habla. Busca las palabras. Dice azúcar, pero no quiere decir eso. Se enfada. Tango, susurra. Puertataza, grita. Sé que quiere decir la puerta de la terraza.)

Jean, Luc. Los dos. Vosotros.

Por fin. Estaré aquí al lado.

Al final del pasillo, en mi dormitorio más hermoso.

Y desde él saldré al jardín. Y me convertiré en luz y me marcharé a donde quiero. A veces estoy ahí, al atardecer, y contemplo la casa en la que hemos vivido juntos. Te veo a ti, Luc, esposo querido, deambulando por las habitaciones, y a ti, Jean, te veo en las otras.

Me buscas.

Yo, por supuesto, ya no estoy en habitaciones cerradas. ¡Búscame! ¡Ahí fuera!

¡Levanta la vista! ¡Estoy aquí!

¡Piensa en mí y pronuncia mi nombre!

Nada deja de existir porque yo me haya marchado. La muerte apenas significa nada.

Seremos siempre lo que hemos sido el uno para el otro.

La muerte, en realidad, apenas cambia nada.

La firma de Manon era espectral y débil. Veinte años más tarde, Jean Perdu se inclinó sobre aquellas letras frágiles y las besó.

44

Al cabo de tres días el mistral cesó sin más. Siempre pasaba igual. Se marchaba tras sacudir las cortinas, redistribuir de forma equitativa las bolsas de plástico sueltas, hacer ladrar a los perros y llorar a los hombres.

Con su marcha, desaparecieron también el polvo, el calor viciado y el cansancio. La tierra se había deshecho asimismo de los turistas que inundaban siempre las pequeñas ciudades con sus prisas, su agitación, su avidez. El Luberon recuperaba su ritmo, que obedecía solo a los ciclos de la naturaleza. Florecer, sembrar, aparearse, aguardar, tener paciencia, cosechar y, en el momento oportuno, hacer lo conveniente sin vacilaciones.

El calor regresó, pero con una calidez otoñal suave y sonriente, con las tormentas nocturnas y el frescor matutino tan añorados durante los largos y tórridos meses de verano, que habían vuelto sedienta la tierra.

Conforme Jean Perdu ascendía por la temida cuesta empinada de arenisca, más tranquilidad había a su alrededor. Solo los grillos, las cigarras y el leve gemido del viento lo acompañaban cuando conquistó la imponente montaña sobre la que se erigía la iglesia de Bonnieux. Llevaba consigo el diario de Manon, un vaso y una botella de vino de Luc abierta y luego encorchada.

Avanzaba inclinado hacia delante, como exigía ese trecho escarpado y desigual; caminaba a ritmo de penitente, con pasos cortos, mientras el dolor le subía por las pantorrillas, le recorría los muslos y luego le alcanzaba la espalda y la cabeza.

Pasó por delante de la iglesia, con su escalera de piedra que, de tan empinada, parecía una escalera de mano, dejó atrás los cedros y por fin llegó a la cima. La vista daba vértigo. La tierra se desplegaba

ante él en toda su extensión. Aquel día luminoso después del mistral parecía haber desangrado el cielo, y donde Jean suponía que estaba Aviñón el horizonte era casi blanco.

Contempló las casas del color de la arena, diseminadas en un tapete de tonos verdes, rojos y amarillentos, como los de una pintura histórica. Las largas hileras de vides, dispuestas como soldados, maduras y jugosas. Los enormes cuadrados de lavanda florida. Campos verdes, marrones, del color del curry y, entre ellos, el verde agitado y móvil de los árboles. Era una tierra hermosa, y el panorama, majestuoso, conmovedor para cualquiera con alma.

Parecía como si aquel monte del calvario, con sus muros gruesos, sus sarcófagos imponentes, las cruces de piedra apuntando, como dedos, hacia arriba, fuera en realidad el nivel inferior del cielo.

En esa elevación luminosa seguramente Dios se sentaba para contemplar a escondidas el mundo. Solo los muertos y Él podían disfrutar de aquella vista extensa y majestuosa. Jean se encaminó por el sendero de grava hacia la alta puerta de hierro forjado, cabizbajo y con el corazón agitado.

El camposanto era alargado y estrecho. Estaba dispuesto en dos niveles, con sendas hileras de tumbas. En el nivel superior, túmulos desgastados del color de la arenisca y sarcófagos de tono gris oscuro, igual que en el nivel inferior. Tumbas altas como puertas, anchas como camas, coronadas a menudo por una cruz defensiva. Casi todo eran panteones familiares, cajones profundos para los muertos, donde se acumulaban siglos de dolor.

Entre los sepulcros se erguían algunos cipreses cuidados y esbeltos, que no arrojaban sombra alguna. Todo ahí era desnudo y pelado, no había ningún refugio.

Todavía sin aliento, Perdu recorrió lentamente la primera hilera de tumbas y fue leyendo los nombres. Los sarcófagos grandes tenían flores de porcelana, libros estilizados de piedra, muy pulidos, con fotografías o versos breves. Muchos estaban decorados con pequeñas figuras que reproducían la afición del fallecido.

Un hombre, Bruno, con traje de cazador y un setter irlandés. En otra tumba, una baraja de cartas.

La siguiente mostraba el contorno de una isla, Gomera, sin duda, el lugar adorado del muerto.

Eran cómodas de piedra, con fotografías, postales y baratijas resistentes al tiempo. Los vivos de Bonnieux se despedían de sus muertos dejándoles muchos mensajes.

Aquellos adornos le hicieron pensar en Clara Violette. Siempre tenía su piano Pleyel repleto de chucherías, que él debía retirar antes de que ella diera sus conciertos desde el balcón.

De pronto, Perdu se dio cuenta de que echaba de menos a los habitantes del número 27 de la rue Montagnard. ¿Y si todos esos años hubiera estado rodeado de amigos y amigas y no lo hubiera sabido?

En el centro de la segunda hilera, con vistas sobre el valle, Jean encontró a Manon. Yacía junto a su padre, Arnoul Morello.

«Al menos no está sola ahí dentro.»

Se arrodilló, apoyó la mejilla en la piedra y extendió los brazos a los lados, como si quisiera abrazar el sepulcro.

El mármol estaba frío a pesar de que el sol se reflejaba en él.

Los grillos cantaban.

El viento gemía.

Perdu esperaba sentir algo. Esperaba sentirla.

Pero sus sentidos solo percibieron el sudor que le recorría la espalda, el latido doloroso del pulso en los oídos y los cantos afilados de la grava en las rodillas.

Abrió los ojos y miró fijamente el nombre, Manon Basset (*née* Morello); los años, 1967-1992; el marco con una fotografía en blanco y negro de ella.

Pero no sintió nada.

«No está aquí.»

Una ráfaga de viento recorrió los cipreses.

«¡No está aquí!»

Se incorporó decepcionado y sin saber qué hacer.

—¿Dónde estás? —susurró al viento.

La tumba familiar estaba abarrotada de objetos: flores de porcelana, estatuillas de gatos y una escultura que parecía un libro abierto.

Muchas figuritas llevaban fotos. Retratos de Manon que Perdu no había visto nunca.

Una fotografía de su boda y, debajo, la inscripción: «Nunca lamentó su amor, Luc».

Otra mostraba a Manon con su gato en brazos. En ella se leía: «La puerta de la terraza permanecerá siempre abierta. *Maman*».

En una tercera: «Llegué porque te fuiste, Victoria».

Con cuidado, Jean acercó la mano a la escultura que parecía un libro abierto y leyó lo que ponía: «La muerte apenas significa nada. Seremos siempre lo que hemos sido el uno para el otro».

Volvió a leer esas líneas, esta vez en voz alta. Era lo que Manon le había dicho cuando buscaban su estrella en las montañas oscuras de Buoux. Acarició el sepulcro.

«Pero no está aquí.»

Manon no estaba. No estaba aprisionada en la piedra, atrapada en la tierra y sumida en una soledad sin consuelo. Ni por un instante había descendido a la fosa para regresar al cuerpo que ahí yacía abandonado.

—¿Dónde estás? —preguntó de nuevo.

Se acercó al pretil de piedra y contempló la magnífica extensión de tierra que se desplegaba a sus pies, el valle del Calavon. ¡Qué pequeño era todo! Se sintió como si fuera un águila que volaba. Olió el aire. Lo inspiró y dejó que lo penetrara por completo. Sintió el calor y oyó cómo el viento jugaba con los cedros del Atlas. Incluso vio el viñedo de Manon.

Junto a uno de los cipreses situados al lado de las mangueras para las flores había una escalera de piedra que conducía a la hilera superior. Jean se sentó ahí, sacó el corcho de la botella de vino blanco, el Manon XV, y se sirvió un poco en el vaso. Tomó un sorbo. Olió el vino; su aroma era alegre. El Manon sabía a miel, a fruta clara, al delicado suspiro antes del sueño. Era un vino vivo y lleno de contradicciones, un vino lleno de amor.

«Luc lo ha hecho muy bien.»

Dejó el vaso junto a los escalones de piedra y abrió el diario de Manon. En los últimos días y noches lo había leído repetidamente, mientras Max, Catherine y Victoria trabajaban juntos en los viñedos. Se sabía de memoria algunos fragmentos, y otros continuaban sorprendiéndole. Algunas cosas le incomodaban, pero había aceptado otras muchas con agradecimiento. Había ignorado cuánto significaba él para Manon. Aunque le hubiera gustado enterarse antes, ahora, después de haber hecho las paces consigo mismo y cuando volvía a estar enamorado, por fin sabía la verdad.

Y eso le había curado viejas heridas.

Hojeó el cuaderno buscando algo que Manon había escrito mientras esperaba.

«He vivido el tiempo suficiente —había escrito Manon a finales del otoño. En un día de octubre, como ese—. He vivido, he amado y, por lo tanto, he tenido lo mejor del mundo. ¿Por qué lamentar el final? ¿Por qué aferrarse al resto? La muerte tiene la ventaja de que una deja de temerla. En ella se encuentra también la paz.»

Siguió pasando las hojas. Allí estaban los párrafos que le rompían el corazón. En los que Manon hablaba del miedo que le recorría el cuerpo. De las noches en que se despertaba y, en aquella oscuridad tranquila, oía a la muerte aproximarse con pasos quedos. Relataba que una noche, cuando ya estaba en avanzado estado de gestación, se había refugiado en el dormitorio de Luc y él la había abrazado conteniendo el llanto.

Y que al final Luc había llorado, bajo la ducha, cuando creía que ella no le oiría.

Pero ella, claro está, lo había oído.

Una y otra vez Manon había expresado su asombro por la entereza de Luc.

Él le daba de comer y la aseaba. Y veía cómo ella, con excepción del vientre abultado, era cada vez más poca cosa.

Perdu tomó otro sorbo de vino antes de seguir leyendo.

Mi hija se nutre de mí. Se alimenta de la carne sana. Mi vientre está sonrosado, henchido y vivo. Posiblemente tengo ahí dentro una manada de gatitos que, conforme pasa el tiempo, se vuelven más vivarachos. El resto de mí ya tiene mil años. Está gris y podrido y seco como un knäckerbrot, ese pan de láminas seco que los nórdicos comen siempre.

Mi hija podrá comer cruasanes dorados, relucientes de mantequilla. Vencerá, triunfará sobre la muerte, a la que mi niña y yo haremos muecas burlonas. Me gustaría que se llamase Victoria.

¡Cómo amaba a su hija antes incluso de que naciera! Manon la había alimentado con amor, algo que ella tenía en abundancia.

«No es de extrañar que Victoria sea tan fuerte —se dijo Jean—. Manon le dio toda su fuerza.»

Miró unas páginas atrás, para encontrar el párrafo que Manon había escrito la noche de agosto en que decidió abandonarlo.

Estás tumbado de espaldas, como un bailarín haciendo una pirueta.

Una pierna extendida, la otra doblada. Un brazo sobre la cabeza, el otro a un costado.

Siempre has logrado que me sienta como si fuera única. En estos cinco años, no me has hecho enfadar ni una sola vez, ni me has mirado con indiferencia. ¿Cómo lo has conseguido?

Castor me mira fijamente. Sin duda para los gatos nosotros, los bípedos, somos muy extraños.

La eternidad que se abre ante mí me resulta abrumadora.

En ocasiones —y realmente es un pensamiento malvado— deseo que alguien a quien amo me preceda, se marche antes que yo. Para saber que yo también seré capaz.

Alguna vez he pensado que deberías partir antes que yo, para que a mí no me diera miedo irme. Y así tendría la certeza de que me esperabas…

Adieu, Jean Perdu.

Te envidio todos los años que te quedan.

Me retiro a mi última habitación y, desde ahí, al jardín. Sí, así será. Atravesaré la hermosa puerta vidriera de la terraza y me sumergiré en la puesta de sol. Y entonces seré luz y podré estar en todas partes.

Quizá esa sea mi naturaleza, estar ahí para siempre. En todos los atardeceres.

Jean Perdu se sirvió otro vaso de vino.

El sol se ponía lentamente. Su tono rosado empezó a impregnar la tierra y a teñir de dorado las fachadas, donde los cristales y las ventanas destellaban como diamantes.

Entonces ocurrió.

El aire empezó a refulgir.

Como si de pronto se hubieran desprendido del cielo millones de gotas que centelleaban y danzaban, un velo de luz se extendió sobre el valle y las montañas, y sobre él mismo. Era una luz que parecía sonreír. Nunca, jamás en la vida, había visto Jean Perdu un atardecer como aquel.

Tomó otro sorbo de vino; entretanto las nubes empezaron a extenderse en todas las tonalidades, desde el color cereza hasta el melocotón y el de los melones, pasando por el frambuesa. Entonces Jean Perdu por fin lo comprendió.

«Ella está aquí.

»¡Y ahí!»

El alma de Manon, su energía, todo su ser, liberado ya del cuerpo, eran ahora tierra y viento; ella estaba en todas partes y en todas las cosas, brillaba, se mostraba ante sus ojos tal como era...

«... porque todo está en nuestro interior. Y nada pasa.»

Jean Perdu se rió, pero eso le provocó un dolor en el corazón, así que calló y escuchó en su interior, donde su risa seguía bailando.

«Manon, tienes razón.

»Todo sigue ahí.

»El tiempo que pasamos juntos es imperecedero, inmortal. La vida no cesa jamás.

»La muerte de nuestro amor fue solo el umbral entre un final y un nuevo comienzo.»

Jean inspiró y exhaló lentamente el aire.

Pediría a Catherine que lo acompañara en la siguiente etapa, en la vida que empezaba. Ese era un día nuevo y luminoso tras una larga noche funesta que había comenzado veintiún años atrás.

—¡Hasta la vista, Manon Morello! ¡Hasta la vista! —susurró Jean Perdu—. ¡Qué hermoso es que hayas existido!

El sol se ocultó detrás de las colinas del Vaucluse y el cielo brilló bañado en fuego líquido.

Cuando los colores se apagaron y el mundo se convirtió en sombras, Perdu apuró el vaso de Manon hasta la última gota.

Epílogo

Era la segunda vez que compartían los trece postres de Nochebuena y que ponían la mesa para los muertos, para los vivos y para la felicidad del año próximo. En la larga mesa de la casa de Luc Basset había siempre tres asientos vacíos.

Habían oído el ritual de las cenizas, una oración fúnebre occitana, que Victoria había leído en voz alta junto a la chimenea de la cocina. Era su deseo leerlo en cada aniversario de la muerte de su madre, para Manon y para ella. Era un mensaje de los muertos a sus seres queridos.

«Soy la barca que te conduce hacia mí —dijo Vic con voz clara —. Soy la sal en tus labios entumecidos, soy el sabor, la esencia de todos los manjares... Soy el rubor asombrado de la mañana y la puesta de sol chismosa. Soy la isla firme que el mar esquiva. Soy lo que tú encuentras y lo que lentamente me libera. Soy el límite bueno de tu soledad.»

Vic lloraba al pronunciar las últimas palabras, igual que Jean y Catherine, que estaban cogidos de la mano. Y también Joaquin Albert Perdu y Lirabelle Bernier, en ocasiones Perdu, quienes intentaban en Bonnieux firmar un armisticio como amantes y amados. Precisamente esos norteños severos a los que nada conmueve fácilmente, y menos aún las palabras.

Habían cobrado mucho afecto a Max, al que consideraban su nieto «más o menos adoptivo». Y también a la familia Basset, a quienes la vida les había unido a través del amor, la muerte y el dolor. Eran esas emociones especiales las que acercaban por poco tiempo a los padres de Perdu durante las festividades. En la cama, en la mesa y en el coche que compartían. El resto del año, Jean seguía oyendo por teléfono los lamentos de su madre sobre aquel

marido del que estaba separada, ese «disléxico en modales», y las divertidas quejas de su padre acerca de la señora catedrática.

Catherine sospechaba que con esas burlas sarcásticas ambos preparaban el terreno para, con ocasión del día nacional, las navidades y, desde hacía poco, el aniversario de Perdu, arrojarse apasionadamente uno en brazos del otro.

Desde el 23 de diciembre hasta el día de Reyes los Perdu mayores, Jean y Catherine estaban en Bonnieux.

Los días de tránsito entre un año y el siguiente transcurrían con mucha comida, risas y charlas, con paseos prolongados y catas de vino, con la cháchara de las mujeres y el silencio de los hombres. Se aproximaba una nueva época. Una vez más.

En la Provenza, la flor del melocotonero de finales de invierno, cuando la inminente primavera empieza a dejar capullos en todos los frutales del Ródano, significaba un nuevo comienzo. Max y Vic habían elegido ese período de flores blancas y rojas para casarse. Durante doce meses ella se había dejado cortejar sin consentirle ni siquiera un beso, pero luego todo había ido muy rápido.

Poco más tarde se publicó el primer libro para niños de Max: *El mago del jardín. Una epopeya infantil*.

Dejó a su paso un suplemento dominical desconcertado, padres molestos y niños y adolescentes entusiasmados y muy divertidos al ver lo mucho que incomodaba el libro a los responsables de su educación.

La historia animaba a cuestionar cuanto los adultos colocaban bajo la etiqueta de «¡Eso no se hace!».

Catherine había encontrado un taller tras una búsqueda prolongada, que los había llevado a ella y a Jean por todos los rincones de la Provenza. De hecho, la habitación en sí no era el problema, pero ella quería un paisaje alrededor que se correspondiera exactamente con el paisaje espiritual de ambos. Al final, encontraron un pajar junto a una granja provenzal venida a menos, entre Sault y Mazan. Tenía a la derecha un campo de lavanda; a la izquierda, una montaña, y delante, vistas despejadas sobre las viñas y el monte Ventoux. Detrás se extendía un pequeño bosque de frutales por el que deambulaban sus gatos, Rodin y Nemirowsky.

—Me siento como si regresara a mi hogar —había dicho

Catherine a Jean después de dejar con alegría ante el notario la mayor parte de la compensación que había recibido por su divorcio —. Como si hubiera visto la casa de toda mi vida al final de un camino sinuoso.

Sus esculturas eran casi el doble de grandes que las personas. Parecía como si Catherine viera en la piedra seres encerrados, como si atisbara su alma en los bloques sin labrar, como si oyera sus gritos y sintiera el latido de sus corazones. Y Catherine se dedicaba a liberar a esos seres.

No siempre eran criaturas adorables.

El odio. La necesidad. La indulgencia. El intérprete del alma.

¡Un momento!

En efecto, Catherine había convertido un bloque de piedra del tamaño de una caja de fruta en dos manos que parecían dibujar algo con los dedos. ¿Esas manos ávidas estarían leyendo, acariciando, tocando palabras? ¿De quién eran? ¿Buscaban hacia fuera o tocaban dentro?

Al acercar la cara a la escultura, parecía como si dentro de uno se abriera una puerta oculta. ¿Tal vez la entrada... a una habitación?

«Todas las personas tienen un cuarto interior donde les acechan sus demonios. Solo cuando lo abren y se enfrentan a ellos pueden liberarse», decía Catherine.

Jean Perdu se esforzaba para que ella estuviera a gusto, tanto en la Provenza como en París, donde los dos vivían en su antiguo piso de la rue Montagnard.

Se encargaba de que Catherine comiera y durmiera bien, quedara con sus amigas y, por la mañana, pudiera librarse de los fantasmas de sus sueños.

Hacían el amor a menudo, siempre con esa lentitud suya llena de concentración. Lo sabía todo de ella, conocía todos sus rincones, los perfectos y los imperfectos. Acariciaba y besaba todas sus imperfecciones hasta que el cuerpo de ella creía que para él era el más bello.

Además del trabajo a media jornada en la librería de Banon, Perdu cazaba. Cuando Catherine iba a París, esculpía en la granja, daba cursos, limaba, pulía y vendía sus obras de arte, él se dedicaba a buscar por el mundo los libros más maravillosos. Buscaba en las

bibliotecas de las escuelas, en los legados de catedráticos ancianos y de fruticultoras parlanchinas, en sótanos olvidados y en los austeros búnkeres caseros construidos en la guerra fría.

El negocio de libros únicos de Perdu había empezado con un facsímil del manuscrito de Sanary, que había llegado a sus manos por vías intrincadas. Samy había insistido en que no se revelara la identidad que se escondía tras el seudónimo. Con la ayuda de Claudine Gulliver, la actuaria de subastas que vivía en el tercer piso del número 27 de la rue Montagnard, Jean encontró al poco tiempo un coleccionista solvente para esa obra única.

Perdu vendió el libro tras un exhaustivo estudio del espíritu de aquel hombre, lo cual le valió la reputación de librero excéntrico, que no vendía libros a cualquiera solo por dinero. A veces tenía a varias docenas de coleccionistas interesados en adquirir un libro, pero Perdu elegía el que le parecía mejor amante, amigo, aprendiz o paciente de la obra en cuestión. El dinero era un aspecto secundario.

Perdu viajaba de Estambul a Estocolmo, de Lisboa a Hong Kong buscando los libros más deliciosos, inteligentes y peligrosos..., pero también los mejores para dormir.

A menudo, como en este momento, Jean Perdu se sienta en la cocina de verano del *mas*, desmenuza romero y flores de lavanda, huele con los ojos cerrados ese aroma íntimo de la Provenza y escribe la *Gran enciclopedia de las pequeñas emociones*, obra de consulta para libreros y libreras, amantes y demás terapeutas literarios.

En la C acaba de escribir: «Consuelo pastelero: Emoción que te embarga cuando en el horno de la cocina se cuece algo delicioso, las ventanas se empañan y sabes que la mujer amada se sentará a la mesa junto a ti y te mirará satisfecha entre cucharada y cucharada. (Conocido también como “vida”)».

Recetario

La cocina de la Provenza es tan variada como su paisaje. Pescado en la costa, hortalizas en el interior; en las montañas, cordero o platos nacidos de la necesidad, con legumbres muy diversas. En una zona el aceite de oliva es el protagonista de muchos platos; en otra destaca el vino, y en la frontera con Italia hay muchas recetas con pasta. En Marsella, Oriente abraza a Occidente con la hierbabuena, el azafrán o el comino, y la zona de Vaucluse es el paraíso de las trufas y las frutas confitadas.

Con todo, hay elementos que unen la cocina del Ródano con la de la Costa Azul: el denso y potente aceite de oliva, el ajo, muchas variedades de tomates (para ensaladas, salsas, sopas, pasteles, pizzas, *confits*, rellenos, etc.), el queso de cabra de Banon y las hierbas aromáticas frescas. Por cierto, las cocineras de la Provenza utilizan como máximo tres tipos distintos de condimentos en sus platos y asados, si bien en mucha cantidad, ya sea salvia, lavanda, tomillo, hinojo o ajedrea.

Los platos que se explican a continuación son típicos de la zona y acompañan las historias con su aroma y sus colores.

Bohémienne des légumes

Este plato se parece a la *ratatouille*, con la diferencia de que en él destacan las berenjenas y la salsa de tomate con albahaca. Se acostumbra a elaborar con hortalizas de un solo color (rojo) cortadas a daditos.

El sabor de este plato provenzal depende de la calidad y la intensidad de los ingredientes. Las hortalizas tienen que haber sido «besadas» por el sol; de hecho, con tomates grandes e insípidos del tipo «bombas de agua», el plato resulta soso. También son decisivos los aromas de las hierbas aromáticas recién cortadas.

Ingredientes (para 6 personas):
2 berenjenas de carne firme
2 cebollas grandes
2 calabacines pequeños pero firmes
3 pimientos rojos
3-6 tomates frescos y maduros (o un bote de tomate para pizza)
Sal, pimienta, ajo, tomillo fresco (si se desea, romero o laurel)
Para la salsa de tomate:
500 g de tomates maduros y frescos
Tomillo y albahaca en abundancia
3 cucharadas soperas de aceite de oliva suave
Preparación:

Lavar las hortalizas (sacar las semillas de los pimientos y retirarles la piel con un pelador de patatas; escaldar los tomates y quitarles también la piel) y cortarlas en dados pequeños. Primero, freír las berenjenas en una sartén grande con aceite caliente, sin dejar de removerlas (entre 10-15 minutos). A continuación, añadir el resto de hortalizas. Cuando estén en su punto, salpimentar y condimentar con tomillo y ajo picado. Verter la mezcla en un molde.

Entretanto, preparar una sabrosa salsa de tomate: freír los tomates pelados y sin semillas con las hierbas aromáticas hasta obtener una pasta espesa. Corregir la sal y la pimienta y pasar por el pasapuré. Aderezar con ella las verduras ya preparadas. Bañar las *légumes* con aceite de oliva. Acompañar, si se desea, con baguette y *crème fraîche* (nata fresca).

Pistou

Con esta sopa provenzal Samy entra en calor y se siente reconfortada. Por desgracia, no es un plato para veladas románticas... Siga leyendo y verá por qué.

Prácticamente cada casa de la Provenza tiene su propia receta de la *soupe au pistou*. Los ingredientes que no faltan nunca son las judías (verdes, blancas o rojas), los calabacines, los tomates, la albahaca y el ajo. Sin embargo, cada cual da a su sopa un toque especial incorporando otros productos de su huerto u hortalizas frescas del mercado, como calabaza, nabo o apio. Hay quienes la preparan a modo de minestrone, otros prefieren añadirle fideos gruesos y cortos, macarrones pequeños o *rigate*. Y otros, como por

ejemplo es costumbre en Niza, le añaden un poco de tocino. Pero lo esencial es el *pistou*, que significa «machacado»: una salsa verde picante, similar al pesto pero sin piñones.

Ingredientes clásicos (para 4 personas):

1 bote (peso escurrido: 250 g) de alubias italianas 200 g de zanahorias

250 g de calabacín

1 puerro (o cebolleta fresca)

500 g de patatas

1 cebolla

4 tomates dulces y sabrosos (o media lata de tomates pelados)

Aceite de oliva, sal, 200 g de judías verdes, pimienta, 3 o 4 ramas de tomillo, ajedrea y romero respectivamente; concentrado de tomate al gusto.

Para la salsa de hierbas:

2-3 dientes de ajo fresco

½ cucharadita de sal gorda

3-4 ramitas de albahaca fresca

50 g de queso parmesano fresco (o *pecorino*, según se prefiera) 5 cucharadas soperas de un buen aceite de oliva suave

Preparación:

Lavar las hortalizas y cortarlas en trozos, anillos y dados. Escaldar los tomates, retirarles la piel y cortarlos en trocitos (según la temporada, escoger tomates buenos o de lata). Calentar el aceite en una cacerola. Incorporar las hortalizas y las hierbas aromáticas y rehogarlas durante diez minutos a fuego lento, removiendo de vez en cuando. Añadir sal.

Enjuagar las judías con agua fría, escurrirlas e incorporarlas a las hortalizas. Añadir entre 1½ y 2 litros de agua, tapar y dejar hervir a fuego lento durante 35-40 minutos (depende de las judías blancas). Salpimentar. Para la salsa de hierbas: pelar los ajos y triturarlos con la sal, las hojas de albahaca y el parmesano, usando un triturador de cocina o una batidora de mano, hasta formar una salsa espesa.

Añadir el aceite de oliva. Servir el *pistou* en tazones soperas, regarlo con la sopa de hortalizas caliente y servir. Hay a quienes les gusta remover ellos mismos la masa y espolvorearla con parmesano.

Chuletas de cordero con flan de ajo

En la carne de cordero la calidad y la maceración son fundamentales.

Si su carnicero no sirve carne marinada, a continuación le presentamos algunos macerados exquisitos, en los que la carne deberá reposar aproximadamente una noche.

Ingredientes:

Según el apetito, 2-3 chuletas por persona.

Para el macerado:

2-3 dientes de ajo

Zumo de tomate

1 cucharada de romero recién picado

1 cucharada de tomillo seco picado

2-3 cucharadas de miel muy fluida

Pimienta

Aceite de oliva de buena calidad (por ejemplo, aromatizado con romero, ajo, lavanda o limón)

Si se desea: mostaza de Dijon, chili dulce, vino cremoso de jerez, crema de vinagre balsámico, o un poco de vino tinto, lo que apetezca

Para el flan de ajo

(*pequeña guarnición para 2-4 personas*):

100 g de ajo

125 ml de leche o nata líquida

Sal, pimienta

3 huevos

Nuez moscada, aceite de oliva

Preparación:

Macerado: Pelar los dientes de ajo, picarlos y mezclarlos con el zumo de tomate, las hierbas aromáticas, la miel, la pimienta, el aceite de oliva y los ingredientes optativos. Colocar la mezcla junto con las chuletas de cordero en una bolsa de congelar (de 3 l de capacidad). Cerrar la bolsa, colocarla en una fuente y dejar macerar la carne durante varias horas o toda la noche.

Chuletas de cordero: Cocinarlas a fuego vivo en la parrilla un minuto por cada lado. Retirar la parrilla del fuego y dejar reposar cinco minutos. Las chuletas deben quedar algo rosadas por dentro. Por cierto, a la autora le encanta prepararlas en una parrilla de *raclette*, porque con ella la carne queda perfecta.

Flan de ajo: Hervir los dientes de ajo recién pelados en la leche o la nata líquida a fuego lento hasta que queden blandos. Pasarlos por el colador, salpimentar, batirlos con los huevos y sazonarlos con nuez moscada. Si los ajos están secos antes de bañarlos en la leche, es mejor escaldarlos cinco minutos en agua, aplastarlos con un tenedor y luego añadirlos. En un molde para soufflé bien untado con aceite, cocinar durante 20 minutos al baño María. Dejar reposar 10 minutos y desmoldar.

Se puede acompañar con patatas asadas al romero, untadas con aceite de oliva y espolvoreadas con sal gorda.

Helado de lavanda

En las heladerías del Rosellón, el helado de lavanda es de un color violeta tan intenso como el de las flores: por lo general, este color se obtiene añadiendo arándanos. Los helados caseros sin arándanos son de color lila blanquecino.

Ingredientes:

1-2 cucharaditas de lavanda seca, o 2-4 cucharaditas de flores frescas de lavanda (del jardín o de calidad bio)

200 g de azúcar

8 cucharadas soperas de leche (leche fresca

8 yemas de huevo (a ser posible de calidad ecológica)

250 ml de nata (yogur para la versión ligera)

Optativo: 1 puñado de arándanos para dar color

Preparación:

Pasar la lavanda y el azúcar por la trituradora (o una batidora de mano) y tamizar hasta obtener un polvo fino. Disolver en leche este polvo de lavanda hasta que los cristales dejen de «crujir» (se puede calentar un poco, pero no llevar a hervor). Batir bien las yemas con la nata o el yogur y mezclar con la leche de lavanda. Triturar los arándanos y dar el color que se quiera a la masa. Meterlo en una heladera o bien en el congelador, donde se deja congelar removiendo de vez en cuando.

Reservar algunas flores de lavanda para la decoración.

Receta alternativa de helado de lavanda con sirope o miel de lavanda

Ingredientes:

5 cucharadas soperas de sirope de lavanda

500 g de yogur griego

8 cucharadas soperas de leche (leche fresca)

200 g de nata líquida

Optativo: 1 puñado de arándanos para dar color Miel, sirope o flores de lavanda

Preparación:

Mezclar el sirope de lavanda con el yogur y añadir la leche y la nata líquida sin dejar de remover.

Triturar los arándanos y teñir poco a poco la mezcla.

Meterlo en una heladera o bien en el congelador. Antes de servir, decorar con el sirope, las flores o la miel de lavanda.

Los trece postres

Los trece postres, hechos con productos típicos de la Provenza, son un plato navideño de tradición prácticamente centenaria.

El plato simboliza los trece asistentes a la Santa Cena (Jesús y los doce apóstoles) y se toma después de la misa del Gallo o de la cena de Nochebuena, la cual consta a su vez de siete platos sencillos y sin carne (!).

Una selección típica para los trece postres sería:

- Uvas pasas (secadas en casa)
- Higos secos (de cosecha propia)
- Frutos secos obligados: almendras, avellanas y nueces
- Dátiles como símbolo de Jesús
- Cuatro tipos distintos de fruta fresca, como ciruelas (la tradición dice que han de ser de Brignoles), peras de invierno, melones, manzanas, naranjas, uvas y mandarinas
- Frutas confitadas
- Halvas de color claro y oscuro; *nougat* de dos tipos: blanco y negro. El blanco está hecho de avellanas, piñones y pistachos (símbolo de lo bueno y lo puro). El nougat negro representa el mal y lo impuro
- *Fougasse* (o *fouace*): un pan plano de aceite (¡atención: ha de partirse, no cortarse!)
- *Oreillettes*, que son parecidas a los pestiños pero condimentadas con corteza de limón
- Bizcocho de leche de canela
- Ratafía (un licor que es una mezcla de mosto y aguardiente), o un vino generoso, tipo carthagène, suave y ligero
- Golosinas de mazapán
- Galletas de harina

- Queso de cabra en aceite

BOTIQUÍN LITERARIO DE JEAN PERDU de Adams a Von Arnim

Remedios para el espíritu y el corazón, de efecto inmediato en catástrofes sentimentales leves y moderadas.

Si no se indica lo contrario, tomar pequeñas dosis (entre 5 y 50 páginas) durante varios días. En la medida de lo posible, con los pies calientes o un gato en el regazo.

Adams, Douglas: Guía del autoestopista galáctico. Barcelona, Anagrama, 2008. (Original: The Hitchhiker's Guide to the Galaxy. Londres, BCA / Arthur Barker, 1980.)

En dosis altas es eficaz contra el optimismo enfermizo y la falta de sentido del humor. Ideal para aficionados a la sauna que se avergüencen de ir con toalla de mano.

Efectos secundarios: Aversión a las posesiones, posible uso crónico del albornoz.

Barbery, Muriel: La elegancia del erizo. Barcelona, Seix Barral, 2007. (Original: L'élégance du hérisson. París, Gallimard, 2006.)

En dosis altas, remedio eficaz contra el síndrome de «qué pasaría si...». Recomendable para genios incomprendidos, para amantes de películas sesudas y para quienes odian a los conductores de autobús.

Cervantes, Miguel de: El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. Barcelona, Debolsillo, 2011. (Original publicado por Juan de la Cuesta y Francisco de Robles, Madrid, 1605-1615.)

Para conflictos entre lo real y lo ideal.

Efectos secundarios: Preocupación ante las sociedades tecnocráticas a cuya poderosa maquinaria los individuos nos enfrentamos como si

fueran molinos.

Forster, E. M.: «The Machine Stops». Publicado por primera vez en The Oxford and Cambridge Review, 1909.

¡Cuidado! Este cuento, que puede encontrarse en la antología The Eternal Moment and Other Stories, es un potente antídoto contra la tecnocracia de internet y la fe en el iPhone. Es útil también para combatir la adicción a Facebook y a Matrix.

Posología: Si usted es miembro del Partido Pirata de Alemania o un activista de la red, ¡tómelo en dosis muy pequeñas!

Gary, Romain: La promesa del alba. Barcelona, Debolsillo, 2008. (Original: La promesse de l'aube. París, Gallimard, 1960.)

Para entender el amor de madre y desmitificar recuerdos de la infancia.

Efectos secundarios: Huida al mundo de la fantasía, anhelos amorosos.

Gerlach, Gunter: Frauen von Brücken werfen. Sankt Ingbert, Conte Verlag, 2012.

Para escritores bloqueados y para quienes creen que los asesinatos en la novela negra están sobrevalorados.

Efectos secundarios: Pérdida del sentido de la realidad, expansión del pensamiento.

Hesse, Hermann: «Etapas», poema en la novela El juego de los abalorios. Barcelona, Alianza Editorial, 2012. (Original: «Stufen», en Das Glasperlenspiel, Zurich, Fretz & Wasmuth, 1943.)

Contra el dolor. Refuerza la valentía de confiar.

Kafka, Franz: «Investigaciones de un perro». Cuento que puede encontrarse en Bestiario. Barcelona, Anagrama, 2000. (Publicación póstuma, escrito aproximadamente en 1922, título de Max Brod.)

Contra el extraño sentimiento de no sentirse comprendido. Efectos secundarios: Pesimismo, ganas de tener gatos.

Kästner, Erich: Doktor Erich Kästners Lyrische Hausapotheke. Gedichte. Basilea, Atrium, 1936.

Según el poético doctor Kästner, adecuado para el tratamiento de distintas dolencias y molestias, como la pedantería, la sensación de separación, los disgustos cotidianos, la melancolía otoñal.

Lindgren, Astrid: Pippi Calzaslargas. Todas las historias. Barcelona, Blackie Books, 2012. (Original: Pippi Långstrump. Estocolmo, Rabén & Sjögren, 1945.)

Eficaz contra el pesimismo adquirido (no congénito) y el miedo al asombro.

Efectos secundarios: Pérdida de la capacidad de cálculo, cantar en la ducha.

Martin, George R. R.: Juego de tronos. Barcelona, Gigamesh, 2002. (Original: Game of Thrones. Nueva York, Bantam, 1996.) Hasta el momento han aparecido cinco volúmenes de los diez proyectados.

Ayuda a desintoxicarse de la televisión. Ideal contra el mal de amores, los disgustos cotidianos y los sueños aburridos.

Efectos secundarios: Insomnio, sueños intensos.

Melville, Herman: Moby Dick. Barcelona, Debolsillo, 2003. (Original: Moby-Dick; Or, The Whale. Nueva York, Harper & Brothers, 1851.)

Para vegetarianos.

Efectos secundarios: Miedo al agua.

Millet, Catherine: La vida sexual de Catherine M. Barcelona, Anagrama, 2001. (Original: La vie sexuelle de Catherine M. París, Éditions du Seuil, 2001.)

Para la gran pregunta sobre si él o ella ha dicho sí con demasiada rapidez. Nota: Siempre puede ir peor.

Musil, Robert: El hombre sin atributos. Barcelona, Seix Barral, 2004. (Original: Der Mann ohne Eigenschaften. Berlín, Rowohlt, 1930-1933, y Lausana, Imprimerie Centrale, 1943.)

Un libro para hombres que han olvidado qué querían en la vida. Eficaz contra la desorientación.

Efectos secundarios: Efecto a largo plazo: al cabo de dos años, la vida es otra. Puede producir además pérdida de amigos, ganas de crítica social y sueños recurrentes.

Nin, Anaïs: Delta de Venus. Barcelona, Alianza Editorial, 2008. (Original: Delta of Venus. Nueva York y Londres, Harcourt, 1977; publicación póstuma, escrito en 1940.)

Al poco de la toma, es un buen remedio contra la apatía y la pérdida de la sensualidad.

Efectos secundarios: Excitación espontánea.

Orwell, George, 1984. Barcelona, Debolsillo, 2013. (Original: Nineteen Eighty-Four. Londres, Secker & Warburg, 1949.)

Previene la indiferencia y la flema. Antiguo remedio casero contra el optimismo enfermizo. Producto con fecha de caducidad vencida.

Pearce, Philippa, El jardín de medianoche. Barcelona, Siruela, 2011. (Original: Tom's Midnight Garden. Oxford, Oxford University Press, 1958.)

Muy buen remedio contra los enamoramientos infelices. (P. S.: Con esta dolencia se recomienda leer cualquier cosa, siempre y cuando no trate de amor. Por ejemplo, libros de los géneros splatter, thriller o steampunk.)

Pratchett, Terry: Las novelas del Mundodisco. (Original: The Discworld Novels.) Hasta el momento se han publicado 39 novelas de Terry Pratchett sobre el Mundodisco: de El color de la magia, Barcelona, Debolsillo, 2001 (original: The Colour of Magic, Gerrards Cross, Colin Smythe, 1983) a Snuff, Barcelona, Plaza & Janés, 2013 (original: Snuff, Nueva York, Harper, 2011).

Contra la melancolía y la ingenuidad peligrosa para la supervivencia. Adecuado para hechizar el alma, incluso para principiantes.

Pullman, Philip: La brújula dorada. Barcelona, Ediciones B, 2007. (Original: His Dark Materials. Londres, Scholastic Press, 1995-2000.)

Para quienes de vez en cuando oyen vocecitas en su interior y creen tener un alma gemela animal.

Ringelnatz, Joachim: Kindergebetchen. Ringelnatz für Kinder. «Wenn du einen Schneck behauchst», Berlín, Insel, 2008. (Original: Flugzeuggedanken. Berlín, Ernst Rowohlt, 1929.)

Por si alguna vez los agnósticos quieren rezar.

Efectos secundarios: Fogonazos de recuerdos de veladas infantiles.

Saramago, José: Ensayo sobre la ceguera. Madrid, Alfaguara, 2008. (Original: Ensaio sobre a cegueira. Alfragide, Editorial Caminho, 1995.)

Contra el exceso de trabajo y para descubrir qué es lo verdaderamente importante. Contra la ceguera ante el sentido de la vida propia.

Stoker, Bram: Drácula. Barcelona, Debolsillo, 2012. (Original: Dracula. Edimburgo, Archibald Constable and Company, 1897.)

Recomendable contra los sueños aburridos y en caso de espera obsesiva de una llamada («¿Cuándo me llamará?»).

Surre-Garcia, Alem, y Françoise Meyruels: Lo libre dels rituals. Una plegaria occitana de los fallecidos a los vivos. S.l., s.d. Ritual des Cendres, 2002.

Eficaz en caso de pena recurrente por un ser amado fallecido, como

oración fúnebre no eclesiástica y aconfesional para aquellos a quienes les cuesta rezar.

Reacción adversa: Llanto.

Toes, Jac: De vrije man. Amsterdam, L. J. Veen, 2003.

Para bailarines de tango entre dos milongas, así como para hombres con miedo al amor.

Reacción adversa: Replanteamiento de las relaciones personales.

Twain, Mark: Las aventuras de Tom Sawyer. León, Editorial Everest, 2013. (Original: The Adventures of Tom Sawyer. Hartford, American Publishing Company, 1876.)

Para superar los miedos adultos y redescubrir al niño escondido en uno mismo.

Von Arnim, Elizabeth: Un abril encantado. Madrid, Alfaguara, 1994. (Original: The Enchanted April. Londres, Macmillan & Co. Ltd., 1922.)

Contra la indecisión y para aumentar la confianza en los amigos.

Reacciones adversas: Amor por Italia, ansias de ir al sur, aumento del sentido de la justicia.

Nota: Los escritores Sanary (*Las luces del sur*), P. D. Olson y Max Jordan (*La noche*) son personajes que viven exclusivamente en esta novela.

Sobre la autora

Nina George nació en 1973 en Bielefeld. Ha trabajado como publicista, periodista freelance, columnista y novelista. Con *Die Mondspielerin* ganó el Premio DeLIA en 2011 a la mejor novela romántica y el thriller *Das Spiel des Le-bens* obtuvo el Premio Glauserpreis en 2012. Su última novela, *Sabor a Provenza*, ha sido un gran éxito literario en Alemania y se ha traducido a treinta idiomas. Está casada con el autor Jens J. Kramer y vive en Hamburgo. Para más información visita su página web:

www.ninageorge.de

Título original: *Das Lavendelzimmer*

Este libro se ha negociado por mediación de Ute Körner Literary Agent, S. L., Barcelona, www.uklitag.com y Keil & Keil Literatur-Agentur, Hamburgo, Alemania.

Edición en formato digital: julio de 2014

© 2013, Nina George

© 2013, Droemer Knaur Verlag, por la edición en alemán

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49.

08021 Barcelona

© 2014, Marta Mabres Vicens, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de la cubierta: © Ron Chapple

M LS 2014 D

ISBN: 978-84-9062-432-6

Conversión a formato digital: M. I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Notas

[1] Los cuatro frutos secos que componen este plato se conocen como *clochards*, o mendigos. (*N. de la T.*) <<